

MARÍA TERESA
ÁLVAREZ

LA HIJA DE LA
INDIANA

*En todas las familias hay secretos
que es mejor no conocer*

NOVA  LA HISTÓRICA

María Teresa Álvarez

LA HIJA DE LA INDIANA

la esfera  de los libros

A Lola, una nueva luz en la familia.

A Sabino, a mi madre, siempre...

1. *Vida en común*

En la ladera de San Antonio. El 4 de abril de 1920. Pascua de Resurrección

La lleva agarrada del brazo como si temiera que alguien fuera a arrebátarsela. A Marina le agrada sentir la presión de la mano de Silverio. Tiene sensaciones encontradas, por un lado le gusta que su marido la quiera solo para él, pero también le satisface sentirse fuerte al ser Silverio quien se apoya en ella y no al revés.

Suben despacio la ladera de San Antonio.

—No sé si habremos hecho bien viniendo. Sopla un viento muy fuerte que casi no nos deja andar.

—No disimules, Silverio. No toda la culpa es del viento. Tenemos nuestros años, y aunque gracias a Dios estamos muy bien, ya no poseemos la agilidad de los jóvenes.

—Pues no hay joven en Candás más guapa que tú, Marina —le dice Silverio, atrayéndola hacia sí.

—Venga, no seas zalamero. Qué preciosa la procesión y no sabes cómo me conmovió el Encuentro.

—Sí que lo sé. No te dije nada pero observé tu emoción. ¿Pensabas en tu hermano Xuaco?

—Sí, en él y en los que no están. De forma especial en todos los que se quedaron en la mar. En el día de Pascua su ausencia se hace más dolorosa.

—Es verdad —corrobora Silverio, que añade—: Qué bien quitaron el velo.

—Y cómo cantaron la salve —exclama Marina.

En Candás, las celebraciones del Sábado Santo y del Domingo de Resurrección adquieren unas connotaciones muy especiales vinculadas con la mar y sus gentes. La Virgen del Rosario, que es la patrona del gremio de mareantes, es llevada el sábado en procesión hasta el ayuntamiento, donde un coro popular le canta la salve marinera. A continuación, se dirigen con ella a

una improvisada capilla para ese día. La llaman capilla de Doce y allí, algunos pescadores se pasan toda la noche acompañando la imagen de la Virgen. A la mañana siguiente, se produce el encuentro entre ella y su hijo, Jesús Sacramentado, que es llevado bajo palio al lugar donde la noche anterior se cantó la salve. En ese momento, la imagen de la Virgen, portada por cuatro marineros, hace tres reverencias. En la tercera, un pescador con una pértiga tiene que quitarle el velo negro que cubre el rostro de la madre de Dios. Si lo hace de forma limpia, es decir, que no se enganche, el respiro de alivio de los asistentes inunda la plaza. Ello quiere decir que la mar será generosa ese año y las costeras abundantes. Si, por el contrario, el velo se engancha, la desilusión y algunas lágrimas se apoderan de los presentes. Aunque pronto tratan de olvidarlo. El día de Pascua de Resurrección tiene que ser un día muy alegre.

—Silverio, me gustó mucho ver a tu madre en la procesión y en la misa, qué fortaleza la suya. Cuando recuerdo a la mía... —dice Marina con pena.

—Sí que es fuerte, con la vida tan difícil que ha tenido, trabajando sin cesar... y aunque padece algunos achaques, para sus setenta y tres años está muy bien.

—¿Sabes qué me dijo hace unos días? —pregunta Marina, sonriente.

—No tengo ni idea, pero por la cara que pones cualquier locura.

—Bueno, un poco de locura sí que es. Quiere viajar a Cuba para ver al gemelo, conocer a su mujer y al nieto cubano que acaba de nacer.

—Qué costumbre hemos tenido siempre de referirnos a mis hermanos llamándolos los gemelos, como si no tuvieran nombre —dice Silverio.

—Sí, y lo curioso es que siempre sabemos de qué gemelo estamos hablando —replica Marina.

—Es verdad, aunque físicamente sean casi iguales, su forma de ser es muy distinta. Y por deducción lógica, según el contexto, sabemos si aludimos a Luis o Jesús.

—Creo que Jesús, el de Cuba, siempre fue el ojito derecho de tu madre —apunta Marina.

—Sin duda —confirma pensativo Silverio—. Tal vez porque era rebelde y bastante conflictivo, y madre pensaba que estaba más necesitado de cariño.

Pero, dime, ¿qué le contestaste?

—Que probablemente el año que viene vendrían ellos. Le recordé que la mujer del gemelo también es asturiana y querría ver a sus padres. Cariño, ya hemos llegado —exclama Marina—. Mira, nunca me canso de contemplar la belleza de este paisaje.

—Mi queridísima Marina —susurra Silverio mientras la abraza. Se miran. Sus ojos se funden en un diálogo que solo ellos conocen. Se besan apasionadamente.

—Parecemos dos adolescentes, pero me gusta. Te quiero tanto, Silverio. Nunca dejes de manifestarme tu cariño. No podría soportarlo.

—Pero llegará un día en que...

—Entonces me tomas de la mano y me la aprietas con fuerza, yo sabré ver tu amor en ese mensaje —le interrumpe Marina—. Pero acerquémonos a rezarle a san Antonio.

La ermita está cerrada, aunque a través de la reja de la puerta se puede ver la imagen del santo. En el suelo se aprecian algunas flores silvestres que, lanzadas desde la puerta, son la ofrenda de las personas que han ido a rezar y que al estar cerrado no pudieron colocarlas a sus pies.

Los candasinos, muy devotos de san Antonio, habían costado con su dinero la capilla en agradecimiento por haberles ayudado a librarse de la peste en el siglo XVI.

—¿Nos sentamos un rato en aquel lado de la capilla que está resguardado del aire? —propone Silverio.

—Dios mío, Silverio, ¿te das cuenta? Este lugar forma parte de nuestra existencia. Aunque la vida nos lleve muy lejos y no volvamos a verlo nunca más, siempre vivirá en nosotros.

—Me siento contagiado de tu romanticismo, Marina. Me encanta comprobar cómo incorporas a tu mundo emocional todo lo que te rodea.

—Es verdad, y me alegro de que me comprendas. Este lugar ha sido mi confidente durante mucho tiempo. Conoció mi dolor y desesperación y me satisface que ahora presencie mi felicidad a tu lado. Te quiero, Silverio, siempre te he querido.

—Y yo, Marina. Solo la muerte nos separará, y pido a Dios me lleve a mi primero. No podría vivir sin ti —dice Silverio y la abraza.

Se han sentado en la hierba y con la espalda recostada en la pared de la capilla miran a la mar. Esa mar a la que quieren, a pesar de que les ha robado a muchos de sus seres queridos. Esa mar que sigue siendo fuente de vida para los candasinos. Aquel año de 1920 la Sociedad de Mareantes de Candás, que desde 1918 presidía Bernardo Alfageme, contaba con cuatrocientos cincuenta socios. En el pueblo seis fábricas de conservas daban trabajo a muchas personas. Como dato curioso, que reflejaba el buen momento que atravesaban, ya habían instalado teléfono en la casa de Ventas de Pescado.

El rumor de las hojas de los eucaliptos, zarandeadas por el viento, entona una especie de lamento. El sol brilla en un cielo totalmente azul sin una sola nube. Marina y Silverio, con las manos entrelazadas, se recrean en la contemplación del paisaje.

—¿Eres feliz, Marina? —pregunta Silverio.

—Mucho, mi amor. Despertarme todos los días a tu lado me da fuerza y, sobre todo, me llena de ilusión y esperanza la perspectiva de compartir un nuevo día contigo —responde Marina a la vez que le besa en la mejilla.

—Lo mismo me pasa a mí, Marina. Cuánto tiempo hemos perdido —dice él, con pena.

—No pienses en ello. Nunca se sabe. Vivamos el momento actual y aprovechemos a fondo lo que la vida nos ofrece. Disfrutemos de estos momentos maravillosos. Podría pasarme horas y horas, aquí sentada, junto a ti —comenta Marina—, pero creo que debo ir a ver a mi cuñada Teresa. Hoy es un día especialmente duro para ella.

—Parece imposible que Xuaco no esté entre nosotros. Tú sabes que era mi mejor amigo.

—Así es la existencia, Silverio. Siempre temiendo que la mar te pueda arrebatarte la vida y Xuaco muere de repente en su cama sin haber cumplido los sesenta.

—Estaba claro que su destino no era morir en la mar. ¿Recuerdas cuando la gran desgracia de 1877?

—Aquellos días jamás los olvidaré —dice Marina con pena.

—Y recuerdas que tu hermano Xuaco se salvó porque no salió a faenar por haberse lesionado en un brazo. Mira lo que hace muy poco le pasó a Panín el Mozo —apunta Silverio.

—Lo de Panín fue milagroso. Y es la segunda vez que se salva.

Cipriano Cuervo Rodríguez era un pescador candasín que antes de cumplir los treinta años se había convertido en propietario de una pequeña embarcación que él mismo mandaba. En plena costera de bonito en 1918, fue sorprendido por una galerna a cincuenta millas de la costa sufriendo graves desperfectos en la embarcación pero sin tener que lamentar ninguna pérdida humana. Al año siguiente, la explosión de la caldera de vapor le lanzó lejos obligando a Panín a agarrarse al puente de mando hasta ser rescatado él y los doce tripulante por otra lancha candasina.

—Xuaco le quería mucho. De hecho, me parece que fue con mi hermano con quien empezó a salir a la mar. Recuerdo que se metía mucho con él porque Panín no sabía nadar —dice Marina.

—Y sigue sin aprender. Por extraño que resulte, muchos marineros no saben nadar. La verdad es que de poco sirve si te encuentras en apuros en medio de una galerna —señala Silverio.

—No estoy de acuerdo. El saber siempre ayuda —asegura ella.

—Eres imposible, nunca cambiarás.

—Dios te oiga. Yo le pido al Todopoderoso que mi curiosidad y deseos de superación sigan intactos hasta el final de mis días. Es fácil que no sea así, pero yo pondré todo de mi parte para mantener vivo mi espíritu. Y, además, quiero que sepas que haré lo indecible para incrementar cada día tu interés por el mundo que nos rodea —dice Marina, riendo.

—Y yo, que soy muy obediente, te hago caso y te lo agradezco porque sé que me hace bien. Esta noche te puedo dar una conferencia sobre la inminente creación del Partido Comunista Español, integrado en su mayoría por la Federación de Juventudes Socialistas. Me he informado a fondo.

—Qué bien. Desconozco casi todo de ese tema —se interesa Marina.

—¿Quieres que te acompañe a casa de Teresa? —pregunta Silverio.

Los dos caminan muy juntos. Sus pasos perfectamente acompasados les hacen moverse en perfecta sintonía. Silverio le pasa el brazo por la espalda

haciendo que el cuerpo de su mujer vaya totalmente pegado al suyo.

—Si te apetece, ven. Seguro que a Teresa le agradará.

—A mí también me gustaría darle un abrazo en un día como hoy, pero tal vez sería mejor que me fuera para casa. Es posible que la señora Covadonga haya vuelto con Rosita. Y alguno de nosotros debería estar allí.

—Qué bueno eres, Silverio. Algún día Rosita responderá a tu cariño. No desesperes.

—No te inquietes. Entiendo muy bien el comportamiento de Rosita. De repente, aparezco yo y me introduzco en su mundo. Desde ese momento, tu atención y cariño no es solo para ella.

—Es cierto que es una niña un tanto absorbente y desde que nos hemos casado centra todo su afecto y atención en la señora Covadonga, que es como si fuera su abuela, pero pronto comprenderá.

Marina no quiere alarmar a su esposo, aunque está verdaderamente preocupada. Rosita se está haciendo mayor. Cada día se muestra más introvertida. Sabe que no debe aplazar mucho más el diálogo con su hija. Tiene que hacerlo y desconoce cuál podría ser el método más eficaz. «Tal vez —se dice—, mi hermana Carmina me pueda orientar». La posibilidad de contar con ayuda en este tema le hace sentirse más aliviada.



La señora Covadonga quiere a Rosita con todo su corazón. En los últimos tiempos se siente halagada porque la niña en cuanto puede se va con ella.

—¿De verdad que lo has pasado bien en casa de mis amigos de Piedeloro?
—le pregunta a Rosita.

—Muy bien. Me han encantado las gallinas y ver cómo las recogen para llevarlas al corral. Me gustaría vivir en un lugar así, es muy bonito y nos hicieron un chocolate riquísimo —dice, relamiéndose los labios—. También me ha gustado la iglesia, tengo que decírselo a mamá que tanto insistió para que la viéramos.

—Tu madre sabe valorar el arte. Siempre vivió pendiente de la cultura. Yo soy una ignorante. ¿Te digo un secreto?

—Por favor —pide Rosita, sonriendo.

—La iglesia de Piedeloro me deja indiferente. Mira cuántas niñas en la Baragaña —dice la señora Covadonga, interrumpiéndose—. ¿Quieres que nos acerquemos hasta la plaza? Seguro que alguna es amiga tuya.

—No. Prefiero que nos vayamos a casa. Me aburre un poco estar con ellas.

—¿Con todas?

—Las pocas con las que me divierto no están en la Baragaña —asegura Rosita—. Señora Covadonga, ¿conoce a mi madre desde hace mucho tiempo?

—Sí. Trabajamos juntas. Era un poco mayor que tú cuando empezó a ir a la fábrica de conservas. Siempre fue una niña muy lista, trabajadora y muy formal.

—¿Yo también tendré que empezar a trabajar pronto?

—No, preciosa, no tendrás necesidad de ello, porque tu madre se ocupa de ti. Además, dispone de medios para que podáis vivir sin trabajar.

—¿La madre de ella no se ocupó?

—Estaba muy enferma y se murió pronto. Cuando yo conocí a tu madre, estaba huérfana.

—Como yo.

La señora Covadonga mira a Rosita; es preciosa. Aparenta más edad de la que tiene. Parece una jovencita.

—No, cariño —le dice—. Tú tienes a Marina, que es como tu verdadera madre.

—Sí, ya lo sé, pero no es igual. La mujer que me dio el ser murió para que naciera yo.

Rosita no dice nada más. No quiere contarle a nadie las dudas y miedos que la embargan desde hace un tiempo. Cuando Marina le dijo que su madre natural había fallecido al traerla al mundo y que ella, que no tenía hijos, le había prometido adoptarla, no pensó más en ello. Era muy pequeña entonces, y no hizo ninguna pregunta. Pero ahora es distinto. Le gustaría saber si su padre también había fallecido, si tenía hermanas o hermanos mayores, si su madre o su padre eran negros, porque ella no es negra pero tampoco blanca. Es distinta a todos en Candás y esto le hace sentirse incomoda. No la tratan mal, pero ella sabe que hablan a sus espaldas. Sospecha que se callan muchas cosas porque su madre es importante y ayuda mucho a la gente. Piensa que hubiese sido

mejor que la dejaran vivir con los que eran como ella. Además, desde que Silverio llegó a sus vidas, se siente desplazada en el cariño de su madre. Le gustaría poder contárselo todo a la señora Covadonga, pero esta no tardaría ni un minuto en decírselo a Marina y ella no quiere preocuparla.

Hace unos minutos ha mentido. No se divierte con ninguna de sus compañeras. Con la única persona que lo pasa bien, con la que se olvida de sus preocupaciones, es con Vicente, el hijo pequeño del hermano de Marina, Xuaco, que ha muerto hace poco. Vicente la considera su prima. Es un poco mayor que ella. Muy guapo y simpático.

—Señora Covadonga.

—Dime Rosita.

—¿A qué edad se puede tener novio?

—No me digas que piensas en esas cosas, pero si solo tienes once años.

—Pues me han dicho que en Candás algunas chicas se casan a los catorce o antes.

—Pero qué pasa Rosita, ¿tienes novio? ¿Te gusta algún niño?

—No, pero si le digo la verdad, me divierto mucho más con ellos que con las niñas.

—Eso seguro que te sucede porque te gusta que te admiren. Tú sabes que eres muy guapa —le dice la señora Covadonga.

—No, no es eso. Me gusta estar con ellos porque hablan de distintas cosas y las niñas no, me aburren siempre con lo mismo.

A la señora Covadonga no le gusta mucho lo que le está diciendo Rosita y se pregunta si será verdad lo que se comenta sobre la fogosidad de las negras. Inmediatamente se arrepiente de sus pensamientos y se propone no volver a pensar en esas cosas. «Rosita es mi niña —se dice—, y además no es negra, solo un poquito mulata». ¿Quiénes habrán sido sus padres? Marina no se lo ha dicho y ella jamás ha preguntado. Creyó a Marina cuando esta le aseguró que no era su madre y jamás hizo caso de las malas lenguas de Candás. Todos los comentarios respondían a la envidia. A Marina, algunos no le perdonaban que hubiera vuelto rica y que además, ahora, fuera feliz con Silverio.

«De todas formas —piensa la señora Covadonga—, Marina es una provocadora. Sé que no me importa pero, ¿por qué tuvo que venir con la

niña?»). La señora Covadonga no quiere seguir dándole vueltas a un tema que no es de su incumbencia, pero no puede dejar de pensar en qué tipo de lazo uniría a Marina con la madre de la niña o con el padre. ¿Estaría muerto también?

La señora Covadonga mira a Rosita, que va agarrada de su mano. «No me interesan las razones —se dice—, lo importante es que la niña esté con nosotros. La cuidaré. Marina y ella, pase lo que pase, siempre me tendrán de su lado».

—Rosita, si quieres el próximo sábado le pido permiso a tu madre para llevarte al cine.

—Sí, sí, qué bien. Y ahora, cuando llegemos a casa, se queda un poco, que le voy a leer un cuento.

—Ya estarán esperándote.

—Es igual, quiero estar con usted un poco más.



Silverio ha llegado a casa hace unos minutos. Con alivio ha comprobado que la niña y la señora Covadonga aún no están. Ha sido muy desagradable el encuentro con su hermano Lolo. Era normal que la tarde de un día de fiesta se abusase un poco del vino. Silverio es consciente de que su hermano, como muchos marineros, se pasa el tiempo libre en el chigre y ya se sabe lo que sucede. Pero Lolo nunca se había portado así. Le ha dicho cosas muy duras. ¿Cómo es posible, se pregunta Silverio, que su hermano, pensando de esa forma, haya guardado silencio hasta ahora? La verdad es que nunca lo había visto en semejante estado de embriaguez, y si hoy no hubiera pasado al lado del chigre donde su hermano se encontraba, seguiría desconociendo lo que Lolo pensaba de él. Su hermano había salido a la calle llamándolo y él, creyendo que quería invitarlo a un vaso, se disculpó:

—Hola, Lolo, no puedo pararme ahora. Otro día bebemos juntos —dice Silverio.

—¿Quién quiere beber contigo? ¿Cómo voy a soñar con semejante honor? —le espeta Lolo cuando se encuentra a su lado, y con voz burlona añade—: El

señorito, el niño mimado, que siempre ha hecho lo que le ha dado la gana sin pensar en los demás.

—¿Pero qué dices, qué te pasa, Lolo? Estás borracho. Cálmate.

—Cuando te cansaste de salir a la mar, te largaste y me dejaste a mí como único apoyo a madre.

—Por favor, Lolo, pueden oírnos. No quiero que demos un espectáculo. Ya hablaremos. En cuanto pude, os mandé dinero. Además, estaban los gemelos, que pronto se pusieron a trabajar.

—Cada uno hizo su vida. Luis se casó muy pronto, Marisa hizo lo mismo. Jesús se fue contigo y yo me quedé con madre, ocupándome de ella para que no se quedara sola.

—Pero madre podría vivir con Luis o con Marisa.

—Sí, claro que podría, pero qué cosas tienes, ¿cómo la iba a convencer para irse a Gijón o a Luanco? Tú, como solo piensas en ti, no te imaginas lo que madre sufriría si se viera obligada a abandonar Candás.

—¿Y por qué no te casaste tú?

—Pues porque tal vez no encontré la mujer adecuada o si la encontré no me quiso. No tengo tanta suerte como tú. Primero te casas con una rapacina preciosa y después das el gran braguetazo casándote con una viuda rica. Pero no te envidio, hermano. No me gustaría meterme en tu piel. Todos te critican, dicen que eres un mantenido, un mamalón.

Silverio vuelve a enrojecer de ira al recordar las palabras de su hermano y, sobre todo, lo que le había impresionado fue la crispada expresión de su rostro y la forma en que se lo decía. Al comprobar el estado en el que se encontraba y las barbaridades que salían por su boca, tenía que haberse ido, pero creyó que era mejor intentar calmarlo. Le insistió en aplazar la conversación para otro momento. Y le pidió que no se sintiera obligado en el cuidado de su madre porque él ahora estaba en Candás y también podía ocuparse de ella.

—¿Tú? No me hagas reír. Será si la viuda te lo permite. Todos sabemos que la que manda es ella, que es la dueña de la pasta. Por cierto, fue madre quien me convenció para que no rechazara el dinero que me diste para la lancha. ¿Qué le contaste a tu mujer para conseguirlo?

—Lolo, no quiero que lleguemos a las manos. Te ruego que no le faltes al respeto a Marina. La conoces de toda la vida, ¿por qué te refieres a ella llamándola la viuda y de forma despectiva?

—No me había dado cuenta —dice Lolo riendo—. A saber la vida que habrá llevado en Cuba tu Marinita del alma.

—Me voy, porque no respondo de mí.

Se sentía tan disgustado que necesitaba tranquilizarse, no podía llegar a casa en aquel estado, y aunque no frecuentaba mucho la iglesia, al pasar a su lado y ver que estaba abierta, decidió entrar.

El rato que pasó a solas en la quietud del templo le vino bien. Era verdad que su hermano estaba borracho, pero estos casi siempre dicen lo que piensan. Silverio sintió pena de Lolo, cuánto resentimiento acumulado a través de los años. Le preocupaba la forma en que se había referido a Marina, era como si la odiara. Él no podía consentir que se dudara de su mujer. A Silverio le resbalaba la opinión de su hermano y de los que pensaban como él, calificándolo de mantenido. Hasta cierto punto sabía que esto iba a pasar. No le preocupaba porque no era verdad, él disponía de unos ahorros y recibía ingresos anuales de unas acciones y participaciones de El Nuevo Amanecer, el establecimiento que había dirigido en La Habana. Pero es que, además, era él quien se ocupaba de la tienda de tejidos que su mujer había abierto en Candás.

Que se había casado con una mujer rica era evidente. Que en situaciones similares la opinión de la gente sería muy distinta si el rico fuera el marido, también. En su análisis, Silverio contempla un dato más a tener en cuenta: tanto Marina como él proceden de una clase muy humilde; si fueran de una extracción superior los comentarios y críticas serían inferiores. «Las personas solemos ser más injustas con los de nuestra propia clase», se dice Silverio.

Mira el reloj de la pared. Faltan cinco minutos para las siete de la tarde. La señora Covadonga y Rosita tienen que estar a punto de llegar. Marina tampoco tardará mucho. De momento, no le contará nada del desagradable encuentro con Lolo.

Silverio se siente mucho más tranquilo. Fumará una buena pipa mientras espera paseando por el porche.



—No me digas que te parece bien que Carmina no haya venido al funeral de su hermano —exclama Teresa enfadada.

—Seguro que ha rezado por él más que todos nosotros. Ese día le resultaba imposible. Sabes que después de destinarla a Oviedo la han puesto al frente del orfanato y ese día precisamente nadie podía sustituirla. Las monjas no tienen la misma libertad que nosotras. Además, te vino a ver al día siguiente. Se pasó la tarde contigo —le dice Marina conciliadora.

—No soy tan buena como tú. No me gusta que la gente comente: «Mira la monja, lo que quería a su hermano», «Ni que estuviera en La Habana...».

—Pero, Teresa, la gente, hagas lo que hagas, siempre tendrá algo que decir. Es muy bueno para la salud tratar de olvidar y pasar de los comentarios. ¿No ves todas las cosas que dicen de mí? —apunta Marina con gesto indulgente.

—No creo que tú las sepas todas. De ser así, no te mostrarías tan tranquila —apostilla Teresa.

Marina percibe la estocada de su cuñada, pero se muestra impasible, aunque no puede evitar cierta preocupación por conocer qué cosas pueden ser esas y una especie de desilusión ante la falta de delicadeza de Teresa invade su espíritu.

—El mejor antídoto para no sufrir ante las críticas es desconocerlas y, si llegan hasta uno, no darles importancia —sentencia Marina.

—A veces dices cosas que no entiendo. ¿Qué es un antídoto? —quiere saber Teresa.

—Un remedio para evitar que algo no deseado te afecte.

—Como ves, soy una ignorante —admite la cuñada.

—Existen tantas cosas que desconocemos, todos somos ignorantes. Es bueno que me preguntes, porque así vas ampliando tu vocabulario.

—Para lo que tardo en olvidarme. No tengo cabeza.

Marina no quiere seguir con el tema. Siempre tuvo la sensación de que Teresa alardeaba de su incultura. Era una reacción bastante frecuente entre algunas de las personas que no habían podido asistir a la escuela el tiempo necesario.

—Teresa, ¿te animas a volver a coser aunque solo sea para la familia?

—No he pensado en ello. Es verdad que voy a tener más tiempo libre —dice muy pensativa.

—Es que, además —apostilla Marina—, lo haces muy bien. Aún recuerdo los vestidos y faldas que me hiciste.

—Qué tiempos, Marina... Era tan feliz entonces. ¿Por qué Xuaco tuvo que morir tan pronto?

—Ya lo sé, pero habéis podido compartir muchos años en común. Y están tus hijos, por los que tienes que ser fuerte. Perdona que te pregunte, ¿económicamente cómo te ha dejado mi hermano?

—Puedo vivir. Tenemos un dinerín ahorrado, muy poco, pero mi hijo mayor, Ramón, ocupará el puesto de su padre en la *No te olvidamos*, algo que ya venía haciendo con cierta frecuencia. Claro que cualquier día se busca novia y me dice que se casa. El pequeño, Vicente, está en la escuela, ya lo sabes. El otro día me dijo que quería ser maestro.

—Anímalo y apóyalo todo lo que puedas. La cultura es fundamental —asegura Marina.

—Pues yo preferiría que fuese a la mar como su hermano —apunta Teresa muy seria—, no me gusta que tenga que irse de Candás.

—Querida Teresa, te entiendo, pero tienes que pensar en el bienestar de Vicente. Si los estudios de Magisterio desequilibran tu presupuesto, cuenta conmigo para lo que precises —se ofrece Marina mientras toma cariñosamente la mano de su cuñada.

—Gracias, Marina, siempre has sido muy generosa. No te preocupes por mí, si tengo que volver a trabajar a la fábrica lo hago tan tranquila. ¿Por qué me preguntabas lo de coser? ¿Quieres que te haga alguna cosa?

—No es para mí. Han llegado unas telas muy bonitas a la tienda y quería que le hicieras unos vestidos a Rosita. Pero creo que sería bueno para ti no descartar la posibilidad de coser para fuera.

—No me siento con fuerzas. Te prometo pensarlo. El traje de la niña se lo hago cuando quieras. ¿Sabes que Vicente y Rosita hacen muy buenas migas? —pregunta Teresa.

—No, no tenía ni idea. Últimamente Rosita casi no me cuenta nada. Pero no me extraña, siempre le gustaron las personas mayores. ¿Cuántos años tiene

Vicente?

—Doce.

—Pensaba que era mayor, aunque solo sea un año, en esas edades se nota.

—Marina —dice Teresa muy seria—, te voy a hacer una pregunta que no tienes por qué contestarme, ¿te arrepientes de haber adoptado a Rosita?

—No, por favor. ¿Por qué iba a arrepentirme? ¿Por qué me lo preguntas? —inquire Marina, un tanto molesta.

—Hay comentarios que algún día conocerá la niña y no creo que le gusten. Tú ya sé que estás por encima del bien y del mal, pero ¿por qué tuviste que adoptar a una niña mulata? ¿No hubiese sido más fácil para todos que prohijases a una blanca? ¿No se te ocurrió pensar en los comentarios de la gente del pueblo?

Marina hace esfuerzos para contenerse. ¿Por qué tiene que dar cuenta de su vida? Ella es muy consciente de que la mayoría pensarán que es hija suya, que Rosita es fruto de sus relaciones con un negro. No le importa. Solo Silverio sabe la verdad. Con forzada calma le dice a su cuñada:

—Lo único que me preocupa, Teresa, es que le hagan daño a Rosita. ¿Te ha dicho algo Vicente? Estaba convencida de que la novedad de verla distinta ya había pasado y la consideraban una más.

—Me contó que los chicos mayores hacen comentarios y que él siempre la defiende. La quiere como a una prima de verdad. No creo que Rosita sepa nada.

—Me tranquiliza lo que me dices. Tengo que protegerla —dice Marina muy pensativa.

—Es muy difícil, acabará enterándose. Los chicos comentan lo que oyen en casa y ya sabes que aunque el tiempo vaya pasando...

—Sí, sí, ya lo sé. Tendré que hablar yo con ella. Pero ¿qué hora es? —pregunta Marina, sobresaltada.

—A punto de dar las ocho.

—Se me ha hecho tardísimo, tengo que irme.

—Gracias por la visita, Marina. Mañana pasaré por la tienda.

—De acuerdo. Ya sabes dónde estoy para cualquier cosa que necesites.



Cuando Marina llega a casa se sorprende al ver el porche totalmente iluminado.

—Hola, ¿me tenéis preparada una fiesta? —pregunta sonriente mientras se acerca.

Rosita y la señora Covadonga están sentadas al fondo y muy cerca Silverio en una mecedora fuma plácidamente.

—Te estábamos esperando —contesta Silverio.

—Me he retrasado un poco. ¿Qué tal, cómo lo habéis pasado? —dice, mirando a su hija y a la señora Covadonga—. ¿No me das un beso, Rosita?

La niña deja el cuento que le está leyendo a la señora Covadonga y se levanta para abrazar a su madre.

—Mi amor, ¿lo has pasado bien? —pregunta Marina mientras la abraza.

—Sí, madre.

—Se han empeñado en que me quede a cenar con vosotros —dice la señora Covadonga.

—Bien hecho. Y si quiere, se puede quedar a dormir también —le propone Marina.

—Ya se lo he dicho y, si no quiere, la puedo acompañar yo a casa —interviene Silverio.

—No necesito que me acompañes, Silverio.

—Bueno, ya lo discutiremos después —zanja Marina—, ahora vamos a cenar.



Al final, la señora Covadonga se quedó a dormir ante la insistencia de Rosita, que quería terminar de leerle el cuento, interrumpido por la cena.

—¿Te apetece que salgamos al jardín? —sugiere Silverio.

—Perfecto. Ha cesado el viento y la temperatura es buena.

—Además, el cielo está despejado y podemos disfrutar de la hermosa luz de la luna —añade Silverio.

—Sí, todavía está en plenitud, pero ya empieza a menguar. ¿Te has dado cuenta, Silverio, de que es nuestra primera Pascua de casados?

—Claro, mi amor. Y para que nunca te olvides de esta primera Pascua juntos, te he comprado esto.

Saca del bolsillo una cajita pequeña. Tomándola en sus manos, Marina la abre nerviosa.

—¡Es preciosa! Pero, ¿estás loco? Esta sortija cuesta un dineral.

—¿Te gusta? —pregunta Silverio.

—Me encanta. Es una esmeralda preciosa —dice ella, y se la coloca en el dedo.

—La tengo desde hace un tiempo y me parece que hoy es el día indicado para regalártela.

—¿Por qué? Yo no te he comprado nada.

—No tienes que hacerlo, yo tampoco la he comprado para regalártela hoy...

—¿Entonces? No entiendo muy bien —se sorprende Marina.

—Te lo explico. Al poco de casarnos, buscando una camisa en uno de los cajones de la cómoda, encontré una cajita atada con una cinta. Sé que no debía curiosear, pero la abrí. De las cosas que allí guardabas me llamó la atención una piedrecita casi transparente. Me fijé en ella porque, de las muchas que nos encontrábamos en la playa, esas eran mis preferidas. Pensé que a ti te sucedería lo mismo y no le di mayor importancia. Pero unos días después, de repente, recordé que cuando nos despedimos al irme yo para Cuba, te di una piedrecita igual que aquella y te pedí que la guardaras hasta mi vuelta. En aquel momento, Marina, sentí que la ternura me invadía al pensar que podría ser la misma y entonces decidí comprarte una esmeralda, para convertir en realidad aquello que te dije; algún día seré rico y podré regalar joyas a las personas que quiero. Rico no soy, aunque sí puedo regalarle una joya a la persona que más quiero en el mundo. Tardaron un tiempo en conseguírmela...

—Silverio, me has emocionado.

—Era la misma piedrecita, ¿verdad?

—Claro, mi amor —contesta ella.

La pareja se funde en un emocionado y prolongado abrazo.



No tiene ni idea de la hora que puede ser pero no consigue volver a dormirse. El paseo por el jardín ha sido delicioso. A Marina no le entusiasman las joyas, pero aquella esmeralda, que aún lleva puesta, se ha convertido en su tesoro máspreciado. Han hecho el amor con una entrega total, saben que se pertenecen. Este sentimiento, piensa ella, tiene que hacerles fuertes ante cualquier contratiempo.

Silverio duerme a su lado plácidamente. Por la noche, los problemas se agrandan de forma desmedida y ella está preocupada por Rosita. Teme que le puedan hacer daño con algunos chismes de los que circulan por el pueblo. Seguro que a Silverio alguno le habrá llegado, aunque no le haya dicho nada. Tampoco ella le ha hecho ningún comentario sobre la conversación mantenida con su cuñada Teresa.

¿Tan difícil es entender que haya adoptado a una niña de color? ¿Por qué siempre se piensa lo peor? ¿Resulta complicado creer que la niña sea la hija de una sirvienta que se murió?

Marina nota que se empieza a poner nerviosa. No quiere recordar. Pero un simple nombre es suficiente para desencadenar unas imágenes y unos momentos que le gustaría no haber vivido jamás. Tiene que olvidar. No puede permitir que nada enturbie su apacible existencia. Afortunadamente, se ha casado con el hombre de su vida.

Marina se pega al cuerpo de Silverio, que duerme con la espalda vuelta hacia ella. Quisiera fundirse en él.

Permanece muy quieta. Le aterra pensar que a su marido le pueda pasar algo o deje de quererla. No es celosa, aunque a veces la perturban ideas que le hacen daño, como tratar de imaginar las relaciones que Silverio habrá mantenido con otras mujeres. Sabe que no debe pensar en ello, es absurdo y lo único que consigue es desasosiego. «¿Le pasará lo mismo a Silverio respecto a mí?», se pregunta.

Sin proponérselo, sus manos se deslizan amorosamente por el cuerpo dormido de Silverio que empieza a reaccionar. Ella también se crece y la pasión se apodera de ella.

—Marina, eres una salvaje —le dice Silverio, volviéndose para besarla.

—Me encanta despertar tu deseo —exclama ella, mientras sus cuerpos se acoplan.

2. *La llegada del verano*

Marina se ha pasado toda la tarde escribiendo. Tiene mucha correspondencia atrasada y hoy, por fin, se ha puesto al día. Le ha dado órdenes a René, que es quien regenta sus negocios en Cuba, para que no siga invirtiendo en la ampliación del ingenio.

Al abandonar la isla, la intención de Marina no era la de aumentar la producción de su empresa sino mantenerla, pero al triplicarse las ganancias había decidido hacerlo. El elevado precio del azúcar, ante la ruina de la producción azucarera de remolacha en Europa, les había llevado a obtener en un año beneficios iguales a los conseguidos en los catorce ejercicios anteriores.

La Gran Guerra, que había enfrentado a parte de Europa sembrando el dolor y la muerte, iba a incidir de forma muy positiva en la economía de los países que se habían mantenido neutrales, entre ellos, España; y también de forma muy especial Cuba, donde la producción y el precio del azúcar habían alcanzado cotas insospechadas.

Marina conocía muy bien la repercusión que la confrontación bélica había tenido en Asturias, una de las provincias más beneficiadas por la guerra debido a que en ella se concentraba la mayoría de la producción de carbón.

El carbón asturiano se había convertido en auténtico oro negro. Las familias dedicadas a la minería multiplicaron sus fortunas. Se abrieron nuevas explotaciones, muchas de ellas improvisadas. De las 129 que existían en 1914 se pasó a 314. El número de personas que trabajaban en la minería asturiana se duplicó y llegaron a la región gentes de distintos lugares en busca de trabajo. En los cuatro años que duró la guerra, la producción de carbón aumentó más de un sesenta y cinco por ciento y los precios se incrementaron en más de un doscientos por cien.

También Asturias se había visto beneficiada en la siderurgia. Sus factorías —Duro Felguera, Fábrica de Mieres y Moreda-Santa Bárbara— incrementaron su producción. Tampoco el sector marítimo asturiano permaneció ajeno a esta ola de bienestar.

Fueron años dorados. Marina los vivió y observó desde Candás. Igual que ahora, que han finalizado, está al tanto del desconcierto generalizado de los obreros que se quejan de que, después de aquellos años prósperos de inmensos beneficios, estos no hayan repercutido también en sus vidas, que siguen siendo igual de miserables que antes, mientras que los ricos lo son mucho más.

Marina teme que el desconcierto obrero, que ya es una realidad también en Cuba, vaya en aumento. Porque, aunque en la isla se siguen viviendo momentos de esplendor con la llamada «danza de los millones», algunos conatos de protesta se han hecho notar. Aquel mismo año se había celebrado en La Habana el primer congreso anarquista y las protestas obreras empezaban a aflorar.

René le había contado con todo detalle lo sucedido a Enrico Caruso, contratado para actuar en el Teatro Nacional. La noticia de que el tenor italiano cobraba por cada actuación individual diez mil dólares —era el contrato mejor pagado de toda su carrera, unas veinte veces el salario anual de un trabajador medio cubano— fue considerada por los líderes obreros como una provocación.

Sucedió durante una *matinée*, el 13 de mayo de aquel mismo año de 1920, con el Teatro Nacional a rebosar y cuando el tenor Enrico Caruso, junto a Gabriella Besanzoni, interpretaba el aria «Celeste Aida», una bomba —según unas informaciones colocada en el último piso del teatro, según otras en los baños—, hizo explosión, sembrando el pánico entre el numerosísimo público asistente. Afortunadamente, no se produjeron víctimas ni heridos, solo el derrumbe del escenario y el susto incommensurable de Caruso, que parece ser que salió huyendo despavorido a la calle. Existían diversas versiones sobre el periplo callejero del tenor, asegurando algunos que había terminado en comisaría.

Marina no puede evitar una sonrisa al imaginárselo vestido de Radamés corriendo por la calle San Rafael porque, aunque nunca ha estado en el Teatro Nacional, sí conoce su ubicación exacta, ya que se había levantado sobre el viejo Teatro Tacón. ¡Cuántos recuerdos...! El baile de máscaras, aquel beso en el cuello...

Marina suspira emocionada. No estaría mal, se dice, desplazarse una temporada a Cuba. Varias veces había pensado en decírselo a Silverio, pero siempre desistía. Era un viaje tan largo. Se encontraba feliz en Candás, aunque mentiría si dijera que aquel mundo tan distinto lleno de arte y belleza no la atraía. De todas formas, su deber es pensar en su hija Rosita y evaluar si a ella le vendría bien el viaje a Cuba.

La niña se ha convertido en su preocupación constante. Desde hace tres días tiene viviendo en su casa a una de las chicas del orfanato de Oviedo.

Una tarde que visitaron a Carmina —su hermana monja—, esta les enseñó las dependencias del hospicio y las llevó a ver al grupo de niñas expósitas que vivían allí. Les habló un poco de la vida que hacían y muy pronto Rosita se acercó a unas niñas con las que entabló animada conversación.

A la hora de irse, Rosita le pidió a su madre que, por favor, permitiera que una de las muchachas que había conocido aquella tarde se fuera a pasar unos días a Candás. A Marina no le pareció muy buena idea, pero su hermana Carmina la animó a complacer a su hija.

—Marina, no te preocupes. Inés, la niña a la que quiere invitar Rosita, es una de las mejores. Es responsable y estudiosa. En los ocho años que lleva en la inclusa jamás nos ha dado un problema. Es más, colabora con nosotras para que todo vaya bien. Además, yo estaré cerca. Hacemos coincidir los días de Inés en Candás con los míos en Gijón y, si surgiera algún problema o contratiempo, me tienes al lado.

Las Hijas de la Caridad, cuando ya llevaban sesenta años al frente del hospicio de Oviedo, en 1890, habían decidido comprar un inmueble en Gijón, en la calle Ezcurdia, para que los pequeños acogidos en el centro de Oviedo pudieran pasar unos días cerca de la playa. Muy pronto vieron cómo muchos de los niños pobres, especialmente del entonces barrio mariner de la Arena, acudían a sus puertas. Al ver la realidad de aquellos pequeños, empezó a

tomar cuerpo, entre las monjas, la idea de ocuparse también de ellos para tratar de alfabetizarlos. Así nació el colegio de San Vicente en Gijón, atendido por las Hijas de la caridad.

—Carmina, ¿no has contemplado la posibilidad de pedir que te trasladen a Gijón? —le pregunta Marina.

—Querida hermana, no olvides que tengo voto de obediencia y que estaré siempre donde disponga mi superiora. Si me mandan a Madrid o cualquier otro lugar más lejos, aceptaré sin protestar.

—Sigue costándome entender tu vocación, pero me consuela verte feliz. ¿Estás segura de que a Rosita le vendrá bien salirse con la suya? —insiste Marina.

—No te preocupes. Rosita es una niña de fuerte carácter. La has mimado en exceso y te quiere solo para ella. Por ello no termina de aceptar la presencia de Silverio en casa. Es rebelde y pretende convertirse en protagonista para llamar tu atención. Quédate tranquila. Estoy segura de que Inés la ayudará.

—Dios te oiga, Carmina.

Marina quiere a Rosita como si fuera su verdadera hija y lo único que desea es su felicidad.

Decide relajarse un rato en su lugar preferido, una hamaca que en cuanto llega el buen tiempo manda colocar en el porche. El verano está resultando excelente. A diferencia de otros años, el sol aparece casi todos los días y la temperatura es muy agradable.

En los meses de verano, Candás se anima. Aunque no muchas, unas cuantas familias vienen habitualmente a pasar la temporada estival con ellos. Además de la playa con los baños de ola, que cada día son más famosos y gozan de gran aceptación —no solo para los pudientes, porque desde hace unos años también la gente de extracción social más baja acude a la playa—, Candás ofrece un tipismo y unos rincones inigualables que hacen la delicia de los veraneantes.

Marina se considera una antigualla porque no está dispuesta a ir a darse un baño a la playa por nada del mundo. Ella, que había pasado su niñez corriendo por la ribera y hablando con las olas, rechaza el contacto directo con la mar.

—Señora, ¿quiere que le sirva algo? —pregunta una de las jovencitas que trabajan en su casa.

—No, Reme. Pero hazme un favor, acércame el libro que está sobre la mesa del despacho. Voy a leer un rato.

Desde que vive en la nueva casa, Marina tiene a tres chicas empleadas. Con una sería suficiente, pero es una forma de ayudarlas. Además, procura ir formándolas, capacitándolas para poder optar al cargo de doncella en las familias más exigentes. De hecho, una de las primeras en trabajar en su casa se había ido a servir a Oviedo, contratada por unos conocidos de Marina.

Una tarde a la semana se sentaba con las tres muchachas empleadas y, mientras tejían o bordaban, ella les hablaba de algún libro o de algún tema de actualidad. No todas presentaban la misma predisposición, pero Marina se lo tomaba con paciencia.

—¿Es bueno? —le pregunta Reme, al acercarle el libro.

—Una historia muy divertida. Estoy segura de que esta novela os gustará muchísimo —dice Marina, sonriendo.

—No sé yo. La vida de las monjas más bien me parece triste —comenta Reme.

—Lo dices, claro, por el título de la novela, pero la hermana San Sulpicio aún no ha profesado, es novicia —explica riendo Marina.

Unos fuertes aldabonazos en la puerta sobresaltan a Reme que, como impulsada por un resorte, da un pequeño saltito:

—Perdón, señora, voy a ver quien llama —dice.



A Marina le sorprende que la muchacha no haya vuelto para decirle quién ha llamado. Aunque no le da mayor importancia porque piensa que es posible que hayan traído cualquier recado y Reme prefiere no molestarla.

Al cabo de una media hora y cuando ya se había olvidado de la llamada, llega Reme.

—Yo creo que ya ha esperado lo suficiente —dice la muchacha, muy misteriosa—. ¿Quiere que la pase aquí o va usted a la sala donde la espera?

—Pero de qué hablas, Reme, ¿quién ha venido? ¿Por qué no me has avisado en el acto?

—Porque el otro día me han dicho que las personas importantes deben hacer esperar a los visitantes. Que no es bueno dar la sensación de estar totalmente desocupados aguardando a que alguien les venga a visitar.

—¿Pero quién te ha dicho esas cosas? Bueno ya me contarás, ¿de verdad hay alguien esperándome desde hace más de media hora? —pregunta inquieta Marina.

—Sí. Creo que es una amiga suya madrileña que pasa los veranos en Candás. La señora de Delgado.

—¿Y qué has hecho con ella?

—Está muy cómoda en el recibidor de la entrada. Le he ofrecido bebida. Y está feliz esperando —manifiesta Reme.

—Dios mío, qué vergüenza, hazla pasar —le ordena muy seria Marina.

—Lo que usted mande, señora.

Marina no sale de su asombro porque, de las tres muchachas que sirven en casa, es Reme la más receptiva y la que siempre intenta hacer las cosas bien. ¿Quién la habrá engañado?



—Queridísima Marina, ya me han dicho lo ocupadísima que estás. Podría haber vuelto en cualquier otro momento, pero tenía tantas ganas de verte. Hemos llegado ayer por la noche.

—Por favor, Julia, perdóname, ha habido un malentendido. Jamás te habría hecho esperar —se disculpa Marina mientras la abraza.

—Te veo estupenda, Marina. Te ha sentado bien el matrimonio.

—Gracias, Julia. Estoy deseando que conozcas a Silverio. ¿Habéis venido todos? ¿Cómo están Paco y los niños?

—Todos muy bien. Este año, la niña se ha quedado en Madrid con los abuelos. Ha suspendido tres asignaturas y tiene que seguir asistiendo a clase.

—Podrías haberle buscado un profesor aquí.

—Sí, pero pienso que, de esta forma, si de verdad le interesan las vacaciones, tomará nota y estudiará durante el curso. Además, sus abuelos la

llevarán algún día a Segovia. No me da ninguna pena.

Julia y Marina se habían conocido el primer verano después del regreso de Marina de Cuba. Solían coincidir en sus paseos por el muelle. Una tarde, una lluvia imprevista iba a ser el origen de su amistad. Julia se había ofrecido a cobijar a Marina bajo su paraguas y, desde entonces, la amistad entre ambas se había ido fortaleciendo con los años.

Cuando venían a Candás se veían con frecuencia y a menudo Julia y su marido acudían a cenar a casa de Marina. Los dos eran madrileños. Él trabajaba en el Ministerio de la Guerra y tenían dos hijos: una chica y un chico. Julia, como casi todas las mujeres de la época, se dedicaba a las labores del hogar.

—No sabes la alegría que me produjo tu carta en la que me comunicabas que te habías casado. Alegría y sorpresa, porque no tenía ni idea de que tuvieras novio. Desconocía la existencia de Silverio.

—Es una historia que algún día te contaré. Silverio siempre fue el hombre de mi vida. Desde que me he casado, soy la persona más feliz del mundo —dice emocionada Marina—. Hemos abierto una tienda de ropa en Candás de la que se ocupa Silverio, que tiene una gran experiencia, ya que durante su estancia en La Habana trabajó en grandes almacenes.

—Algo me ha dicho la dueña de la casa nada más llegar —dice Julia con una sonrisa.

—Ya sabes cómo son los pueblos pequeños. Las noticias vuelan.

—¿Funciona bien el negocio? —pregunta Julia.

—No podemos quejarnos.

—Cuánto me alegro, querida. No te he preguntado por Rosita, me extraña no verla por aquí.

—Ha salido de paseo con una amiguita que ha venido a pasar unos días con nosotros.

—Qué bien. Le he traído unos cuentos de Calleja.

—Muchas gracias —dice Marina—. Le van a encantar. Le gusta mucho leer.

—Sigue tu ejemplo. Me han hablado maravillas de esta novela de Armando Palacio Valdés. Tengo ganas de leerla —dice Julia, tomando en sus manos el ejemplar de *La hermana San Sulpicio*.

—En cuanto la termine te la dejo. No te voy a contar nada, pero te gustará —asegura sonriente Marina.

—Me han dicho que en Sevilla piensan nombrar a Palacio Valdés hijo adoptivo de la ciudad por la fama que les ha proporcionado al escribir esta historia —comenta Julia.

—Me alegro mucho —afirma Marina, que añade—: Dentro de unos días, el 9 de agosto, se inaugurará en Avilés un teatro con su nombre.

—Pero él no es natural de Avilés —observa Julia.

—Sí, ya lo sé. Pero pasó toda su niñez en esa ciudad, con la que siempre ha mantenido una estrecha vinculación. Aunque en la novela la llama Nieva, Avilés es el escenario donde se desarrolla *Marta y María*.

—Qué bonito —exclama Julia.

—¿Te gustaría ir a la inauguración? —pregunta Marina.

—Muchísimo.

—Pues si mi amigo, al que le encargué las entradas, no me falla, que espero que no, iremos los cuatro.

—Qué bien, será estupendo. Por cierto, ¿a Silverio y a ti os gusta el ajedrez? —le pregunta Julia.

—No creo que Silverio sea ningún experto, pero alguna vez, después de cerrar la tienda, sé que se reúne con algunos amigos en tertulia y a veces juegan —responde Marina—. En cuanto a mí, no tengo ni idea.

—Te lo pregunto porque a Paco le encanta. No jugar, que se defiende un poquito, sino acudir como espectador a los torneos. Se ha enterado de que este verano se celebra uno en Gijón. Y seguro que querrá ir más de un día. Sería estupendo que fuésemos juntos alguna tarde. Es en el Real Club Astur de Regatas y podríamos quedarnos a cenar.

—Me parece una idea genial —dice Marina—. No conozco el club, pero me han dicho que es precioso y que está ubicado en uno de los lugares con mejores vistas sobre el mar, mirando a la bahía de San Lorenzo.

—Es verdad. Nosotros estuvimos el año pasado y nos encantó —asegura Julia.

Marina no dice nada, pero está segura de que a Silverio no le va a entusiasmar la idea de ir al club, frecuentado en su mayoría por la sociedad

más elitista. Tampoco ella se sentirá cómoda en aquel ambiente, aunque sabe que mientras se celebre el torneo los visitantes serán de lo más variopinto y habrá muchas personas que, como ellos, acudan allí por primera vez.

El Real Club Astur de Regatas de Gijón, inaugurado en 1911, tuvo su primera sede en el local del antiguo Ateneo, en la calle Corrida. Pero las aspiraciones de sus fundadores eran llevarlo cerca del mar. La aceptación del rey don Alfonso XIII de la presidencia de honor del club, así como su participación en las regatas de 1912 y 1913, fueron decisivas a la hora de conseguir la autorización para la compra de los terrenos de la batería de San Pedro en Cimadevilla. Y allí, en el popular barrio de Cimadevilla, en la ladera del cerro de Santa Catalina, se edificaron, en 1913, las instalaciones que albergarían desde entonces el Real Club Astur de Regatas. Un lugar, sin duda privilegiado, con las mejores vistas de la costa gijonesa.

—Si viviera en Gijón —asegura Marina—, tal vez me haría socia del club, pero estando en Candás no merece la pena.

—Tienes razón. Además, se puede acceder a todas sus dependencias con un socio. Y, por supuesto, también cuando se celebran competiciones. Me voy, Marina, no quiero entretenerte más. Ya nos vemos. Este año, al no venir la niña, voy a estar un poco más desocupada.

—¿Por qué no venís a cenar mañana y así conocéis a Silverio?

—Ya me han dicho que es un hombre muy guapo.

Marina desconoce las razones por las que aquel comentario de Julia no le agrada. Mira que si va a descubrir ahora que es celosa... Cuántas cosas le habrán dicho ya a su amiga de ella y de su matrimonio. Prefiere no pensar en ello y, con una amplia sonrisa, dice:

—Para mí, Silverio es el hombre más guapo del mundo.

—Tiene sus ventajas volver a casarse de mayor porque se recupera la ilusión de la juventud por no haberla vivido juntos. Yo quiero a Paco, pero nada que ver con los primeros años —admite Julia, con expresión resignada.

—Yo creo que el amor en el matrimonio pasa por diferentes etapas. En cada una de ellas es necesario cuidarlo, alimentarlo, insuflarle ilusión.

—Sí, Marina, todo eso que dices es muy bonito, pero después la realidad es muy distinta. El amor puede desaparecer. Y eso sin contemplar la posibilidad

de que una nueva persona haga vibrar el corazón, algo a lo que todos estamos expuestos.

—Es verdad lo que dices, Julia, y si es a mi marido a quien le sobreviene el desamor y aparece una nueva ilusión no sé lo que hará. Pero si soy yo, te aseguro que no dejaré crecer en mí ese sentimiento. Me volcaré en mi marido, que ha sido mi amor, y mantendré mi voluntad firme para que lo siga siendo.

—Dios quiera que no te encuentres en esa situación, porque es muy complicada. Aunque también existen otras formas de mantener la armonía en el matrimonio, sobre todo por parte del cónyuge masculino. A las mujeres nos resulta más peligroso, pero algunos casos existen.

—¿Cómo?

—Recurriendo al fingimiento. Manteniendo una doble vida. No es que yo esté de acuerdo con esa situación, pero sé que es real en muchos matrimonios —matiza Julia, que añade—: ¿Quiénes crees que son los clientes de los prostíbulos? ¿Todos hombres solteros? No seas ingenua, Marina.

A Marina de repente se le agolpan los recuerdos. Unas imágenes la sacuden en lo más profundo de su ser. ¿Por qué han tenido que hablar de aquel tema? No quiere recordar la dureza de su relación anterior. Ricardo no necesitaba acudir a los burdeles.

—La verdad, Julia, es que nunca había pensado en la clientela de los prostíbulos —replica, tratando de dominar su turbación, con gran esfuerzo—. Tal vez tengas razón. Qué pena.

—Sí que es triste —concluye la amiga.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta Marina.

—Sí, cuenta con nosotros. Aunque no le he dicho nada a Paco, sé que estará encantado. ¿A qué hora venimos?

—Podemos quedar sobre las ocho y media. Tomamos un aperitivo y luego cenamos.

—Perfecto. Gracias, Marina.

Se despiden con un beso. Después de cerrar la puerta, Marina no puede contener las lágrimas. «Ni una más —se dice con rabia—, no volveré a llorar por unas vivencias que pertenecen al pasado y a las que no debo dedicar ni un segundo. Tengo que conseguir borrarlas para siempre. Mi presente es lo que

importa y la felicidad que siento al lado de mi marido es lo único que debe llenar mi vida. Volveré al jardín y seguiré leyendo».

3. *Me gustaría ser tu hermana*

Sor Carmen se queda un rato observando a Rosita y a Inés, que caminan juntas hacia el muelle. Marina le ha comprado unos vestidos a Inés para que la niña no vaya de uniforme y evitar, de esa forma, que todos se fijen en ella. También le ha pedido que se quite la pulsera en la que figura su número de matrícula. Sor Carmen le ha recomendado a Inés que siga los consejos de Marina, que lo único que pretende es que su estancia en Candás sea lo más feliz posible.

Las dos chicas son casi de la misma estatura pero se nota de forma perfecta la alimentación que recibe cada una. Cuánto daría sor Carmen porque todos los expósitos a los que atienden en el orfanato pudieran comer más y mejor, pero cada día aumenta el número de niños abandonados y el presupuesto del que disponen es el mismo desde hace unos años. Tampoco el enorme caserón que les han facilitado para instalarse contribuye a hacer la vida más agradable. Por más que intenten renovar su aspecto, las agrietadas paredes proporcionan una sensación de abandono que no consiguen mejorar.

Le vendrán bien a Inés los días en Candás, piensa sor Carmen, y también Rosita se beneficiará con esta visita. Se alegra de la buena sintonía que nada más conocerse se estableció entre ellas. Inés es, de las expósit, una de las que más quiere. Desde los primeros días, sor Carmen se fijó en aquella niña que casi siempre se comportaba bien, que nunca originaba problemas y que solo lloraba cuando creía que nadie la veía. Reconoce que le tiene un cariño especial, y que para complacer a Inés, que desea permanecer en el orfanato, no la ha dado en adopción, aun cuando sospecha que nunca nadie la recogerá, como esperaban los primeros años.

—Qué bonito el puerto, Rosita. Tienes que ser muy feliz pudiendo pasear por aquí y viviendo en una casa tan bonita, y con jardín —dice Inés, admirada.

—Sí que lo soy. Reconozco que he tenido suerte. Aunque lo cambiaría todo por tener a mi madre junto a mí. Ya sabes que mis padres son adoptivos.

—No lo sabía, aunque me lo parecía.

—Son muy buenos y me quieren mucho, pero pienso que no tenían que haberme traído a un mundo en el que soy diferente, yo nací en Cuba —dice Rosita con pena.

—Eres muy guapa. Lo único que te diferencia es tu piel un poco más oscura. Tus ojos verdes son preciosos. No debes preocuparte.

—Gracias, Inés. ¿Tienes hermanos?

—La verdad es que no lo sé.

—Estamos igual, también yo desconozco si tengo hermanos.

—Pero puedes preguntárselo a tu madre.

—De momento, prefiero no hacerlo. Tengo tantas preguntas.

—Ay, si yo pudiera preguntar —se lamenta Inés.

—¿No conoces a nadie de tu familia?

—A nadie. Tampoco sé si soy huérfana o si mi madre vive.

—Pero las monjas lo sabrán —aventura Rosita.

—No saben, y aunque quisieran enterarse para ayudarme, no pueden.

—¿Por qué?

—Mi historia es muy triste —explica Inés con resignación—. Mis recuerdos cada vez son menos nítidos, pero aún puedo ver la cara de la mujer que me cuidó y que siempre dijo ser mi madre. Ella fue la que un día, cuando yo tenía tres años, me dejó en el hospicio. Han pasado más de ocho años desde entonces. Un día me decidí a hablar con sor Carmen para interesarme por lo que les había contado mi madre al entregarme, porque sabía por las monjas que la mujer que me llevó no me dejó sola a la puerta con una nota, sino que habló con la hermana encargada del turno. Quería conocer qué les había dicho y si pensaba recogerme alguna vez. Según el testimonio de la hermana que me recibió y según quedó anotado en el expediente, mi madre aseguró que volvería a buscarme pronto, en cuanto solucionara un asunto. Al escuchar lo que me decían las hermanas, tuve miedo de que a mi madre le hubiera pasado algo grave y por eso no había vuelto a por mí. Entonces le rogué a sor Carmen que intentara localizarla. Un día me llamó y con pena me dijo que nada se podía hacer. Que mi supuesta madre, la mujer que me dejó en el hospicio, dio un nombre y una dirección falsos. No existía esa persona, me aseguró.

—Qué terrible —exclama Rosita.

—Mucho. ¿Sabes? Prefiero pensar que ella no era mi madre y que la verdadera está muerta o ignora mi paradero. Aunque creo que sí lo era. Tengo el mismo color de pelo que aquella mujer que parecía quererme y a la que yo adoraba. ¿Cómo pudo abandonarme para siempre? —dice Inés con lágrimas en los ojos.

El caso de Inés no era de los más comunes, porque casi todos dejaban a los niños en el hospicio de forma permanente y anónima. Solo una nota para decir si estaban bautizados. Lo más frecuente era que fueran bebés de días o meses.

Durante el día, los niños eran entregados por la puerta principal del hospicio, y a partir del toque de oración hasta el amanecer, el torno permanecía abierto y una monja se quedaba de guardia para salir de vez en cuando a mirar y poder acoger a los muchos bebés que dejaban a la puerta sin llamar.

—Inés, ¿no te gustaría conocer la verdad? —le pregunta Rosita.

—Ahora no estoy segura.

Rosita está asombrada. Ella podía ser una de aquellas niñas... qué suerte ha tenido con Marina.

—Pero ¿no os dan en adopción? —quiere saber Rosita.

—A mi edad, ya es difícil y, además, yo siempre le he rogado a sor Carmen que me dejara con ellas. Muchos de los bebés sí son requeridos por familias, pero los mayores, no. Rosita, mírame, el hospicio es mi verdadera casa. Es vieja y destartalada. Comemos poco. Pasamos frío, pero la mayoría de las monjas nos quieren de verdad y luego con algunas de las chicas he establecido lazos de auténtica familia. Yo las quiero como si fueran mis hermanas.

Rosita se conmueve ante lo que le está contando su amiga. Con qué derecho ella se siente infeliz cuando está rodeada de comodidades y cariño. Marina y Silverio se comportan como auténticos padres. ¿Cuánto darían la mayoría de niñas del hospicio por poder vivir como ella? Rosita se avergüenza de sus sentimientos y piensa que le gustaría ser como Inés.

—Qué buena eres, Inés —dice Rosita, a punto de llorar—. Me gustaría que fuéramos hermanas.

—Pues si quieres, ya lo somos de forma simbólica. Yo prometo ser tu amiga siempre —asegura Inés.

—Yo también —dice Rosita, dándole un beso.



—Qué guapísima te has puesto, Marina —dice Silverio con admiración.

—¿Te gusta mi vestido nuevo? —pregunta, coqueta, mientras da una vuelta para que se lo vea con todo detalle.

—Es precioso y te sienta muy bien.

—Gracias, Silverio, la ocasión lo requiere. Esta noche irá la gente muy elegante. Me gustaría mucho poder saludar a don Armando Palacio Valdés.

—¿Estás segura de que va a asistir? —le pregunta Silverio.

—Creo que sí, porque ayer en Avilés se le impuso la Gran Cruz de Alfonso XII y me han dicho que se queda hasta el día 15.

—Pero tiene que ser muy mayor —comenta Silverio.

—No tanto, andará por los sesenta y siete. Es más joven que tu madre.

—¿A qué hora han quedado Julia y Paco en venir a recogerlos?

—Aproximadamente dentro de una hora. Si terminamos de arreglarnos pronto, podemos bajar un rato al jardín con las niñas. Le he pedido a la señora Covadonga que venga a la hora de la cena. Reme se ocupa de ellas. Además, Inés es tan responsable que bien podrían quedarse solas.

—Marina, ¿no te parece que la influencia de Inés está cambiando a Rosita? No te lo había comentado, pero desde hace unos días me da un beso cada vez que salgo de casa.

—Tenía razón mi hermana. Hay que ver lo madura que es Inés.

—La dureza y el dolor de la vida de los niños abandonados les hace crecer sobre todo en fortaleza —dice convencido Silverio.

—Los que consiguen sobrevivir, que son poquísimos. Me ha contado mi hermana que más del sesenta por ciento de los niños recogidos fallecen a los pocos días.

—Maldita miseria —exclama Silverio.

—Tú sabes, Silverio, que veo a Carmina una o dos veces al año y jamás me habla de su vida. Sabía que estaba en el hospicio y poco más. Pero hace un

mes, cuando estuve con Rosita en Oviedo, al enterarse de que mi hermana trabajaba con niños sin padres, se emperró en que quería visitarla. Hoy, doy gracias a Dios de haber hecho la visita. Primero, porque tomé conciencia de la precariedad en la que viven estos niños y del esfuerzo que las Hijas de la Caridad hacen para sacarlos adelante. Mi propósito es ayudarlas un poco. Y, en segundo lugar, porque Rosita conoció a Inés, que ha sido como un bálsamo para ella.

—Sí que ha sido bueno que fuerais. Muchas veces vivimos inmersos en nuestras propias preocupaciones sin darnos cuenta de esa otra realidad que existe en nuestro entorno. No te olvides del abanico —le recuerda Silverio.

—Gracias. ¿Bajamos?



Las dos niñas están sentadas leyendo en el jardín.

—Nunca había podido disfrutar de un cuento —dice Inés—, me encantan.

—Te puedes llevar los que quieras —le ofrece Rosita.

—Muchas gracias. Le preguntaré a sor Carmen.

—Pero te los doy yo y son para ti, ¿por qué le tienes que pedir permiso a sor Carmen?

—Porque no tenemos pertenencias personales. Si alguna de nosotras, cuando nos entregan, lleva algún objeto, ropa o recuerdo las monjas se hacen cargo de ello. Nos lo dan el día que abandonamos la institución.

—Pero seguro que te permiten llevar cuentos. Se los das a las monjas para que los puedan leer las otras niñas.

—Sería una alegría para mí —asegura Inés, que añade—: Algún día intentaré escribir un cuento.

—¿Te gusta escribir?

—Sí. Muchas veces lo hago. Escribo pensamientos, que luego tiro para que nadie los vea. Mira, Rosita —dice Inés, que acaba de descubrir a Marina y a Silverio que se acercan por el porche—, qué guapos. Seguro que van a alguna fiesta.

—Sí, a la representación de una opereta con la que se inaugura un teatro en Avilés.

—¿Has ido alguna vez al cine? —pregunta Inés.

—Sí. ¿Tú no?

—No. Tiene que ser maravilloso.

—Antes de que te marches tratamos de conseguir que nos dejen ir un día. Madre —dice Rosita, mirando a Marina que se acerca—, Inés nunca ha ido al cine. Tenemos que llevarla antes de que se vaya. Qué vestido tan bonito lleva.

—El domingo todavía estás aquí, ¿verdad? —pregunta Marina—. Pues lo organizamos. Me alegra que os guste mi vestido.

—Es precioso. Como un sueño —exclama Inés.

El vestido, de gasa estampada en suaves tonalidades, es de talle bajo con un ligero frunce en la falda. El escote en pico va bordeado de una especie de greca de color *beige* clarito que se prolonga en vertical desde el vértice del escote hasta la unión del talle con la falda y recorre todo el contorno. Su efecto consigue simular un largo collar con eslabones, ya que la tela utilizada en este adorno no va lisa sino que está rematada en ondas.

—Inés, ya me han dicho que está mañana lo habéis pasado muy bien en la playa —le dice Marina.

—Sí, por fin me he decidido; me he bañado —explica muy sonriente la niña.

—Es una valiente. Yo no puedo, el agua está siempre muy fría. Se ha bañado con Vicente. También ha estado con nosotras el hijo de su amiga Julia —dice Rosita.

Marina no baja nunca en el verano a la playa, manda casi siempre a Reme con Rosita. Esta mañana también las ha acompañado la muchacha.

—¿Le habéis dado mucho la lata a Reme? —pregunta Marina.

—No. Y creo que ella lo ha pasado muy bien. Ha estado hablando mucho tiempo con Lolo —comenta Rosita.

—¿Con mi hermano? —pregunta Silverio.

—Sí.

—No sabía que eran amigos —apunta Marina.

—Ni yo tampoco —corroborra Silverio—. Lolo casi le dobla la edad.

Silverio había intentado en varias ocasiones volver a hablar con su hermano para aclarar algunas cosas, pero Lolo le esquivaba. No le había contado ni a Marina ni a su madre el desagradable encuentro mantenido con su hermano el

día de Pascua. Pero a su madre sí le comentó lo extraño que le parecía que Lolo no formara una familia.

—Hace tiempo que dejé de preocuparme por tu hermano. Años atrás intenté asumir el papel de «casamentera» —había asegurado su madre—. Había dos chicas en Candás que me gustaban para él. Pero todo fue inútil. Sé que muchas mozas estarían encantadas de salir con tu hermano, porque es muy guapo. Tú también lo eres, Silverio, pero Lolo más.

—Como se nota que es nuestra madre —le dijo Silverio riendo.

—Lolo pasa la vida en la mar y en el chigre —comentó Rosa—, pero si así es feliz... Siempre fue muy especial.

Silverio no se ocuparía de la vida de su hermano y de lo que hacía si no fuera por aquella conversación que le hacía pensar que en el fondo no le conocía y que podía necesitar ayuda.

—La edad no tiene mucha importancia —apunta Marina—, si Reme y Lolo se gustan y llegan a enamorarse, perfecto.

—Madre —llama Rosita—. Ahí viene Reme, ¿por qué no le preguntan a ella?

Marina y Silverio se dan cuenta de que han hablado delante de las niñas.

—Perdón —se disculpa Reme por la interrupción—, ya han llegado doña Julia y su marido.

—Gracias, Reme, ahora vamos.

Se despiden de las niñas. Antes de irse, Marina les da un beso y muy bajito les pide que guarden silencio, que no le digan nada a Reme.



—Yo tampoco conocía los libros de Pinocho. Los hemos descubierto juntas, me los ha regalado Julia, que es de Madrid, la amiga de mi madre. Me han gustado —dice Rosita—. ¿Y a ti?

—Mucho. Son historias muy divertidas. Me encantaría poder viajar como Pinocho —fantasea Inés—, y pensar que a veces nos comportamos como Chapete.

—Estoy deseando leer más aventuras tuyas. Julia ha prometido enviarme algunos por correo. Se editan en Madrid —le cuenta Rosita.

Los derechos en España del popular personaje de Pinocho, creado por Carlo Collodi, seudónimo del florentino Carlo Lorenzini, fueron adquiridos en España por Saturnino Calleja, propietario de la Editorial Calleja, que había sido fundada en 1876. Su especialidad era la literatura infantil. Calleja se propuso que los cuentos editados por él llegaran a todos los niños vendiéndolos a precios muy bajos. Se podían adquirir por cinco y diez céntimos. Pronto, de la mano de Calleja y del escritor y dibujante madrileño, Salvador Bartolozzi, nació la versión española de Pinocho que enseguida superó en popularidad a la italiana. El Pinocho español, muñeco de madera, contaba con un rival que competía con él en todas sus aventuras, Chapete, el muñeco de trapo.

—Madrid tiene que ser una ciudad enorme y muy bonita —comenta Inés.

—¿Te gustaría conocer Madrid? —pregunta Rosita.

—Por supuesto, y otros muchos lugares —contesta Inés.

—Yo solo le pido a Dios poder ir algún día a Cuba, donde nací y donde vivió y murió mi madre. Inés, ¿a ti no te parece que Dios se ha olvidado de nosotras?

—Nunca lo había pensado. Pero estoy segura de que no es así —asegura Inés—. Dios nos quiere.

—¿Entonces, por qué no podemos disfrutar al lado de nuestros padres, como lo hacen otros niños? —dice Rosita a punto de llorar.

—No lo sé, pero sigue cuidándonos porque nos dio otra familia. ¿Cómo voy a pensar que Dios no me quiere viendo a las Hijas de la Caridad que me cuidan? Y tú, Rosita, tienes unos padres que te adoran, ¿qué más puedes pedir? —reflexiona Inés.

—Que mi madre natural no hubiera muerto al nacer yo.

—Ya sé que tiene que ser muy triste. Pero por un momento imagina que tu madre no hubiera muerto y que por dificultades económicas o de otro tipo te hubiera dejado en un orfanato.

—Pero podría verla —exclama Rosita.

—O no. Piensa en mi caso —dice Inés con pena.

—Tienes razón. Quisiera poseer tu capacidad para conformarme, pero me siento desgraciada. Tengo tantas dudas, tantas preguntas sin respuesta.

—Pues ya sabes, un día te sientas con tu madre y le preguntas todo —le aconseja Inés.

—En el fondo, creo que no me atrevo a hacerlo porque temo algunas respuestas.

—La imaginación nos puede jugar malas pasadas —comenta Inés—. Sabe Dios las respuestas que ya te habrás dado tú misma a todos esos interrogantes.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también he ideado mil razones con las que poder entender el comportamiento de la mujer que me dejó en el hospicio, fuera o no mi madre.

—Inés, te voy a echar mucho de menos cuando te vayas.

—Yo también. ¿Sabes? Gracias a ti, Rosita, estoy pasando los mejores días de mi vida.

Las dos muchachas están sentadas muy juntas en el jardín. Hace rato que la señora Covadonga las observa. Siente una especie de ternura al ver lo felices que se las ve. Ella no está instruida y casi no sabe nada de nada, pero conoce a las personas, y aquella niña que han traído de Oviedo es especial, transmite paz. En los días que lleva en Candás se ha puesto preciosa. Ha engordado y la palidez de su rostro ha desaparecido. Viéndolas a las dos juntas no sabría decir cuál de ellas es más guapa. Aunque siempre elegiría a Rosita. Por supuesto que influye el cariño en su elección, pero Rosita tiene los ojos verdes, el cabello rubio y la piel como el café con leche; preciosa. Inés es pelirroja de profundos ojos negros y tez muy blanca. Es una pena, piensa, que no puedan vivir juntas.

Como si hubiese una intercomunicación entre los pensamientos de la señora Covadonga y Rosita, esta, tomando una de las manos de Inés, les propone:

—¿Por qué no te quedas a vivir con nosotros en Candás para siempre?

—Eso es imposible.

—Mi madre puede adoptarte, como hizo conmigo —dice eufórica Rosita.

—No es tan sencillo. A mí no me han dejado en el hospicio para que me dieran en adopción —responde Inés muy seria.

—Pero sor Carmen es hermana de mi madre —replica Rosita.

—Por favor, Rosita, no insistas. Tienes que saber que yo quiero seguir en el orfanato.

—¿Lo dices en serio? ¿Prefieres vivir allí, que aquí conmigo?

—Ya te he dicho que seré tu amiga para siempre y que me encuentro feliz en Candás, pero en Oviedo puedo ayudar a otras niñas y además debo permanecer allí por si alguien acude a buscarme —dice Inés con una media sonrisa.

—Después de lo que te han dicho las monjas, ¿sigues creyendo que volverán a por ti?

—Dudo mucho que lo hagan.

—¿Entonces?

—Seguiré esperando. Rosita, prométeme que no le dirás nada a tu madre.

—Te lo prometo.

Se encuentran tan ensimismadas en la conversación que no se han dado cuenta de la presencia de Reme.

—Niñas, ya es la hora de cenar.

—¿Ha llegado la señora Covadonga? —pregunta Rosita.

—Sí, hace rato.

—¿Y cómo no nos ha venido a ver?

—No tengo ni idea —contesta Reme, que añade—: Estaría dando los últimos toques a tu postre preferido.

—¿Ha traído arroz con leche? —pregunta alborozada Rosita.

—Creo que sí.

—Ya verás cómo te gusta —le dice Rosita a Inés.

—Entrad en casa —les pide Reme—, ya recojo yo los cuentos.

Mientras caminan despacito, Inés le comenta a Rosita:

—No es que se parezca a tu madre, pero Reme me la recuerda muchísimo. Tengo la sensación de que la imita hasta en la forma de andar.

—Es posible. Tú sabes que mi madre mantiene una relación muy especial con las sirvientas. Intenta que no olviden lo poco que aprendieron en la escuela y se preocupa mucho por ellas. Y puede que la admiren tanto que pretendan imitarla.

—Qué buena es tu madre, Rosita. Qué orgullosa te tienes que sentir de ella —le dice Inés.

—La quiero muchísimo, pero desde que se casó con Silverio me he distanciado un poco —confiesa Rosita.

—No me digas que tienes celos.

—No son celos, es que estábamos muy bien las dos solas. Y, además, fue todo tan de repente que no podía hacerme a la idea.

—¿A qué te refieres? —pregunta Inés.

—Al matrimonio. La segunda vez que vi a Silverio ya se había convertido en su marido.

—¿No vivía en Candás?

—No, en La Habana. Mi madre también —explica Rosita—. Seguro que allí, y al ser los dos de Candás, coincidieron muchas veces. Los dos estaban viudos —aclara Rosita.

—Se los ve muy enamorados —apunta Inés.

—Sí que lo están. Inés, ¿no te gustaría a ti enamorarte?

—Puede que algún día. Ahora somos muy jóvenes, Rosita.

—Pues yo tengo más amigos que amigas. Me lo paso mejor con ellos. Tú, Inés, eres la única chica con la que me gusta estar. En el hospicio también viven chicos, ¿verdad?

—Sí. Alguno es guapo.

—Seguro que te gusta más de uno —dice Rosita riendo.

—La verdad es que no.

—Pero te agrada que te miren —insiste Rosita convencida.

—Me da lo mismo. Si lo hacen, no me entero porque yo no me fijo en ellos.

Las dos casi se dan de bruces con la señora Covadonga que sale a buscarlas.

—¿Pero qué pasa hoy, no queréis cenar? ¡Ay! De qué estaréis hablando tan entretenidas —exclama la señora Covadonga.

—Gracias, gracias por el arroz con leche que sé que nos ha traído —le dice Rosita mientras le da un beso.

—Ya os lo ha dicho Reme, ¿verdad? Y yo que quería que fuera una sorpresa.

4. *Las mujeres no pueden votar*

—Ha sido uno de los mejores veranos. Lo hemos pasado genial. Qué bien han congeniado Paco y Silverio —afirma Julia.

—Sí, ya sé que se ha sumado a la tertulia que siempre tienen en la tienda después de cerrar —dice Marina.

—No sé cómo no se cansan todo el día hablando de política —replica Julia.

—Pues a mí, te lo digo a ti sola, me encantaría poder asistir —confiesa Marina.

—¿Y por qué no lo haces? Es vuestra tienda y tu marido.

—No quiero dar lugar a comentarios. No estaría bien visto. Si fuera en casa sería distinto.

—Eso te iba a decir. En Madrid, hay algunas señoras que organizan meriendas en su casa donde se habla de todo.

—Pero no podemos comparar —dice Marina con pena.

—Por cierto, el otro día lo hablaba con Paco, tenéis que animaros Silverio y tú a pasar unos días con nosotros en Madrid. Os quedáis en casa.

—No conozco Madrid.

—Eso lo tenemos que solucionar de inmediato —se apresura a decir Julia—. Podría ser después de las fiestas del Cristo. El otoño es una época muy buena.

—Me da un poco de miedo. Este año habrá mucho movimiento en Madrid con las elecciones y puede que se produzca algún altercado —apunta Marina.

—Dios no lo quiera. Pero te entiendo, porque con la situación que se vive en Cataluña no se puede estar tranquilo.

En aquellos años el pistolero era una práctica habitual en Cataluña. Los empresarios contrataban a pistoleros a sueldo para asesinar a incómodos trabajadores y sindicalistas en un intento de acallar las reivindicaciones.

También los sindicatos emplearon a matones para responder con el mismo sistema.

Hacía solo unos días que los condes de Salvatierra y la marquesa de Tejares habían sido tiroteados en Valencia. Ni el conde ni la marquesa habían logrado sobrevivir. Se decía que el asesinato había sido planeado por los obreros de Barcelona donde el conde había sido gobernador civil.

Las críticas y el malestar social iban en aumento por lo que muchos consideraban pasividad del Gobierno ante aquella oleada de asesinatos.

—¿Te parece que con estas nuevas elecciones se va a solucionar algo? —pregunta Marina.

—No creo. Se convocan casi todos los años. El panorama es muy complicado. Además de la situación interna, el tema de Marruecos nos está minando por dentro. Paco casi no habla de ello, pero sé que están muy preocupados en el ministerio —cuenta Julia.

—¿Piensas que alguna vez nos dejarán votar a las mujeres? —se pregunta Marina, que apostilla—: Ya reivindicaba el voto Olympe de Gouges, en tiempos de la Revolución francesa.

—No sé quién fue esa señora —confiesa Julia—. Pero está claro que sus exigencias no fueron atendidas.

—No me extraña que desconozcas su existencia. Casi nadie la conoce. A mí me habló de ella, hace años, un amigo periodista madrileño que me ayudó mucho a crecer interiormente. La personalidad y la obra de esta mujer fueron silenciadas por los hombres importantes de su tiempo. Les molestaba que una mujer levantara la voz para llamarles la atención —comenta Marina muy seria.

—Pues sí que parece interesante. Dime algo más —pide Julia.

—Era escritora. Ella fue la autora, en Francia, de la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana. Filósofa y también política, tomó parte activa en la Revolución francesa. Según me contó mi amigo, fue acusada de traidora por oponerse a la ejecución del rey Luis XVI. Olympe murió ejecutada en la guillotina.

—Qué pena.

—No fue ella sola. Otras mujeres francesas sufrieron ese mismo castigo. Precisamente, Olympe siempre decía que si la mujer podía subir al cadalso,

también se le debería reconocer el derecho de poder subir a la tribuna — concluye Marina.

—Qué interesante y qué triste —opina Julia, que le pregunta—: ¿Por qué te interesa tanto votar? Si soy sincera, a mí me da lo mismo.

—Tenemos el mismo derecho que los hombres a elegir a aquellos que nos van a gobernar. Formamos parte de la sociedad al igual que ellos.

—Ya, pero me da igual —dice con cierto cansancio Julia.

—A mí, no —afirma Marina.

—¿A qué partido votarías si pudieras? —pregunta Julia.

—Es muy probable que al de Melquíades Álvarez. No conozco a fondo su programa, pero admiro mucho a algunas personas que militan en las filas del Partido Reformista y conozco el buen hacer de estas en beneficio de los demás. Mira —Marina señala un edificio en construcción—, esa será la nueva fábrica de conservas de don Bernardo Alfageme, que es del Partido Reformista. Dicen que va a ser modélica. Ya te he hablado de él. Sin su ayuda, yo sería otra persona —concluye, muy seria, Marina.

—Sí, recuerdo que me contaste que serviste en su casa. Por cierto, casi se me olvida —exclama Julia—, he recibido carta de una amiga de Madrid que me pide que le busque una chica de servicio. Me dice que le gusta la gente del norte. He pensado que tú puedes ayudarme y si una de tus doncellas, por ejemplo Reme, acepta el trabajo, sería estupendo.

—Hablaré con ella. Es en la que más confianza tengo. Lamentaré su marcha, pero si a ella le apetece, tiene mi autorización.

—Mi amiga, que es viuda, tiene título nobiliario. Sus hijos son mayores y todos están casados. Vive sola con una doncella que es muy mayor, que lleva toda la vida a su servicio y no quiere dejarla en un asilo. Reme las atendería a las dos. Le pagarán bien —matiza Julia—. No será mucho el trabajo que tenga que realizar.

—Esta misma noche se lo comento —asegura Marina.

—¡Qué guapo! —exclama Julia—. ¿Quién es? Nunca le había visto. —Marina mira a los tres hombres que charlan en la calle. Antes de que pueda decir nada, su amiga le explica—: El que está fumando. Parece un artista. ¿Le conoces?

—Es mi cuñado, Lolo, el hermano de Silverio.

—Vaya planta que tiene y qué ojos. Preséntamelo, por favor.

Marina se da cuenta de que Lolo, que las ha visto, trata de ignorarlas. Incluso se gira para darles la espalda. De haber estado sola hubiese pasado sin decir nada, pero ante la insistencia de Julia, no tiene otra opción que la de saludar.

—Hola, Lolo, cuánto tiempo. Puede que haga meses que no nos vemos. ¿Todo bien? —pregunta Marina, acercándose con una amplia sonrisa.

—Sí, sí, muy bien. Ya sabes que la mayoría del tiempo estoy en la mar. Ella es mi mejor amiga.

—Me cuesta creer eso que dice. ¿La mar ocupando el lugar de una mujer? —interviene risueña Julia.

—Es Julia, una amiga de Madrid. Él es Lolo, mi cuñado, hermano de Silverio —dice Marina.

—Hablabas en broma, ¿verdad? —insiste Julia.

—No, muy en serio. Verá usted, con la mar sé a qué atenerme, porque, aunque puede ser traicionera, se la ve venir. Con las mujeres siempre estoy desconcertado.

A Marina no le gusta el rumbo que está tomando la conversación y además le sorprende que Lolo se comporte de esa forma con una desconocida y delante de ella.

—Julia, perdona, tenemos que irnos —los interrumpe—. Se nos hace tarde.

—Pues qué pena. Yo que esperaba convencerle.

—No lo creo, señora —añade muy sonriente Lolo.

Las dos mujeres se alejan agarradas del brazo. Uno de los hombres que está con Lolo se acerca para decirle:

—Es guapa esa madrileña y parece que quería «guerra». Le gustaste seguro. Búscala, no pierdas una oportunidad. Oye, Lolo, la que sigue estando como un cañón es Marina, qué suerte la de tu hermano Silverio.

Lolo, no dice nada, se limita a apagar el cigarrillo con rabia.



—¿Y dices que está soltero? —pregunta Julia asombrada.

—Sí.

—Vaya desperdicio. Tu cuñado está para hacerle un favor de inmediato. No me importaría tener un encuentro con él, siempre dentro de la mayor discreción.

—Supongo que hablas en broma —dice Marina riendo.

—En absoluto.

—No te entiendo.

—Es muy fácil. Además, Marina, algo hemos hablado tú y yo sobre las relaciones y la fidelidad matrimonial. Piensa por un momento, ¿a quién le hago daño por tener una pequeña aventurilla con tu cuñado, si además él está soltero?

—¿Y tu marido? ¿Y tú? —pregunta Marina sin dejarla terminar.

—Paco no lo sospechará, ni nadie le dirá nada —asegura Julia.

—¿Pero no le quieres? ¿Cómo quedas ante ti misma? Tú sí sabes lo que has hecho.

—Claro que le quiero. Solo es un divertimento. Algunas amigas ya han pasado por ello. Y siguen siendo muy felices en su matrimonio.

«Seguro que se está riendo de mí —piensa Marina— y nada de lo que me dice es cierto. Aunque es posible que las mujeres en Madrid, al ser de la capital, tengan una moral más relajada».

—Querida Julia —dice Marina de pronto—, estoy encantada de vivir en un pueblo. Aquí esas modernidades —por llamarlas así— de las que me hablas no existen.

—Eso es lo que tú te crees.

—¿Vas a conocer tú mejor que yo la vida de Candás? —pregunta de forma irónica Marina.

—Seguro que no. Pero esas otras historias que se susurran, de las que tú no te enteras porque no eres cotilla y no te interesa la vida de los demás, de esas, sé yo mucho más que tú —afirma convencida Julia.

—No se puede hacer caso de los cotilleos. La mayoría de las veces son mentira —asegura Marina.

—Pero otras no. Ya sabes eso de que «cuando el río suena, agua lleva» —sentencia Julia.

Algo en el gesto de Julia lleva a Marina a pensar que conoce algunos de los comentarios que en el pueblo se hacen sobre ella. Es curioso que nunca le haya dicho nada. Es cierto que más que amigas son conocidas que comparten parte del verano en Candás. Marina nunca le ha hecho ningún tipo de confidencia a Julia, ni esta a ella. Jamás habían hablado de la fidelidad en pareja hasta este año. Claro que en otros veranos Marina estaba viuda.

—Marina, ¿Lolo no tiene novia?

—Que yo sepa, no. Es más, creo que nunca ha salido con ninguna chica.

—Pues sí que es raro. ¿Tendrá algún problema? —quiere saber Julia.

—Creo que exageras. Hay muchas personas que se quedan solteras y ello no quiere decir que estén enfermas o que les suceda algo extraño.

—Puede que tengas razón, pero no sé... Te parece que pasemos por la tienda. ¿Estarán todavía en la tertulia?

—Es posible que aún sigan allí, pero a mí se me ha hecho tarde —dice Marina.

—Mejor, prefiero no ir. Seguro que estarán fumando y tratando de arreglar España —conjetura Julia—. Te acompaño hasta la iglesia y luego bajo para casa.

—Como quieras.

—Marina, solo nos queda una semana en Candás, ¿te apetece que una tarde vayamos las dos solas a Avilés? Me ha encantado la ciudad y quería conocerla un poco mejor. Qué pena que no funcione el ferrocarril.

—Pero si hace unos días que se han iniciado las obras.

—Ya lo sé. Era broma. Nos daría mayor libertad para no tener que depender de otros.

En 1902 se había conseguido la concesión de un ferrocarril con ancho de vía métrico de servicio particular y uso público de Aboño a Candás que se prolongaba a Coyanca, Piedeloro y Regueral donde había minas de hierro, ya que la autorización se había conseguido para facilitar el transporte del hierro extraído de las distintas minas repartidas por el concejo de Carreño.

La línea Aboño-Candás-Regueral fue inaugurada en 1909. Un año después, en junio de 1910, la línea inicia el servicio de transporte de viajeros que realizaba al día ocho viajes de ida y ocho de vuelta.

Y ahora, en el verano de 1920, comenzaban los trabajos de ampliación de vía desde El Regueral a Avilés.

—Yo creo que no tendremos tren a Avilés hasta dentro de dos años por lo menos. Hace unos días —cuenta Marina—, leía en la prensa el gran debate que existe en Avilés sobre el posible emplazamiento de la estación del nuevo ferrocarril.

—Es lo que suele pasar —responde Julia— cuando se barajan intereses económicos sobre posibles ubicaciones.

—Pero si quieres que vayamos a Avilés, lo puedo arreglar. No tienes más que decírmelo.

—De acuerdo. Mañana por la mañana te aviso.



No se equivocaba Julia. En la trastienda de la tienda, Paco, Silverio y dos amigos de este fumaban sin cesar. Llevaban más de dos horas de tertulia. Aparte de abundante café, se habían tomado casi una botella de coñac. Pero se equivocaba en cuanto al tema central que les había ocupado porque el fútbol se había convertido en único protagonista. Y es que la realidad se imponía. Dentro de unos días, el 28 de agosto, en Amberes, con motivo de la celebración de los Juegos Olímpicos, España iba a participar por primera vez en la historia en una competición europea de fútbol.

En el primer partido tendría que enfrentarse a un rival difícil, jugaría frente a Dinamarca que había quedado como subcampeona en los juegos de 1908 y 1912.

Los participantes en la tertulia no compartían igual optimismo ante el papel que jugaría España. Habían analizado de forma pormenorizada el juego de los seleccionados que, bajo la supervisión del seleccionador Paco Bru, se encontraban concentrados en el hotel Industria de Amberes.

Zamora, Sabino, Samitier, Belauste, Arrate, Pichichi y Arbolaza fueron, de los seleccionados, los más recordados aquella tarde en Candás.

—Yo sinceramente pienso —dice Paco— que la selección española puede ser el equipo revelación de estos juegos.

—Todos deseamos que así sea. Además, el incentivo no es pequeño. Disponen de una dieta diaria de sesenta y siete francos —añade Silverio.

—Me asusta un poco el interés que despierta el fútbol —dice uno de los contertulios.

—Buena prueba somos nosotros, que no hemos hablado de otra cosa en toda la tarde —apunta Paco.

—Es verdad. No nos hemos ocupado de comentar la difícil situación que se vive en Cataluña, ni de las próximas elecciones, pero antes de irnos, Paco, tú que sabes mucho más que nosotros sobre ello tienes que hablarnos del tema de África —le pide Silverio.

—Es complicado. Poco puedo decirlos. A mi parecer —explica Paco—, tanto cambio de gobierno dificulta que se tomen medidas serias y estables. Tengo la sensación de que el problema africano se ha convertido en una especie de enfermedad crónica, con lo que ello significa.

—¿Cuántos años llevamos? —pregunta Silverio.

—Creo que unos nueve.

Desde 1911, España se enfrentaba a un conflicto armado en el norte de Marruecos; la llamada guerra del Rif. Las hostilidades se habían originado por la sublevación de las tribus rifeñas que protestaban contra las autoridades coloniales españolas rechazando así su protectorado.

—¿Pero no hubo un tiempo en que el conflicto era prácticamente inexistente? —pregunta uno de los amigos de Silverio.

—Sí, los años que coincidieron con el desarrollo de la Gran Guerra.

—De todas formas, a mí —apunta Silverio—, independientemente de la pasividad, mala gestión o lo que queramos decir del Gobierno, hay un tema que me saca de mis casillas: el sistema de quintas. Puede que me duela de forma especial porque lo he padecido. En eso sí que el Gobierno tendría que legislar. No se puede permitir que solo los hijos de los pobres vayan a la mili. Y ahora a morir a África.

—Siendo verdad lo que dices —matiza Paco—, la ley se ha cambiado. Ahora no se paga para librarse de ir a cumplir el servicio militar.

—Razón tienes en que la han cambiado, pero la realidad sigue siendo la misma. No pagas para librarte de la mili, pagas para que sea más corta y a

medida de tus gustos. ¿Cuántos hijos de padres pudientes han muerto estos años en África? —plantea Silverio.

En la Constitución de Cádiz de 1812 fue la primera vez que se aludió al servicio militar obligatorio para los varones. En leyes sucesivas, en las que se desarrollaba este principio, se dispuso que los chicos que entraran en quintas podían eludir el servicio militar mediante un determinado pago en metálico (el depósito correspondiente).

En 1912, en plena guerra del Rif, una nueva ley vino a reducir la duración del servicio militar de seis a tres años, lo que supuso la supresión, por fin, de la cuota económica antes exigida.

La alegría que entre los más desfavorecidos produjo esta noticia pronto se vio ensombrecida porque, a renglón seguido, se creó la figura del soldado de cuota, que podía reducir el servicio militar a ocho meses, previo pago de una cuota de mil pesetas, o a cinco meses, si se abonaban dos mil pesetas. El soldado de cuota tenía que disponer de medios económicos para poder pagar, además, alojamiento y sustento fuera del cuartel. Y como compensación a todo ello podía elegir destino y quedaban exentos de servir en África.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Y me parece terrible que todo ello se haga para que el Gobierno obtenga unos ingresos que de otra forma no tendría.

—Se me enciende la sangre cuando pienso en algunos chavales, conocidos míos, que, por no tener dinero sus familias, murieron en este eterno conflicto. Ya sé que no deberían existir las guerras. Y que nada solucionaría que murieran también los ricos. Pero poneos en el lugar de unos padres que pasan toda la vida con grandes dificultades para sacar adelante a su familia. Pensad en cuáles tienen que ser sus sentimientos al ver cómo a causa de su miseria, sus hijos tienen que ir a morir a África o cualquier otro lugar —dice uno de los amigos de Silverio con lágrimas en los ojos.

—Cómo te comprendo, amigo —dice Silverio, dándole un abrazo—. Comparto todas tus palabras.

—Si supiéramos que alguno de los partidos políticos que se presentan a las próximas elecciones tuviera la voluntad firme de poner orden en este país, lo

votaríamos masivamente —apunta Paco, que se contesta a sí mismo—: Pero todos son iguales. Y nada cambiará después de los comicios de diciembre.

—Pues sí que estamos optimistas. Mejor seguir hablando de fútbol —dice Silverio de forma sarcástica, en un intento de descargar la tensión de los últimos momentos.

—¿Nos tomamos la última copita de coñac por hoy y nos vamos, ¿qué os parece? —sugiere Paco.

—Perfecto —responden todos.



Están terminando de cenar. A Silverio le encanta mirar a Marina mientras come, bueno, mientras come y siempre. Las pequeñas arrugas que surcan su cara, a Silverio le resultan adorables. Su mujer le parece ahora mucho más guapa que antes. La serenidad se ha instalado de forma permanente en su rostro. Una paz que Silverio considera fruto de la aceptación que su mujer tiene de sí misma. Al lado de Marina, él es capaz de «comerse el mundo». No le ha preguntado por qué esta tarde no se ha acercado a la tienda. Le gusta que sus amigos la vean. Sí, no se avergüenza de reconocer que presume de mujer.

Silverio posa su mirada en Rosita, que habla con Marina... Se siente feliz porque últimamente la muchacha se muestra muy cariñosa con él.

—No sé por qué no te has animado a tomar las natillas. A Rosita le han encantado —comenta Marina.

—Si son tan excelentes, dile a Reme que mañana las tomo. Esta noche no tengo mucho apetito —contesta Silverio.

—¿Puedo subir a la habitación? —pregunta Rosita.

—Claro, mi amor —responde Marina.

La niña les da un beso y sube corriendo la escalera.

—Está un poco triste porque echa de menos a Inés —dice Marina.

—Se le pasará pronto. Conmigo ha cambiado, parece otra —señala Silverio.

—Ya lo he observado y me siento muy feliz. ¿Nos vamos un rato al jardín? Tengo que contarte muchas cosas —le anticipa Marina.

—¿Te apetece que sigamos tomando un poco de vino? —le consulta Silverio.

—Ya sabes a lo que te expones —dice con picardía Marina.

—Correré el riesgo —responde guasonamente Silverio—. Salgamos fuera. Soy todo oídos.

—¿Te acuerdas del comentario que Rosita nos hizo sobre Reme y Lolo, que habían pasado mucho rato charlando?

—Sí, perfectamente.

—Pues hace unos momentos la propia Reme me ha dicho que está enamorada de él.

—¿Qué dices? ¿Te lo ha contado sin más? ¿Le has preguntado?

Marina le contó a Silverio la conversación que había tenido con Julia.

—Y cuando le hablé a Reme de la posibilidad de que se fuera a Madrid, me sorprendió su reacción. Y me dijo: «Ni hablar. Si usted quiere prescindir de mis servicios, me voy a mi casa. Pero a Madrid, nunca».

»Intenté tranquilizarla diciéndole que, si no quería, nadie la iba a obligar. Pero te confieso, Silverio, que me sentía muy intrigada por su negativa por lo que le insistí comentándole que era bueno conocer otros ambientes. Medio llorando, me dijo que no quería moverse de Candás. Le pregunté si tenía algún problema. Fue entonces cuando me confesó que estaba enamorada de Lolo. Que no le hacía mucho caso, pero que de vez en cuando se encontraban y charlaban. Me aseguró que a ella no le importaba insistir porque le quería.

—Pero si Lolo es un solterón empedernido. Pobre chica —se lamenta Silverio.

—Estoy de acuerdo contigo —manifiesta Marina—, aunque esta tarde Julia y yo le vimos y me sorprendió su reacción. Me di cuenta de que intentaba esquivarme. Y después en la conversación estaba extraño.

—Habría bebido más de la cuenta —apunta Silverio.

—Puede ser, pero no lo parecía.

Silverio recuerda el encuentro con Lolo el día de Pascua y cree que es el momento de contárselo a Marina.

—Y por qué no me habías dicho nada —exclama Marina un tanto molesta, tras la confesión.

—No quería hacerte daño. No solucionaría nada contándotelo. De hecho, yo intenté hablar con él en varias ocasiones y me rechazó.

—Silverio, analizando lo que me has dicho del encuentro con tu hermano, he llegado a la conclusión de que Lolo siente envidia de ti. Y contra mí tiene algún tipo de resentimiento que no alcanzo a comprender, porque nunca tuve mucho trato con él. Ni cuando éramos jóvenes, ni después, ni ahora. De todas formas, tendríamos que intentar ayudarlo —opina Marina.

—No se deja. Es posible que Reme sea una solución para él.

—Dios te oiga. Sírveme otro poquito de vino —pide Marina. Silverio al retirar la botella después de servirle el vino roza de forma intencionada la mano de Marina, que exclama—: Mi amor, con lo bien que se conocen ya nuestras pieles. Este simple contacto de tu mano ha provocado en mí una corriente de deseo que se ha extendido por todo mi ser.

Silverio la rodea con sus brazos... la besa en el cuello, en la boca.

—Espera, cariño —dice con cierto sofoco Marina.

—Me gustaría fundirme en ti ahora mismo, aquí, en el jardín —pide Silverio.

—Algún día lo haremos, cuando no haya nadie en la casa y solo puedan ver nuestra felicidad el romero y las margaritas. Sosiégate —pide Marina mientras se alisa el cabello y arregla la blusa—. Te imaginas, Silverio, que no estuviéramos juntos y que no nos esperara una noche en común.

—Solo de pensarlo me invade la desolación.

5. *Las figuritas del belén*

—¡Ay, Silverio! Meses esperando la suerte y una vez más nos da la espalda. ¿Tienes el periódico por ahí? —le pregunta Agustín, marinero jubilado que siempre vivió en la Cuesta, en la casa contigua a la suya.

—No existe mayor lotería que la salud, Agustín —le consuela Silverio—. En Asturias no ha tocado nada.

—¿Me acercas el periódico? —pide Agustín.

—Pero si no sabe leer.

—Pero los números sí los conozco. Tengo unas papeletas que voy a mirar. Igual está el número en la pedrea. ¿Dónde tocó el gordo, Silverio?

—Le leo el titular que viene en primera página de *El Noroeste*: «El premio gordo fue desde San Sebastián a la Argentina».

—¿Tienes mucho qué hacer? ¿Por qué no me lees la noticia entera? Siempre te lo digo, pero cuánto daría por saber leer —admite muy triste Agustín.

—Se la cuento porque ya la leí y, mientras, voy empaquetando estas telas que vienen a buscar dentro de un rato.

—No quiero molestar, Silverio.

—No se preocupe. Usted nunca molesta, Agustín. El número del gordo —empezó a contar Silverio— fue vendido en San Sebastián a principios de la semana grande, que ya sabe que es a partir del 15 de agosto. Según la información, el billete lo compraron dos personas, dos sastres, que lo enviaron al hermano de uno de ellos que vive en la Argentina.

—¿Y ellos no se quedaron con nada? —pregunta asombrado Agustín.

—La noticia del periódico dice que quienes lo compraron le pidieron, al enviárselo, que les mandara unas participaciones —apunta Silverio.

—¿Y las tienen? —pregunta muy interesado Agustín.

—Nunca llegó nada, pero cuenta el periodista que están ilusionados esperando recibir noticias de Buenos Aires.

—Pues ya pueden esperar. Se van a cansar, pero lo tienen bien merecido. A nadie se le ocurre no comprar para ellos.

—Nunca se sabe, tal vez si hubiesen comprado no salía premiado. La suerte es muy caprichosa, Agustín.

—Ya lo sé. Silverín, ¿viene algo en el periódico de los líos que tienen con las actas en Villaviciosa y Pravia?

Silverio ya estaba acostumbrado. La visita diaria de Agustín le obligaba a estar al día. Si por alguna razón no había leído el periódico, tenía que hacerlo ante el interés que por estar al tanto de todo demostraba el viejo marinero.

—No. Lo publicarán dentro de unos días —le contesta Silverio.

—Menos mal que aquí no hubo problemas —dice Agustín.

El 19 de diciembre se habían celebrado elecciones generales. De los veintiún millones de habitantes que entonces tenía España, solo cuatro podían ejercer el derecho al voto. Estaban excluidos de este derecho las mujeres y los menores de veinticinco años. Un sesenta por ciento del electorado acudió a votar. El triunfo había sido para los conservadores, que se alzaron con la mayoría absoluta. Según todas las previsiones, el próximo presidente de Gobierno sería Eduardo Dato.

—Agustín, ¿usted fue a votar?

—Estaba muy mal día y la verdad es que me venció la pereza.

—Pues ya sabe, luego no vale protestar —le recrimina Silverio.

—Un voto no cambia nada. Además, todo va a seguir igual —opina Agustín.

—Así es, desgraciadamente. Yo esperaba y deseaba que los reformistas sacaran mejores resultados, pero no ha opinado así la mayoría. Solo en Asturias se alzaron con la victoria —se lamenta Silverio.

—Porque aquí los caciques ya no mandan tanto como antes —apunta Agustín.

—Sí, y también porque Melquíades Álvarez es asturiano y lo conocemos y no se lleva muy mal con las autoridades provinciales.

—¿Cuántos votos sacaron en Candás? —pregunta Agustín.

—El candidato reformista Francisco Ortueta consiguió quinientos noventa y siete. Superando en más de trescientos a Teodomiro Méndez, el candidato socialista —le informa Silverio.

—Por curiosidad, ¿qué votaron los de Luanco? —pregunta Agustín, con pillería.

—Como nosotros, al candidato reformista de su circunscripción, a José Manuel Pedregal.

—Está visto que somos los mejores —exclama el marinero, riéndose.

—Ande, no disimule, Agustín, seguro que le habría gustado que en Luanco votaran a otro partido para así poder meterse con ellos.

—No seas malo, Silverio. ¿Cómo está tu madre? Hace días que no la veo por el vecindario.

—Con un poco de catarro y con este tiempo tan malo es mejor que no salga. Le mandamos a una de las chicas de casa para que le haga todos los recados y la atienda en lo que necesite.

—Así tiene que ser, Silverio. Eres un buen hijo. No te entretengo más —dice, mirando a un joven que acaba de entrar.

—No se preocupe. Solo vienen a entregarme unos paquetes. Si le apetece, tomamos un café —le propone Silverio.

—¿Un café? A esta hora lo que hay que tomar es vino. Gracias por todo, Silverio. El chigre me espera.

Silverio mira los paquetes que le han dejado encima del mostrador. Por fin han llegado, se dice con alivio. De un momento a otro aparecerá Rosita a traerle un sobre, y él podrá sorprenderla dándole el regalo.

Se había puesto de acuerdo con Marina para que la mandara a la tienda. Él no había tenido hijos, ni había convivido con niños al ser el mayor y ahora que tiene una hija adoptiva siente una ternura muy especial por ella y desea agradarla. Por ello, al saber lo mucho que le gustaban a Rosita los belenes, había animado a Marina para que pusieran uno en casa. Al principio se mostró reacia, pero al final accedió. Y él se comprometió a comprar las figuras como regalo a Rosita.

La niña llegó a la tienda envuelta en una gruesa bufanda. Después de mirar si había gente en el local, se dirigió al mostrador.

—Hola, mi madre me ha dado esto —le dice mientras le acerca el sobre—. ¿No es aburrido estar aquí solo? —le pregunta.

—Pobre de mí si siempre estuviera solo, tendría que cerrar la tienda. Afortunadamente, no es así, aunque ahora no veas a nadie. Quítate la bufanda que luego al salir tendrás frío.

—Aquí no hace nada de calor —dice Rosita—. Además, ya me voy.

—No, espera un poquito. Ven al despacho, que tengo brasero y quiero darte unas cosas.

Rosita pasó detrás del mostrador.

—Qué bien se está y cuántos libros. Nunca había estado aquí —exclama la niña, entrando en el despacho y observándolo todo.

—Cuando quieras puedes venir. Te dejo el despacho. Nadie te molestará si quieres estudiar.

—Muchas gracias.

—Esto es para ti —le dice a la vez que le acerca los paquetes.

—¿Todo para mí?

—Sí, espero que te guste.

Rosita empieza a desenvolver despacio, pero la impaciencia por saber qué contienen aquellos paquetes le hace romper el envoltorio sin ningún miramiento.

—¡Son preciosas! —exclama emocionada. La niña mira con detenimiento la imagen de la Virgen que tiene en sus manos y le da un beso—. ¿Sabe, padre? Me recuerda mucho a Inés. No sé cómo darle las gracias. Soy la niña más feliz del mundo. ¡Vamos a tener un belén en casa! Qué alegría.

Dejando la figura sobre la mesa, Rosita corre a abrazar a Silverio que aún no se ha recuperado de la emoción que le produce escuchar cómo lo ha llamado «padre». La rodea con sus brazos y le dice:

—Me gustaría, si tú quieres, que siempre me llamas padre. No sabes cuánto te quiero, pequeña. Eres de verdad una hija para mí.

—Padre, usted no ha tenido hijos y madre tampoco. ¿No les gustaría tener uno? Y así yo tendría un hermano.

—Si fuéramos más jóvenes tal vez, pero ahora ya no podemos. Además, te tenemos a ti. Dios ha sido bueno con nosotros.

—Pero, no entiendo por qué ahora no pueden tener hijos...

—Ya te lo explicará tu madre. Vamos a seguir viendo las figuras. Y esta misma tarde instalaremos el belén para que mañana el Niño Jesús pueda nacer en nuestra casa —dice Silverio feliz.

—Qué bien. Iremos a por musgo y colocaremos las figuras...

—Y también el portal y alguna casa —completa Silverio, que saca del armario unas casitas de corcho preciosas—. ¿Te gustan? —le pregunta a la niña.

—Muchísimo —contesta ella eufórica.

—Las he hecho yo —confiesa, orgulloso.

—Entonces me gustan mucho más. Le quiero, padre.

—Puedes dejar todo aquí, yo me encargo de que te lo lleven a casa —le promete él.

—De acuerdo, pero la Virgen va conmigo —dice Rosita mientras la envuelve con mucho cuidado—. Estoy deseando tenerlas todas en casa. Gracias, padre. Voy a decirle a la señora Covadonga que me acompañe a buscar musgo.

Silverio la sigue con la mirada. Está contento. Ha sido un acierto el regalo. Aquellas figuras del nacimiento habían conseguido derribar el muro que lo separaba de Rosita.

—Hola, Silverio —le saluda su cuñada Teresa, que se acerca al mostrador—. ¿Qué le pasa a Rosita? Se la ve muy feliz, se iba riendo sola.

—Le hemos regalado figuras para que instale el nacimiento en casa.

—Ya tardábais mucho. Eso es lo que hacen los ricos.

Silverio prefiere no decir nada. Conoce muy bien a Teresa.

—Seguro que vienes a por más tela para las cortinas —se limita a comentar—. Ya me parecía que era poco lo que habías encargado.

—Pues sí, has acertado. Le tienes que decir a Marina que pase por casa. Quiero que vea cómo quedan de bonitas. Igual le apetecen unas cortinas a ella, aunque vosotros ya tenéis de todo.

—En cuanto la vea —asegura Silverio—, se lo comento. ¿Los tienes a todos en casa? —le pregunta.

—Gracias a Dios, sí. La costera fue muy buena. Y no volverán a salir hasta después de Reyes. Son las primeras Navidades sin Xuaco —se lamenta Teresa

—. Lo echaremos tanto de menos.

—Nosotros también. Hemos pasado tan buenos y tan malos momentos juntos —afirma Silverio.

—Te quería mucho. Siempre te consideró su mejor amigo.

—Y yo a él. Nunca olvidaré que cuando me fui a Cuba iba tranquilo porque Xuaco había enrolado a Lolo con su tripulación. Estaba seguro de que siempre cuidaría de él.

—Bueno, Silverio, te dejo, que tengo que hacer unas cuantas cosas antes de irme a preparar la comida. Nos veremos estos días, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Se me olvidaba, ¿sabéis algo de la monja?

—Sé que Marina y Rosita han ido un día a Oviedo para verla. Creo que está bien.

A Silverio no le parecía que Teresa, que había sido una mujer muy guapa, estuviera envejeciendo bien. Probablemente su carácter, poco amable, influía en su aspecto físico.

Ha sido una mañana tranquila. Silverio no puede evitar una sonrisa al pensar en cómo habría discurrido la jornada en cualquiera de los almacenes en los que trabajó en La Habana: público selecto, glamur y muchísima venta. Pero allí no podría en los ratos libres hacer casitas de corcho, ni leerle el periódico a un vecino. Vivir en un pueblo tiene su encanto, piensa, y además, si es en el que uno nació, perfecto. Aunque sí que le gustaría volver a ver La Habana. No estaría mal hacer un viaje con Marina y Rosita. Le ha dado vueltas más de una vez a esta idea, pero no se lo ha comentado a su mujer porque teme que a ella no le apetezca volver a la ciudad en la que fueron tan desgraciados.



—¿Adónde habéis ido para conseguir este musgo tan precioso? Parece una mullida y tupida alfombra. Y además, qué verde... —dice Marina mientras vacía unas bolsas que han traído la señora Covadonga y Rosita.

—Hemos ido a la fuente de los Ángeles, que es lugar umbrío. Allí se desarrolla muy bien —apunta la señora Covadonga.

—Mirad, ya he colocado el aserrín, ¿verdad que parece el desierto? — pregunta Marina.

—A mí me gustan esos papeles arrugados. Son igual que montañas —dice la señora Covadonga.

—Creo que si cubrimos el portal con hojas de hiedra puede quedar bonito —sugiere Rosita.

—Me parece muy buena idea —contesta Marina.

—Yo os dejo —dice la señora Covadonga—. Si no se me hace muy tarde, vuelvo para ver cómo seguís con la instalación, pero lo más probable es que no me dé tiempo. Pero mañana aquí estoy como un clavo para cantar unos cuantos villancicos.

—Qué bien —exclama Rosita mientras le da un beso.

—La quieres mucho, ¿verdad? —pregunta Marina, después de que se haya ido la señora Covadonga.

—Sí, madre. Es muy buena conmigo. Estoy deseando que Inés vea este precioso nacimiento que estamos montando —comenta Rosita.

El momento de darle la mala noticia ha llegado. Hace días que Marina sabe que Inés no vendrá a pasar la Navidad con ellas. Duda si contarle toda la verdad o simplemente decirle que no le dan permiso. Marina piensa en qué le gustaría que le dijeran a ella. Su respuesta es clara: conocer siempre la verdad. Hará lo mismo con su hija.

—Rosita, Inés no pasará con nosotros la Navidad.

—Qué pena. ¿Por qué sor Carmen es tan severa y no le da permiso? Sabe que la queremos.

—No es sor Carmen quien no la autoriza. Es la propia Inés quien ha decidido no venir. Al principio, sor Carmen estaba un poco remisa, pero luego pensó que le vendría bien pasar unos días en Candás. Pero Inés le dijo que en estas fechas tenía que estar con sus compañeras. Que son días muy especiales en los que se sienten mucho más solas y necesitan apoyarse unas a otras.

—Siento tanto que no venga, pero qué buena es —opina Rosita con pena—. Es como un ángel.

—Sí, no creo que muchas de las niñas del orfanato se comportaran de esa forma. Hoy mismo le he mandado dinero a mi hermana para que pueden

celebrar un poco mejor estas fiestas.

—Cuánto me alegro, madre.

—Lo sé, Rosita, si tú pudieras también lo harías.

—A pesar de que Inés no pueda acompañarnos, creo que estas van a ser las Navidades más felices de mi vida —confiesa la niña mientras acaricia alguna de las figuritas del belén—. Además, son las primeras en las que tengo padre. Porque mi padre natural me imagino que habrá muerto, ¿verdad?

Marina se sorprende ante la pregunta de su hija pero reacciona inmediatamente.

—Sí. Tu padre murió antes de que nacieras.

—Madre, hace tiempo que quiero preguntarle muchas cosas. Se lo comenté a Inés, que me animó a hacerlo, aunque yo no terminaba de decidirme. Y ahora, sin pensarlo, ha surgido.

—Ven, Rosita, sentémonos allí, cerca de la chimenea. Tienes que tener total confianza conmigo. Pregúntame todo lo que se te ocurra y desees saber. ¿Quieres que nos traigan unos dulces?

—Sí, sí.

Marina llama a Reme para que las atienda. En el fondo, necesita pensar en las respuestas que le puede dar a la niña, porque la auténtica realidad le haría daño. Y está convencida de que no existe el riesgo de que nadie pueda desvelarle algún día toda la verdad. Solo Silverio y ella conocen lo que pasó.

—Dime, cariño.

—Verá, madre, me gustaría saber si tengo hermanos. Si mi padre y mi madre eran negros los dos o uno de ellos. Qué relación tenían con usted. Y por qué decidió que viviéramos aquí donde yo soy diferente...

—Vamos por partes. Como te dije, tu padre falleció antes de que tú nacieras. Tu madre, que se llamaba como tú, Rosita, murió al traerte al mundo. Eras su primera hija, con lo cual no tienes hermanos. Tu padre era blanco y tu madre una negra preciosa. Muy joven y buena. Tu abuela, la madre de tu madre, prestaba servicios en mi casa en Trinidad, por eso la conocía. Esa fue mi relación con tu familia. Tu abuela murió meses antes de que nacieras y tu madre me pidió que si le pasaba algo en el parto, cuidase de ti. Y eso fue lo que hice. ¿Qué otra cosa querías saber?

—¿No pensó que yo, siendo como soy, iba a desentonar y llamar la atención en este pueblo?

—Pues la verdad es que no. Yo quería volver y no te iba a dejar en Cuba. Además, tú eres una chica estupenda, buena y guapa y puedes vivir donde quieras.

—Es fácil decir eso, pero yo sé que los chicos comentan cosas, aunque yo no me entere.

—No tienes que hacer caso de los comentarios. La gente inventa. Pero si te dicen algo, cuéntamelo, por favor.

—¿Era joven mi padre? ¿De qué murió? ¿Cómo se llamaba? ¿No tenía él familia?

Marina se está poniendo nerviosa. Intenta tranquilizarse. Mira a la imagen de la Virgen en el nacimiento y mentalmente le pide ayuda para que su versión sea creíble.

—Tu padre era joven, no tanto como tu madre, rondaría los veinticinco años. Se llamaba Carlos y había llegado a Cuba en busca de trabajo, como casi todos. Era español. Estaba empleado en una plantación. Murió en un accidente de trabajo. De su familia nada se sabía porque él nunca había hablado de ella.

—¿Usted le conoció?

—No, nunca le vi.

Rosita se ha quedado muy seria. El miedo y temor que sentía de que su familia la hubiera rechazado o que su padre hubiera abandonado a su madre antes de nacer ella ya no existían. Ahora tiene muy claro que su única familia son Marina y Silverio. Los tiene que querer como si fueran sus auténticos padres. Pero quiere ser sincera.

—Madre, me gustaría un día poder viajar a Cuba para conocer el lugar donde nací —pide.

—Lo haremos. Ahora no puedo decirte cuándo, pero te prometo hablar con tu padre. Tal vez dentro de dos años.

—Gracias, madre. Esta noche le voy a escribir a Inés.

—De acuerdo. Yo me encargo de que le llegue la carta.

Lo que hacía Marina era ponerle una nota a su hermana sor Carmen y dentro del sobre iba el dirigido a Inés, que la monja le daba. La respuesta seguía el mismo sistema.



La colocación del nacimiento había sido un acierto, no solo por la felicidad de Rosita, sino porque muchos niños habían acudido a verlo. Los villancicos a cualquier hora del día proporcionaban un ambiente de auténtica Navidad. Marina se sentía feliz. Había retornado a la niñez convirtiéndose en una niña ilusionada disfrutando de algo de lo que había carecido.

Se acercaba el fin de año y Marina, de acuerdo con Silverio, había decidido celebrar la Nochevieja en casa de Rosa, la madre de Silverio. Estaba delicada de salud y querían darle una alegría. La Nochebuena y la Navidad habían venido a pasarla con ella su hija y sus nietos, que vivían en Luanco.

—Mi madre está muy contenta de que vayamos a cenar a su casa. Ya le dije que no tenía que preparar nada, que nosotros llevábamos la cena. Pero se empeñó en darme esta merluza para que la preparemos —dice Silverio, que acaba de llegar a casa después de visitar a su madre.

—¿Le has dicho lo de invitar al gemelo? —pregunta Marina.

—Sí, pero no cree que puedan venir, pues su suegra se encuentra regular y tendrán que ir a su casa.

—¿Señora, me llamaba? —dice Reme, entrando en la sala.

—Sí, pero antes lleva esta merluza a la cocina, por favor.

—Ahora mismo.

—Marina, ahora que veo a Reme, ¿has vuelto a saber algo de su relación con mi hermano Lolo?

—No. Precisamente la voy a mandar ahora a casa de tu madre, por si necesita algo. Nunca se lo encargo a ella, pero hoy no me queda más remedio.

—No creo que Reme llegue a nada con Lolo —apunta Silverio.

Marina no responde a su comentario porque ya Reme está entrando. Silverio, dándole un beso a Marina, se va prometiéndole volver a casa nada más cerrar la tienda.

—Ven, Reme, acércate. Quiero que vayas a casa de mi suegra.

—Por fin, creí que nunca me iba a mandar a mí.

—Te lo encargo porque esta mañana solo te tengo a ti. No comprendes que si, como dices, mantienes una relación con Lolo, no está bien que frecuentes su casa.

—Estoy disgustada. Hace tiempo que no le veo. Creo que no le intereso nada de nada. Pero estoy dispuesta a insistir haciéndome la encontradiza. Me gustaría tanto que me invitara al baile alguna vez. Aunque soy capaz de decírselo yo —asegura Reme—, porque él no suele ir nunca.

—No te obsesiones con él, Reme. Eres joven, guapa y tienes toda la vida por delante —le aconseja Marina.

—¿Sabe? Le he comprado un mechero para regalárselo en Reyes.

—¿Te ha regalado algo él alguna vez?

—No, nunca. Pero si no tomo yo la iniciativa, él no lo hará.

—Sé que no debo inmiscuirme en tu vida, pero ¿qué tipo de relación mantienes con Lolo?

—Somos amigos. Paseamos, charlamos. Pero nunca queda en que volvamos a vernos. Solo cuando nos encontramos —explica la chica con cierta rabia.

—No quiero desilusionarte, Reme, pero si es así, creo que no pasas de ser una simple conocida.

—No diga eso, que bien que me besa.

—¿Os besáis paseando?

—No. A veces me acompaña al portal. En alguna ocasión he tenido que frenarle, aunque yo lo deseo tanto como él.

—Reme, tienes que tener cuidado. Ya sabes lo que te puede pasar. Deberías haber aceptado el trabajo en Madrid. Tal vez tu ausencia le hiciera reflexionar.

—Ni hablar. Yo de Candás no me muevo. ¿Sabe lo que me anima? Que Lolo nunca ha salido, ni sale, con nadie.

—¿Te lo ha dicho él? —le pregunta Marina.

—No. Pero nadie lo ha visto con ninguna mujer.

—Está bien. Ya seguiremos hablando. No te entretengas mucho. Le arreglas un poco la casa y haces los recados que ella te mande. Luego vienes.

—Así lo haré, pero antes debo pasar por casa para ponerme una manta.

—Pero si llevas el abrigo que te regalé. ¿Para qué necesitas la manta?

—Es que si Lolo está en casa no quiero que me vuelva a recriminar porque me pongo su ropa.

—¿Qué dices? ¿Por qué va a saber Lolo que ese abrigo es mío?

—Pues un día que llevaba puesta una de las camisas que me regaló, me dijo que si usted sabía que yo me ponía su ropa. No quería creerme cuando le aseguré que usted me la había dado para mí.

—Ese tipo de cosas a él no le importan en absoluto. ¿Qué pasa, que no te vas a poner nunca el abrigo por miedo a que él te vea? —pregunta Marina, que no disimula su enfado.

—Sí, pero es que en su casa es distinto.

—No digas bobadas, te vas ahora mismo con el abrigo puesto. Nada de ir a buscarte otra ropa.

Marina no sale de su asombro con lo que le acaba de decir Reme. De vez en cuando, ella tiene por costumbre darles a las tres chicas que trabajan en su casa ropa que ya no usa. Las otras dos tienen que hacer pequeños arreglos, pero Reme tiene su misma talla. ¿Cómo es posible que Lolo conozca su vestuario hasta el punto de identificarlo llevándolo otra mujer?

No puede seguir pensando porque Rosita y la señora Covadonga entran en tromba.

—Pero ¿estás loca? Cómo se te ocurre. No puedo aceptar —grita la señora Covadonga al recibir lo que le tiende Marina.

—Por favor —dice Marina—, hace tiempo que tenía que haberlo hecho, pero es mi regalo por su setenta cumpleaños.

—Marina, es demasiado. No solo me regalas la casa donde vivo, sino la vivienda superior.

—Eso tiene una explicación muy sencilla. Los dueños no querían vender una parte sola del inmueble, así que lo compré. Ahora usted es la propietaria y los vecinos de arriba tendrán que abonarle a usted la renta.

—¿Pero qué va a decir la gente? —pregunta asustada la señora Covadonga.

—Que digan lo que quieran. Usted ha sido para mí como una madre —dice Marina mientras la abraza.

—Tiene razón mi madre —concuerta Rosita, uniéndose al abrazo—, y para mí, señora Covadonga, usted es como si fuera mi abuela.

—Os quiero mucho —dice emocionada la señora Covadonga.

—Madre —llama Rosita—, he visto ayer en la tienda el periódico *ABC* y viene una imagen en la portada de la que me gustaría, si fuese posible, tener una lámina. Es la Virgen con el niño Jesús y los ángeles los rodean tocando el violín.

El *ABC* había utilizado como portada de su periódico, el día de Navidad de aquel año 1920, la reproducción de un cuadro del pintor francés Bouguereau, fallecido hacía unos años.

—Querida Rosita, alabo tu buen gusto. Me encanta esa imagen. Y me entusiasma que seas sensible al arte. Haré todo lo posible por conseguirte una.

—Gracias, madre —dice sonriente la niña.

6. Paseos por Oviedo

—No te preocupes Marina, Oviedo no es Candás, además Inés está acostumbrada a salir y solo van hasta el Campo de San Francisco para tomar un poco el aire y que les dé el sol. Hoy hace un día buenísimo.

—No tienes inconveniente en que luego las lleve a merendar a Camilo de Blas, ¿verdad?

—No, pero sería oportuno que Inés no llegara más tarde de las seis —apunta sor Carmen.

—No te preocupes. Antes de esa hora la dejo en el convento.

Marina, viendo el bien que le hacía a Rosita el contacto con Inés, que se había convertido en su mejor amiga, había decidido ir una vez al mes a Oviedo para que pudieran desarrollar y disfrutar del hermoso sentimiento que las unía.

—Quién me iba a decir que mi querida hermana me visitaría con tanta frecuencia —dice sor Carmen, que añade—: No siempre podré acompañarte hasta que vuelvan las chicas.

—No te preocupes. Puedo esperarlas en la cafetería o aquí leyendo. ¿Tanto tenéis que hacer? —pregunta Marina.

—Mucho. Somos pocas. Y es tan triste la realidad que nos rodea —dice sor Carmen emocionada—. Nos sentimos tan impotentes. Tenemos amas de cría, pero los bebés no consiguen sobrevivir. Piensa que en el año que acaba de finalizar nos han entregado ciento cuarenta niños y de ellos han muerto ochenta y seis.

—Es muy triste, pero debes pensar en el resto que viven. No desesperes. La mortalidad infantil afecta a todos, no solo a vosotras en el orfanato —intenta animarla Marina.

—Sí, comprendo que muchos de los bebés dados en adopción han fallecido, a pesar de los intensísimos cuidados de las familias que los acogieron. Pero es

tan duro ver cómo desaparecen.

—Ya sé que es tu vocación, pero no puedo evitar, querida hermana, sentir una pena muy grande al verte aquí, pasando dificultades, sufriendo por no poder atender a estos pequeños como te gustaría. Con lo bien que podrías estar en Candás o en cualquier otro lugar. Casada o soltera.

—Marina, nunca has podido entender que yo profesara como monja. No te das cuenta de que soy feliz. Estoy aquí por amor. Dicen que la vida consagrada es la respuesta al amor de Dios. Te aseguro que ayudar a estos niños es mi mayor felicidad. Claro que me gustaría disponer de un mayor número de recursos para atenderlos mejor, pero nos vamos arreglando. Sin nuestra ayuda, todos estos niños estarían mucho peor.

—Me acuerdo tanto —comenta Marina— de cuando nos engañabas diciendo que te ibas con tus amigas y corrías a ayudar a las vecinas con niños pequeños, y también a las personas mayores. Siempre tuviste vocación de servicio.

—Es verdad. Tal vez haya influido en mí que nuestra madre estuviera siempre enferma y muriera muy joven. Muchas veces te lo pregunté y ahora lo vuelvo a hacer, ¿cómo era nuestro padre? No recuerdo nada de él —dice emocionada sor Carmen.

—Eras muy pequeña cuando padre no volvió de la mar. Nunca olvidaré que mientras todos esperaban en el muelle el regreso de las lanchas, yo me fui cerca de la Peña Furada, donde padre solía llevarme. Y allí acurrucada le pedí a las olas que me lo devolvieran. Fueron los momentos más dolorosos de mi vida. Le quería muchísimo. Era simpático, guapo y muy bueno.

—Mucha gente en Candás comentaba que tú te pareces a él, no solo en aspecto físico, sino también en la forma de ser. Porque tú eres muy fuerte, Marina. Recuerdo cuando nuestra tía quiso llevarme con ella para cuidar de mí, que le dijiste a Xuaco que si lo consentía tú te ibas de casa. Y te saliste con la tuya. Nunca te di las gracias por lo mucho que te preocupaste por mí. Ocupaste el lugar de nuestra madre. Te quiero mucho, Marina —dice sor Carmen mientras toma las manos de su hermana.

—No tienes nada que agradecerme, Carmina, yo sí que te quiero —asegura Marina, que llorando la abraza.

—¿Habéis tenido noticias de Armando? —pregunta la monja.

—La última vez que lo vi fue en el funeral de Xuaco. Sé que le ha escrito a Teresa por Navidad.

Además de Xuaco, que había fallecido hacía casi un año, tenían otro hermano, Armando, casado y viviendo en Galicia.

—Es una pena que viva lejos —dice sor Carmen—, hemos perdido casi la relación con él.

—Nunca fue muy cariñoso y ahora que Xuaco nos ha dejado lo veremos mucho menos. Tampoco su mujer lo ayuda mucho a mantener los vínculos familiares.

—No sé ni cuántos hijos tiene —comenta sor Carmen.

—Creo que tres. Por cierto, ¿sabes que Vicente, el hijo de Teresa y Xuaco, quiere estudiar Magisterio?

—Cuánto me alegro.

Las dos hermanas se encuentran en una especie de salita que solo cuenta con cuatro sillas, una mesita baja y dos láminas pegadas en las paredes desnudas. Una de la Virgen y otra del Sagrado Corazón.

—¿Y esta es una de las mejores dependencias de las que disponéis? —pregunta Marina.

—Bueno, son todas muy parecidas. Es tan grande el edificio que nos resulta imposible convertirlo en un lugar confortable —dice sor Carmen pesarosa.



Mientras las dos hermanas se ponen al día en temas familiares, Inés y Rosita pasean por el Campo de San Francisco. Es la segunda vez que lo hacen y ya tienen sus lugares preferidos. De las varias fuentes que existen en el parque, han elegido dos para convertirlas en escenarios de sus conversaciones. Inés prefiere la fuente de las Ranas y Rosita la del Caracol.

—Algunas veces, cuando tengo que salir para hacer algún recado, me suelo acercar unos minutos para ver la fuente. Ya sabes, Rosita, cómo me gusta el agua. Y ya que no puedo contemplar el mar —dice Inés riendo—, disfruto observando cómo brota de la boca de las ranas. Me encanta cuando sopla el viento y el agua revolotea sobre sí misma en la caída.

—Me gusta escucharte, yo nunca me fijaría en esas cosas —confiesa Rosita.

—A ti te llaman la atención otras que a mí me pasan desapercibidas. No es mejor, ni peor, somos distintas.

—¿Cómo está la niña de la que me hablaste? La que se quería morir en las pasadas Navidades —pregunta Rosita.

—María Elena, pobrecita. Llegará un momento en que su pena se irá adormeciendo, pero aún está muy despierta. Ya sabes que dos veces fue dada en adopción y las dos volvió al hospicio al haberse muerto la madre adoptiva.

—Qué mala suerte. Fue por ella por quien quisiste quedarte —dice con admiración Rosita.

—Sí, y por las demás. Ya soy casi una mujer. Pronto cumpliré los trece años. Y Dios me ha dado una paz y una tranquilidad con la que tengo que ayudar a muchas niñas. Intento hacerlo lo mejor posible y no me resulta muy difícil porque yo he pasado por esa pena que produce la falta de cariño, la soledad más profunda.

—Me emociona oírte. Qué buena eres, Inés —dice Rosita, a punto de llorar—. ¿A María Elena la volverán a dar en adopción?

—Es probable. Solo tiene seis años.

—¿Y no puede darse el caso de que su propia familia la recoja? —pregunta Rosita.

—Muy poco probable, a ella la dejaron en el torno sin documentación.

—¿Es eso lo normal?

—No. La mayoría de los abandonados en el torno llevan entre sus ropas una nota diciendo si están bautizados y el nombre que se les ha puesto. A veces también se da cuenta de quiénes son los padres. Me contó una de las hermanas que hubo algún caso en el que llegaron al convento en busca de un niño al que habían dejado hacía años en la puerta y consiguieron identificarlo por la medalla que llevaba y que las monjas habían guardado con el expediente de su entrada.

—¿A María Elena la bautizaron aquí?

—Sí, es lo que se hace cuando se sospecha que puedan no estarlo. Pero déjame que te cuente algo alegre. Ayer, a uno de los pequeños, de un año más o menos, vino su madre a recogerlo.

—Qué bien —exclama Rosita.

—Sí. Fue una alegría para todos. A muchos niños los dejan en el hospicio por la miseria en que viven las familias, incapaces de sacarlos adelante. A otros, como a mí, nos abandonan simplemente porque no nos quieren — explica Inés muy triste.

—No lo sabes, amiga mía, pueden haber pasado tantas cosas —la anima Rosita.

—Tienes toda la razón, pero a veces no puedo evitar el manifestar mi pena.

—Inés, no te lo he contado, pero ya he hablado con mi madre y le he hecho todas las preguntas que quería.

—Cuánto me alegro. ¿Te sientes tranquila?

—Sí, mucho más. Ahora ya puedo querer a Marina y Silverio sin reservas porque ellos son lo único que tengo. Fue muy importante para mí saber que en mi familia verdadera no habían querido deshacerse de mí.

—Te entiendo muy bien.

—Pero es tan triste, ¿por qué todos se tuvieron que morir al llegar yo al mundo? —se pregunta Rosita a punto de llorar.

—Solo tu madre murió para darte a ti la vida. Por favor, no llores. Tu amor por ella tiene que acompañarte todos los días de tu vida. Ella nos ve desde el cielo. Tienes que estar alegre, es lo que a ella le gustaría.

—Lo tendré muy en cuenta. Gracias, Inés. Como siempre, tienes las palabras justas para animarme.

Inés le da un beso y tomándola de la mano le dice:

—Vamos, no debemos retrasarnos, pero si quieres nos acercamos un momento a tu fuente preferida.

—Qué bien, ya te lo he dicho más veces, desde que vi por primera vez la fuente del Caracol, me fijo en los caracoles de forma distinta. ¿Son golondrinas las que están posadas en el caracol?

—Parecen, pero no creo. Aún falta mucho para la primavera. Ay, al hablar de golondrinas me ha venido a la mente una leyenda preciosa de la que me habló, hace tiempo, una de las monjas.

—¿Me la cuentas? —pide Rosita.

—Antaño, no sé si ahora también, se decía que las golondrinas eran de Dios y no se las podía matar porque ellas, cuando Jesús estaba en la cruz, fueron quienes, en un intento de aliviar su dolor, le iban quitando las espinas que coronaban su frente.

—Qué bonito —exclama Rosita.

—La leyenda también cuenta —prosigue Inés— que las golondrinas desde entonces llevan el color negro en el dorso, en señal de luto por la muerte de Jesús, y que este, agradecido por su comportamiento, convirtió su carne en amarga. De esa forma, al no ser comestibles no las matan.

—¿Crees que es real? —pregunta Rosita.

—Es una leyenda. Pero a mí me gusta pensar que fue verdad —le contesta Inés.



—Mira por allí vienen —dice sor Carmen.

—Cada día encuentro más guapa a Inés. Puede que el pelo recogido en trenza la favorezca. ¿Ya ha desarrollado? —pregunta Marina.

—No sabría decirte, pero creo que no. ¿Y Rosita?

—Sí, hace unos meses. En Cuba se hacen mujeres mucho antes que aquí. Y Rosita tiene genes cubanos.

—¿Qué planes tienes para ella? ¿Va a seguir estudiando? —se interesa sor Carmen.

—Eso es lo que me gustaría. Pero no he hablado con ella. Es muy aficionada a la lectura y eso me anima.

—Ya me contó Inés que se pasaban muchas tardes leyendo. Disfrutó mucho con vosotras.

—Y nosotras con ella. ¿Hasta cuándo estará Inés en el orfanato?

—En su caso, hasta que ella quiera. Inés nos ayuda mucho y en especial con las niñas más difíciles. Tiene para ellas un atractivo innato. Es una chica muy madura. Nunca me ha dicho nada pero yo sospecho que le gustaría estudiar Magisterio —comenta la monja.

—Pues yo me puedo ocupar de ello. Ya sé que ahora no es el momento, pero tenlo en cuenta —le pide Marina.

—Lo haré. Siempre fuiste muy generosa, Marina.

—Lo hago de forma egoísta porque produce mucha más felicidad dar que recibir —asegura Marina.

—No estoy yo tan segura. No te imaginas las caras de las niñas cuando saben que van a tener postre o cuando a alguna le puedes comprar un par de alpargatas nuevas.

Se produce un silencio total, sor Carmen mira a su hermana que llora en silencio.

—¿Pero qué te pasa? —pregunta alarmada.

—¡Ay, Carmina! Yo he pasado por eso. He soportado muchas necesidades. Yo también he esperado durante mucho tiempo para poder comprar unas alpargatas.

—Dios mío, ahora que lo dices, recuerdo cómo tú me consolabas porque yo quería cenar una tortilla francesa como Armando, y el único huevo que había en casa era para él, que estaba enfermo. Me parece escucharte cuando me decías: «Carminina, moja pan en la salsa del guiso, ya verás qué bueno está».

—Es verdad.

—También recuerdo cuando Xuaco nos daba alguna alegría comprándonos pasteles. Ya querrían mis pobres niños tomar pasteles alguna vez.

—Además, Carmina, nosotros nos queríamos, nos teníamos unos a otros. Y estos pobres niños no os tienen más que a vosotras. Qué gran labor estás haciendo, aunque si pudiera te llevaría conmigo ahora mismo para Candás.

—No te creo, Marina. No te hagas la dura conmigo. Sabes que aquí soy feliz. Es más, estoy segura de que si, por cualquier circunstancia, abandonara los hábitos, tú sufrirías una gran decepción.

—Asustada me tienes. Pareces mi hermana mayor —bromea Marina.

—Sécate las lágrimas, que ya se acercan —le pide sor Carmen.

—Madre, hemos estado en las fuentes que nos gustan. Inés me ha contado una historia preciosa sobre las golondrinas.

—Me alegro de que lo hayáis pasado bien. Ahora nos vamos las tres a merendar a Camilo de Blas. Hoy os doy libertad para tomar dulces —les promete Marina.

—¡Qué bien! —exclama Inés.

—Es una pena que sor Carmen no pueda acompañarnos —dice Rosita pesarosa.

—No, mi amor, las monjas no debemos andar por cafeterías. No vendréis tarde, ¿verdad?

—Sor Carmen, si me necesita, si quiere que me quede, lo hago encantada —replicó Inés, antes de que Marina pudiera responder.

—No, Inés, disfruta de la merienda —le responde la monja.

—Volvemos pronto, a la hora que me has dicho. Como ahora se hace de noche enseguida, nosotras traeremos a Inés hasta el convento. La calle Jovellanos no está lejos —asegura Marina.

—Os acompaño a la puerta.

Rosita besa a sor Carmen y, después, las dos hermanas se funden en un prolongado abrazo. Con gran habilidad, Marina introduce un sobre en el bolso del hábito de la monja. Sor Carmen se da cuenta, pero no dice nada. Solo cuando se queda a solas rescata el sobre; Marina le ha dejado mil quinientas pesetas. Sonríe feliz y agradecida. Con aquella cantidad podrá atender unas cuantas necesidades de sus niños.

7. *El asesinato como arma de protesta*

No le entusiasma quedarse sola en la tienda. No es que le suponga un sacrificio atender a la gente, pero no tiene tanta paciencia como Silverio, que puede pasarse horas charlando con los que no tienen otra cosa que hacer. Hasta media mañana no llegará su marido, así que intentará sustituirlo lo mejor posible. La primera clienta la había puesto muy nerviosa. Era una señora de Candás a la que conoce de toda la vida. Lo primero que hizo nada más verla fue lamentarse de que Silverio no estuviera.

—Si llego a saber que no viene hasta más tarde, hubiese retrasado mi visita. Es tan agradable tu marido. Da gusto charlar con él. —Marina se queda en silencio. No piensa decir absolutamente nada hasta que la señora no manifieste qué quiere—. Bueno —continúa la clienta—, seguro que incluso tú puedes atenderme mejor porque busco una tela. La misma de uno de los vestidos de tu hija. Es de rayas de varios colores.

—Sí —dice Marina—, creo que ya sé a la que se refiere.

Se va hacia la estantería en busca de lo que le pide, mientras la señora sigue hablando:

—Es para hacerle un vestido a mi nieta. Mi nuera estuvo buscando la tela por Gijón, porque dicen que venden mucho más barato que vosotros, pero no encontró lo que quería. Y aquí me tienes a mí, haciendo lo que quería hacer desde un principio, pero ya sabes, los jóvenes creen que ellos están en posesión de la verdad.

Marina no sale de su asombro, pero a su pesar sonrío. «Estas cosas —se dice— solo pueden pasar en Candás. ¿Qué necesidad tiene de relatarme toda la historia?». Inmediatamente se contesta: «Quiere decirme que en Gijón venden telas más baratas que yo». Con expresión un tanto seria, Marina extiende la tela sobre el mostrador.

—¿Es esta?

—Sí, la misma. Pues nada, me la llevo. No te importa que mi nieta lleve un vestido como el de tu hija, porque creo que lo quieren hacer muy parecido.

—No me importa.

—A Rosita tampoco le importará, ¿verdad?

—Pues no lo sé. Igual ni se entera —responde Marina.

—¿Qué tal se porta Rosita? Están en muy mala edad —le pregunta la señora. Esto es lo que no le gusta a Marina. Sabe que si le da conversación se puede pasar allí toda la mañana. Contesta lo más escueta que puede.

—No tengo queja, es muy buena chica.

—La verdad es que es muy guapa. Es una pena que sea un poco negrita.

Marina no da crédito a lo que está escuchando. No merece la pena hacer ningún tipo de razonamiento y se deja llevar de su reacción más primitiva.

—Tiene usted toda la razón. Pero, negrita y todo, es capaz de lucir un vestido tan bien que su nuera quiere imitarla, sin darse cuenta de que su pobre hija, su nieta, que es más fea que un dolor, no lo lucirá en absoluto. —Marina se ha puesto roja. Se siente avergonzada. ¿Cómo ha podido comportarse así? Siempre ha sabido controlarse. Lo siente tanto que inmediatamente le dice—: Perdóneme, señora, no he debido contestarle de este modo. Retiro todo lo que he dicho, pero entenderá que mi hija es especial para mí.

—No te preocupes. Mi nieta no es tan fea como dices, pero tal vez has hecho bien respondiendo de esa forma a mi impertinencia.

Marina sonrío agradecida.

—Antes de que se vaya quiero responderle al comentario que usted hacía sobre el precio de las telas. Debo decirle que tiene razón su nuera. Puede que algunos almacenes de Gijón sean más baratos. Pero eso tiene explicación. No es que nosotros queramos ganar más, lo que sucede es que al comprar menos cantidad que los grandes almacenes, el precio que nosotros pagamos es superior al que pagan ellos.

—Muy bien explicado. Pero la comodidad también se paga. Vosotros estáis al lado de casa.

—Muchas gracias, y de verdad que lamento lo de antes.

Ya han pasado más de dos horas y Marina no puede olvidarse de la bochornosa escena que ha protagonizado. Le viene muy bien comprobar sus

limitaciones. ¿Cómo habría enjuiciado ella su comportamiento en otra persona? Seguro que diría que se trataba de una persona sin educación, sin ninguna caridad... Porque si lo que la señora le había dicho era una provocación, ella no tenía que haber respondido con una grosería similar. Pero no debe seguir pensando en ello porque ya no tiene solución. Qué maravilloso sería poder dar marcha atrás en algunas situaciones. Cuánto daríamos por ser capaces de borrar aquella frase o por haberla dicho a tiempo. Se encuentra tan ensimismada en sus pensamientos que no se percata de la entrada de Agustín, el viejo pescador, que también espera encontrar a Silverio.

—Buenos días, Marina. Hace mucho que no te veo. Se nota que Silverio te trata muy bien porque estás mucho más guapa que la última vez que te vi.

—Muchas gracias, Agustín. Silverio no creo que tarde. Siéntese y le espera.

—¿No te molesto?

—En absoluto, me encanta charlar con usted —miente Marina.

—Ya sabes que conozco a Silverio desde *rapacín*, y que muchas mañanas me acerco hasta aquí para comentar las cosas que pasan. ¿Ya ha llegado el periódico? —pregunta Agustín.

—Sí, hace un momento. Ahora se lo acerco —se ofrece, solícita, Marina.

—No te molestes, guapa, no sé leer.

Aquella, piensa Marina, es la dura realidad; mucha gente no sabe leer. Por suerte, el índice de analfabetismo es un poco más bajo que hace unos años, pero continúa siendo terrible que haya gente que no sepa leer. Personas que nunca podrán tener acceso a un libro, que cuando van por la calle no se enteran ni de los rótulos, ni de lo que dicen los carteles, que son incapaces de descifrar los textos en la pantalla del cine.

—¿Quiere que le lea yo algo? —pregunta ella.

—Esperaré por Silverio. Él, más que leer, me cuenta las noticias. Así también me entero mejor. Supongo que ya habrán detenido a los asesinos del presidente de Gobierno —comenta Agustín.

—Creo que no, *El Noroeste* dice que la policía sigue sin encontrar la pista de los autores del homicidio.

—En qué mundo nos ha tocado vivir —se lamenta Agustín—. Siempre hay que protestar por lo que está mal, pero utilizar el asesinato como arma de

protesta, no sirve para nada.

El 8 de marzo de aquel año, 1921, cuando el presidente del Gobierno, el conservador Eduardo Dato, regresaba en coche a su casa, después de la sesión en el Senado, al pasar por la plaza de la Independencia, desde una motocicleta con sidecar en la que iban tres personas, dos de ellas abrieron fuego, a dos manos, sobre el coche. Según algunos testigos, se produjeron más de cuarenta disparos. En la parte de atrás del automóvil se podían observar más de catorce agujeros. Tres balas hirieron mortalmente a Dato. El chófer, dándose cuenta de la gravedad de la situación y al no ir ningún escolta en el coche, decidió dirigirse a la casa de socorro, donde nada se pudo hacer por salvar la vida del presidente.

—Pensar que he vivido el asesinato de cuatro presidentes de Gobierno —dice Agustín pensativo.

—¿Cuatro?

—Sí. El general Prim, Cánovas, Canalejas y ahora Dato. Es posible que nunca se sepa quiénes fueron los asesinos del presidente Dato. Que pase igual que con Prim —comenta escéptico Agustín.

—¿Pero cuánto tiempo hace que mataron a Prim? —pregunta Marina.

—No habías nacido tú, en 1870.

—Y en todo este tiempo, más de cincuenta años, ¿no dieron con los asesinos?

—No, aunque no creo que las autoridades de entonces tuviesen excesivo interés.

—¿Cómo no van a querer detener a unos delincuentes?

—Marina, a veces, como en el asesinato de Prim, entraban en juego otro tipo de intereses. Consideraron que era mejor no conocer a quienes movieron los hilos. Los autores materiales del asesinato habían sido contratados y si eran detenidos podían decir cosas inconvenientes. La mayoría huyeron al extranjero.

—Es terrible lo que me está contando, Agustín. ¿No exagera?

—Todo el mundo lo sabe. La realidad no la conoceremos nunca —afirma el viejo marinero.

—¿Y cree que con Dato sucederá lo mismo? Parece ser obra de anarquistas.

—Sin duda, son casos distintos, pero ayer me contó Silverio que no iba ningún escolta con él. No me digas que no resulta sospechoso. Ir totalmente desprotegido con los tiempos que corren. Ha sido un fallo de la seguridad, ¿inconsciente o intencionado? De todas formas, tenían que haber cesado ya al director general de seguridad. ¿Por qué no miras en el periódico para ver si lo han echado?

Marina está sorprendida con Agustín. Nunca se hubiera imaginado que sin saber leer pudiera estar tan enterado. Tiene que preguntarle a Silverio por él. Está convencida de que debe de haber sido todo un personaje, aún lo es.

—Sí, Agustín, en el periódico dicen que ha dimitido.

—Menos mal, dimitido o cesado. El caso es que se vaya.

—Escuche esto —dice Marina, que lee en el periódico—: «La sociedad La Gran Peña de Madrid ha abierto una suscripción entre sus socios, recaudando cincuenta mil pesetas, que se entregarán a quien descubra a los autores del crimen».

—Estos tampoco parece que confíen mucho en la eficacia de la policía, les pasa como a mí. Ahí viene Silverio —anuncia Agustín.



Al salir de la tienda, Marina duda si irse para casa directamente o pasar a recoger unas rosas blancas que ha encargado. Piensa que no le viene mal dar un corto paseo y así evita mandar a Reme.

Esa misma tarde, Marina hará una visita que tiene pendiente desde hace varios meses. Cada vez que se encuentra con ellos siempre se lo recuerdan. Doña Elena y don Bernardo Alfageme, sus antiguos señores, son muy cariñosos con ella.

Marina les estará eternamente agradecida, pero la verdad es que no se encuentra cómoda de visita, como invitada, en la casa en que sirvió. Son prejuicios tontos pero le cuesta superarlos. Sabe que los Alfageme lo hacen con la mejor de las intenciones y ella no quiere quedar como maleducada, así que esta tarde acudirá e intentará que los nervios no la traicionen.

Nada más llegar a la calle del Rosal oye que la llaman. Mira para atrás y ve a su cuñada Teresa que, sofocada, intenta darle alcance.

—En qué irás pensando, te he llamado varias veces y ni caso —le dice al acercarse.

—Perdona, no te había oído.

—Qué bien que te veo, Marina. Iba a pasar esta tarde por tu casa, pero no sabes la cantidad de trabajo que tengo. Cada día recibo más encargos. Y como este año la Semana Santa cae en este mes de marzo. Necesito emplearme a fondo. Todo el mundo quiere estrenar en Pascua.

—Me alegra mucho que te hayas decidido a coser. Siempre te he dicho que eras muy buena.

—Si no es por ti que me animas, nunca hubiera dado el paso. Y la verdad es que me viene muy bien en todos los sentidos. ¿Hacia dónde vas? —pregunta Teresa.

—A recoger unas rosas.

—Te acompaño, quiero que me cuentes cómo lo pasasteis en Gijón, en el carnaval. Era la fiesta que más le gustaba a Xuaco. Fuimos tantas veces —dice melancólica Teresa.

—A vosotros lo que os gustaba y donde disfrutabais mucho era en el baile. ¿Crees que no recuerdo tus relatos al día siguiente? Silverio y yo somos más aburridos. La verdad es que nos animamos a ir por unos amigos que insistieron mucho, pero a mí me daba lo mismo.

—Me han comentado que este año el ambiente en la calle fue muy distinto al estar prohibidas las máscaras. Pero, si soy sincera, me parece muy bien. Recuerdo que muchas veces, de no ir con Xuaco, hubiera salido corriendo al ver algunos disfraces —admite Teresa.

—Totalmente de acuerdo —corroborra Marina—, ya que bajo el antifaz se puede esconder todo y siempre me pareció peligroso. Pero, como dices, al no poder camuflarse tras una careta, mucha gente no salió y las calles presentaban el aspecto de un día cualquiera de fiesta.

—Pero el baile sí estaba animado.

—No fuimos al baile. Decidimos ir al paseo de Begoña para ver el desfile de coches engalanados, que resultó precioso. La banda de música de Gijón y varias comparsas amenizaron el paso de los vehículos en medio de una auténtica batalla de confeti y serpentinas.

—Qué bonito.

—La verdad es que no lo pasé mal. Fue una tarde distinta —asegura Marina.

—Pues si hubieseis ido al baile lo habríais pasado muchísimo mejor.

—Es posible. Pero, Teresa, no me puedo creer que quisieras verme solo para hablar del carnaval. ¿No será más bien que quieres pedirme que deje mi vestido para después de Pascua? —le pregunta riendo Marina.

—Gracias por evitarme la vergüenza de pedírtelo yo. La verdad es que no tenía que haber aceptado tantos encargos, pero pueden ser futuras clientas y me interesa quedar bien con ellas. Estoy agobiada. El de Rosita ya está para probar, pero si aplazamos el tuyo me das un gran respiro.

—No te preocupes en absoluto, Teresa. Haces muy bien. Puedes obtener unos buenos ingresos de tu trabajo y, además, te hace estar activa y al tanto de la moda. Yo me arreglaré sin problema.

—¿Tienes mucha prisa? ¿Hasta qué hora puedes recoger las rosas? —quiere saber Teresa.

—Hasta las dos. ¿Por qué me lo preguntas?

—Vamos a dar un paseo por el muelle como en los viejos tiempos, que quiero contarte una cosa —dice Teresa con picardía.

—Teresa, ¿no dices que no tienes ni un minuto?

—Es verdad, pero como iba a tu casa y ahora ya no voy, puedo disponer de un buen rato.

Marina tiene la sensación de que su cuñada lo que quiere es hablarle de algún cotilleo. No puede evitar el pensar en la cantidad de chismes de los que ahora se enterará Teresa, al estar en contacto con tanta gente, y con lo que le gusta saber.

—Antes de que me cuentes eso tan importante, dime cómo le va a Vicente. ¿Sigue pensando en estudiar Magisterio?

—Sí, totalmente convencido. El maestro se ha comprometido a darnos la información de todo lo que tenemos que hacer. Lo que seguro no sabes es que Ramón tiene novia. Es de Perlora, parece buena chica. No me la ha presentado, pero he hecho mis indagaciones y creo que ha elegido bien.

—Lo importante es que se quieran —afirma Marina.

—Ya lo sé, pero eso de «contigo pan y cebolla» ya sabemos cuánto puede durar. Pero, escúchame, Marina, ¿sabes que Lolo y tu criada Reme están liados?

—¿Cómo liados? Querrás decir que son novios.

—No. Cuando digo liados, es eso, liados. Nunca pasean juntos. Ni van al baile. A veces se los ve en la calle hablando, pero eso no significa que sean novios. Pero dos personas me han asegurado, una porque ella misma los ha visto y otra porque se lo han comentado, que los encontraron más de una vez en plena «faena» en el portal de la chica.

Marina sabe que puede ser verdad lo que le cuenta Teresa, aunque se siente en la obligación de defender a Reme.

—Sinceramente, me cuesta creerlo de Reme. Tal vez tonteaban un poco y alguien pensó mal.

—No, nadie pensó mal. Te voy a desvelar quién me lo dijo, que es la que los vio con sus propios ojos y que es la única vecina que vive donde Reme. Es una señora mayor que no suele salir de casa después de las siete de la tarde. El hermano y el padre de Reme están en la mar, y la madre tampoco sale después de anochecer, con lo cual el portal es lugar seguro. Pero ayer la vecina, al comprobar que había olvidado un paquete en la tienda y por miedo a que se extraviara, salió a buscarlo. Menudo susto que se llevó la pobre mujer. Me contaba que no se atrevía a volver y que estuvo haciendo tiempo para que terminaran. Aunque no sé yo si no los habrá estado mirando desde un rincón. Ve tú a saber.

—Y, lógicamente, esta vecina se ha encargado de dar una buena difusión a la noticia —comenta Marina.

—Sí. Y ahora, lo que es peor, como sucede siempre, es que otras personas se encargarán de contar que los vieron en cualquier otro sitio. Dentro de nada —asegura Teresa—, serán la comidilla del pueblo. Por eso quise informarte yo. Tú sabrás si debes hablar con Reme o no. Yo desconozco qué es lo que se debe hacer en estos casos.

—Lo pensaré. Reme es mayor de edad y Lolo también. Ninguno de los dos está casado. En realidad, no debemos inmiscuirnos en sus vidas. Pero sí

aconsejar y, sobre todo, avisarles de que no den escándalo porque pueden denunciarlos. Todo esto suponiendo que sea verdad lo que me dices, Teresa.

—Tan verdad como que ahora estamos en el muelle —asegura la cuñada, que añade—: ¿Nos acercamos a ver qué trae la lancha que acaba de atracar?

—Se me hace tarde —se excusa Marina.

—Yo voy hasta allí, creo que es mi primo. Igual traen alguna merluza. ¿Sabes el precio ayer del kilo de merluza? —pregunta Teresa.

—Ni idea.

—Cinco pesetas.

8. *Ocultos sentimientos*

Silverio camina cabizbajo por la calle de la Cuesta, su calle de toda la vida, la que recorría para ir y para volver de la mar. La misma que aquella horrible mañana de 1877 bajó como una exhalación con la ilusión de encontrarse con su padre.

Al regresar de Cuba, Silverio había intentado que su madre ocupara de nuevo la casa que le había comprado —y en la que Rosa había vivido un tiempo—, pero un día la dejó para volver a su casa de siempre, a la calle de la Cuesta donde sigue desde entonces. Decía que toda su vida estaba allí y los recuerdos significaban mucho para ella. Ante la negativa de su madre, Silverio había mandado realizar algunos arreglos en la vieja casa. Ahora tenía el baño dentro y también había ampliado el ventanuco de la cocina que se convirtió en una alegre ventana.

Sabe que es ley de vida. Que su madre es mayor, pero pensar en que se vaya para siempre le pellizca el corazón. El médico se ha mostrado bastante pesimista. Los pulmones de Rosa no responden y parece complicado que pueda superarlo. Sigue intentando hablar con su hermano Lolo sin conseguirlo. Está enterado de su historia con Reme y piensa que alguien tendría que decirle algo. En qué lugar deja a la chica, si luego no se casa con ella. Marina le ha contado que a Reme no le importan nada los comentarios, que lo que quiere es estar con él.

Es tan viejo como el mundo, piensa Silverio, que algunas mujeres para conseguir casarse con el hombre deseado se quedan embarazadas para forzarlo. A algunas, sin duda, les da resultado mientras que otras se quedan solas con el hijo. Tal vez Reme persiga lo mismo.

Al pasar al lado del chigre ve al viejo Agustín, que sale a su encuentro.

—Silverín, ¿cómo sigue tu madre? Ya sé que está mala —le pregunta el viejo marinero desde la puerta.

—Bastante mal, pero pidámosle al Santo Cristo que nos la deje un poco más.

—Ven a tomar un vino con nosotros.

Silverio duda unos segundos, pero piensa que no le vendrá mal charlar con aquel grupo de viejos marineros que ya no salen a la mar, pero que la siguen añorando como si de una mujer se tratara. Marina siempre le comenta que los rostros de los marineros de Candás poseen una gran personalidad.

—Son rostros curtidos y tallados como mascarones de proa. Rostros que han sido besados igual que ellos por soles, lluvias y tempestades mientras surcaban los mares. Siento, querido Silverio, que tú no hayas llegado a alcanzar esa perfección, pero te quiero igual —aseguraba Marina mientras se reía.

Ahora, al verlos sentados en el chigre, piensa que su mujer tiene razón. Además, sin haber estudiado —la mayoría no saben ni leer ni escribir—, poseen una inteligencia innata y un sentido común del que carecen muchas personas educadas y estudiadas.

—¿Qué tal, Silverio? Hace muchísimo que no te veo. ¿Todo bien? —pregunta uno de ellos.

—Bastante bien, no puedo quejarme. Pero sigan con lo que estaban hablando.

—Nosotros estamos con nuestro tema de siempre. Antes el boliche, ahora la tarrafa. Hay que fastidiar a los más pobres. ¿Por qué tienen que utilizar sistemas que arramplan con todo? Dejan a las pequeñas embarcaciones en la ruina. También hablamos de este verano tan raro, no solo por el tiempo, sino por la situación de España —dice uno de ellos.

—Pero ahora que te tenemos aquí, Silverio, vamos a aprovechar para hablar un poco de política. Seguro que tú nos puedes contar muchas cosas de lo sucedido en África —apunta Agustín.

—Yo no sé nada más que lo que publican los periódicos. Ha sido una gran desgracia. Han muerto más de diez mil españoles —dice Silverio.

—Incluso se habla de trece mil —corrige Agustín.

Aquellos días, la población española se encontraba conmocionada. No hacía mucho tiempo que todavía se pensaba que las tropas españolas en

África, mandadas por el general Fernández Silvestre, iban a conseguir la pacificación definitiva del territorio al alcanzar la bahía de Alhucemas. Pero la ilusión de un final para el conflicto africano se había esfumado al llegar la noticia de que el ejército español había sufrido la mayor tragedia de su historia, al caer aplastado por las tribus rifeñas mandadas por Abd El-Krim, cerca de Annual.

—Si es verdad todo lo que se cuenta, debió de ser algo espeluznante. Se habla de que soldados y oficiales españoles se mataron entre sí intentando conseguir un transporte en el que huir —dice Agustín.

—Es posible que así haya sido. Por lo que he podido leer, se cometieron muchos errores. Se acusa al general Fernández Silvestre, que había hecho grandes progresos en la pacificación, de haber comprado la lealtad de unas tribus rifeñas y que, en vez de desarmarlas, les permitió seguir con las armas.

—Pues sí que hay que ser confiado. ¿Él murió? —pregunta uno de los reunidos.

Silverio se queda unos segundos en silencio, no sabe si contarles que él conoció al general. Mejor no, que igual lo consideran presunción por su parte. Pero considera un deber recordar a aquel valiente joven que conoció en Pinar del Río.

—¿Saben que el general Fernández Silvestre había nacido en Cuba y que desempeñó un papel destacadísimo en la guerra de independencia cubana? —les pregunta Silverio.

—Ni idea. En esa guerra estuviste tú. ¿Coincidiste con él? Cuenta, cuenta —le apremia Agustín.

—Le vi solo una vez. Tenía mucha fama, tanto por su temperamento como por gozar de buena estrella. Se contaba que en un combate contra los mambises, Silvestre recibió cinco heridas de bala y su caballo resultó muerto. Los mambises lo ataron a las ramas de un árbol y lo acuchillaron once veces, dejándolo por muerto. Pero, rescatado en estado crítico, logró recuperarse. Su valor era extraordinario. Puedo dar fe de ello. En uno de los enfrentamientos en Pinar del Río, yo vi cómo después de matarle tres caballos, consiguió un cuarto y volvió al combate. Pero contestando a lo que me preguntaba, parece ser que el general Fernández Silvestre sí murió en Annual, aunque su cuerpo

no ha aparecido. Y no creo que aparezca, ya han pasado muchos días. Unos periódicos opinan que cayó en combate, otros que se había suicidado pegándose un tiro en la cabeza. Y lo último que he leído en *El Noroeste* es que los moros se habían apoderado de sus restos —cuenta Silverio.

—Por lo que dices, no se explica muy bien que siendo tan valiente haya llevado a sus hombres a semejante desastre —apunta Agustín.

—Puede que como estrategia no fuera tan bueno o que se haya confiado en exceso. Muchas de las tribus cabileñas, que en teoría eran fieles a España, no dudaron en olvidarse de ello integrándose en las filas capitaneadas por Abd El-Krim. Y luego hay que tener en cuenta la situación en la que se encontraban las tropas españolas: estaban mal pagadas, mal alimentadas, mal calzadas (iban con alpargatas), sin ningún tipo de entrenamiento y con un armamento anticuado. Sin tener en cuenta la corrupción que, según diversas fuentes, existía tanto entre oficiales como en la tropa que realizaban ciertos trapicheos con los moros.

—Qué pena, Silverio, casi toda la juventud española que no ha tenido dinero para eludir su traslado a África ha fallecido. ¿En qué mundo vivimos? —se lamenta uno de los reunidos.

—Alguien tiene que pagar por esto. ¿Qué pasa con el Gobierno? —pregunta otro.

—Pienso que tendrán que dimitir, pero menudo panorama para quien se haga cargo —dice Silverio.

—Nunca sé cómo se llama el actual presidente, el que sustituyó a Dato —dice Agustín.

—Se llama Manuel Allendesalazar —contesta Silverio.

—El rey ha suspendido sus vacaciones y ha vuelto a Madrid —comenta otro del grupo.

—Es lo que tiene que hacer y si encima, como dice Silverio, el Gobierno dimite, tendrá que empezar a hablar con unos y con otros —aventura Agustín, que le pregunta a Silverio—: ¿Quién crees que puede ser el próximo presidente?

—Agustín, no se precipite, que tiene que dimitir el actual.

Silverio hace ademán de levantarse, pero Agustín le dice:

—No te vayas, toma otro vino. Sé que alguna vez vas a los toros. No sé si conoces a José, es el mayor aficionado a los toros de toda Asturias, aunque solo haya podido ir una vez en toda su vida a una plaza. Pero cada vez que llega la semana grande de Gijón se pone hasta nervioso.

—Está bien, a esta ronda invito yo —dice Silverio, sentándose. Y dirigiéndose a José le dice—: Me imagino que esa corrida a la que asistió sería en El Bibio. ¿Fue hace mucho? —quiere saber Silverio.

—La verdad es que no hace muchos años —dice José, que se ladea un poco la boina haciéndose el interesante—, creo que siete. Sí, fue en 1915 cuando vi torear en El Bibio al más grande de todos los tiempos: el Pasma de Triana, que precisamente volverá a torear dentro de unos días en Gijón.

—Así que estuvo usted en el famoso debut de Belmonte. Me ha contado un amigo que vive en Madrid que este año en la corrida de la prensa, Juan Belmonte fue el gran triunfador llevándose la oreja de oro —comenta Silverio—. Pero cuéntenos, José, ¿cómo toreó aquel día el de Triana?

—Antes hablabas del valor de ese militar, pues el de Belmonte no es menor, torea metido entre los pitones, en un derroche de poderío...

Agustín, que seguía la explicación muy interesado, no pudo contener su curiosidad.

—Oye, José, ¿qué son los pitones? Hablas que no parece tú —dice asombrado Agustín.

—No seas zoquete, Agustín, son los cuernos del toro. Y déjame seguir. Nunca vi nada más guapo que la plaza de toros de Gijón engalanada. Ni mujeres tan preciosas como aquellas que llenaban las tribunas. También estaban los oficiales del acorazado *España*. A Belmonte le tocó el tercero de la tarde y enloqueció al público con sus molinetes, redondos de pecho y naturales. Tan pronto estaba agarrado a un cuerno del toro como arrodillado ante él. Mató bien. Prolongadísima ovación y oreja.

—O sea que usted, José, es de los que no está de acuerdo con aquellos que aseguran que Juan Belmonte utiliza el arrojo, la temeridad, para suplir sus carencias artísticas —le plantea Silverio.

—En absoluto. Eso lo dicen los seguidores de Joselito o del Gallo, como prefieras llamarlo.

—¿Tú, Silverio, a cuál prefieres?

—Como usted, me quedo con Belmonte, pero es verdad que no soy entendido en tauromaquia.

—¿Quieres decir que solo a los que no saben les gusta el Pasma de Triana? Pues si piensas así, te equivocas. Su estilo es nuevo. Nadie se ha enfrentado al toro como él. Nadie consigue hacer vibrar al público como él. Ya verás como pronto tiene miles de seguidores —asegura José, un tanto alterado.

—Sin duda, es usted uno más de sus fieles admiradores. José, estoy pensando que igual le apetece venir conmigo a la segunda de las corridas que torea en Gijón, ahora, en la semana grande.

—¿Lo dices en serio? —pregunta José, sin poder disimular su ilusión—. Pensé que nunca más volvería a una corrida. No puedo permitírmelo. La única vez que estuve me invitó un amigo de mi hijo.

—Está vez, y espero que alguna más, le invito yo —asegura Silverio.

—Muchísimas gracias, me acabas de proporcionar una grandísima alegría —agradece José, emocionado.

Silverio se siente bien al comprobar la ilusión con la que José ha recibido su invitación, pero quien sí se llevará un alegrón inmenso será Marina cuando le cuente lo sucedido y sobre todo porque de esa forma no tendrá que acompañarlo a los toros.



Marina se está arreglando para ir a ver a su suegra. Ha estado por la mañana. Pero volverá ahora y se quedará con ella hasta que llegue la hija de Rosa, casada en Luanco, que viene a pasar la noche con su madre. Desde que Rosa se ha puesto enferma, todos sus hijos han querido llevarla a sus casas. Marina ha insistido para que se fuera con ella, que es la que vive en Candás, pero Rosa se ha negado. Dice que quiere esperar la muerte en el mismo lugar donde siempre ha vivido.

Se le ha hecho un poco tarde porque se ha entretenido limpiando la plata. La primera vez que Silverio la vio en tal ocupación, extrañado le preguntó por qué no les encomendaba ese trabajo a las criadas. Marina le contó que le divertía hacerlo.

—Y además —le confesó—, la reacción tan inmediata del metal al pasarle un paño me invita a reflexionar sobre muchos temas.

—Querida Marina, nunca dejarás de sorprenderme. —Silverio se rio y con mucha sorna le preguntó—: ¿Se puede saber hacia qué temas te encamina la limpieza de la plata?

—No es broma, te lo estoy diciendo en serio. Verás, a los pocos días de empezar a servir en casa de los señores de Alfageme, me mandaron limpiar unas bandejas casi negras, parecía imposible que aquello pudiera volver a brillar. Y, sin embargo, al poco tiempo se empezó a iluminar. Y ello me llevó a pensar en que cuando existe calidad, aunque esté oculta, puede aparecer. La cultura, la educación, la amabilidad, el afecto y la generosidad son capaces de hacer aflorar la calidad de las personas. No tengo ninguna duda de ello.

—Pero una vez que has descubierto esa reflexión, ¿por qué lo sigues haciendo? —inquirió Silverio.

—Para que me lo vuelva a recordar. Ya sabes que es fácil olvidar.

—Te olvidarás algún día de mí.

—Jamás, Silverio. Para que eso ocurriera tendría que dejar de ser yo.

Marina se mira en el espejo, aunque no va a la playa y, por supuesto, no expone su rostro al sol, otros veranos su piel solía estar un poco tostada de los paseos por el muelle, pero este año casi no ha salido el sol. Se recoge el cabello en un moño bajo y duda si darse un poco de colorete que avive sus mejillas.

—Madre, me gusta mucho cuando se peina así —dice Rosita, que acaba de entrar en la habitación.

—¿No crees que me hace parecer aún mayor de lo que soy?

—En absoluto. Le da un aire distinguido.

—Gracias, preciosa. ¿Qué has hecho esta tarde?

—He estado leyendo los cuentos que me ha enviado Julia. Qué pena que no hayan podido venir a veranear este año.

—La verdad es que los he echado mucho en falta. Me dicen en la carta que si el trabajo de Paco se lo permite igual se escapan la semana del Cristo —le cuenta Marina.

—Estupendo, así podré decirle a Julia lo mucho que me gustaron las últimas historias de Pinocho y Chapete, que pienso llevárselas a Inés cuando vayamos el mes que viene a Oviedo —dice Rosita.

Inés había pasado en Candás, al igual que el año anterior, quince días en los que Rosita fue feliz. La amistad entre las dos muchachas cada día era más profunda. Aquel verano, su primo Vicente y otro muchacho, Donato, que vivía en Candás desde hacía un año y que a Rosita le resulta especialmente simpático, habían participado con ellas en muchas de sus excursiones y paseos. Además, había conseguido que Inés, que no era muy partidaria de ello, la acompañara al Arrabal para ver cómo era el ambiente del baile que allí se celebraba al aire libre.

—Madre estoy muy contenta porque Inés y Vicente han congeniado muy bien. Vicente le ha contado que va a comenzar a estudiar Magisterio y me da la sensación de que eso los ha unido.

Marina recordó lo que le había comentado sor Carmen sobre las posibles inclinaciones de Inés para ser maestra, pero a su hija no se lo cuenta. Se limita a preguntarle:

—Y a ti, Rosita, ¿qué te gustaría estudiar?

—No lo sé. Si tuviera aptitudes para ello me encantaría pintar.

—¿Dibujas bien?

—No lo hago muy mal.

—Tal vez deberíamos ir pensando entonces en mandarte a bellas artes. Por cierto —dice Marina—, nada que ver con lo que estamos hablando. ¿Tú sabes quién fue el Cid Campeador?

—La verdad es que el nombre me parece haberlo oído en clase pero no sabría decirle nada de él —se sincera Rosita.

—Ahora no tengo tiempo, pero mañana te hablo de él —promete Marina.

—¿Fue muy importante?

—Sí, es un personaje de gran relevancia en la historia de España. Me he acordado de él porque esta mañana he estado leyendo que sus restos y los de su mujer, doña Jimena, que era asturiana —espero que de esto no te olvides—, fueron trasladados hace unos días a la catedral de Burgos.

—¿Dónde reposaron hasta ahora? ¿De qué parte de Asturias era doña Jimena?

—No se sabe con seguridad dónde nació doña Jimena. Muchos apuntan a Oviedo y otros a Nava. En cuanto a los lugares de enterramiento han sido muchos. Primero Valencia, después el monasterio de San Pedro de Cardeña, y en dos emplazamientos distintos de la ciudad de Burgos hasta hace unos días en que fueron llevados, como te decía, a la catedral.

—Madre, ¿quiere que la acompañe?

—No, cielo. Me voy a quedar bastante tiempo, volveré a la hora de cenar. Si quieres y te apetece, puedes ir a buscar a tu padre a la tienda. Le hará mucha ilusión.

—Me ha dado una idea, voy a ir a curiosear un poco. Igual un día tengo que atender yo la tienda —dice Rosita.

—Pídele a tu padre que te enseñe, le va a entusiasmar.



Por fortuna, Marina, no se encuentra con ningún conocido por la calle que la entretenga y a las cinco y media está en casa de su suegra. Abre despacio, por si está dormida.

—¿Eres tú, Marina? —le dice Rosa—. Estoy despierta, no te preocupes.

—¿Cómo se encuentra, Rosa? ¿Ha dormido la siesta?

—Parece que respiro un poco mejor. Y he dormido desde las tres, más o menos. Lolo ha salido, pero volverá pronto. Así no te quedas tanto tiempo.

—Rosa, no se preocupe por mí, estoy encantada charlando con usted.

A Marina no le hace ninguna ilusión encontrarse con Lolo. Le apetecería hablarle de Reme, porque considera que su cuñado no se está portando bien con la chica. Una infeliz muchacha enamorada que está dispuesta a aceptar todo con tal de poder estar a su lado. Le cuesta entender ese tipo de amor. Ella ha querido y quiere a Silverio con toda su alma, pero si este se portara como Lolo, lo dejaría en el acto. Sabe que las comparaciones no deben hacerse, pero no puede evitar preguntarse si es mayor el amor que Reme siente por Lolo, que es lo único que le importa en la vida, o el suyo por Silverio. Marina

no sabe si es injusta, pero cree que la diferencia entre una y otra consiste en que Reme no se quiere en absoluto y ella sí.

Marina no puede olvidar la respuesta de Reme cuando le comentó lo que le había contado su cuñada sobre los sucedido en el portal: «Mire, señora, me resistí todo lo que pude, pero al final accedí. Y voy a ser sincera, ahora que sé lo que es, no tengo fuerzas ni quiero negarme. ¿Que me quedo embarazada y no se casa conmigo? Mala suerte. Aunque no voy a ser ni la primera, ni la última».

—Marina, quiero darte las gracias por lo feliz que haces a mi hijo Silverio.
—Rosa la sacó de sus pensamientos.

—Él me hace muy feliz a mí, Rosa. Le doy gracias a Dios todos los días — asegura Marina.

—Me acuerdo cuando venías a casa a leerme sus cartas que llegaban desde La Habana, porque yo no sabía leer. ¡Ay, Marina! Estoy a punto de emprender el viaje final. No me quejo. He trabajado mucho, pero Dios me ha dado fuerzas para poder sacar adelante yo sola a mis cinco hijos.

—Es usted una mujer fuerte y valiente. Tiene que sentirse muy satisfecha de lo que ha hecho en la vida. Siempre que hablo con usted, Rosa, me acuerdo de mi madre —dice con pena Marina.

—Muchas veces la tengo en el pensamiento. Juntas vivimos momentos que no se borran jamás; las dos abrazadas llorando con el corazón destrozado temiendo lo peor. Los hombres a los que queríamos sepultados para siempre en la mar. Al dolor inmenso se unía la situación personal. Teníamos poco más de veinte años. Tu madre, cuatro hijos y yo cinco. Ella no pudo...

Marina no puede evitar las lágrimas, qué difíciles fueron para ella aquellos años.

El ruido de la puerta las sobresalta.

—Ahí está Lolo. Le voy a decir que te prepare un café y lo tomas con él en la cocina. Así yo descanso un rato.

—No, si él se queda y usted quiere descansar, yo me voy —dice Marina.

—Por favor, Marina, Lolo está siempre tan solo. Es tan raro. Es tu cuñado. Le gustará que charles con él.

Marina no se atreve a decirle que no.



—El café ya está —dice Lolo, entrando en la habitación.

—¿Rosa, no prefieres que lo tomemos aquí? —le pregunta Marina esperanzada.

—Sí, madre, seguro que un poco de café le viene bien —apunta Lolo.

—No, iros a la cocina, prefiero cerrar los ojos un rato.

Marina se levanta de la silla donde está sentada y mira hacia la puerta creyendo que Lolo sigue allí, pero este ya se ha ido a la cocina. «Tomaré el café rápido —se dice—, y me iré». No le apetece nada hablar con su cuñado después de lo que le ha contado Silverio. Aunque también puede ser un buen momento para que Lolo le aclare las razones por las que ella no le resulta simpática. Marina no tiene conciencia de haberle ofendido en ningún momento. Su trato ha sido casi inexistente.

Lolo está fumando y mirando por la ventana abierta de la cocina. Sin darse la vuelta dice:

—¿Cómo la encuentras? He decidido no salir a la mar en toda la semana.

—Me parece que respira mejor. Mi sensación es que su final no es inminente. Me comentó Silverio que el médico creía que, si no se presentaba ninguna complicación, podría superarlo.

—Los médicos nunca se pillan los dedos —asegura Lolo.

—En este caso creo que se ha comportado correctamente. Tu madre está grave, pero es fuerte y evoluciona bien, claro que puede sobrevenir un enfriamiento y agravarse. Solo Dios sabe la hora y el día en que va a morir.

—Dios, Dios, siempre lo tenéis en la boca cuando no sabéis qué decir —dice de forma sarcástica Lolo.

Marina siente cómo su indignación crece por momentos. En las cuatro frases que han intercambiado, su cuñado no se ha dignado a volverse y sigue mirando por la ventana.

—Ni sé, ni me importa si tú, Lolo, crees en Dios. Yo sí, y no utilizo su nombre en vano. Solo digo que únicamente Él conoce cuándo será el final de Rosa, el tuyo y el mío. Por cierto, ¿quieres que te sirva el café o piensas seguir asomado a la ventana? —pregunta Marina con tono enfadado.

—Sí. Lo tomo solo. Perdona, no quería molestarte con el humo —se justifica Lolo mientras apaga el cigarrillo.

—Sabes que no me molesta. Tu hermano Silverio fuma.

—Sí, pero él utiliza tabaco de pipa caro y perfumado, no como esta basura que consumo yo.

Marina percibe tanta rabia en Lolo cuando se refiere a su hermano que no puede por menos de decirle.

—Lolo, ¿te ha ofendido en algo tu hermano?

—¿Por qué lo dices? Seguro que te comentó algo de la conversación del día de Pascua. Además de mantenido, ya veo que también es un calzonazos llorica.

—¿Pero qué te sucede? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo te atreves a tratar así a tu hermano?

—Sí, es probable que esté loco. Loco desde hace tiempo, pero nadie se ha dado cuenta porque todos me ignoráis. Ya estoy acostumbrado a ser invisible.

Marina no sale de su asombro. Mira a su cuñado y tiene que reconocer que es un hombre muy guapo, como decía su amiga Julia, aunque en estos momentos su expresión denota un gran sufrimiento.

—Lolo, no tengo ni idea de lo que te sucede. Que lo estás pasando mal resulta evidente. Y lo que también resulta evidente es que no tienes razones para quejarte. Hay personas que estarían dispuestas a darlo todo por estar a tu lado. Eres injusto al decir que nadie se fija en ti. No tengo ni idea de las mujeres con las habrás salido, aunque ahora existe una, ya sabes de quién te hablo, que te quiere con toda su alma.

—Tal vez algún día pueda quererla. Es tu criada preferida, ¿verdad? —le pregunta Lolo.

—Las tres son buenas. ¿Por qué me lo preguntas?

—Muchas veces lleva ropa tuya.

—También las otras, pero dime, Lolo, ¿cómo sabes qué es mi ropa? —pregunta curiosa Marina.

—¡Ay, Marina! Yo no hago como tú, que jamás te has dignado a posar tus ojos en mí. He sido un ser totalmente indiferente para ti. Siempre te he admirado y envidiado a Silverio por ser tu amigo. Cuando él se fue a Cuba pensé que yo podría ocupar su lugar, pero no volviste más a esta casa, bueno,

sí, venías a leer sus cartas. Seguí tu amistad con aquel chico madrileño y fui la persona más feliz al comprobar que nada había entre vosotros y mucho más feliz al ver que Silverio se casaba con Norita. Y cuando estaba a punto de vencer mi timidez y acercarme a ti, la noticia de tu viaje me destrozó el corazón. Te ibas a Cuba y además te acompañaba mi hermano, uno de los gemelos. Era yo quien tenía que haberte acompañado, pero ¿quién se ocuparía de madre?

Marina no cree que pueda ser real lo que le está contando su cuñado. Se siente mal.

—Por favor, Lolo, no sigas.

Hace ademán de levantarse, pero la mano de su cuñado la obliga a sentarse de nuevo, mientras le dice:

—Es solo un momento. Ahora que he conseguido vencerme tienes que escucharme. Sí, Marina, jamás me ilusioné con ninguna mujer porque soñaba contigo. No salías con ningún chico y eso me animaba. Incluso cuando regresaste viuda de Cuba, pensé en acercarme, pero, como siempre, Silverio se me adelantó. ¿Sabes? La primera vez que abracé a Reme fue porque llevaba tu chaqueta. Cada vez que se pone algo tuyo se aviva mi deseo.

—¡Estás loco! —exclama Marina, levantándose.

—No sabes hasta qué punto —dice Lolo que, agarrándola de los hombros la obliga a volverse para besarla de forma apasionada en la boca.

Marina no puede liberarse de aquellas garras que la sujetan. Como si fuera un muñeco la ha colocado de espaldas a la pared impidiéndole todo movimiento. Hace esfuerzos por mantener sus labios cerrados ante la insistencia de su cuñado que no cesa de mordisquearla deseando introducir su lengua, mientras con una mano intenta levantarle la falda. La voz de Rosa viene en su ayuda.

—Lolo, ¿qué hora es? Me quedé dormida.

Al oír a su madre, Lolo disminuye la fuerza con la que la mantiene sujeta. Marina se separa de él y le da una bofetada.

—Ya veo que no soy lo bastante bueno para ti. Tal vez si fuera negro como el padre de tu hija me harías caso.



Marina sale horrorizada. Se siente sucia. Necesita limpiar su cara. ¡Qué asco! Se queda un rato en el portal intentando serenarse. Menos mal que no ha venido nadie de la familia, que entran a la casa sin llamar. No quiere pensar lo que habría pasado si los hubieran encontrado en aquella situación. Se arregla el moño y baja la calle rezando para no encontrarse con algún conocido.

Al embocar la ribera a punto está de dirigirse hacia la Peña Furada para serenarse mirando las olas como tantas veces ha hecho, pero decide irse a casa, aunque antes se detiene en una fuente para humedecer el pañuelo y limpiarse con rabia la boca sin que la vean.

«¿Pero qué se ha creído este desgraciado? ¿Cómo se ha atrevido? ¿Cómo puede pensar esas cosas de mí?», se indigna.

Ella, que se creía inmunizada para cualquier tipo de crítica y que incluso se aventuraba a decirse a sí misma que no le importaría que le atribuyeran la maternidad de la niña, fruto de sus relaciones con un negro, ahora que lo ha escuchado siente el aguijón punzante de la maledicencia.

«Tengo que contárselo todo a Silverio», se dice. Pero inmediatamente se da cuenta de que, a pesar de sus deseos de ser totalmente diáfana con su marido, de no guardar ningún tipo de secretos entre ellos, de ser la prolongación uno del otro, a veces, como ahora, se impone la dura realidad. Sabe que no debe decirle nada de lo sucedido. Solo conseguiría indisponerlo en contra de su hermano. Establecer entre ellos un abismo insalvable. Tampoco tiene una amiga íntima a la que abrir su corazón. Y si la tuviera y fuera de Candás, tampoco se lo diría, porque, aunque guardara secreto, no miraría a Lolo como si no lo supiera. La señora Covadonga es como una madre para ella, pero este tipo de cosas la horrorizarían y, además, sería capaz de ir a ajustarle las cuentas a Lolo.

Pero ella necesita desahogarse, contar la terrible y desagradable escena para sentirse un poco aliviada. No quiere ni pensar en la indignación y en el asco que sentirá cuando tenga que volver a ver a su cuñado. Mas sabe que debe superarlo. Y también sabe que lo vivido esta tarde nunca se lo contará a nadie porque pertenece a ese apartado que debemos sufrir en soledad. «Solo Dios —piensa Marina—, solo mi Cristo Marinero me puede ayudar. Me

acercaré a la iglesia y me postraré ante su imagen para contárselo todo y desahogarme con Él».

9. *Balneario de Cestona*

—Así que nunca han estado aquí. ¿Y por qué se han animado a venir? ¿Se lo ha recomendado alguien?

La muchacha que se ocupa de la recepción del Gran Hotel del balneario de Cestona intenta ser amable mientras toma nota de sus nombres.

—Pues así es. Un amigo de Gijón, cliente asiduo del balneario, el señor Álvarez de la Torre, me animó a que viniéramos. No solo me habló bien de las aguas, que, según él, obran maravillas, sino del paisaje, de la belleza del río Urola, del hermoso jardín que circunda el balneario, del excelente trato y también del ambiente selecto y agradable —enumera Silverio casi sin respirar.

—¡Ay, el señor Álvarez de la Torre! Es un excelente cliente. Tendremos que agradecerle la buena propaganda que nos hace. Espero que ustedes también queden satisfechos y vuelvan a vernos más veces.

—En esta época del año no hay mucha gente, ¿verdad? —pregunta Marina.

—El mes de noviembre es de los más flojos. Tenemos poco más de un tercio del hotel ocupado. ¿Saben ya qué tratamientos se van a hacer? —se interesa, muy amable.

—Mañana, cuando nos hablen de todas las posibilidades, veremos por cuál nos decidimos —responde Marina.

—Me parece perfecto. Su habitación es la número treinta y uno. Está situada en el primer piso. Ahora les suben el equipaje. Dentro de una hora es la cena.

Desde hacía unos años el balneario de Cestona se había convertido en uno de los lugares de moda, gozando de un gran prestigio. Cada temporada acudían a su cita estival personajes famosos, miembros de la realeza y aristócratas. La misma reina regente, doña María Cristina de Habsburgo Lorena, había pasado por aquel lugar.

El balneario había abierto sus puertas en 1804. Inicialmente se construyó una casa de baños que se fue ampliando a lo largo del siglo XIX, hasta que en

1893 se acometió la edificación más emblemática de todo el complejo: el Gran Hotel.

—Qué belleza de escalera —exclama Marina.

—Sí que lo es —responde Silverio, que le pregunta—: ¿Sabes a qué estilo pertenece? Me lo ha dicho mi amigo, pero no recuerdo.

—Es una escalera estilo imperio —responde Marina.

—¿Lo sabías?

—No, pero es muy fácil de identificar. Te lo explico y ya no se te olvida. Escucha, cuando una escalera tiene su primer tramo recto hasta el descanso y después de este se abren dos brazos en dirección opuesta al primero, ya tienes una escalera tipo imperio.

—Tienes razón, no es nada complicado. Gracias.

—A ti, mi amor, por traerme a este sitio. Creo que has hecho una buena elección. Lo pasaremos bien y si además consiguen que mi piel vuelva a ser la que era, perfecto —dice Marina.

Los últimos tres meses habían sido complicados. Ella está convencida de que el mal estado de su piel se debe a la situación nerviosa por la que está atravesando. Después de la terrible experiencia vivida con su cuñado, una tarde la avisaron de que Rosita había tenido un accidente. Jugando con su primo Vicente y otros amigos se cayó del árbol en el que estaba encaramada. El susto había sido enorme porque, aunque no se rompió nada, estuvo mucho rato inconsciente. Afortunadamente, después de hacerle todo tipo de pruebas, no encontraron ninguna secuela del golpe. Las fiestas del Santo Cristo habían pasado sin que ellos se enteraran porque el agravamiento de Rosa, la madre de Silverio, que falleció a finales de septiembre, les había mantenido apartados de todo. Durante toda la enfermedad, incluso en el entierro y los funerales, Marina había conseguido no coincidir a solas con su cuñado, que probablemente también la rehuía y, aunque le agradecía que no le hubiera pedido perdón para no tener que verlo a solas, comprendía que la actitud de Lolo era inaceptable y de una asquerosa cobardía.

—Qué bonita la habitación y qué espaciosa —exclama Marina.

—Fíjate en la altura de los techos —le comenta Silverio.

—Increíble la sensación de libertad que proporcionan.

—Tiene que ser enorme porque ha hecho que te olvides de las buenas costumbres, aunque también puede ser que ya no me quieras —dice Silverio abrazándola.

Marina responde a sus besos rodeándole el cuello con sus manos, pero inmediatamente se separa.

—¿Se te ha olvidado que están a punto de traernos el equipaje? —le dice sonriendo.

—Estás en todo. Qué mal pensado soy —comenta riendo Silverio—. No era falta de cariño, sino exceso de precaución.

Silverio no se permite manifestar el menor atisbo de preocupación, pero desde hace un tiempo encuentra a Marina distinta. No es todo el tiempo, solo en algunos momentos, y sobre todo cuando ella cree que nadie la ve, el gesto de su cara se vuelve triste. Es posible que sea la afección de la piel lo que la haga sentirse mal. Silverio espera que estos días de descanso y de cuidados termales les devuelvan la normalidad.

—Menos mal —dice Marina, señalando uno de sus brazos— que estas impertinentes manchas no me han salido ni en la cara ni en las manos.

—Ya verás como aquí encuentran las aguas medicinales que te van bien y en unos días, curada. ¿Te conté cuál es el origen de este balneario? —le pregunta Silverio.

—Creo que no.

—Se dice que en el siglo XVIII, unos perros del marqués de San Millán se bañaron en una de las pozas de aguas calientes que venían de unos manantiales del monte Aiakelu. Los perros padecían sarna y a los pocos días estaban totalmente curados. No sé si es leyenda o no, aunque se sabe que el marqués de San Millán compró, en las fechas a las que alude la leyenda o la historia, estos terrenos. Poco tiempo después de su adquisición mandó analizar las aguas. En el examen realizado se confirmaron las propiedades mineromedicinales de las mismas que, a finales del XVIII, fueron declaradas de utilidad pública.

—El ejemplo de los perros me viene que ni pintado —dice Marina con sorna.



Cuando entran en el comedor solo hay unas quince mesas ocupadas. La mayoría de los comensales, según van pasando Marina y Silverio, los miran sin ningún tipo de recato: son los nuevos huéspedes. Probablemente la mayoría de los que allí se encuentran ya se conocen de otras estancias en el balneario. Casi todas son personas de mediana edad y van elegantemente vestidas.

A Marina le parece que el ambiente es encantador. Y el comedor muy hermoso, con grandes ventanales y verdes plantas que le dan un toque especial. Mira de reojo a Silverio que, un poco avergonzado por la situación, camina a su lado. Ella se siente segura, sabe que no desentonan en aquel lujoso lugar.

Marina lleva un vestido azul marino de manga larga con puños vueltos en blanco y un gran cuello blanco a juego, muy favorecedor, que forma como dos grandes triángulos al lado del profundo escote en pico. La falda es recta hasta un poco más arriba de la rodilla, para abrirse en levísimos godés. El largo, por media pierna, le hace aparecer mucho más estilizada. Silverio va de traje gris, impecable.

Una camarera perfectamente uniformada con delantal y cofia blanca los conduce hacia una de las mesas cerca de uno de los grandes ventanales.

—Si se supone que son personas educadas, ¿por qué nos miran de esa forma? —se plantea Silverio nada más sentarse en la mesa.

—Nos miran cuando nos tienen de frente. Ni uno solo se ha vuelto para hacerlo. ¿Te has fijado? Solo una señora nos ha ignorado totalmente — comenta Marina.

—Estoy tan nervioso que no he reparado en nadie —confiesa Silverio.

—Está sola en la mesa. Hemos pasado a su lado. Ahora no puedes mirar, se encuentra a tus espaldas.

Marina levanta su copa y mira a Silverio, que hace lo mismo.

—Por ti, mi amor —brinda Marina.

—Por ti, Marina, a tu lado la vida es maravillosa.

—Sé que Rosita está bien atendida, pero me sentiría más feliz si la tuviéramos aquí con nosotros —dice ella.

—Se lo propusimos y le dimos la posibilidad de elegir —le recuerda su marido.

—Sí, y ya sé que prefirió quedarse en Candás. Desde que tiene ese nuevo amigo, Donato, se pasa el día en la calle. —Marina se queda pensativa.

—No te preocupes, solo son unos días los que estaremos fuera —la tranquiliza Silverio.

La cena está resultando deliciosa. Como han llegado los últimos, algunos de los comensales van abandonando el comedor, momento que aprovecha Marina para fijarse en cada uno e imaginarse cómo será su vida y a qué se dedicarán. En realidad, no quiere saberlo, no le importa nada, pero le divierte imaginar historias. Por ejemplo, la persona más joven en todo el comedor, una muchacha de unos veintitantos años, acompañada de un hombre que pasa de los cuarenta, lleva a Marina a pensar que seguramente será cantante lírica y el hombre, su representante. Algunas veces ha intentado que Silverio le siga el juego, pero es perder el tiempo.

—Silverio, ¿crees que todos los huéspedes vienen a hacerse tratamientos?

—Seguro que no. Pero, probablemente, todos acaban por probar alguno. Yo es lo que pienso hacer —asegura Silverio.

—¿Habrá venido sola? —pregunta Marina.

—No sé de quién hablas.

—De la única persona que no se enteró de nuestra llegada.

En ese preciso instante, la mujer en la que Marina se había fijado desde el primer momento hace ademán de marcharse. Se levanta despacio, toma su bolso y dos libros y camina hacia la salida. Al pasar al lado de Marina y Silverio, los saluda con una leve sonrisa para desearles buenas noches.

A Marina no le pasó desapercibido el detalle de los libros. Detalle que vino a incrementar su interés por conocerla. Estaba segura de que aquella mujer, cercana a los sesenta, era alguien muy interesante. La desbordante personalidad que irradiaba constituía buena prueba de ello. Resultaba imposible no fijarse en ella.



—Qué suerte estamos teniendo con el tiempo. La verdad es que venía mentalizado de que no íbamos a poder abandonar el hotel, pero es una delicia pasear —se deleita Silverio.

—Al caer la tarde refresca, pero ahora más que otoño parece primavera. Si mañana continúa el buen tiempo, y si te apetece, podemos hacer una excursión más larga —le propone Marina.

—Estupendo. ¿El tratamiento lo tienes a las mismas horas que hoy? —le pregunta él.

—Sí, a primera hora y después de la seis.

—¿Estás contenta?

—Sobre todo, animada. Ya te he comentado que no le han dado importancia a mi afección. Dicen que es una especie de eccema y que en tres días notaré la mejoría. ¿Tú te has decidido por algún tratamiento? —se interesa ella.

—Me aconsejan unas sesiones para mejorar las vías respiratorias. Esta tarde empiezo.

Marina y Silverio se encuentran paseando siguiendo el curso del río Urola.

—Es hermoso contemplar toda esta arboleda enmarcando la corriente del río. La naturaleza nunca defrauda —asegura Marina.

—Y qué diferente se manifiesta según la zona.

—Desconozco la razón por la que tu comentario me hace recordar Cuba, y ello me lleva a preguntarte si te parecería bien que nos fuéramos a La Habana una temporada. Podríamos pensar en la posibilidad de hacer el viaje el año que viene —le plantea Marina.

—Hace un tiempo pensé en hacerte la misma propuesta, pero la deseché creyendo que tal vez no te interesaría. Por supuesto que me apetece. Además, a ti te vendría bien «pasar revista» a tus negocios —le sugiere Silverio.

—Tengo total confianza en René, pero sí estaría bien. A ti te agrada volver a ver a tus amigos. Y a Rosita le prometí que un día la llevaríamos. Creo que nos vendrá bien a los tres. Tengo que escribirle a René para que venda la casa del Vedado. Es preciosa, pero no podría vivir en ella. Compraré otra en la misma zona.

Silverio no puede evitar pensar en la anterior vida de Marina, pero inmediatamente rechaza la tentación: es pasado. Lo que importa es el presente y también el futuro.

—¿Le vas a pedir que te la compre él?

—No. Le diré que me haga una selección de las que estén en venta y al llegar nosotros compramos la que más nos guste. Mientras tanto, viviremos de hotel.

—Lo tienes todo pensado —dice Silverio—. ¿Te parece que regresemos? Se acerca la hora de la comida.

—Estupendo. Qué bien estamos aquí los dos solos. Con todo preparado sin tener que organizar nada. Por cierto, ya sé quién es la señora que ayer estaba sola en el comedor.

—¿Sí? ¿Y cómo te has enterado?

—Esta mañana, cuando bajé a recepción, la vi al fondo del salón y, discretamente, pregunté quién era.

—¿Y?

—Es la marquesa del Ter. Está aquí con su marido, que es diplomático. Es la primera vez que vienen a Cestona. Han llegado hace unos días de Marruecos, donde vivieron el desastre de Annual.

—Qué interesante.

—Me lo pareció desde el momento en que la vi. Creo que es francesa.



Silverio se ha quedado profundamente dormido. Marina lo mira con ternura. Cada día le quiere más. Hace unos momentos con él ha conseguido escalar la cima más alta de placer.

Después de la comida habían salido al jardín para dar un corto paseo, y allí, rodeados de magnolios y tilos, se besaron como si nunca lo hubieran hecho. A Marina le gusta provocar el deseo en su marido. Tomar la iniciativa, jugar con algunas caricias.

Marina sonríe al recordar cómo subieron las escaleras disimulando la ansiedad que se había apoderado de ellos. Al entrar en la habitación, ni un segundo de tregua.

Puede que en el acto sexual el hombre se agote más, porque Silverio se ha quedado exhausto y ella no siente ningún cansancio. Podría quedarse en la cama a su lado, pero prefiere bajar a tomar un café y leer un rato.

Al llegar al *hall*, Marina oye una suave melodía que proviene de una de las salas... Se acerca y mira por la puerta entreabierta; una mujer es quien consigue arrancar aquella música tan preciosa de un elegante piano de cola. No hay ni una sola persona en la sala. Después de pensarlo unos minutos, se decide a entrar y sentarse sin hacer ningún ruido en uno de los sillones.

Escucha emocionada. No entiende nada de música. Nunca ha asistido a un concierto, pero aquella música tan suave, tan sugerente, la transporta a lugares de ensueño. Es preciosa, se siente conmovida. Cierra los ojos y solo existe la música. Son momentos inolvidables. Al final, no sabe si es lo correcto, pero no puede resistir su entusiasmo y aplaude.

La pianista sorprendida se vuelve.

—Muchas gracias, no sabía que tenía público.

A Marina le ha impresionado tanto la música que no había prestado atención a la persona que la interpretaba. Su sorpresa es grande al comprobar que es la marquesa del Ter.

—Ha sido maravilloso. Muchas gracias —dice tímidamente.

La marquesa se levanta y va hacia ella.

—Soy Lilly Rose Schenrich. —Le tiende la mano.

—Marina González, un placer saludarla y haberla podido escuchar.

—¿Es aficionada a la música? —le pregunta Lilly.

—Desde hoy lo seré. Mi incultura musical es absoluta. He escuchado muy poca música en mi vida. Me propongo intentar arreglarlo a partir de ahora.

—¿Es usted vasca?

—No, soy asturiana. ¿Usted es francesa o inglesa? Habla un perfecto español —dice Marina con admiración.

—Soy francesa, pero casada con español desde hace treinta y siete años. Hemos vivido siempre entre Londres y Madrid. El español es como si fuera mi propio idioma.

Lilly Rose Schenrich había nacido en París en 1864. A los veinte años se casó con el diplomático, Ramón Alejandro Leopoldo Cabrera y Richards, segundo marqués del Ter y segundo conde de Morella.

Destacada pianista, Lilly Rose había actuado en importantes teatros de Francia, Inglaterra y España. Estaba en posesión de la *médaille de la*

reconnaissance française, otorgada por el Gobierno francés como reconocimiento por su trabajo al comienzo de la Gran Guerra, en 1914, al haber creado una organización humanitaria, la Sociedad para la Asistencia de los Hospitales Aliados, que prestó gran ayuda a los hospitales franceses. Pero sobre todo por lo que últimamente se hablaba de la marquesa del Ter era por haber sido la fundadora, en 1918, junto con María de la O Lejárraga, de una de las primeras organizaciones feministas de España, la Unión de Mujeres de España (UME), que defendía la educación de las mujeres y protestaba por las injustas leyes españolas para con el sexo femenino.

Hacía solo unos meses que en el *The New York Times Book Review and Magazine* se publicó un párrafo de la carta escrita por la marquesa del Ter a la reina de España Victoria Eugenia, en un intento de que las apoyara en sus reivindicaciones:

Cuerpo y alma, las mujeres no somos más que esclavas. La actriz que se casa no puede firmar un contrato sin el consentimiento de su marido. La que es viuda no puede tener un piso sin la ayuda de un pariente masculino. Y en el consejo familiar somos completamente ignoradas. Ni siquiera podemos abrir una cuenta bancaria, ni tocar una herencia, ni elegir a los maestros de nuestros propios hijos. Nuestras dotes pasan a nuestros maridos en el momento que nos casamos. Puede que consiga un millón al año por mí misma, pero como esposa necesito acudir a mi marido por cada dólar que quiero. ¿Es esto justo o equitativo en 1921?

La marquesa del Ter había participado, hacía un año, en Ginebra como delegada española en el Congreso para el Sufragio Femenino de la Alianza Internacional de Mujeres.

—Perdóneme, usted es pianista, ¿verdad? Seguro que es famosa, pero, como le decía, desconozco todo de ese mundo —confiesa Marina.

—Sí, querida, soy pianista. He actuado en muchos teatros, pero no soy famosa. No me he dedicado exclusivamente a ello. Para triunfar en ese mundo hay que entregarse en cuerpo y alma.

—¿También compone? —quiere saber Marina.

—Alguna cosita, pero solo para mí. ¿No le interesa saber quién es el compositor de la música que acaba de escuchar?

—Por supuesto, ¿la puedo invitar a tomar un café?

—Claro. Vamos a la sala. Hasta las cinco y media no tengo que subir a buscar a mi marido. Le cuento, la música que interpretaba hace un momento es de Chopin, uno de sus *Nocturnos*, el Opus 9, n.º 2.

—¿Chopin escribió muchos nocturnos?

—Creo que veintiuno.

—¿Es este el que más le gusta? —se interesa Marina.

—No podría decantarme por uno. Todos me parecen geniales —responde Lilly.

—¿Chopin es el compositor que estuvo en Mallorca, en Valldemossa, con una señora que se vestía como un hombre?

—Sí, el mismo. La señora era su amante, la excéntrica poetisa Aurora Dudevant, aunque se hacía llamar George Sand. Los dos estaban enamorados de Valldemossa. Ella siempre decía: «Todo lo que el poeta y el pintor pueden soñar, la naturaleza lo ha creado en este lugar». Pero hablemos un poco de usted, Marina.



—Es la segunda sesión y creo que su piel ya ha reaccionado —le dice la señora que la atiende.

—Sí, las manchas aparecen como más difuminadas. Qué bien. Muchas gracias —contesta Marina.

—La dejaré unos minutos sola para que las aguas sigan haciendo su efecto.

—Perfecto.

Marina se siente relajada y muy contenta por el encuentro que ha mantenido con la marquesa, que le resulta interesantísima. Ha aprendido un montón de cosas con ella. Se nota inmediatamente que es una persona culta, que además ha viajado mucho, que conoce diversas culturas y que se ha enriquecido también con el contacto de personas notables. Se pasaría días enteros preguntándole por diversos temas. Habían quedado en verse al día siguiente.

La marquesa, que era miembro de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País de Madrid, le había contado los pormenores del ingreso de las primeras mujeres en esta entidad. Marina, cuando se enteró de que

Jovellanos fue el académico que defendió la entrada de las mujeres, no pudo por menos de manifestar su alegría al conocer la postura del ilustre asturiano.

En la larga conversación que mantuvieron, Marina le contó que probablemente el próximo año viajaría a La Habana. La marquesa se mostró muy interesada. Le dijo que le daría su dirección porque deseaba que le contara cuál era la situación de las mujeres en Cuba, porque, aunque algo había leído, siempre era mejor contar con testimonios directos.

Marina le había confesado que ella no sabía nada de feminismo y que nunca se había planteado condenar la injusticia de las leyes para con las mujeres.

—De lo único de lo que me he quejado es de que no nos dejen votar, como hacen los hombres. Me parece incomprensible —admitió Marina.

—Vivimos en una sociedad totalmente injusta. Una sociedad que está en manos de los hombres, pero esto tendrá que cambiar. Debemos luchar porque así sea. Me sorprende que no sepa nada de nuestros incipientes movimientos feministas, porque una de nuestras colaboradoras en la UME, Esperanza Rodríguez Cerdán, estaba de maestra en un pueblecito de Asturias. Molleda creo que se llama, aunque no sé si seguirá o le habrán dado otro destino. Desde que yo estuve con ella han pasado cinco o seis años.

—Molleda está en Corvera, muy cerca de Candás, que es mi pueblo, el lugar donde vivo. Sé que la madre de Alejandro Casona, doña Faustina Álvarez, creo que se llamaba, fue maestra en Miranda, pero nunca he oído hablar de esa otra profesora, aunque su nombre me suena. Sí, ya sé, puede que haya leído su nombre en la revista *Asturias*, cuando yo estaba en La Habana.

—Sí es muy posible, Rodríguez Cerdán colabora en muchas publicaciones —aseguró la marquesa.

—Señora de Rodríguez, ¿se ha quedado dormida? Ya estoy aquí —dice la enfermera entrando en la sala.

—No, no me he dormido, pero sí disfruto de este relax.

Marina no dice nada más. No le ha sentado muy bien que utilicen el apellido de Silverio como si ella no lo tuviera. Es posible que la conversación mantenida con la marquesa haya influido en su reacción. «A partir de ahora —se dice—, voy a ser más sensible a la marginación a la que nos somete la sociedad». Marina que, sin estar en ninguna organización, siempre ha sido

defensora de la cultura para la mujer y para el hombre, no puede entender las críticas que —según le contó la marquesa— se hicieron a las mujeres cultas que deseaban que la sociedad reconociera sus méritos. Críticas aparecidas de forma casi unánime después de que la primera mujer en solitario, la escritora sueca Selma Lagerlof, fuera distinguida con el Premio Nobel de Literatura. Decimos en solitario porque unos años antes, una mujer, Marie Curie, había ganado el de física junto a su marido Pierre Curie y Henri Becquerel.

No exageraba la marquesa del Ter al hacer aquellas afirmaciones sobre las críticas a la escritora sueca. Por poner un solo ejemplo, en el periódico *El Noroeste* de Gijón se había publicado en primera página un artículo que, entre otras cosas, decía:

Selma Lagerlof ha sido agraciada con el Premio Nobel. Para doña Emilia Pardo Bazán se pide el ingreso en la Academia Española. Las aguas van por el cauce del feminismo. Bien está; pero ¿no podría ser esto un error y un motivo de inquietud para las mujeres mismas?

(...) No en vano una mujer se despoja de su femenina condición para anhelar glorias mayores y saciar ambiciones más altas... ¡Oh, el martirio de ser mujer superior! ¿Por qué si no los hombres casados con mujeres superiores o se han divorciado de ellas enseguida o han sido unos perpetuos desdichados?

(...) El porvenir del feminismo ha de ser la ruina de la mujer. Porque el feminismo es el relajamiento de los resortes morales, la pérdida del espíritu de abnegación y de sacrificio que han sido hasta hoy las características del sexo.

—Ya puede vestirse, señora. Es increíble lo bien que está reaccionando al tratamiento. Mañana la espero a las diez.

—Muchas gracias.

10. *Renovadas energías*

—Lo hemos pasado muy bien. Mi piel ha vuelto casi a la normalidad. Ha sido interesantísimo conocer a una persona como la marquesa del Ter. El entorno del balneario es hermoso, pero esta llegada a Candás con la mar, el faro vigilante en la suave ladera de San Antonio, con su humilde y hermosa capilla es inigualable —dice Marina emocionada.

—Tienes toda la razón. No hay pueblo más bonito que Candás —asegura Silverio con seriedad.

—Tampoco exageres —contesta Marina, riendo.

—¿Crees que los marqueses del Ter aceptarán la invitación que les hemos hecho para que nos visiten en Candás? —pregunta Silverio.

—No creo. Si dependiera exclusivamente del marqués, seguro que sí. Él nos confesó que era un enamorado de Asturias, pero la marquesa está muy ocupada y seguro que no encontrará un hueco para venir. Veo más fácil que nos visite en La Habana, porque allí no sería una simple visita de cortesía, aprovecharía para documentarse.

—Qué razón tienes, querida Marina, cuando afirmas que el viajar, el contacto con personas fuera de nuestro ambiente, nos enriquece y estimula —dice convencido Silverio.

—Ya sé que te hiciste muy amigo de un pelotari. Ya verás cuando le cuentes al viejo Agustín tu experiencia.

—Cada uno según sus tendencias. A ti el deporte te deja indiferente y a mí la música no me motiva mucho —confiesa él riendo.

—Te hago una apuesta. ¿A quién crees que veremos primero al entrar en Candás, a una persona amiga o simplemente conocida?

—Siempre con tus jueguitos, ¿qué más te da?

—Venga, a ver quién acierta. Te dejo elegir a ti primero —contesta Marina, sin hacerle caso.

—No creo que nos encontremos con nadie por la hora que es, pero me decanto por una persona amiga.

—¿Tuya, mía o de los dos?

—No seas pesada. Amiga de los dos.

Habían recorrido la calle principal sin encontrarse con nadie. A punto de llegar a casa, al pasar al lado de la iglesia, el párroco don Francisco Suárez cerraba las puertas del templo.

—Has perdido —exclama Marina.

—Yo creo que no —dice Silverio, muy serio.

—¿Desde cuándo eres tú amigo de don Francisco? Si casi nunca vas a la iglesia —le pincha ella.

—Pero puede ser mi amigo igual —contesta Silverio, disimulando la risa.

—Que no. Pero, ¿sabes? Me encanta que haya sido el párroco la primera persona que vemos. Es un mensaje para que te animes a confesar alguna vez y no solo para Pascua Florida como todos los marineros.

—Y ya me parece mucho una vez al año —replica Silverio mientras abre el portón de la casa.



—Pensábamos que no llegaríais hasta mañana —dice la señora Covadonga, que ha salido presurosa a recibirlos.

—¿Dónde está Rosita? —pregunta Marina, sorprendida de que no acuda a saludarlos.

—No ha llegado. Hoy la he dejado salir hasta un poco más tarde.

—¡Pero si ya ha oscurecido! —exclama Marina.

—Seguro que llega de un momento a otro.

—¿Ha tenido que abrir la tienda? —quiere saber Silverio.

—Sí, solo dos veces. Una, porque Teresa necesitaba unas telas y otra para doña Elena, que quería comprar género para unos visillos. No he cobrado a ninguna. Le he pedido a Rosita que anotara la cantidad de tela que se habían llevado —les cuenta la señora Covadonga.

Una de las muchachas que trabajan en la casa, después de saludarlos con cariño, les ha preguntado dónde quieren que lleve todos los paquetes que han

traído. Marina se sorprende de que Reme no aparezca cuando es ella —de las tres doncellas— la que se queda todo el día en casa.

—¿Reme no está? —pregunta Marina.

—Hace dos días que no viene. Nos mandó aviso de que se encuentra mal —contesta la señora Covadonga.

—¿Ha ido a verla?

—La verdad es que no.

Algo en la expresión y en el tono de la respuesta hace que Marina mire a la señora Covadonga interrogándola con los ojos.

En el momento que Silverio sube a la habitación, Marina se acerca a la señora Covadonga:

—Cuénteme la verdad —le pide.

—Solo son suposiciones, pero tengo la sensación de que está embarazada.

—¿Qué dices? —pregunta asustada Marina.

—Llevaba unos días con mala cara y ojeras.

—Eso no solo es síntoma de embarazo —observa Marina.

—¿Por qué no me dejas terminar? Si a esto le añades continuas visitas al baño.

—Puede que le haya sentado mal algún alimento —quiere creer Marina.

—Puede, pero para mí que no —asegura la señora Covadonga convencida.

—¡Madre! —grita Rosita desde la puerta— Qué alegría. —Y corre a abrazarla.

—No sé yo si estarás tan contenta. Me parece a mí que la señora Covadonga te mimó demasiado. Pero déjame que te vea. En solo una semana te has convertido en una señorita. Si eres tan alta como yo.

—Espero ser mucho más —dice Rosita riendo.

—O sea que me estás llamando pequeña. —Marina simula enfado.

—Sabe que no es cierto. Ha llegado una carta de sor Carmen, que me imagino que contendrá un sobre para mí de Inés, pero no he querido abrirla hasta que usted llegara —le dice Rosita.

—Has hecho lo correcto. Si me la acercas, la abro ahora mismo, porque estarás deseando conocer qué te cuenta tú amiga.

—Gracias, madre.



Inés y Rosita se escriben con frecuencia. No existen los secretos entre ellas. En los últimos meses se han visto menos porque Inés ha empezado a colaborar en la enfermería. Se ha dado cuenta de que tiene aptitudes para cuidar a los enfermos e, independientemente de los estudios que quiere cursar de enfermería, se está familiarizando con el trabajo ayudando a una de las hermanas.

Mi queridísima Rosita:

No sabes cómo me alegro de lo que me cuentas. Donato me ha parecido un muchacho estupendo y es normal que congenies con él. Pero no debes ilusionarte demasiado, somos muy jóvenes para comprometernos con ese tipo de afecto. Mañana puede llegar otro muchacho que te guste más o suceder al contrario y que Donato descubra a otra niña con la que congenie mejor. Disfruta de su amistad, pero tienes que permanecer receptiva a otros afectos. Estoy segura de que a muchas de tus compañeras les gustaría ser tus amigas. Amigas de verdad.

Rosita deja un momento la carta, no está de acuerdo con lo que le dice Inés, no se fía de las chicas que van con ella a la escuela. Está convencida de que en el fondo no la quieren por considerarla diferente. Es posible que sea un complejo que ella tiene y no responde a la realidad, pero es lo que siente. Además, le gusta mucho más relacionarse con los chicos; son más divertidos y le hacen sentirse importante. La única niña que es su amiga es Inés. Pero con ella es diferente, es buena y la quiere mucho. De repente Rosita piensa que tal vez lo que le ha unido a Inés sea la orfandad, la desgracia de que las dos no puedan sentirse arropadas por el cariño de la familia propia. Con las niñas de Candás esta diferencia subyace siempre en todas sus relaciones, mientras que con los muchachos esa sensación desaparece. Sobre todo con Donato, que no es de Candás, y con el que congenió desde el primer día en el que se vieron. Lo mismo le había sucedido a Inés con su primo Vicente, aunque su amiga es diferente...

En cuanto a lo que me preguntas sobre Vicente, creo que ha acertado al elegir Magisterio. Le gusta enseñar y pienso que será un buen maestro. Lo veo muy poco. Alguna vez se acerca al hospicio y charlamos un rato. Ya sabes que yo estoy muy

ocupada en la enfermería. Me siento muy feliz y totalmente decidida a estudiar para convertirme en enfermera. Me hace mucho bien aliviar el dolor de los demás. La amistad de Vicente me interesa, pero no ocupa el primer lugar en mi orden de prioridades.

No sabes cómo me alegra que sigas dibujando. Eres muy buena, de verdad. Deberías estudiar Bellas Artes. Está muy bien que le hayas hablado a tu madre de tu afición por la pintura, aunque no entiendo la razón por la que no le enseñas algo de lo que has hecho. Ya comprobarás su alegría y admiración cuando vea la sorpresa que le estás preparando...

Rosita se levanta y abre el cajón de la mesa donde tiene guardadas las láminas en las que trabaja: un retrato de su madre, un dibujo de la Peña Furada y un pequeño esbozo del que será el retrato de su padre. Quiere sorprenderlos con este regalo en las Navidades. El de la Peña Furada cree que es el mejor, también es más sencillo de hacer. A su madre la ha dibujado con el moño bajo que a ella tanto le gusta y, siguiendo el consejo de Antón, la ha puesto de perfil.

Antón es un muchacho de Candás que tiene unos años menos que ella, rondará los once. Era amigo de Donato, que conociendo sus deseos de dibujar, le había hablado de aquel niño candasín, como persona muy bien dotada para las artes.

—El maestro siempre nos dice que es el que mejor dibuja de toda la clase. Yo creo que podrías cambiar impresiones con él.

Así fue como un día Rosita le mostró sus dibujos a Antón, que también le enseñó los que hacía él. Los trabajos del niño a Rosita le parecieron mucho mejores que los suyos.

Al sentir que alguien se acerca, Rosita guarda apresuradamente los dibujos.

—¿Puedo pasar? —pregunta Marina desde la puerta.

—Claro, madre.

—Tenías tanto interés en leer la carta de tu amiga que ni te interesaste por saber cómo lo habíamos pasado ni por ver ninguno de los recuerdos que te hemos traído —dice Marina, sonriendo.

—Lo siento. Como estaban hablando todos, pensé que no pasaría nada porque me fuera un momento.

—Y nada ha pasado. Es broma. Mira, ¿te gusta? Lo ha elegido tu padre para ti.

—Es un paraguas precioso. Me encanta el colorido. Muchas gracias.

—Yo te he comprado esta pulsera.

—¡Qué bonita! —exclama Rosita, dándole un beso su madre—. ¿De qué está hecha?

—Es de marfil. Tanto las bolitas como las florecitas son del mismo material. Me alegro de que te guste. ¿Bajamos a cenar? Tendrás muchas cosas que contarnos. —Marina le pasa amorosamente el brazo por lo hombros—. Te hemos echado mucho de menos, Rosita.



No ha querido contarle a Silverio la sospecha que tiene sobre el posible embarazo de Reme. Tiempo tendrán, si se confirma, para hablar de ello. En el fondo, Marina sabía que esto iba a suceder y piensa que si no es ahora lo será dentro de un tiempo. Aunque resulte penoso, tiene que reconocer que Reme utiliza el último recurso que le queda para conseguir a Lolo como sea. Pero ¿merece la pena? ¿Cómo se tiene que sentir de desesperada una mujer para enfrentarse a semejante situación? ¿Qué felicidad puede esperar de una convivencia a la que uno va obligado? Si de verdad amas, ¿qué tipo de amor es el tuyo cuando obligas a la persona a la que quieres a una relación que no desea?

Los interrogantes se suceden unos a otros en la mente de Marina mientras se dirige a casa de Reme. No quiere ni pensar, si es cierto el embarazo, en el disgusto que les dará a sus padres. Pobre gente, porque está casi segura de que Lolo no querrá casarse.

Al entrar en el portal no puede evitar buscar con la mirada el lugar donde, según la vecina, mantenían relaciones. Sube la escalera muy despacio, quiere llegar muy relajada y tranquila.

Solo unos segundos y la puerta se abre. Nada más verla, Marina intuye que el embarazo es real. Reme está desmejorada, con grandes y profundas ojeras, pero su cara, a pesar de lo demacrada que aparece, tiene luz.

—Pero, ¿por qué ha venido? No tenía que molestarse. Pensaba acercarme yo mañana para contárselo todo y decirle que no tiene ningún compromiso y que si quiere no vuelvo más a su casa —dice Reme, a punto de llorar.

—¿No me invitas a entrar?

—Perdón, pase, por favor.

—Entonces, ¿es verdad? —le pregunta Marina.

—Sí. Estoy embarazada de casi tres meses.

—¿Lo sabe Lolo?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada. No quiere hacerse cargo. Dice que era yo la que tenía que haberme preocupado de no quedarme embarazada. Ya sabe cómo son los hombres.

—Habla con él. Se lo diré a Silverio —asegura Marina.

—No, por favor, le ruego que no hablen con él de este tema. Se lo pido por lo que más quiera.

—Pero, Reme, ¿qué vas a hacer? ¿Lo saben tus padres y tu hermano?

—Sí. Mi madre no deja de llorar. Lo que más me duele es el silencio de mi padre. Mi hermano insiste en que le diga quién es, aunque sospechan de Lolo, yo lo niego. He tratado de tranquilizarlos diciéndoles que yo quiero tener a mi hijo y que todos juntos saldremos adelante. No me importa, se lo juro, lo que se diga en el pueblo. Lo que me duele es su actitud. Tal vez algún día recapacite —dice resignada Reme.

Marina la mira asombrada, no sabe qué decir... Está dispuesta a que no se sepa quién es el padre de su hijo, aunque todos sospechen de Lolo.

—Puedes estar tranquila, al niño y a ti no os faltará nada —le asegura, tomándole las manos—, yo me ocuparé de vosotros. Seguirás conmigo, como siempre. Sosiega a tus padres. Diles que yo te apoyo y que estoy con ellos. ¿Quieres que les hable?

—No están en casa. Ya les contaré yo, no se lo van a creer —dice emocionada Reme, que le pregunta—: ¿Por qué es tan buena conmigo? Me trata como si fuera su hija o su hermana.

—Te tengo mucho cariño. Necesitas ayuda y yo puedo brindártela. Ya está. No le des más vueltas.

—Algún día podré corresponderle a todo lo que hace por mí.

—No tienes que pensar en eso. ¿Por qué no te arreglas un poquito y te vienes conmigo a casa? —le propone Marina.

—Ahora mismo me visto, pero esperaré a que llegue mi madre para decírselo. Cuando vea lo contenta que estoy, se animará ella también. Muchas gracias, señora, con su cariño me ha devuelto usted la fuerza y las ganas de vivir.

—No exageres, y no tardes, te espero antes de la comida —dice Marina mientras cierra la puerta.

Marina es consciente de la cantidad de comentarios que despertará el estado de Reme. En Candás no se hablará de otra cosa. Se especulará sobre quién es el padre y, aunque Reme no lo diga, todos apuntarán hacia su cuñado. En verdad, la postura de Lolo le parece cobarde e indignante. Él sí que tenía que haber tomado medidas.

Pasará por la tienda para hablar con Silverio, no quiere arriesgarse a que alguien se lo cuente antes que ella.



La cara de Silverio lo dice todo. Se ha quedado blanco con los puños apretados.

—Es un canalla, le obligaré a que cumpla con su obligación. Si madre viviera no se atrevería.

—Tranquilízate.

—Qué vergüenza, y pensar que es mi hermano.

—¿Sabes que Reme está dispuesta a no desvelar la identidad de quien la dejó embarazada?

—Es un gesto por su parte, pero todos sabrán que es él. No tiene conciencia. Quiero pensar que ha perdido la razón.

Marina sabe que ella nada tiene que ver con lo sucedido, pero no puede evitar el sentirse culpable. ¿Pero de qué?, se pregunta a sí misma. No puede olvidar el comentario de su cuñado cuando le aseguraba: «¿Sabes? la primera vez que abracé a Reme fue porque llevaba tu chaqueta. Cada vez que se pone algo tuyo se aviva mi deseo». Le resultaba muy doloroso recordar aquellas

frases. ¿Por qué las personas nos hacemos tanto daño? ¿Por qué su cuñado se comporta de aquella forma?

—Marina, ¿en qué piensas? —le pregunta preocupado Silverio, al observar su expresión de tristeza.

—¿Te parece poco lo que está pasando?

—Sí, ya lo sé. Tengo que intentar que mi hermano reflexione —asegura Silverio.

—Sí, mi amor, pero no olvides que tú no puedes decidir por él.

—Mañana procuraré verlo y te haré caso. Te quiero, Marina —dice Silverio mientras la besa.

—Y yo, Silverio. ¿Por qué no cierras la puerta? Ya son las ocho —apunta ella.

—¿Nos vamos? —pregunta Silverio.

—No —contesta Marina muy seria—. Apaga las luces —le pide, mientras sus manos recorren la nuca de su marido.

—Te adoro, siempre consigues sorprenderme —dice él, excitado.

—Ven —le susurra ella, atrayéndolo hacia la trastienda—. Te voy a demostrar lo mucho que te quiero en este lugar que nunca ha presenciado la pasión que nos eleva hacia el infinito y nos hace ser fuertes ante las dificultades.

11. *La alegría de un nuevo ser*

—Rosita, cariño, aunque seas su madrina no tienes que tenerlo todo el rato en brazos.

—Ya lo sé madre, pero es tan precioso y tan pequeñito, que apetece abrazarlo para que no le pase nada.

Marina sonrío. Mira con amor a su hija y no dice nada. ¿Qué estará pasando por la cabecita de la niña? ¿Qué sentimientos despertará en ella la presencia de aquel bebé? ¿Se acordará de los huérfanos del hospicio que se vieron privados de los abrazos familiares? ¿Pensará en su madre natural?

—A este pequeño no se le puede contemplar tanto. Luego no querrá quedarse en su camita. Hay que acostumbrarlos desde el primer día, así que, Rosita, deposítalo inmediatamente en la cuna —dice la señora Covadonga de forma enérgica.

—De no conocerla, todos creeríamos que ha tenido que criar a un montón de hijos dada su experiencia —comenta Marina entre risas.

—Tiene razón la señora Covadonga, este niño nos trae a todos de cabeza, incluso yo estoy deseando abrazarlo —comenta Silverio.

El bebé del que todos están pendientes, Antonio, que aquella tarde ha sido bautizado, tiene veintidós días. Es el hijo de Reme. El parto no había presentado ningún tipo de complicación e, inmediatamente, la realidad de un nuevo ser los había llenado a todos de alegría.

Se encuentran reunidos en casa de Marina, que ha organizado una sencilla merienda para celebrar la incorporación del nuevo integrante a la vida de la iglesia. El párroco, don Francisco Suárez, no había puesto el menor inconveniente en bautizarlo, aunque se comentaba que en algunas parroquias rechazaban a los hijos de soltera. A Marina le costaba creer estos comentarios. Sí sabía de la marginación que sufrían los hijos de soltera cuando de mayores querían optar a algunas profesiones, algo que consideraba

totalmente injusto. Pero si lo referente al bautismo fuera verdad, resultaría inaceptable. Siempre se había negado a creer que fuera cierto, a pesar de que muchas personas decían conocer casos concretos.

El hermano de Reme, al estar en la mar, no los acompañaba esta tarde pero sí habían venido sus padres, las otras dos chicas que prestaban servicios en la casa, compañeras de Reme, ellos y la señora Covadonga, que les había hecho unas torrijas deliciosas.

La armonía presidía el encuentro. Atrás se quedaban los sinsabores de las conversaciones que Silverio había mantenido con su hermano para tratar de convencerlo de que cumpliera con su obligación. Todo había resultado inútil. Su postura era inamovible. Aseguraba que a él Reme no le había hablado de la posibilidad de tener un hijo. Tal vez porque conocía la respuesta: él siempre le habría dicho que no. Así que si se arriesgó ella sola, suyo era el problema.

—Pero, Lolo, es imposible que estés en tus cabales. ¿Si no querías tener un hijo por qué no tomaste medidas?

—¿Yo? Ni hablar. La que se queda embarazada es ella y tiene que mirar por sí.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta y tan cabrón? Le quitas la honra a una mujer, ¿y vas a tener el valor de ver un chiquillo, que es tu hijo, correteando por Candás y no decirle nada?

—Sensiblerías las menos. En cuanto a la honra, habría mucho que hablar. Yo jamás la forcé. Si mantuvimos relaciones fue porque quiso.

Resultó de todo punto imposible hacerle cambiar de opinión. Desde entonces no han vuelto a hablar con él. Lo han borrado de sus vidas. Reme se ha mantenido firme en su decisión de ocultar la identidad del padre de su hijo. Los comentarios se sucedieron y todos apuntaban a Lolo, pero jamás encontraron respuesta afirmativa por parte de la muchacha que ha asumido su maternidad en solitario y con admirable entereza.

Rosita no ocultó su sorpresa al saber que Reme iba a tener un niño, pero no dijo nada hasta quedarse a solas con su madre.

—Madre, ¿pero Reme no se casa?

—Creo que no —le contestó Marina, sacándole importancia.

—¿No quiere?

—Ella sí se casaría, pero el hombre del que está enamorada y con el que ha mantenido relaciones sexuales prefiere no hacerlo.

—Entonces el bebé, ¿no tendrá padre? —pregunta Rosita, mostrando su preocupación.

—No, pero somos muchas las personas que lo queremos.

—Madre, si Reme estuviera sola sin nadie que la apoyara, ¿daría al niño en adopción?

—No pienses en esa posibilidad. Afortunadamente, Reme no tendrá que enfrentarse a semejante problema.

—Madre, ¿le digo lo que pienso?

—Claro, mi amor, sabes que podemos hablar de todo lo que quieras.

—Pues si yo supiera quién es ese hombre —manifestó Rosita—, le escupiría en la cara. Tendrían que echarlo de Candás.

—No, Rosita, lo que tenemos que sentir es lástima. En realidad, es un pobre desgraciado.

A pesar del incidente que había tenido con su cuñado y del asco que sentía por él, Marina no dejaba de experimentar cierta pena.

Se había sentido muy orgullosa tanto de su marido como de Rosita, que desde el primer momento manifestaron sus deseos de ser los padrinos del recién nacido.

—Rosita —llama su padre—, ¿me dejas que lo tenga un momento en mis brazos? También es mi ahijado.

—Por supuesto —responde ella, acercándole al bebé.

—¿Sabéis que, si le sucediera algo a su madre, los dos tendríais que cuidar del niño? —les informa la señora Covadonga.

—No diga esas cosas, que soy muy aprensiva —dice Reme, que se acerca al bebé—. Me lo tengo que llevar, es la hora de su toma.

—¿Puedo, madre? —pregunta Rosita.

Con un gesto de ojos, Marina le indica que a quien tiene que pedírselo es a Reme.

—¿Me dejas que te acompañe, Reme?

—Claro que sí, Rosita. Vamos



—Ya podéis rezarle mucho al Santo Cristo por este niño tan precioso para que consiga sobrevivir —dice Inés, mirando con amor al pequeño Antonio—. No sabes, querida Rosita, el dolor que produce el fallecimiento de un bebé. Desgraciadamente, en el orfanato lo sufrimos con frecuencia.

—Sí, tiene que ser muy penoso. Nunca te lo he preguntado, Inés, ¿cómo puede gustarte estar en contacto con el dolor? Porque me imagino que en la enfermería solo están las personas enfermas y que sufren.

—No es una cuestión de gusto. Verás, Rosita, yo, cuando entro en la enfermería, claro que percibo el dolor, pero estoy allí porque deseo aminorarlo. Mi trabajo es curarlos y hacerles más llevadero el sufrimiento. No sabes lo bien que te sientes cuando observas la mejoría de los enfermos. Ni qué lección nos dan diariamente manteniendo su alegría a pesar del sufrimiento.

—Por ello te quieres hacer enfermera.

—Sí, me gustaría mucho estudiar enfermería y puede que lo haga. Y todo gracias a tu madre, porque me ha dicho sor Carmen que ella se ha ofrecido para ocuparse de los gastos. Siempre le estaré agradecida.

—Pues yo hubiese preferido que estudiaras Magisterio al igual que Vicente. Ya os veía como pareja —dice Rosita riendo.

—Ya lo sé, pero no es lo que tú quieras, soy yo la que tengo que elegir. Cada persona está capacitada para cosas diferentes. Yo, por ejemplo, sería incapaz de dibujar una rosa. Por cierto, no me has comentado la reacción de tus padres cuando vieron los dibujos.

—Se quedaron encantados. Creo que el retrato de mi padre me salió mejor, he conseguido un cierto parecido. Luego te los enseño. Me encantaría pintarte a ti, Inés.

—Sí, por favor, ¿por qué no empiezas ahora mismo?

Las dos se encuentran en el jardín de casa. Están sentadas charlando. A su lado, el pequeño Antonio reposa tranquilo en el serón. Inés ha venido, como los últimos veranos, a pasar unos días a Candás con Rosita. En esta ocasión, la alegría del encuentro está un poco empañada por la inminente separación: Rosita viajará con sus padres a comienzos de septiembre a La Habana.

—La verdad es que tengo que darme prisa si quiero hacerte un retrato porque dentro de poco me voy —dice con pena Rosita, que añade—: A no ser que vinieras con nosotros. Sería tan maravilloso que quisieras acompañarnos, y así te pintaría también en el barco, surcando los mares.

—Es precioso lo que me dices, pero tendremos que bajar al muelle si quieres pintarme con el mar de fondo. Creo que tendrás que conformarte con el mar Cantábrico —replica irónicamente Inés.

—Estoy hablando en serio. ¿Ha vuelto a decirte algo mi madre?

—Sí, y le he mostrado mi agradecimiento de corazón. También le he explicado las razones por las que no puedo acompañaros.

—Piénsatelo otra vez, Inés, por favor. No sé el tiempo que estaremos, pero seguro que no tardaremos mucho en regresar a Asturias y, aunque mis padres decidieran quedarse una temporada más larga, te daría lo mismo porque aquí nadie te espera. Tengo muchísimas ganas de conocer Cuba. Si vinieras con nosotros, sería estupendo. Anímate. Sabes que me harías la persona más feliz del mundo —insiste Rosita.

—Querida Rosita, no me voy a animar. Es verdad que nadie me espera, pero yo sí espero a alguien. Nunca te lo he dicho claramente, pero yo sigo esperando que aquella mujer aparezca un día por el hospicio. Todos los días se lo pido a Dios. A veces estoy convencida de que atenderá mi suplica porque necesito verla, tocarla, mirar sus ojos, que me cuente la verdad, para quedar en paz conmigo misma. Necesito perdonarla...

—No puedo entenderte —comenta Rosita, mirándola asombrada—. Te abandona, da una identidad falsa para que no puedan localizarla y tú ¿deseas perdonarla, en vez de olvidarte de ella por lo mal que se ha portado contigo? ¿No te importa que no te quiera, que te haya dejado tirada sin interesarse nunca por lo que te habría pasado? Y además, ¿de verdad crees que volverá después de tanto tiempo?

—Es posible que no aparezca nunca. Y me resignaré. Pero yo sigo esperando. Mira, Rosita, me ha costado muchísimo reconocer esta verdad. Hasta ahora he tratado de ocultarla con odio y rabia, pero, en el fondo, lo que deseo es verla y conocer la verdad.

—Y perdonarla —dice Rosita como un eco.

—Sí, eso me daría una enorme paz y una gran libertad interior —asegura Inés.

—Me cuesta entenderte. Yo nunca podría adoptar tu postura —reconoce, muy triste, Rosita.

—Hablemos de otras cosas. Cómo me extraña que no me hayas comentado nada de Donato.

—Cada día me llevo mejor con él. Separarme de vosotros es lo único que enturbia mi viaje.

—Lo pasarás muy bien. Seguro que pronto haces nuevos amigos, pero no te olvides de nosotros. Nos tenemos que escribir.

—Eso seguro. Mira, ya tengo tu boceto —dice Rosita.

—Eres una artista, ¿pero es tan grande mi nariz?

—Es mi pequeña venganza. Lo terminaré en estos días. Te quiero mucho, Inés

—Y yo a ti, Rosita.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo? Mis padres llegarán un poco tarde. Han ido a Gijón a un concierto. Desde que estuvieron en el balneario, mi madre se ha aficionado a la música.



La señora Covadonga ve cómo las dos chicas se despiden de Reme que ha salido a tejer al jardín para cuidar de su niño que duerme plácidamente. No es muy cómodo el lugar donde se encuentra, pero desde allí divisa perfectamente la parte de atrás del jardín. No se lo ha comentado a nadie, pero hace unos días está segura de haber visto la cabeza de un hombre que miraba. Ella desconoce quién es el padre del niño de Reme. Todo apunta a Lolo, aunque no faltan quienes dicen que puede ser Silverio, al ver la acogida que han dado al pequeño y a su madre. Ella no cree esa patraña, pero por ello necesita ver al merodeador, porque está segura de que su interés es el niño. Hace dos días que, al caer la tarde, se pone al acecho y hasta ahora no ha visto a nadie, aunque está decidida a seguir vigilando porque el instinto no le falla y, además, está segura de haber visto a alguien.

De momento, no ha querido comentarle nada a Marina. «Dios mío —se dice—, no quiero pensar que dentro de menos de un mes se marcharán a Cuba. Cómo los voy a echar de menos. Es muy posible que nuestra despedida sea definitiva porque yo ya tengo muchos años. Cuando llegue el momento, disimularé para que no perciban mi dolor. Se me rompe el corazón al pensar que tal vez no nos volvamos a ver más. Aunque tengo que darle las gracias a Dios por Marina, que ha sido y es para mí como una hija. La quiero con toda mi alma».

Un suave ruido la hace mirar con atención hacia el sitio exacto en el que hace unos días le había parecido ver la cabeza de un hombre. Es en la esquina izquierda del cierre del jardín en el que se apoyan algunas de las ramas del fresno. Un fresno viejo que ya existía en la finca y que Marina había querido conservar porque aseguraba que aquel tipo de árbol daba buena suerte. También decía que era considerado sagrado por unos pueblos antiguos —de los que no recuerda el nombre— y que podía curar catarros y mil cosas más.

Parece una falsa alarma, se dice, pero sigue mirando. De repente observa cierto temblor entre las hojas de las ramas. Alguien está intentando desde el otro lado moverlas para hacerse un hueco y poder observar lo que sucede en el jardín en el que solo se encuentra Reme con el niño.

Ya puede verlo; es la misma cabeza. Pero por más que lo intenta no consigue identificarlo. Lleva una boina muy calada que no deja ver sus facciones con claridad.

La señora Covadonga piensa en salir de la casa y dar la vuelta a la finca para pillarlo in fraganti en su parapeto, porque tiene que estar subido a algo. La altura del cierre supera la de una persona. Pero decide esperar por miedo a que se vaya o que suceda algo en su ausencia.

El hombre no se mueve. Igual es un perturbado que se dedica a observar vidas ajenas, piensa la señora Covadonga con cierto cansancio. De pronto el hombre asoma más su cabeza para comprobar si hay alguien más en el jardín y entonces se escucha un silbido.

La señora Covadonga se lleva una mano a la boca; acaba de identificarlo.

Reme, que ha escuchado el silbido, levanta la cabeza y mira en su derredor, mas no ve a nadie. Es difícil fijarse en aquel punto desde el que la observan.

Un nuevo silbido hace que se levante y de pronto escucha que dicen su nombre, que le hablan.

—Reme, Reme, mira a la esquina, donde el fresno, soy yo. Estás sola, ¿verdad?

La muchacha, que ha reconocido la voz, se pone muy nerviosa y su primera reacción es tomar el capazo en brazos y entrar en la casa.

—Por favor, no te vayas, quiero hablar contigo —suplica Lolo.

—Estás loco. No tenemos nada de qué hablar. Hace casi un año que ni nos vemos ni nos dirigimos la palabra. Vete.

—Por favor, no sabes lo preciosa que estás. Déjame ver a mi hijo.

—¿A tu hijo? Que yo sepa, tú no tienes ningún hijo. Este precioso bebé es solo mío.

—Me voy dentro de dos días a la mar. Me puede sobrevenir la muerte. ¿Tendrás el valor de dejarme morir sin conocerlo?

A pesar de todo lo que le ha hecho, Reme ama a aquel desgraciado. ¿Y quién le dice que después de ver al niño, que tiene los mismos ojos que él, Lolo decide cambiar de opinión y casarse con ella?

—Venga, Reme, acércalo aquí.

La señora Covadonga no se cree lo que está viviendo. Cuánto daría por poder dirigirse a aquel sinvergüenza. Interiormente le está pidiendo al Cristo que le dé fuerza a Reme para aguantar y mandarlo al carajo.

—Adiós, Lolo, si quieres conocer a mi hijo, ya sabes lo que tienes que hacer. Cuando quieras puedes venir a casa de tu hermano como una persona normal y no tendré ningún inconveniente en que lo veas. ¿Quién te has creído que soy para venir a verme como un ladrón? Si te avergüenzas de mí, olvídame, que nadie te necesita.

—Esta noche te espero en el portal. No importa a la hora que llegues, allí estaré y entonces lo veré.

Reme no puede evitar la emoción y llorando recoge la costura, toma el serón y se mete en casa.

La señora Covadonga se alegra tanto de haberlo presenciado todo. Solo se lo contará a Marina. Está encantada de haber descubierto la verdad. Esta

noche ya se las arreglará para impedir que Reme vaya a casa. Y si se empeña, la acompañarán ella o Silverio. Ese indeseable no puede salirse con la suya.



—Por fin. Seguro que son ellas —dice Marina al escuchar que llaman a la puerta.

—No les riñas, tampoco es tan tarde —dice Silverio.

Entra Inés como una exhalación.

—¿Y Rosita? —pregunta Marina.

—Ya viene, es que yo me he adelantado porque tengo urgencia de ir al baño.

—¿Y se quedó sola?

—Viene con Donato, que nos ha acompañado en el paseo.

—Qué buenos amigos se han hecho. Donato me parece un niño especial —comenta Silverio.

—Sí que lo es. Además, destaca entre los otros chicos porque procede de un ambiente distinto.

Marina no dice nada, pero no le gusta en absoluto que Rosita se haya quedado sola con el chico... Y cuando la ve entrar con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, teme que se hayan besado. Y tal vez, se dice, no sea la primera vez.

—Qué pronto han venido. Inés y yo creíamos que les tendríamos que esperar. ¿Les gustó el concierto? —les pregunta Rosita, sin darles tiempo a que le digan nada.

—Hemos cambiado los planes. Pensé más en tu padre que en mí y nos fuimos al teatro Dindurra —explica Marina.

—Algo que te agradeceré eternamente, no solo porque me hayas liberado de dos horas de música clásica, sino porque la obra que estrenaban me gustó mucho —le responde Silverio.

—¿Qué han visto? —pregunta Inés.

—*Es mi hombre*, de Carlos Arniches.

—¿De qué trata? —pregunta Rosita.

—Es la historia de un hombre muy pobre que no dispone de medios para salir adelante él y su hija, así que se ve obligado a realizar trabajos para los

que no está cualificado. Tiene momentos muy tristes y otros que provocan la carcajada —les cuenta Silverio.

—Perdonad que os interrumpa —dice la señora Covadonga—, la cena espera. Hoy, de forma excepcional, he querido prepararos *unes patatines* con golondro, que espero os sepan a gloria.

—Es uno de mis guisos preferidos —asegura Marina—, muchas gracias.

—Madre, ¿nos van a llevar a la inauguración del nuevo teatro que abren en Candás? ¿Podría acompañarnos Donato?

Marina no quiere darle importancia a algo que posiblemente no lo tenga, pero no puede evitar pensar que su hija siente algo más que amistad por aquel chico.

—Querida Rosita, aún no se si iremos —le dice, muy serena—. De todas formas, tal vez no sea muy acertado que venga con nosotros. Ya veremos.

—Marina —dice la señora Covadonga—, lo mejor es que los lleve yo. Ya sabes que soy amiga de la señora que va a ser la directora del nuevo teatro.

—Ya hablaremos —zanja Marina.

—Siempre se me olvida ¿Cómo es el apodo de esa señora? Se llama María, ¿verdad? —pregunta Silverio.

—Sí, María la Montuca —aclara la señora Covadonga.

El 9 de agosto de 1922 se iba a inaugurar en Candás el teatro Marina. El edificio, que era propiedad de Joaquín Prendes Fernández, se encontraba situado en un lugar privilegiado, en la misma plaza de la Baragaña. Contaba con un aforo de doscientas butacas, seis palcos muy espaciosos, doscientas cincuenta plazas entre entresuelo y general. La directora de la empresa del nuevo teatro sería su suegra, María Suárez de León.

—Me han dicho que será su hijo Luis el encargado de poner la banda sonora a todas las películas tocando la pianola —comenta Silverio.

—Sí, y creo que en ocasiones muy especiales también contarán con una orquesta —añade Marina.

—¿Entonces, a partir de ahora en Candás vais a tener dos teatros? —comenta Inés.

—Sí —responde Silverio—, aunque no sé por cuánto tiempo.

—Alguien me comentó, y yo también lo creo —dice Marina—, que fue el cambio de propietario del teatro Santarúa lo que animó a los Prendes a iniciar esta nueva aventura. Se sospecha que Conservas Albo, actual dueña del teatro Santarúa, no tardará mucho en darle al teatro otro destino.

—Perdón, señora Covadonga —llama Inés—, quiero felicitarla. Nunca había tomado un guiso tan sabroso. Riquísimo. ¿Cómo ha dicho que se llama el pescado?

—Golondro.

—Es una cocinera excelente —apunta Marina—, y confieso que lo que sé de cocina se lo debo a ella.

—Pues prepárense para el postre —dice Reme, que entra en el comedor con dos grandes bandejas.

La señora Covadonga le había contado a Marina todo lo que había presenciado por la tarde desde su escondite. Las dos decidieron que era mejor no decirle nada a Reme, pero sí la convencieron para que aquella noche se quedara a dormir, argumentando que las otras dos muchachas descansaban. Al principio, Reme parecía un poco contrariada, pero inmediatamente se mostró alegre. Seguro que se siente aliviada al no tener que enfrentarse con aquel caradura, piensa la señora Covadonga, que se ofrece para ir a avisar en casa de Reme de que no la esperen esta noche.

—Qué maravilla, nos ha hecho *casadielles* —exclama Rosita, que se siente eufórica.

—Quiero que sepáis que en su elaboración ha participado Reme —dice la señora Covadonga—, que cada día se le da mejor la cocina.

Inés ha intentado en varias ocasiones encontrarse con los ojos de Rosita que, desde que ha entrado en casa, brillan de una forma muy especial. Está deseando quedarse a solas con ella.

—Pero decidme vosotras, ¿qué tal el paseo? ¿Por dónde habéis estado? —se interesa Marina.

—Nos hemos sentado un rato en el Paseín. Menuda tenían organizada unos cuantos con la victoria del Baragaña al Verina FC, al que ganaron en el campo de la Ería por siete cuatro —explica Rosita.

—Pero eso fue el domingo —comenta Silverio.

—Ya, pero aún les dura la alegría. Luego fuimos al muelle. Estuvimos donde la ribera charlando y se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta. Siento haber llegado tarde, madre —se disculpa Rosita—. ¿Podemos levantarnos de la mesa? Me gustaría salir un ratito con Inés al jardín.

—Claro. Tu padre y yo también daremos un paseo antes de acostarnos.



—Qué bien que estamos solas —dice Rosita, agarrándola del brazo—. Estoy como en un sueño. Donato me ha besado.

—¿Por qué se lo has permitido?

—No me ha dado opción. Al despedirnos, de repente, me agarró y puso sus labios en los míos.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada. Quedarme quieta. Me sentía tan bien, pero un poco asustada. Al separarnos, entré en casa corriendo. No hago más que intentar revivir la sensación de felicidad que experimenté en aquellos momentos. ¿A ti te han besado alguna vez, Inés?

—No.

—¿Crees que he cometido un pecado?

—Pienso que no, pero deberás decírselo al sacerdote cuando te confieses.

—Inés, prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Puedes estar segura. Pero déjame que te dé un consejo, no sigas besándote con Donato, que eso puede dar lugar a otras cosas.

—Me da mucha pena irme a Cuba. Me siento tan bien con él. Es guapísimo y muy bueno —dice Rosita convencida.

Inés asiente, pero piensa que le viene muy bien a Rosita alejarse una temporada. Es muy joven para pensar en chicos, aunque probablemente eso sea lo normal y la extraña sea ella, que se mantiene totalmente indiferente ante ellos.

—No sé a ti, pero a mí las patatas con golondro me han dado sed —comenta Rosita.

—Sí, un poco.

Cuando entran en la cocina les sorprende encontrar a Reme allí sentada muy pensativa.

—Me he quedado en la cocina porque quiero darle de comer a Antonio aquí —les dice, al verlas—. Está más acostumbrado a este espacio que al de la habitación donde vamos a dormir.

—Qué guapo es —dicen al unísono Rosita e Inés, acercándose al serón.

—Y qué bueno. Si no cambia, que espero que no, es una bendición. No llora nunca —les cuenta Reme con expresión de felicidad.

—Mañana, si nos lo dejas, nos gustaría estar con él en el jardín.

—Por supuesto.

—Buenas noches, Reme.

—Qué descanséis. Buenas noches.

Reme, al irse las chicas, retorna a sus pensamientos, que no son precisamente alegres y optimistas. No ha dejado de recordar ni un solo momento a Lolo. La visita que le hizo esta tarde, aunque inaceptable, ha abierto su esperanza. «La verdad —se dice— es que soy tonta porque, a pesar de lo mal que se ha portado conmigo y con el niño, le sigo queriendo. Aunque solo sea por el pequeño, tengo que ser fuerte, pero es su padre. Ay, Santo Cristo, dame fuerzas, no puedo consentir que nos vea como él quiere, amparado por las sombras de un portal. Si saliera con otra mujer, sufriría, pero sería más fuerte. El verlo con otra aumentaría mi rabia y me ayudaría a mantenerme alejada de su persona».

—Qué va a ser de nosotros, mi pequeñín —dice, mirando la dulce cara del niño dormido—. Cómo saldremos adelante ahora que los señores se van y sabe Dios cuándo volverán. Tendré que ir a la bodega. No me asusta. Casi todas las muchachas jóvenes de Candás van y yo puedo hacer exactamente lo mismo. Lo que me da miedo es que tendré que dejarte con mi madre, que ya está para pocos trotes.

«¿Nos habrá visto alguien esta tarde?», se pregunta Reme. Aunque le importa bastante poco. La única sospecha que tiene de que así haya sido es la decisión de Marina al pedirle que se quedara, aunque estaba suficientemente justificada al no estar ninguna de sus compañeras de servicio. En el fondo, se había sentido aliviada, porque ella no tiene fuerza para no ver a Lolo, para

oponerse a él. Y así, quedándose en la casa, le dio plantón, haciéndole esperar en balde. ¿Cómo se habrá sentido? «Igual ya no vuelve a acercarse a nosotros por el feo de esta noche», se dice Reme, que siente cómo la tristeza la embarga ante esta posibilidad.

Reme recuerda ahora los consejos de algunas amigas que siempre le decían que para despertar el interés de los hombres era muy recomendable hacerse la dura, dar algún que otro desplante. Una caricia y, a continuación, alejamiento. Ella no sirve para hacer esas cosas.

Un ruido muy ligero la lleva a mirar al serón donde Antonio, con los ojos muy abiertos, se despereza.

—Mi amor, eres lo más hermoso del mundo —exclama mientras lo toma en brazos—. Gracias, Santo Cristo, por hacer que mi hijo naciera sano y se críe tan bien —dice a la vez que abre su camisa para darle de mamar.



—Voy a echar mucho de menos este entorno, en el que tan felices somos.

—Tú y yo, querida Marina, solo necesitamos para ser felices estar el uno al lado del otro.

—Es muy bonito y sobre todo muy real lo que dices, Silverio. Pero ha sido en esta casa donde por primera vez nuestros cuerpos se fundieron. Aquí donde me hiciste y me haces sentir en el cielo.

—Querida Marina, no puedes evitar el compartir tu felicidad con todo lo que te rodea.

—¿Te parece malo?

—No, todo lo contrario.

—No sientes un poco de miedo de volver a La Habana, donde tan desgraciados fuimos —le pregunta Marina.

—Como tú dirías, que la Giraldilla, la plaza de Armas, el Malecón y la plaza de San Francisco contemplen ahora nuestra felicidad —contesta su marido riéndose.

—Tendremos que ir a Trinidad. Sí que será muy duro —dice pensativa ella.

—Juntos podemos con todo, cariño. Ya verás.

—Dios te oiga. ¿Por fin, qué has decidido? ¿Nos embarcamos en Santander o en La Coruña?

—Yo, a veces, también soy sentimental, así que había pensado que nos embarcáramos en Santander, como la primera vez. Pero creo que es mejor que lo hagamos en La Coruña, no por evitar dos días de viaje, sino para conocer la capital gallega. Espero la semana que viene tener los billetes.

—Tenemos un montón de cosas que arreglar antes de irnos. He pensado que a Reme le voy a seguir pagando como ahora. Le pediré que se ponga de acuerdo con la señora Covadonga para venir de vez en cuando a limpiar y abrir la casa.

—Me parece perfecto.

—¿Qué has decidido hacer con la tienda? —se interesa Marina.

—Le he dado muchas vueltas. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar en Cuba, pero me apetece mantenerla abierta. He hablado con el contable que se ocupa de nuestras cosas y le he comentado la posibilidad de que él supervisara todo: compras, ventas, posibles reparaciones y otras eventualidades. Delego en él las funciones de director y le pongo dos empleadas que serán las encargadas de atender a los clientes. Creo que las personas idóneas son Teresa y Reme. A Reme no se lo comenté, mejor lo haces tú. Teresa se ha mostrado encantada.

—Me parece que has acertado. Teresa incluso puede coser en la tienda. En cuanto a Reme, perfecto, porque de esta forma el dinero que pensaba pasarle, ahora es por su trabajo y ello hará que se sienta mucho mejor. Además, Reme sabe leer y escribir, que a Teresa ya se le ha olvidado. Espero que congenien bien.

—Los dos sabemos cómo es Teresa —observa Silverio—, pero creo que Reme tiene mucho aguante y su carácter es suave. Me parece persona tranquila.

—Estás en lo cierto. De todas formas, yo hablaré con ella. Cambiando de tema, no vamos a llevar mucho equipaje. Solo lo necesario para la travesía y los primeros días. Seguro que toda la ropa que aquí nos resulta elegante en La Habana está totalmente desfasada. Ya tengo experiencia de ello —asegurando Marina, que pregunta—: Magdalena vive, ¿verdad?

—Las pasadas Navidades sí vivía. ¿No recuerdas que nos enviaron saludos de ella?

Marina observa cada músculo de la cara de su marido en espera de alguna reacción al escuchar aquel nombre, pero Silverio se muestra totalmente tranquilo. «Ay —piensa—, si él me observara a mí vería cómo todavía el pronunciar ese nombre me pone nerviosa». Toma entre sus manos el rostro de Silverio y mirándolo con amor le ruega—: Quiéreme siempre, por favor. Me moriría si me dejaras.

—Pero ¿qué te pasa? Sabes que te adoro.

Se funden en un prolongado abrazo.

—¿Nos acercamos hasta el romero antes de subir a acostarnos? —propone Marina.

—Vamos —se muestra de acuerdo él, levantándose.

—Aunque ahora no esté en flor me gusta pasar mi mano por sus ramitas que, agradecidas, las impregnan de su aromático olor. ¿Sabes? Os tengo preparada una sorpresa para antes de que nos vayamos.

—¿A quiénes? ¿No puedes adelantarme nada? —quiere saber Silverio.

—Pues a ti, a Rosita y a la señora Covadonga.

—¿Y no puedes decirme en qué consiste? Una cena o una comida, me imagino. ¿Nos llevas al teatro?

—Es sorpresa, no insistas.

12. Covadonga

—Dios mío, Marina, ¿cómo no voy a quererte?

—No exagere, señora Covadonga —le pide Marina.

—¿Te parece poco? Gracias a ti, no moriré sin conocer Covadonga.

—Nosotros tampoco lo conocemos —añade Silverio.

—Por ello me ha parecido una buena idea que los cuatro juntos vengamos a rezar ante la Santina —dice Marina—. Lo cierto es que desde hace cuatro años, en que la Virgen de Covadonga fue coronada canónicamente, estoy pensando en venir. He guardado el *Blanco y Negro* con las fotos y la información de ese día que fue una jornada preciosa presidida por sus majestades los reyes.

—¿Por qué no nos cuentas lo que dice la revista? —le pide la señora Covadonga.

—No. Lo que voy hacer es leeros parte del reportaje. He traído la publicación.

—Qué bien —exclama Rosita.

Marina saca de su bolso el *Blanco y Negro* y comienza a leer:

Las fiestas de la coronación de la Virgen de Covadonga, celebradas para conmemorar la reconquista de España, han constituido un acontecimiento y han servido para que los reyes don Alfonso y doña Victoria Eugenia realicen un paseo verdaderamente triunfal por el noble y hermoso país asturiano. A las diez de la mañana llegaron los soberanos al histórico paisaje. El aspecto de Covadonga era imponente. Más de diez mil almas se hallaban congregadas en sus alrededores. A su llegada a la basílica los reyes fueron recibidos por el cardenal primado de España, arzobispo de Toledo don Victoriano Guisasola y Menéndez.

—Aquí hago un alto —les dice Marina— para contaros que este señor, don Victoriano Guisasola, era asturiano, de Oviedo, y falleció hace año y medio.

—Qué bien que Dios le permitió poder participar en esa ceremonia que para él tuvo que ser muy especial —dice la señora Covadonga, que se muestra muy interesada en el tema.

—Sí que debió de serlo —corroborra Marina—, y ahora le diré algo de don Victoriano que creo le gustará: era hijo de un obrero de la fábrica de fusiles de Oviedo.

—Los que son listos, casi siempre salen adelante. Marinina, ¿y tu cómo sabes tanto? —dice riendo la señora Covadonga.

—No sé casi nada, pero lo poco que conozco se lo debo a la lectura. Lo cierto es que he seguido un poco la pista a los personajes y a los temas que se derivan de este acto. Os sigo leyendo:

Ya en el interior del templo, el obispo de Oviedo presentó en una bandeja, cubierta con un paño de terciopelo rojo, la corona para la Virgen, que es una maravilla artística aparte de su inmenso valor. Se leyó el decreto pontificio autorizando la coronación, y el abad entregó la corona al cardenal Guisasola, quien la bendijo. Seguidamente, fue llevada al altar mayor y allí permaneció durante la celebración de la santa misa que fue cantada por el Orfeón Ovetense.

—Perdón, madre —dice Rosita—, ¿no explican cómo es la corona?

—Te has anticipado, querida, en esta información no dan detalles, pero lógicamente los he buscado. Os explico: son dos las coronas, una para la imagen de la Virgen y otra para el Niño Jesús que lleva en brazos. Las dos fueron hechas en unos talleres de arte en Madrid, creados y dirigidos por un sacerdote asturiano, de Pola de Lena, don Félix Granda Buyla, que, además de sacerdote, es escultor, pintor y orfebre.

—¿Pero cómo son? —insiste Rosita.

—No seas impaciente. Ahora os lo cuento. Las califican de auténticas obras de arte. No sé si podremos verlas.

—¿Pero no las tienen puestas la Virgen y Jesús?

—No, mi amor, son muy valiosas y están guardadas para ocasiones muy especiales.

—Qué pena —añade la señora Covadonga.

—Os vais a asustar cuando os diga que solo la corona de la Virgen tiene más de mil cien brillantes, treinta y dos perlas, novecientos ochenta y tres rubíes, dos mil cuarenta y seis rosas de Francia y dos mil quinientos setenta y dos zafiros. Todo ello engarzado con esmaltes azules en quinientos cincuenta y un gramos de oro y doscientos treinta y dos de platino.

—Tiene que ser espectacular. ¿Qué son las rosas de Francia? —quiere saber Silverio.

—Creo que son corindones sintéticos de color de rosa.

—¿Y la corona del Niño Jesús? —se interesa Rosita.

—Es, por supuesto mucho más pequeñita. Está realizada con los mismos materiales: oro, platino, piedras preciosas y esmaltes. A excepción de zafiros y rubíes, que no lleva.

—Marina, ¿y de verdad ha sido financiado todo por los asturianos? —pregunta la señora Covadonga.

—Absolutamente. Muchas personas entregaron sortijas, pulseras, collares, dinero... Tratándose de la reina de nuestras montañas, todo es poco.

—Es verdad, si yo tuviera alguna joya buena, también habría contribuido —asegura la señora Covadonga.

—¿Tú has dado algo, madre?

—Una sortija con un rubí.

—No perdamos el hilo —advierte Silverio—, nos habíamos quedado en la santa misa.

—Gracias, amor. Seguimos:

Terminado el oficio se formó la procesión, llevando el abad la corona y saliendo el cortejo hasta la plaza de la basílica donde se procedió a la coronación de la Virgen, cuya imagen había sido colocada en un altar. Después de la interpretación del himno a Covadonga, la imagen de la Virgen, precedida de la Cruz de la Victoria, fue llevada en solemne procesión a la Santa Cueva.

—Bueno, el reportaje sigue con la inauguración por los reyes del parque nacional y su visita a Gijón y Oviedo. Os he leído lo más interesante.

—Déjame ver las fotos —pide Rosita.

—Son preciosas —apunta Marina mientras le pasa la revista.

—Marina, no quiero molestarte, pero no nos has glosado la figura del obispo de Oviedo, que ya no es el mismo —le comenta Silverio.

—Tienes razón. Y también conozco tu simpatía por el actual. El obispo de Oviedo cuando la coronación era monseñor don Javier Baztán y Urniza, que al poco tiempo fue sustituido por don Juan Bautista Luis y Pérez, que es un gran impulsor del catolicismo social, le consideran el obispo de mayor formación social de toda España. Según su formación y personalidad es lógico que sea muy amigo de uno de los canónigos de la catedral de Oviedo, don Maximiliano Arboleya.

—Ese nombre me suena —dice la señora Covadonga—. No digo dónde, pero oí hablar de él y no decían cosas muy buenas.

—Seguro que eran católicos recalcitrantes y lo acusarían de defender a los obreros —manifiesta Silverio, que añade—: lo que quiere evitar don Maximiliano es el alejamiento cada día mayor del proletariado de la Iglesia. Pero encuentra gran oposición y también dentro de la propia jerarquía eclesial.

Sin duda el sacerdote Maximiliano Arboleya, nacido en Pola de Laviana, era una de las figuras más destacadas del catolicismo social de la Iglesia en España. Su estancia en Roma, donde se licencia en teología por la Universidad Gregoriana, le hace entrar en contacto con los máximos representantes del catolicismo social. Imbuido de estas ideas y con firme vocación de ayudar a los trabajadores intenta, a su regreso a Oviedo, contribuir a la creación de un sindicalismo católico sin interferencias ni de la patronal ni de los sindicatos. El rechazo a lo propuesto por Arboleya se manifiesta de uno y otro lado. A pesar de la falta de aceptación de sus ideas, Arboleya persiste en llevar a la práctica aquello en lo que cree y así es frecuente su aparición en la prensa. Incluso funda alguna publicación y asume la dirección del diario *El Carbayón*.

—Madre, qué guapa es la Virgen de Covadonga —exclama Rosita mientras mira las fotos.

—Déjamela ver —pide la señora Covadonga.

—Querida Marina, quiero felicitarte por haber elegido el tren para venir hasta Arriondas. Tal vez se tarda un poco más, pero el paisaje compensa —

dice Silverio.

—La idea de tomar el tren me la dio hace unos días la noticia publicada en la prensa de que el ministro de Trabajo, que se encontraba en Asturias por el tema del conflicto minero, se había desplazado a Covadonga a visitar a la Santina. Y lo hizo en tren. Lo cual que me llevó a pesar que si el ministro y su séquito, que podían utilizar los coches oficiales, elegían el tren por algo sería. La verdad es que no tengo ni idea de por qué lo hicieron, pero contemplando ahora la belleza del paisaje pienso que bien podría ser esa la razón.

—¿En Arriondas tomamos un coche con conductor? —quiere saber Silverio.

—Sí, y se queda con nosotros en Covadonga para luego devolvernos, después de la comida, al tren en Arriondas —informa Marina.



El día, sin duda, contribuye a potenciar la belleza del paisaje asturiano. No hace mucho calor y luce un sol esplendoroso. Marina mira ensimismada a uno y a otro lado. Acaban de pasar La Riera y el conductor les dice que estén atentos y que miren a la derecha porque verán muy pronto las torres de la basílica.

A pesar de ser agosto, el verde es exuberante. Se conjugan tan bien los distintos verdes que Marina siente no poder plasmar para siempre aquella deliciosa imagen... De pronto aparecen en lo alto, como queriendo auparse hacia el cielo, unas torres que a Marina le parecen color de rosa.

La primera visión de la basílica emociona a todos; Silverio se santigua respetuoso, la señora Covadonga llora en silencio, Rosita se ha pegado a la ventanilla para seguir viéndola, Marina hace esfuerzos para contener las lágrimas y busca la mano de Silverio en un deseo de compartir con él de forma especial aquellos momentos.

Alternativamente, las curvas de la carretera les van permitiendo seguir contemplándola cada vez más cerca y mejor.

—En qué lugar tan estratégico la han colocado. En cualquier otro no destacaría tanto —comenta Marina.

—Señores, miren a la izquierda —les pide el conductor.

—Qué cascada tan preciosa —exclama Rosita—, qué fuerza tiene el agua.

—Pues tendrían que verla en invierno con las lluvias. Asusta un poco — afirma el conductor.

—¿Nos bajamos? —pregunta Rosita.

—No, primero vamos a la Santa Cueva a rezarle a la Virgen —afirma enérgica la señora Covadonga.

—Mirad, ahí es donde estaban sentados los reyes —dice Rosita, al llegar a la explanada de la basílica—. Y el altar de la Virgen estaba colocado allí.

—Y nosotros, ahora, vamos a seguir el mismo recorrido que la procesión realizó aquel día hasta llegar a la cueva —aclara Marina.

Caminan hacia el pasadizo que conduce a la cueva. Antes de entrar, Marina se vuelve y mira entusiasmada en derredor y muy bajito comenta como para ella misma: «¡Dios mío! Jamás podría llegar a imaginar que Covadonga fuera tan especial». Busca la mirada de Silverio, pero este camina delante llevando a Rosita agarrada de la mano. Le gusta verlos así. Silverio se ha encariñado de verdad con aquella chiquilla que, por fin, parece estar feliz a su lado. La señora Covadonga lleva velas para todos. Desde que han llegado no habla nada. Se la ve muy emocionada.

Se postran a los pies de la Santina y cada uno, a su modo, mantiene su diálogo con la Virgen.

—Madre, ¿le puedo besar el manto? —pregunta Rosita.

—No sé si está permitido, pero ahora que estamos solos acércate por la parte de atrás.

—Vamos a rezar juntos —dice la señora Covadonga—, para pedirle que tengáis un viaje feliz y que todo os salga bien. Qué lleguéis a La Habana sin problemas.

—Ven, Rosita —le pide Marina—, ponte aquí en medio de nosotros.

Marina abre su corazón a la Santísima Virgen. En unos segundos repasa su vida y, de forma especial, le encomienda a Rosita.



—Reme, de verdad te lo digo, tienes que ir a Covadonga. Hazlo en cuanto puedas. No esperes tanto como yo. Todos los asturianos, aunque solo sea una vez en la vida, tendrían que ir a Covadonga a rezarle a la Santina.

—Sí que espero poder hacerlo y llevar a Antonio conmigo para ofrecérselo. Estoy muy contenta con lo que va a ser mi nuevo trabajo. Voy a entregarme en cuerpo y alma. Qué buenos son los señores. Me han dado la vida al emplearme en la tienda. He hablado con Teresa y pienso que nos entenderemos bien. De todas formas, estoy dispuesta a luchar por que así sea.

—Cuánto me alegro, Reme, ya sabes que si uno no quiere, dos no riñen —le recomienda la señora Covadonga.

—Y, además, Reme —apunta Marina, entrando en la cocina— tiene un carácter dulce y sabe contenerse.

—Gracias, señora, no la dejaré mal. Estoy deseando llegar a casa para decirle a mi hermano que se olvide de arreglar mi boda.

—¿Cómo tu boda? —exclama sorprendida la señora Covadonga.

—Creía que estaba enterada, yo ya lo sabía. El hermano de Reme, por miedo a que esta se quedara sin ingresos al irnos nosotros tenía medio apalabrada la boda de su hermana con un pariente lejano de la aldea —le explica Marina.

—¿Con dinero? —quiere saber la señora Covadonga.

—Ni por todo el oro del mundo me casaría con él. Prefiero pedir limosna —asegura decidida Reme—. Es bastante mayor que yo y no muy despierto.

—Eso es perfecto —dice riendo la señora Covadonga—, cuanto menos *espabilao* mucho mejor.

Marina las escucha divertida. La verdad es que se encuentra pletórica. No sabe quién le dijo en alguna ocasión que perdonar liberaba el espíritu, y qué gran verdad. Ella lo ha practicado esta mañana y no puede sentirse mejor. No sabe si fue la visita a Covadonga y el contacto con la Santina lo que le tocó el corazón, pero nada más conocer los proyectos de boda que para Reme albergaba su hermano, pensó que sería muy interesante contárselos a Lolo, con la esperanza de que reaccionara, y aprovecharía igualmente para decirle que le perdonaba por lo sucedido entre ellos, que era, en realidad, el auténtico motivo que la llevaba a visitar a su cuñado.

Lolo, al abrir la puerta y encontrarse con su cuñada, se queda petrificado sin saber cómo reaccionar. Marina se le adelanta:

—Buenos días, Lolo, ¿puedo pasar? Perdona esta interrupción. Solo te entretendré unos segundos.

—Adelante —contesta él, con voz apenas audible.

—Sabes que nos vamos a Cuba dentro de unos días. Pensamos regresar pronto, pero quién sabe lo que puede suceder. No quería irme sin decirte que te perdono. No he hablado con nadie de la desagradable escena que hemos vivido. Solo Dios, tú y yo lo sabemos. No soy nadie para hablar en nombre de Él, pero creo que Dios también te perdona. El otro tema del que quería hablarte es de Reme. No vengo a convencerte de nada, ni a discutir sobre tu cobarde y deplorable postura. Solo voy a informarte de que, según me han contado, la familia quiere apañar su matrimonio con un pariente lejano. Te lo digo porque un día te puedes encontrar con que ese precioso niño, Antonio, que es igual que tú, ya tiene un padre oficial que se ocupa y vela por él. Adiós, Lolo —dice mientras le tiende la mano.

—Verás, yo...

—No tienes que decirme nada —le interrumpe ella—, ni darme ningún tipo de explicaciones. Puede que a otra persona sí.

Marina recuerda que nunca había bajado la calle de la Cuesta más feliz y ligera que aquella mañana. Se siente impulsada a compartir su alegría. No sabe cuál será la reacción de Lolo, pero tiene que alertar a Reme.

—Reme, tú tienes que ser fuerte, sobre todo por tu hijo. Por él no puedes acceder a promesas sin futuro. Tú ya me entiendes, ¿verdad? —le pregunta Marina.

—Sí, señora. Y le voy a decir algo. Lolo ya conoce al niño.

—Me lo imaginaba. ¿Y?

—Nada, me propone que nos sigamos viendo alguna vez. Y que él, cuando pueda, me pasará algo de dinero —confiesa Reme con la mirada baja.

—¿Qué le has dicho?

—Rechacé todo y le pedí que no volviera a acercarse a nosotros. Pero no sabe cómo estaba deseando abrazarlo.

—Te entiendo muy bien —la consuela Marina—, pero si de verdad quieres que adopte una postura responsable, como no lo conseguirás nunca es

accediendo a sus componendas. Tienes que establecer una barrera infranqueable entre tú y él, por mucho que te duela.

La señora Covadonga está sentada con ellas en la cocina, había hecho ademán de irse cuando Reme se empieza a sincerar, pero Marina con un gesto le indicó que se quedara. Ha seguido la conversación con atención y en silencio, ahora necesita decir lo que piensa.

—Mira, Reme. Yo nunca he tenido novio, pero conozco muchas historias. Ya sabes ese refrán que dice que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Pues yo, como él. A los hombres hay que traerlos a raya. Nada de ceder. El que algo quiere, algo le cuesta. Y sabes qué te digo, que aquí estoy yo para echarte una mano. Ahora que me quedo sola, si tú quieres, me convierto en tu guardiana. Yo me encargo de que no pueda abordaros en el portal como le gusta.

Reme se levanta y abraza a la señora Covadonga.

—¿Cómo no voy a querer que me ayude? —le dice—. No sé qué he hecho para que sean tan buenas conmigo.

—Solo tienes que prometerme que cuando vayas con el *niñín* a consagrarlo a Covadonga me llevéis con vosotros. Quiero volver a ver a la Santina.

13. *Rumbo a La Habana*

—Creo que has acertado al decidir que embarcáramos en La Coruña porque así podemos conocer esta hermosa ciudad —comenta Marina—, la literaria Marineda.

—¿Madre, qué quieres decir? —pregunta curiosa Rosita.

—Muchas veces los escritores utilizan como escenario de sus novelas ciudades reales a las que les dan otro nombre. Doña Emilia Pardo Bazán, buenísima escritora fallecida el año pasado, en una de sus novelas, *La tribuna*, se refiere a La Coruña como Marineda.

—Qué bonito. Creo que ese nombre me gusta más que La Coruña —afirma Rosita.

—¿Sabes que nombre le han dado a Candás en la literatura? —le pregunta Silverio.

—Ni idea.

—Pues en *La Regenta*, su autor, Leopoldo Alas Clarín, se refiere a Candás como el pueblo de Palomares.

—En este caso prefiero Candás a Palomares —asegura Rosita.

—¿Te gusta más Rodillero? —le pregunta Silverio.

—¿Que Candás? —quiere saber Rosita.

—Sí.

—Pues me sigue gustando más Candás. ¿Quién lo llamaba así?

—Armando Palacio Valdés, en la novela *José*, se refiere a nuestro pueblo con ese nombre. Aunque hay otra localidad que se disputa ese protagonismo, Cudillero —aclara Silverio.

—Es verdad —matiza Marina— que el nombre Rodillero se parece fonéticamente más a Cudillero, pero eso nada significa. Además en la novela *La fe*, de este mismo autor, que tiene por escenario Luanco, al que llama

Peñascosa, dice que enfrente está Rodillero. Con lo cual, el propio autor nos aclara que es Candás porque enfrente de Luanco está Candás y no Cudillero.

—Y pensar, Marina, que tuvimos oportunidad de preguntarle a don Armando cuando le saludamos en la inauguración del teatro en Avilés —comenta Silverio.

—Sí, pero no tiene mayor importancia el lugar físico. Todos conocemos a los personajes a los que se refiere en la novela *José* y que él conocía, pues pasó temporadas en Candás con su mujer. ¿No os apetece tomar un chocolate caliente para luego continuar el paseo? —propone Marina.

—A mí muchísimo —asegura Rosita, que añade—: Es la primera vez que vivo en un hotel y tengo que decirles que me gusta muchísimo.

El hotel Palace, en el que se hospedaban, estaba considerado uno de los mejores de la ciudad. Gozaba de todas las comodidades y su situación era privilegiada. A Rosita le había entusiasmado el ascensor. Nunca nadie le había hablado de un artilugio como aquel, que te elevaba sin apenas darte cuenta.

—Madre, ¿en La Habana también viviremos en un hotel?

—Los primeros días, sí. Pero luego ya puedes prepararte para ayudarme a decorar la nueva casa —le dice riendo Marina.

—Por cierto, ¿es muy larga la relación de casas que te ha enviado René? —pregunta Silverio.

—Me gustan cinco. Tenemos que verlas.



—Ha sido un día maravilloso. He disfrutado mucho —asegura Rosita mientras termina el postre—. Mañana me gustaría volver a la zona donde están esos edificios todos cerrados con cristales. Me apetece tomar unos apuntes.

—Qué feliz me hace, querida Rosita, que hayas descubierto tu vocación. En cuanto llegemos a La Habana, buscaremos la mejor escuela de Bellas Artes. Ya verás cómo te entusiasma la ciudad y el paisaje de la isla.

—¿Sabes, Rosita, que esas galerías acristaladas que tanto te gustan están situadas en la parte trasera de los edificios, y que se han cerrado para proteger las viviendas de la humedad y salitre que llega de la mar? Se dice que la idea

surgió al ver la eficacia conseguida con el revestimiento acristalado de las popas de los galeones —les cuenta Silverio.

—Qué interesante —comenta Marina, que pregunta—: ¿Y qué utilidad daban a los soportales?

—Todavía en algunas zonas se pueden ver las argollas en las que amarraban las lanchas para mantenerlas a resguardo. También se dice que los utilizaban para la salazón y venta de pescado —aclara Silverio, que les recuerda—: Mañana tengo previsto que nos acerquemos a la Torre de Hércules.

—¿Es el faro que hoy vimos desde lejos? —pregunta Rosita.

—Sí. Es el faro romano en funcionamiento más antiguo del mundo —dice Silverio.

—Pero su origen es anterior, ¿verdad? —plantea Marina.

—Efectivamente, su origen es desconocido. Lo que sabemos es que fue reedificado en el siglo I por los romanos.

—¿Cuánto mide? —quiere saber Rosita.

—Cincuenta y siete metros —asegura Silverio.

—Estoy impresionada con tu conocimiento de la historia de la ciudad —manifiesta Marina.

—Pues os podría contar infinidad de cosas; hablaros de María Pita, por ejemplo. La verdad es que no es mérito mío, he tenido un compañero en La Habana que era natural de La Coruña. Ahora comprenderéis la razón y el origen de mis conocimientos —dice humildemente Silverio.

—Padre, cuéntenos quién era María Pita —pide Rosita.

—Mejor lo dejamos para otro momento y ahora nos vamos a descansar —sugiere Marina.

—Madre, no tengo ningún sueño. Y tampoco sería tan larga la historia de esa señora —dice Rosita un tanto contrariada.

—Hagamos caso a tu madre —manifiesta Silverio—. Mañana lo agradeceremos. Pero ya que tienes tanto interés, ahora mientras subimos yo te hablo de María Pita.

—Gracias, padre.



—Menos mal que no me has llevado la contraria —dice Marina—, porque últimamente parece que debemos hacer todo lo que a Rosita se le antoja. Y esa no es forma de educar.

—¿Marina, qué te pasa? ¿A qué se debe tu reacción?

—Es posible que el viaje me ponga nerviosa. Pero tengo la sensación de que lo único que te importa es complacer a la niña.

Silverio se disgusta por aquella reacción de Marina. No entiende nada. Él solo pretende que Rosita esté contenta. Quiere a la niña y sobre todo quiere a Marina y lo único que desea es que sean una verdadera familia.

—Si tanto te molesta mi comportamiento —dice Silverio—, lo mejor será que a partir de ahora me mantenga al margen de todo lo concerniente a Rosita.

—No exageres.

—Marina, por favor, dime qué es lo que te ha ofendido.

—Es cierto, como antes te comentaba, que no me has desautorizado, pero ¿no has podido esperar a mañana para contarle quién fue María Pita?

—¿Pero qué importancia tiene que me haya detenido con ella cinco minutos? Me resulta difícilísimo creer que esa pueda ser la causa de tu malestar. Aunque tal vez lo que te incomode es que yo pueda hablarle de un personaje histórico.

Nada más pronunciar estas palabras, Silverio siente haberlas dicho. La furibunda mirada de Marina le muestra el impacto que en ella han causado.

—¿Qué pretendes insinuar?

—Nada. Simplemente lo que he dicho.

—O sea que consideras que solo soy yo quien tengo que aparecer como culta a los ojos de Rosita.

—Eso lo dices tú.

Era la primera discusión en dos años y medio de casados. Habían tenido, como todas las parejas, desacuerdos puntuales en algunos temas, pero nunca Marina se había sentido tan enfadada como ahora. Si estuviera en casa, saldría de la habitación dando un portazo.

—¿Por qué no bajamos a tomar una copa? —propone él, en un intento de suavizar la situación.

—Puedes hacerlo tú, si te apetece. Yo prefiero acostarme —asegura Marina, muy seria.

—Venga —dice Silverio—, no te hagas la remolona. Seguro que nos viene muy bien a los dos.

—No insistas, por favor.

—Está bien, me voy. No tardaré en subir.

Ella se queda en silencio. No puede creer lo que está pasando. Se va solo y no le importa dejarla en la habitación. ¿Será verdad que lo que ha originado todo sea su orgullo herido por no saber quién era María Pita? Ella no se considera orgullosa, pero ¿quién se conoce a fondo? De todas formas, lo que ahora la indigna es que se haya marchado sin ella.



Nunca una hora le ha parecido tan larga. Eso es lo que Silverio ha tardado en regresar a la habitación. A punto ha estado de vestirse y bajar a espiar para ver qué hacía. En el momento que le oye abrir la puerta se hace la dormida.

Nada más acostarse a su lado, Silverio la abraza y comienza a acariciar sus pechos, besándola con dulzura. Marina se conmueve, pero no quiere responder.

La gira con sus brazos buscando su boca y, apretándola contra sí, le susurra lo mucho que la quiere y cómo la necesita en aquellos momentos.

Marina comprueba cómo el deseo de su marido resulta evidente, pero ella necesita castigarlo y con gesto lánguido, como si estuviera dormida, le dice quedamente:

—Ahora no.

Silverio sigue insistiendo, pero al ver la postura de su mujer opta por dejarla tranquila.

Marina a punto está de abrazarlo y decirle que lo siente, pero permanece impasible.

No han pasado quince minutos cuando percibe que su marido se ha quedado dormido, mientras que ella no consigue conciliar el sueño y presiente que no lo logrará en toda la noche. No quiere levantarse por no despertarlo.

«Qué distintos somos las mujeres y los hombres —piensa Marina—. Casi ninguno de ellos se resistiría a las insinuaciones sexuales de una mujer, mientras que nosotras sí lo hacemos. Pero ellos, una vez rechazados y con el desplante que ello supone, son capaces de dormir plácidamente. Sin embargo, yo aquí estoy en vela. Pasándolo mal y dándome cuenta de que no es aconsejable irse a dormir sin perdonar. Estoy deseando que amanezca para decirle que lo siento. Necesito volver a la normalidad con mi marido».

En su inquieto duermevela, Marina piensa en los seres queridos que se han quedado en Candás. Todos disimularon el miedo que embargaba sus corazones, ante el temor de no volverse a ver. Lo más triste fue la despedida de la señora Covadonga. Marina sabe que puede estar tranquila porque Reme se ocupará de ella.

Después de lo que le contó Silverio sobre la reacción de su hermano cuando fue a despedirse de él, piensa que tal vez rectifique y reconozca a su hijo casándose con Reme. Según Silverio, Lolo se había emocionado al verle y le agradecía que, a pesar de lo sucedido, hubiera acudido a decirle adiós.

No tiene ni idea de la hora que puede ser, pero aún no ha amanecido. Cada vez que consigue dormirse unos minutos, se despierta sobresaltada creyendo que el disgusto con su marido es una mala pesadilla. No obstante, sabe que es verdad. No puede dejar de pensar en ello.

Silverio se ha despertado y de forma instintiva, al cambiarse de postura y darse la vuelta, abraza a su mujer. De repente, al encontrarse sus ojos y recordar lo que había pasado entre ellos la noche anterior, separa su brazo.

Marina lo retiene, a la vez que le dice:

—No sabes, Silverio, cómo lamento lo ocurrido, Te pido perdón. No volverá a suceder —asegura Marina.

—Yo también lo siento.

—Algunas veces nos comportamos como no debíamos hacerlo o decimos cosas que pueden ofender.

—Marina, somos humanos y como tal tenemos fallos —la interrumpe él—. Lo importante es saber disculparnos.

—Tienes toda la razón; es absurdo enfadarse por tonterías. ¿Firmamos la paz?

—Hecho. Todo olvidado —asegura Silverio, dándose la vuelta para seguir durmiendo.

—No, así no. Creo que debemos afanarnos en hacer algo que nos ha quedado pendiente esta noche —sugiere Marina mientras le besa el cuello.

14. *El buque Hammonia*

—Me gusta el barco, pero pensaba que sería más lujoso —comenta Marina.

—A mí me parece una maravilla. ¡Ay! Si vieras los barcos en los que yo viajé. Claro que iba en tercera y no sé en qué condiciones viajarán los que vayan en esa categoría en este, aunque me imagino que nada comparable —opina Silverio.

—Seguro, pero ya sabes que a pesar de que las dependencias sean mejores, se suele abusar permitiendo viajar a más gente de lo permitido.

El buque que Silverio ha elegido para su viaje a Cuba es el *Hammonia*, perteneciente a la compañía naviera Hapag, que goza de un gran prestigio y que aquel año de 1922 había reanudado los viajes a Cuba y México. El *Hammonia*, llamado con anterioridad *Hollandia*, había sido construido en los astilleros de Glasgow hacía trece años. No era esta ni la primera, ni la segunda vez que visitaba el puerto coruñés.

El 4 de septiembre, el *Hammonia* había zarpado de Hamburgo con destino a La Habana, Veracruz y Tampico. Después de hacer escala en Santander, donde embarcan noventa pasajeros, el 8 de septiembre Marina, Rosita y Silverio suben al buque junto con ciento cinco viajeros en La Coruña.

—Es un detalle que el capitán quiera saludarnos —dice una pasajera gallega que viaja sola y con la que han trabado relación.

—Sí, solo a los que viajamos en primera —afirma Silverio.

La señora, que es más o menos de la misma edad que Marina, se llama Rita Vázquez y nunca ha viajado a Ultramar, de ahí que los abordara mientras esperaban el embarque para contarles un poco sus preocupaciones y, de esa forma, no sentirse tan sola. Va, como ellos, a La Habana, donde viven sus hermanos.

—Silverio —llama Marina—, ¿por qué no le cuentas a Rita la curiosa anécdota de este buque?

—Tal vez la conozca —apunta Silverio.

—Cuéntemela, por favor.

—Verá, en este barco, en el que nosotros vamos rumbo a La Habana, también viajó la famosa espía Mata Hari.

—No me lo puedo creer —exclama, asombrada, Rita.

—Pues es real. Está documentado. Fue en noviembre de 1916. Exactamente el día 11, Mata Hari embarcó en el puerto de Vigo en este buque que entonces se llamaba *Hollandia*, con destino a Ámsterdam. Destino al que nunca llegó porque fue detenida en el puerto inglés de Falmouth, al confundirla con la también espía Clara Benedix.

—¿Se sabe qué le hicieron? —pregunta, muy interesada, Rita.

—La llevaron a Londres para ser interrogada por agentes de Scotland Yard. Más tarde la pusieron en libertad —relata Silverio.

—A mí lo que me sorprende es que estuviera en Vigo. ¿Qué podía hacer en esa ciudad? —especula Marina.

—Pues se sabe que estuvo, por lo menos, cuatro veces. Se hospedaba en el hotel Continental, el mejor de Vigo. Puede que el puerto, muy cosmopolita, contribuyera a facilitar la presencia de espías en la ciudad y también la cercanía con Portugal les podía resultar interesante.

—Pobre Mata Hari, pronto sería ajusticiada —comenta Marina.

—Sí. En octubre de 1917 —confirma Silverio.

—Le agradezco que me haya contado esta historia. Pero me da mal fario. Me ha dejado inquieta —confiesa Rita.

—Lo que sucede, Rita —dice Marina, riéndose—, es que tiene miedo. Está muy nerviosa. Es la primera vez que hace un viaje en barco y, como el relato tiene un final triste, es lo que le hace temer.

—No sé, no sé —titubea Rita—, ya saben que en Galicia no creemos en las brujas, pero haberlas *haylas*.

Rosita permanece silenciosa. Oye lo que dicen pero no les presta ninguna atención. Observa con detenimiento todo lo que sucede a su alrededor. Siente una emoción especial. Sabe que este mismo viaje a la inversa lo hizo con Marina cuando ella era un bebé, por lo que le resulta imposible recordar nada. Su memoria no tiene más escenario que Candás. Es consciente de que este

viaje es importante para ella. Va a conocer la tierra donde nació. La tierra en la que vivieron sus padres. Ha sentido mucho la separación de Inés y también echará de menos a Donato. A Inés ya le ha escrito una carta contándole lo mucho que le ha gustado la ciudad de La Coruña. Y le manda el dibujo que ha hecho de las casas con galerías de cristales, que le parecen preciosas.

—Hay que ver, Marina, cómo todo el mundo mira a su hija —le comenta Rita—. Fíjese en el capitán. Desde que la ha descubierto, no le quita los ojos de encima. La verdad es que llama la atención. Es muy guapa y va tan bien vestida. Su imagen podía haber sido sacada de una revista.

Marina escucha complacida. Es verdad que aquella mañana Rosita parece un ángel. El sombrero rosa le sienta muy bien. Resalta de una forma espectacular sus increíbles ojos verdes. Es alta, con piernas muy largas que la hacen parecer aún más esbelta. Se mueve de forma acompasada y elegante.

Rosita escucha lo que dice la señora y se siente halagada. Disimuladamente, mira hacia donde se encuentra el capitán, que en ese momento se acerca

—Bienvenidos a bordo del *Hammonia*. Espero que disfruten de la travesía. Dicen que las mujeres hermosas dan buena suerte. Así que, con su presencia, señoras, el viaje será tranquilo y apacible. ¿Es su hija? —pregunta, dirigiéndose a Silverio porque no tienen ni idea de cuál de aquellas dos señoras puede ser su mujer.

—Sí, es nuestra hija —contesta Marina, anticipándose a Silverio.

—Los felicito, es una muchacha muy hermosa.

—Gracias —responde Marina.

—Creo —dice el capitán— que los camarotes que les han asignado serán de su agrado. Si no es así, me lo comunican.



—Qué suerte, Marina —exclama Rita—, tenemos compartimentos contiguos. Ya no me voy a sentir sola.

—Estupendo. ¿No sube a cubierta para ver cómo nos alejamos del puerto? —le pregunta Marina.

—¿Rosita y Silverio han ido?

—Sí, pero a mí no me apetece, aunque si usted quiere la acompaño —se ofrece Marina.

—No tengo especial interés. Además, dentro de unas horas entraremos en Vigo para recoger a los últimos pasajeros.

—¿Va completo el barco? —quiere saber Marina.

—No lo sé. Ya veremos cuántos suben en Vigo. Desde que me he enterado de que Mata Hari vivió en esa ciudad, ya no es la misma para mí. Cuando vuelva miraré Vigo con ojos distintos —asegura Rita.

—¿Piensa regresar pronto?

—Todo depende de cómo me encuentre en La Habana o en Pinar del Río, porque en los dos sitios me puedo quedar.

—¿Cuántos hermanos me comentó que tenía en Cuba?

—Hace más de veinte años que mis dos únicos hermanos residen allí. Mientras nuestros padres vivieron, se turnaban para venir una vez cada dos años. Primero murió nuestro padre y ahora, después del fallecimiento de nuestra madre, no dejan de insistir para que vaya a verlos. Son mi única familia. La verdad es que me ha costado decidirme, pero aquí estoy —le cuenta Rita.

—Pues ha hecho muy bien. Nada hay mejor que estar cerca de la familia. Y además, igual le gusta tanto la isla que se queda con ellos —la anima Marina.

—Sí, la verdad es que nunca se sabe. A una de mis cuñadas, la casada con mi hermano menor, la conozco de toda la vida. Él es abogado y ejerció en La Coruña hasta que nuestro hermano mayor, que tiene una fábrica de tabaco en Pinar del Río, le animó a trasladarse a La Habana para que lo ayudara y, al mismo tiempo, abriera despacho. Y parece que todo les va muy bien.

—Un amigo y un hermano de mi marido también se dedican al tabaco en Pinar del Río. Seguro que se conocen —aventura Marina.

—Estupendo. Puede que esa coincidencia nos permita seguir viéndonos. ¿Ustedes se quedarán mucho tiempo? —pregunta Rita.

—No sabemos. Queremos que nuestra hija conozca la tierra donde nació. Todo dependerá de ella. Se matriculará en bellas artes y, si se encuentra bien, nos quedaremos hasta que finalice. Si sucede así, ello me permitirá ocuparme del negocio más de cerca. Lo nuestro es el azúcar.

—Entonces, han vivido años de oro —comenta con admiración Rita.

—Sí, pero me parece que eso ya es historia —apostilla Marina.

—Madre —llama Rosita, acercándose—, ¿no les apetece ver Vigo desde el mar? Me parece que estamos a punto de llegar.



—Creo que Rita no se separará de nosotros en toda la travesía —comenta Marina.

—Ya me he dado cuenta —contesta Silverio, que al ver que su hija no está con ellos pregunta preocupado—: ¿Dónde está Rosita?

—No creo que nadie nos la rapte en el barco —se ríe Marina—. Se ha ido con Rita al camarote a buscar un chal.

—Ya sé que no la van a raptar, pero siempre es un peligro tener la mar tan cerca.

—Silverio, por favor, que no es una niña pequeña.

—No necesitas recordármelo, ¿pero no te has fijado lo pendiente que está de ese matrimonio joven con cinco niños que se han embarcado en Vigo?

—¿Y?

—Yo qué sé, los niños son tan inquietos...

—Mira, ahí vienen —señala Marina.

—No te digo, trae con ella a una de las niñas —apunta Silverio un tanto molesto.

—Le darán pena, creo que van en tercera. Además, a Rosita le gustan mucho los niños. Es como si deseara protegerlos.

—Esta será nuestra primera noche en la mar —dice Rita al cercarse a ellos.

—¿Cuánto dura el viaje? —quiere saber Rosita.

—El estado de la mar puede influir, pero lo normal es que tardemos unas dos semanas —les informa Silverio.

—¡Ay, Marina! —exclama Rita—. Prefiero no pensar en ello, dos semanas aquí metida. ¿Y si la mar se pone brava?

—En eso sí que es mejor no pensar, Rita —le aconseja Silverio que les propone—: ¿Damos un paseo por cubierta?

—Perfecto —asiente Marina—, la temperatura es muy agradable.

—Vamos —se suma Rita.

—Yo, si nos les importa, voy a llevar a la niña con sus padres y ya me quedo en el camarote —dice Rosita.

—Muy bien, pronto vamos nosotros —le contesta Marina.



Marina y Silverio han dejado a Rita a la entrada del camarote y, sin mediar palabra entre ellos, giran sobre sus pasos y vuelven a cubierta.

—Aunque sean cinco minutos, necesito estar a solas contigo —le susurra Silverio.

—Me estaba poniendo de un humor de mil demonios al pensar que no podríamos besarnos como Dios manda —dice Marina mientras se cuelga del cuello de su marido.

—Serán las dos semanas más largas de nuestra vida —asegura Silverio.

—Ya lo sé, pero no podíamos mandar sola a Rosita a un camarote. Aunque igual ella lo prefería. Se la ve muy tranquila. No le da ningún miedo el mar —dice Marina.

—Hemos hecho bien. Igual tenemos suerte y en algún momento del día nos podemos organizar —se ilusiona Silverio.

—¿Te has dado cuenta de que hoy, el día que nos embarcamos, es la festividad de la Virgen de Covadonga? —le pregunta Marina.

—La verdad es que no había reparado en ello —confiesa Silverio.

—Creo que es una buena señal; la Santina cuidará de nosotros.

—Que así sea, Marina.

—También podríamos hacer el amor allí detrás de los botes salvavidas —sugiere ella riendo.

—Estás loca, ¿quieres que nos detengan por escándalo público?

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué pasa? —pregunta, un tanto sobresaltada, Marina.

—No sé a qué te refieres.

—He tenido la sensación de que todo se tambaleaba bajo nuestros pies.

—No he percibido nada —asegura Silverio—, pero puede ser que la mar se esté enfadando un poco o que tu comiences a marearte. Lo mejor será que nos vayamos a dormir.

—Sí, además se está levantando un poco de viento.



Sobre las once de la noche, el capitán del *Hammonia*, Alfred Hoefler, se dispone a acostarse cuando unos golpes en la puerta le sobresaltan. Nada bueno puede ser la causa de la interrupción, se dice. Toda la tripulación conoce que las horas de descanso son sagradas para él.

Nada más ver la expresión del oficial, sabe que no se equivoca.

—Señor, tenemos una vía de agua en el departamento nueve, en las carboneras de estribor.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mientras van hacia el puesto de mando.

—No se sabe —contesta el oficial.

—¿A qué distancia nos encontramos del puerto de Vigo?

—Creo que a doscientas millas, señor.

Nada más tomar conciencia de la grave situación en la que se encuentran, el capitán da orden de virar ciento ochenta grado y regresar a toda máquina al puerto de Vigo. Las bombas de achique se ponen en funcionamiento. Y el *Hammonia* envía un SOS diciendo que tiene una vía de agua. El capitán pide a la tripulación mantener la calma. No quiere que el pasaje se entere de lo que está sucediendo. De momento, mientras todos duermen, tienen unas horas para intentar solucionar el problema.

A las cinco de la mañana el capitán comprueba que las bombas de achique no han conseguido lo que esperaban de ellas. Los fogoneros le confirman que las carboneras están inundadas, lo que ralentiza mucho la marcha.



Silverio hace un tiempo que se ha despertado pero no quiere moverse. Rosita y Marina duermen plácidamente. No es solo el temporal lo que le impide conciliar el sueño, tiene el presentimiento de que algo no va. Juraría que el buque navega algo inclinado. Tiene que ser la imaginación. Pero no consigue tranquilizarse. Aún a riesgo de despertarlas, se levanta. No aguanta más. Tiene que saber qué pasa, si es que sucede algo. Dios quiera que no. Encerrado en el camarote y sin dormir, la imaginación puede hacerle sufrir.

Ya vestido y a punto de abandonar el camarote, escucha a Marina que le dice:

—Pero, ¿qué pasa? ¿A dónde vas, si aún no ha amanecido?

—Llevo mucho rato despierto y necesito salir a tomar un poco de aire. Creo que nunca olvidaré la horrible experiencia vivida en mi primer viaje. Tal vez sea eso lo que crea en mí esta especie de desasosiego que me impide conciliar el sueño. Sigue durmiendo. Vuelvo pronto.

Cierra la puerta muy despacio. Mientras camina hacia cubierta no se encuentra con nadie.

Nada más llegar, no puede evitar el grito que sale de su garganta al comprobar que, efectivamente, el barco está torcido. Aparece totalmente escorado a estribor. De pronto se percata de que no se encuentra solo. Unos cuantos pasajeros hablan con el capitán y la tripulación que les informan de lo que está sucediendo.

Silverio cree que aquello es un sueño. El capitán les comunica el posible hundimiento del buque. Les dice que llevan varias horas navegando hacia el puerto de Vigo, pero es posible que no les dé tiempo a llegar.

Les pide que tranquilicen a sus familiares y que dentro de una hora reunirá a todo el pasaje para darles instrucciones de cómo debe realizarse la evacuación.

Silverio no reacciona. Mira el estado de la mar y se horroriza. Con aquellas olas es muy difícil que los botes de salvamento resistan.

—¿Ha pedido ayuda? ¿Se encuentra algún buque cerca? —le pregunta Silverio al capitán.

—Aún no lo he hecho. Todavía no estamos preparados para hacer la evacuación —responde el capitán.

Otro pasajero incide en lo planteado por Silverio y comenta:

—¿No considera que tal vez desaprovechemos la cercanía de algún barco? ¿Y que dentro de unas horas puedan estar más lejos?

—Eso nunca se sabe —contesta el capitán, que abandona la cubierta.

—Solo la presencia de algún buque que acuda a rescatarnos puede ser nuestra salvación —comenta muy bajito Silverio.

Las primeras luces del alba empiezan a iluminar el horizonte. Silverio mira al cielo, casi nunca reza pero en aquellos momentos le suplica a Dios que los ayude. Le pide fuerzas para no dejarse vencer por el desánimo. Tiene que enfrentarse con esperanza al nuevo día, aunque tal vez sea el último de sus vidas.



Marina se tapa la boca para no gritar, no quiere despertar a Rosita, pero pronto tendrán que hacerlo. Aunque antes necesita recomponerse en su interior para no asustar a su hija. No puede ser que los tres vayan a perecer en la mar. Qué poca suerte han tenido.

—¿De verdad no existe ninguna posibilidad de que llegemos a Vigo? — pregunta, angustiada.

—Creo que el capitán todavía alienta la esperanza, mas considero que debemos prepararnos para lo peor. Dentro de dos horas quiere que estemos la mayoría en cubierta.

—Habrá que avisar a Rita. Cuando lo sepa, dirá que sus presentimientos se convirtieron en realidad.

—Eso son bobadas —exclama Silverio.

—Pues no estoy de acuerdo. Existen personas muy sensibles a determinadas percepciones —argumenta Marina.

—Vamos a recoger lo más imprescindible, porque aunque viajamos en primera y nos darán preferencia no vamos a entorpecer el rescate con maletas —aconseja Silverio.

—Llevaré este maletín pequeño —apunta Marina—. Las joyas y parte del dinero lo guardo en la bolsa, cosida a mi ropa interior.

Unos fuertes golpes a la puerta los sobresaltan y despiertan a Rosita, que abre los ojos y se asusta de verlos vestidos y arreglados.

—¿Es muy tarde? ¿Me he quedado dormida? ¿Por qué no me han llamado?

—No cariño, es temprano, pero vístete. Ahora te contamos —le dice su madre.

Rita entra como una exhalación.

—¿Os habéis enterado? No os dije que me daba mal fario. Para una vez que me decido, el barco se hunde.

—¿Pero qué pasa? —pregunta Rosita, asustada.

—Nada, hija —dice Silverio—, el barco tiene problemas, pero bajaremos en los botes salvavidas y nos subirán a otro barco.

—Ya, ya. ¿Ha visto como está la mar?

—Bueno, Rita, de nada sirve ponerse nervioso. Tenemos un problema y trataremos de enfrentarnos a él lo mejor que podamos —aconseja Marina.

—Pues permítame que le sugiera algo —pide Rita.

—Lo que quiera —responde Marina.

—Verá, no tengo ninguna experiencia. Como sabe, es la primera vez que me subo a un buque, pero sí conozco un poco la mar. He salido mucho con mi padre a pescar cerca de la costa y una de las normas que me enseñó fue que, en caso de problemas, es mejor sacarse las faldas que pueden dificultar el movimiento en el agua.

Marina mientras escucha atentamente mira a Silverio.

—No creo que llegemos a esa situación —señala él—. Estaremos en los botes, aunque es verdad lo que dice, Rita.

—¿Entonces?

—Como no vamos a quedarnos en ropa interior, se me ocurre que podríamos ponernos pantalones. Seguro que Silverio lleva unos cuantos en su equipaje.

—Pues creo que solo lleva tres. Los justos —dice Marina.

—¿Yo también me los voy a poner? —pregunta Rosita.

—Sí. Los sujetaremos con una cinta —aclara Rita.

—Menuda facha. No quiero ni pensarlo —exclama la muchacha.

—Con el problema que tenemos, nadie te mirará —le asegura la gallega.



Silverio intenta tranquilizarlas diciéndoles que el estado de la mar ya no es tan malo.

—Pero, padre, si las olas son enormes —dice, asustada, Rosita.

—Pero está cediendo el temporal y con el chaleco salvavidas en el bote, no pasará nada.

—¿Y todos estos niños? —pregunta Rosita, a punto de llorar.

—No te preocupes. Ellos y vosotras las mujeres seréis las primeras en ponerlos a salvo.

—Primero los de clase preferente y los últimos los de tercera —matiza Rita.

Rosita busca con la mirada al matrimonio joven con cinco niños de los que se ha hecho amiga y no los ve. Claro que la cubierta está repleta y es difícil distinguir a nadie. ¿Cómo se van a arreglar?, se pregunta. Si son ellos dos solos para cinco niños.

El barco cada vez aparece más escorado. A las diez de la mañana, por fin, el capitán se decide a pedir auxilio. Transmite su posición; latitud N41° 60' longitud W 11° 20'. Se encontraba a setenta millas de la costa portuguesa, a la altura de Viana do Castelo.

Seis barcos responden a la llamada. Se muestran dispuestos a acudir pero tardarán varias horas en llegar al lugar.

Mientras el *Hammonia* continúa transmitiendo mensajes de socorro —«Estoy hundiéndome»—, al pasaje se le informa de que pronto llegará el salvamento.

Muchos lloran abrazados, otros rezan; los niños, ajenos a lo que está sucediendo, intentan jugar entre la gente.

Silverio disimula como puede. No quiere pensar en lo que les espera si los barcos tardan en llegar. Es muy difícil sobrevivir horas en los botes salvavidas con aquella mar.

Marina, contagiada por Rita, está ayudando a muchas mujeres para que sujeten bien a sus hijos pequeños que llevan pegados al pecho. La sorprendente gallega, que se mostraba temerosa de su primer viaje a América y que se sentía sola, se revela ahora como una auténtica superviviente. Es verdad, piensa Marina, que existen personas que se crecen ante las dificultades.

A Marina el estar ocupada le hace evadirse un poco de la terrible situación por la que están atravesando. Reza sin cesar. No ha dejado ni un momento de implorarle al Santísimo Cristo que los salve. Sobre todo le pide por Rosita. «Si alguien tiene que morir, Señor —dice mentalmente Marina—, que sea yo. Mi hija tiene toda la vida por delante, y salva también a Silverio para que la

cuide. Sí, Dios mío, de tener que irse alguien mejor me eliges a mí. Me costaría mucho seguir viviendo sin Silverio».

No tienen ni idea de la hora que puede ser, cuando de repente les anuncian que va a comenzar la evacuación. Los tres primeros botes los ocuparán mujeres y niños. Se produce un gran revuelo en cubierta. Poco a poco, se van colocando para abandonar el barco.

Silverio tiene que separarse de ellas. Marina lo abraza como si nunca lo hubiera hecho. Todo su ser participa de aquel abrazo. Él la besa. Los dos se aseguran: «Nos veremos en el puerto». Se separan pero sus ojos siguen unidos... Al ir a despedirse de Rosita, Silverio no la ve. No está, ni con su madre ni con Rita. Mira alrededor y ni rastro de ella.

—Pues sin Rosita yo no me voy —asegura Marina.

—Ceded vuestro puesto en el primero y subid al segundo bote. Seguro que la localizo rápido y llego a tiempo.

—Sí, Marina —dice Rita—, tu marido tiene razón. Él se ocupará de ella.



Rosita sabe que no está bien lo que ha hecho, pero no puede dejar de pensar en aquellos niños que por viajar en tercera los dejan para los últimos botes. Si los encuentra rápido quiere llevarse a la niña con ella. No les dijo nada a sus padres porque no la habrían dejado irse. «Qué mala suerte —se dice— que hayan decidido iniciar la evacuación al poco de escaparme. Sé que Inés, mi querida Inés, haría lo mismo que yo. Cómo me gustaría estar con ella. ¿La volveré a ver algún día?».

Una señora se ha desmayado. Solo un hombre mayor permanece a su lado intentando reanimarla. Rosita está a punto de acercarse pero quiere encontrar a sus amigos. De repente se le ocurre llamar a gritos a la pequeña Elena, tal vez la escuche.

Grita con todas sus fuerzas. No ha pasado ni un minuto cuando oye su vocecita.

—Aquí, Rosita, estamos aquí.

Están sentados en la cubierta. Tres de los pequeños arrebujados junto a su madre. Resultaba imposible localizarlos al estar rodeados de gente de pie.

Rosita se acerca.

—Vengo para que me dejen llevar a Elena conmigo —les dice—. A nosotros nos embarcan en los primeros botes. Además, ustedes solos no pueden atender bien a los cinco.

—Eres muy amable, pero debemos permanecer todos juntos —dice la madre—. Correremos la misma suerte.

—¿Por qué no me permiten que los ayude? —dice Rosita a punto de llorar.

—Mujer —le dice el marido—, puede que tenga razón. Nosotros no tenemos manos suficientes para sujetarlos. Dejémosla que nos ayude. Es posible que cuando nos permitan a nosotros subirnos a los botes, el barco ya esté prácticamente hundido.

—Por favor —dice la mujer, llorando—, no digas eso. Dios mío, ¿qué hemos hecho para merecer este castigo? Además, uno de los mellizos tiene fiebre. Me estoy volviendo loca, pero juro que prefiero ahogar a mis hijos contra mi pecho a que se los lleve la mar. ¡Ay! —exclama gritando—. Vamos a morir todos.

—Tranquilícese, señora, nos ponen salvavidas. Los botes son seguros y los barcos que acuden a rescatarnos están a punto de llegar —asegura Rosita, que no quiere darse cuenta de la magnitud de la tragedia que están viviendo.

—Mira, Rosita —le dice la niña—, aquel hombre está diciendo tu nombre.

—Padre, estoy aquí —grita Rosita, levantando los brazos para que Silverio la vea.

Al llegar a donde se encuentran y verlos sentados en el suelo de la cubierta con la desesperación pintada en sus rostros, Silverio revive su terrible experiencia, también él viajaba entonces en tercera. Mira a Rosita y la abraza. Le parece tan hermoso lo que está haciendo, aunque le dice:

—¿Por qué nos has hecho esto? Al no encontrarte por ninguna parte, creí que te había sucedido algo. Tu madre no quería irse, pero entre Rita y yo la convencimos. Creo que se habrán subido al segundo. Tal vez no hayan abandonado el barco. Debemos apresurarnos —dice Silverio, tomando a su hija de la mano.

—Padre, yo quiero ayudarlos. Me han dado permiso para que lleve conmigo a Elena.

—Vamos todos. Tenemos que conseguir que ella y los chicos tomen uno de los primeros botes. Venga —los anima Silverio mientras ayuda a la mujer a incorporarse.

—Padre, ¿ya ha llegado el salvamento?

—No lo sé. Pensemos en que pronto estarán aquí.



La evacuación se está realizando ordenadamente. El primer bote salvavidas lleno de mujeres y niños ya ha sido bajado. Nadie del pasaje se entera de que nada más posarse en la mar, una gran ola se traga al bote y a todos sus ocupantes.

Marina y Rita tienen puestos los salvavidas. Comienzan a llenar la segunda de las lanchas de salvamento. Marina quiere disculparse para que la dejen esperar al siguiente por si llega Silverio con Rosita, pero Rita insiste en que deben hacerlo ya. Se sientan juntas. No hace frío pero sí sopla un fuerte viento.

—Este ya está completo. Bajémoslo —grita uno de los oficiales.

Marina tiene una sensación extraña. Es como si todo lo que está sucediendo en realidad no le estuviese pasando a ella. No se reconoce. De repente se pone en pie, intenta bajarse del bote, sin darse cuenta de que ya se encuentran fuera del barco. Rita la sujeta con todas sus fuerzas. Marina intenta desasirse de ella, a la vez que grita: «No puedo irme, mi hija y mi marido están en el barco. Por favor, quiero estar con ellos».

Con la ayuda de otra mujer, Rita consigue dominarla. Sentada a su lado, Marina llora desconsoladamente. Un fuerte golpe las asusta. Después, todo se vuelve negro.

—No me puedo creer que este segundo bote también —dice un marinero.

—¿Qué ha pasado? —pregunta un oficial.

—Que ha chocado contra el casco del barco.

—Vaya por Dios.

—El tercero preparado.

—Arriémoslo y crucemos los dedos.

—Buenas noticias —anuncia el capitán—, el buque *Kinfauns Castle* ha llegado a la zona.



Silverio intenta, sin éxito, que los cinco niños y su madre puedan subirse con Rosita, que es pasajera de primera y ya ha perdido su turno. Tiene varios enfrentamientos con los oficiales al ver cómo permiten que bajen parte de sus pertenencias algunos pasajeros, mientras los demás esperan. Se rumorea que ha llegado otro barco, con lo cual el que hasta ahora ha recogido a los pasajeros se irá para dejar que el recién llegado lo sustituya en el rescate. Eso supone que Marina se irá en ese primer barco. Solo pensar que su mujer pueda estar tranquila y a salvo le da fuerzas.

—Padre, me dice la madre de Elena que el doctor del barco los conoce porque ayer le han llevado al niño y aseguran que es muy amable. Tal vez él pueda ayudarnos —le dice Rosita.

Silverio la mira con dulzura. ¿El médico?, se dice. Los recuerdos se apoderan de él: de nuevo tiene que buscar al médico, claro que ahora es un pasajero de primera y en aquel tiempo era uno de los muchos pobres emigrantes que viajaban hacinados en tercera. Sin duda, las condiciones del viaje son ahora mejores, piensa Silverio, pero ayer como hoy son los pobres, los más necesitados, los maltratados por la sociedad. Buscará al doctor. Ahora le toca a él desempeñar el papel que en su día representó en su favor Magdalena.

El doctor que iba a bordo era español, don José Álvarez Granda. Se había embarcado en Vigo y en verdad era persona afable y cariñosa. Estaba un poco asustado. Era su primer viaje. Al contarle Silverio las razones por las que lo buscaba, lo entendió muy bien y se brindó a acompañarle a ver al capitán.

«A Dios gracias, piensa Silverio, qué bien me están atendiendo. Seguro que si fuera un pasajero de tercera, ni me recibirían. Qué injusta es la vida, o mejor, qué injusta la hacemos».

El doctor le contó al capitán que uno de los niños tenía una fiebre altísima y que urgía que lo atendiesen lo antes posible.

—Yo mismo los acompaño al lugar donde se encuentran —dice amablemente el capitán—, les prometo que salen en el primer bote que arriemos.

Rosita los ve acercarse. Por la expresión de la cara de su padre cree que traen buenas noticias.

—Levantaos, os vais. El señor capitán os evacuará en el próximo salvamento —comenta Silverio.

—¿Cómo sigue el pequeñín? —pregunta el doctor—. ¿Le ha bajado algo la fiebre?

—Creo que sigue igual —dice la madre con pena.

El capitán mira sonriente a Rosita y le dice:

—Encantado de volverla a saludar, señorita, aunque sea en estas dramáticas circunstancias. Es usted una joven con mucha suerte. Desconozco las razones que la han hecho esperar hasta estos momentos, pero dé gracias a Dios, porque los dos primeros botes han tenido problemas.

—¿Cómo problemas? —pregunta angustiado Silverio.

El capitán se da cuenta de que mejor no hubiese dicho nada, pero ahora no le queda más remedio que responder.

—El primero fue engullido por una ola. El segundo chocó contra el casco. Todos los pasajeros llevaban aros salvavidas. Es posible que alguno se haya salvado —dice, porque está seguro, al ver la reacción de Silverio, de que su mujer iba en uno de ellos.

—¿Madre estaba en alguno de esos? —pregunta Rosita, llorando, mientras se abraza a Silverio.

—La verdad es que no lo sé. Yo les pedí que si no llegábamos se subieran al segundo.

—No se intranquilien —les ruega el capitán—. Seguro que su esposa se encuentra entre los ciento setenta pasajeros que ya han sido rescatados.

—Capitán —llama el doctor—, dada la situación de incertidumbre por la que están pasando, ¿por qué no permite que suban todos al bote salvavidas?

—Está bien, doctor. No vamos a incumplir las normas por dejar embarcar al señor —dice refiriéndose a Silverio—. Los pasajeros de primera ya han abandonado el barco, y ellos lo son. La incumplimos permitiendo que pasajeros de tercera pasen antes que los de segunda, pero hagámoslo.



Silverio disimula. De buena gana se quedaría tumbado en la cubierta esperando la muerte. Si Marina se ha quedado en la mar, él quiere irse con ella. Mira a Rosita, que desde que se han enterado de lo sucedido, no ha dejado de llorar. Marina querría que se ocupara de ella. «Además, intenta animarse, no es seguro que esté muerta».

Ya están acomodados en la lancha de salvamento. En unos segundos arriarán el bote. A Silverio le parece que el bote va demasiado lleno. Se apretujan unos contra otros. Él lleva abrazado a uno de los niños y cogida de la mano a Rosita, que a su vez abraza a la pequeña Elena. Los mellizos y la otra niña quieren ir pegados a su madre. El padre intenta protegerlos a todos.

Están a punto de tocar el agua, el viento ya no es tan fuerte pero sigue el oleaje. Silverio no quiere, pero es incapaz de dejar de imaginar lo que pudo haberle pasado a Marina. Tiene que centrarse. Han de conseguir salvarse. Tiene que saber dónde se encuentra su mujer. Por fin, el bote se ha posado en el agua sin problemas. Muy pronto los recogerán. Ante la fuerte embestida de las olas, Silverio les aconseja que permanezcan aferrados al bote y mantengan sujetos a los niños.

Todos gritan cuando las olas los elevan. En el descenso temen hundirse, pero el bote sigue flotando. En uno de estos fuertes embates de la furiosa mar y cuando ya están a punto de subir al barco que los acoge, se escucha la vocecita de Elena que dice:

—A mi hermanita se la han llevado las olas.

El grito desgarrado de la madre paraliza los corazones. Silverio detiene al destrozado padre que intenta tirarse a la mar en busca de su pequeña mientras solloza.

—Yo soy el culpable, no la tenía bien sujeta.

—Mi niña, mi preciosa hija, tenía que haberte abrazado más. ¿Qué vamos a hacer ahora sin ti? ¿Cómo vamos a poder seguir viviendo con esta desgracia?

—solloza la madre.

Rosita llora incesantemente. Ahora al dolor por lo que le haya podido suceder a su madre se suma la desgracia que acaba de presenciar. ¿Qué se puede hacer en estos momentos? ¿Cómo ayudar a los desconsolados padres?



Silverio es el último en abandonar el bote salvavidas. No se han producido más desgracias y todos se encuentran ya a bordo del buque *Euclid*. No son ellos los primeros. Algunos de los náufragos se han quedado en cubierta, pero a la mayoría los llevan al interior para que se quiten la ropa mojada y se envuelvan en mantas para hacerlos reaccionar. Unos cuantos han sido rescatados después de permanecer en el agua durante un tiempo.

Silverio quiere que Rosita se quede tranquila en una de las salas, pero la muchacha se niega. Envuelta en una manta, le asegura que no piensa separarse de su lado.

—Padre, yo también necesito buscarla —le dice, llorando.

Recorren todas las dependencias donde se encuentran los náufragos. Los miran uno por uno. Marina no está.

—Padre, es inútil que la busquemos aquí. De haberse salvado, estará en el barco que se ha ido hace un momento.

—Sí, estás en lo cierto, pero desde que me he subido a este navío, tengo una sensación extraña. Es como si tu madre me necesitara. Sé que está viva —dice convencido Silverio.

—Dios lo quiera.

—¿Recuerdas que el capitán nos dijo que el segundo bote había chocado con el casco del barco?

—Sí, eso fue lo que nos contó.

—Tu madre es fuerte, y Rita, que estaba con ella, es una superviviente nata, una persona que se crece ante las dificultades. Puede ser que se hayan agarrado a algún madero o resto del bote y aún no hayan sido rescatadas.

—Pero, padre, ¿tanto tiempo?

—Se puede estar mucho más. No creo que hayan pasado dos horas desde que comenzó la evacuación. Iremos a ver al oficial que está al mando del salvamento.



—Es posible que haya sucedido como usted me dice, pero no podemos dedicarnos a rastrear toda la zona. En unos momentos nos iremos. Nos han comunicado que llega otro buque. —Silverio comprende muy bien lo que le

está diciendo el oficial. No debe seguir insistiendo—. Yo lo siento, señor, pero me comunican que solo esperamos otro bote salvavidas. En cuanto todos estén a bordo, nos vamos.

—Gracias, por favor, ¿me puede dejar un catalejo o unos prismáticos?

—Sí, ahora mismo.

Silverio, toma a Rosita de un brazo y la atrae hacia sí para decirle:

—Cariño, en este poco tiempo que nos queda, intentaré escudriñar entre las olas en toda la extensión de mar que la vista abarca desde aquí. Sé que está en la mar.

—Pero, padre ¿no ha visto lo que le ha sucedido a la niña? —se limita a decirle su hija entre sollozos.

—Claro, y no se puede comparar. La niña se escurrió por el aro salvavidas. Las personas adultas tenemos otros recursos.

Rosita se queda callada. Se arrebujá en la manta. Quisiera compartir con su padre la certeza de que Marina vive. Ella solo siente dolor y una inmensa desesperación si piensa que nunca volverá a ver a su madre, a Marina, la única madre que conoce y a la que quiere con toda su alma. Le gustaría tanto decírselo.

—Padre, no sé si algún día le podré expresar a mi madre todo el cariño que le tengo, y deseo que usted lo sepa.

—Claro que podrás —dice Silverio que, emocionado, la abraza.

—Sería tan triste que otra vez volviera a quedarme sin madre.

—No sucederá, ten confianza.

Silverio no miente, ni exagera cuando dice que Marina está viva y que lo necesita. Sabe que puede parecer una locura. Una locura inventada para no hacer frente a la realidad, para huir del dolor que la pérdida de su mujer significa para él, pero cree firmemente que tiene que hacer algo por encontrarla. Mentalmente le pide al Santo Cristo de Candás que lo ayude.

—Santo Cristo, tienes que echarme una mano. Es necesario que encuentre a Marina. Presiento que ella sigue en el mar. Santo Cristo, ¡ayúdame! Tú conoces bien lo que es flotar a la deriva a merced del oleaje. Te hiciste visible para unos marineros candasinos, que presurosos te recogieron de la mar y con amor te llevaron a su pueblo. Hoy todo Candás te venera. Tú eres nuestro

Cristo Marinero. Tienes que ayudarme, por favor, prometo ir a misa todos los domingos. Mandaré que te pongan cientos de velas.

Silverio ve cómo, afortunadamente, un nuevo grupo de náufragos son subidos a bordo. Alguno de ellos pertenece a la tripulación del *Hammonia*. A Silverio le dan ganas de tirarse a uno de los botes y recorrer toda la periferia del naufragio. No consigue derramar ni una sola lágrima, pero su corazón está a punto de reventar.

El oficial que atendió a Silverio lo mira con pena. Desde que le ha dado los prismáticos no ha dejado de escudriñar la mar. Ha visto situaciones penosas, pero la desesperación de aquel hombre y la de la joven muchacha que no se separa de su lado le emocionan. Le gustaría poder ayudarlos, pero nada puede hacer. Dentro de unos minutos abandonarán el lugar.

—Señor, siento comunicárselo, pero nos vamos.

—¿Podría hacerme un último favor? —le suplica Silverio.

—Dígame, ¿qué es lo que desea?

—Que el barco navegue lo más despacio posible la primera milla, la mar puede haberlas arrastrado.

—Señor, admiro su fe de encontrarlas con vida, cuando además no sabe si se han ido en el otro barco.

—Reconozco que es muy difícil de entender, pero sé que está viva y me necesita.

—Hablaré con el capitán —promete el oficial.

—Muchas gracias.



A las cuatro de la tarde el *Euclid*, en el que van Rosita y Silverio, abandona la zona con ochenta y cinco náufragos a bordo. Aún quedan pasajeros en el *Hammonia*, que sigue intentando mantenerse a flote. En el puente, el capitán y algunos oficiales se ocupan de preparar al pasaje que todavía no ha sido evacuado. Un nuevo buque se ha incorporado a la tarea de salvamento.

Parece que el ruego de Silverio ha sido escuchado y el *Euclid* navega más despacio de lo habitual. Él sigue mirando de forma obsesiva la mar. El oficial al que le ha contado su problema se acerca.

—Perdone, están sirviendo algo caliente, ¿por qué no se va con su hija, mientras yo sigo mirando?

—Rosita, acompañaale. Te vendrá bien tomar algo.

—No, padre, yo no me separo de su lado.

—¿Por qué no vas a ver cómo siguen la pequeña Elena y su familia?

—Lo haré después.

—Como quieras.

—Está bien —dice el oficial—, ustedes sabrán lo que tienen que hacer. Por cierto, el capitán me ha dicho que solo navegaremos a esta velocidad media milla.

—Gracias —contesta Silverio.

—Padre, me decía que no habían pasado dos horas desde que comenzó la evacuación, y yo tengo la sensación de que ha transcurrido una eternidad desde el momento en que me escapé sin darle un beso a mi madre —comenta Rosita abrazada a su padre.

—No te preocupes, tendrás oportunidad de darle muchos más.

Rosita mira el agotado y dolorido rostro de su padre y piensa que a ella también le gustaría poseer esa certeza. ¿Será verdad que su madre necesita ayuda? ¿Cómo puede saberlo él?



—No puedo más. Me duelen los brazos. Necesito estirarlos. Creo que nos ha llegado la hora de descansar para siempre.

—No lo hará. No la dejaremos rendirse. Ánimo. Todo se arreglará —dice Marina—. Piense en alguien o en algo que le haga sentirse feliz. Tenemos que resistir.

—¿Y cuándo se haga de noche?

Eso es en lo que Marina no deja de pensar, pero tiene que animar a su compañera y, al mismo tiempo, animarse ella. Rita la ha salvado. De no ser por su firmeza y decisión de sobrevivir, ya no se encontraría en el mundo de los vivos.

Después del choque del bote con el casco del barco, Marina se había quedado como atontada. Casi todos los que las acompañaban ya no existían.

Solo una mujer, Rita y ella habían quedado en la maltrecha lancha que se deshacía por momentos. Rita, dominando la situación, les pidió que se agarrase fuertemente a uno de los tablones del bote, el más largo. Y como las tres llevaban el aro salvavidas...

—Aguantaremos hasta que nos recojan. Las olas nos pueden cubrir, pero nada nos harán si no les hacemos frente y seguimos con firme voluntad sujetas al madero.

Y así lo habían hecho. El impacto del golpe había lanzado al bote y las olas lo habían ido alejando del lugar del naufragio. Como en aquellos momentos aún no había llegado ningún barco de salvamento, nadie se había percatado de su presencia en el mar.

Casi dos horas resistiendo y con la desesperación de haber visto pasar un barco muy cerca y no poder hacer nada para llamar su atención. Marina no deja de pensar en Silverio y en Rosita. ¿Qué habrá sido de ellos? Silverio... le apetece gritar su nombre. Solo dos años de amor, de los que le da gracias a Dios, pero quiere vivir, quiere seguir al lado de sus seres queridos. La posibilidad de poder volver a estar junto a ellos le proporciona fuerza.

—Lo vamos a conseguir. Estoy segura de que nos rescatarán.

—Tendrá que ser antes de que oscurezca.

—Por eso no debemos preocuparnos, aún quedan horas de luz y no creo que resistamos mucho más tiempo. Yo no siento las piernas —dice Rita con una voz apagada, que alarma a Marina, quien gira su rostro para mirarla.

—Rita, no puede claudicar. Si estamos vivas es gracias a su fuerza y tesón. Además, ahora, las olas nos dan treguas mayores. Ya no están tan furiosas.

—Aguantad vosotras, a mí las fuerzas me abandonan...

—¡¡¡Mirad, mirad!!! Un barco se acerca —grita la otra mujer.

—No podemos hacer nada para llamar su atención —dice Rita con pena—. Pasará de largo como el otro.

—Ayúdanos Santo Cristo, también tu imagen flotaba sobre las olas, ¡sálvanos! —implora Marina en voz alta, casi gritando.

—Nadie nos verá, ni escuchará tus gritos. Solo esas gaviotas se han dado cuenta de nuestra existencia —dice Rita.



Silverio continúa impertérrito mirando la superficie del mar. ¿Qué hará cuando hayan sobrepasado la media milla y el barco inicie su marcha normal? Puede que todo esto sea una locura y que, cuando lleguen a Vigo, Marina los esté esperando. «Pero este maravilloso pensamiento —se dice— no es verdad. Yo sé que ella me necesita, es como si oyera su voz».

El oficial, que está impresionado con la tenacidad de Silverio y de su hija, se acerca a ellos llevándoles un poco de café.

—Siento mucho la incertidumbre por la que están pasando —les dice—. Tomen esto caliente, que les vendrá bien.

—Muchas gracias. Es usted una persona compasiva. Dios se lo pague.

—Navegaremos toda la noche y a primera hora de la mañana llegaremos al puerto de Vigo —les informa el oficial.

—Señor, ¿qué hora es? —pregunta Rosita.

—Casi las cuatro y media.

—¡Allí! ¡Flota algo! —grita Silverio, indicando con su mano hacía la derecha y sin quitarse los prismáticos de los ojos.

—Déjeme ver —le pide el oficial.

—Debajo de las gaviotas —señala Silverio.

—Sí, se ve algo en el agua, pero aseguraría que son tablas —comenta el oficial.

—Estoy seguro de que es ella, por favor, acerquémonos un poco.



—Nos han visto. Vienen hacia nosotras. Nos vamos a salvar. Gracias, Santo Cristo —grita Marina.

—Puede ser una ilusión óptica. Pasarán de largo, ya lo verás —dice pesimista Rita.

En el *Euclid* se preparan para rescatar a las tres mujeres. Silverio quiere descolgarse él para ayudarlas a subir, pero el capitán se lo impide encargando la misión a sus marineros.

La última en ser izada a cubierta es Marina. Silverio y Rosita se abalanzan sobre ella, rodeándola con sus brazos. Marina cree estar soñando.

15. *La noticia de la tragedia llega a Candás*

Candás, domingo 10 de septiembre

La señora Covadonga sale de misa de doce. Dentro de nada se celebran las fiestas del Santo Cristo. Dentro de nada el invierno. Solo hace unos días que se fueron y le parece que han pasado meses. Los echa mucho de menos. Esta tarde ha quedado con Reme para salir a dar un paseo. Al cruzar por la Baragaña ve al viejo Agustín que, sentado en la plaza, le hace señas con la mano. Se acerca.

—Oye, Covadonga, perdona que te haya hecho venir hasta aquí, pero cada día me cuesta más trabajo moverme. ¿Tú sabes cómo se llama el barco que el que viajan Silverio y Marina?

—Ni idea. Solo sé que salían el viernes, antes de ayer.

—Pues no quiero ser yo quien te de la mala noticia. Toda la prensa habla del hundimiento de ese barco.

—No es posible. ¿Y a ti quién te lo ha dicho? Porque tú no sabes leer.

—Pero no hay nadie en Candás mejor informado que yo. Alguien que ha leído el *ABC* lo comentó en el chigre.

—¿Y no hablan de supervivientes? ¿No dan nombres? —pregunta la señora Covadonga angustiada.

—Al puerto de Vigo no había llegado nadie. Claro que el periódico está escrito el sábado por la tarde. Igual ahora se sabe más, pero como no hay periódico hasta el martes... Esperemos que a nuestros amigos no les haya pasado nada —dice Agustín.

La señora Covadonga está tan nerviosa que no sabe ni qué hacer ni qué decir. Se queda quieta. De repente, como si de un fogonazo se tratase, su mente se ilumina. Don Bernardo es el único que la puede informar y ayudar.



—Ya me puede perdonar, señor, pero no sé a quién recurrir.

—Pase, pase, ya sé a lo que viene.

—¿Entonces, ya conoce la noticia?

—Solo he visto los titulares el *ABC*. Ahora lo leemos. Tranquilícese.

La señora Covadonga está deseando llorar. Qué inútil se siente. Si supiera leer, no tendría que depender de nadie. Don Bernardo vuelve con el periódico y las gafas.

—La noticia está fechada en Vigo a la una de la tarde de ayer sábado y dice que el buque *Hammonia* radiotelegrafió pidiendo auxilio, pues se hundía a ochenta millas de tierra.

—Perdón, ¿qué distancia es esa en kilómetros? —quiere saber la señora Covadonga.

—Creo que más de cien.

—Pensé que sería más cerca, eso es alta mar. Seguro que se han ahogado todos.

—No sufra antes de tiempo. Mire, Covadonga, en la noticia viene el parte de unas horas más tarde en el que se afirma que hay dos barcos cercanos al *Hammonia* y que habrán salvado a muchos pasajeros.

—¿Dan algún nombre? —pregunta ansiosa la señora Covadonga.

—Ni nombres, ni número de pasajeros salvados. Las últimas informaciones cuentan que el buque se hundió totalmente a las seis y media de la tarde de ayer sábado. Es posible que hayan llegado al puerto de Vigo si no todos, parte de los supervivientes.

—Y una cosa, don Bernardo, permíteme, pero por los años que le he servido, por Marina, que sé que usted le tiene mucho afecto, ¿no podría comunicarse con el señorito, que vive en Vigo, para que él se entere de si se han salvado?

—Lo haría encantado, pero estos días no se encuentran en la ciudad, creo que no regresan hasta después del 15. De todas formas, intento informarme. En el momento en que sepa algo se lo digo. Mientras tanto, no se preocupe. Seguro que están sanos y salvos.

—Dios le oiga. Muchas gracias, don Bernardo.

La señora Covadonga duda si acercarse a casa de Reme a contárselo o si pasar antes por la iglesia. Al final, decide acudir al camarín del Santo Cristo para implorar por sus amigos.

16. *Mientras tanto...*

Vigo, domingo 10 de septiembre

En aquellos mismos momentos, en Vigo, Marina, Rosita y Silverio se encuentran en una de las habitaciones del hotel Continental. Allí los ha llevado la naviera, junto con los otros pasajeros de primera que llegaron al puerto de Vigo a bordo del *Euclid*. Este buque había logrado rescatar con vida a ochenta y cinco personas que fueron trasladadas, nada más desembarcar, al café Universal, donde el consignatario de la naviera se ocupó de ellos enviándoles a distintos hoteles, según la categoría del billete.

—Marina, ¿de verdad te encuentras bien? —le pregunta Silverio, preocupado.

—Sí. Las horas que he dormido en el barco arropada por vuestro cariño me han repuesto del todo. Me parece imposible haber logrado sobrevivir. Le doy gracias a Dios incesantemente —dice Marina.

Rosita, sentada junto a sus padres, mira por la ventana. Escucha lo que su madre dice. Ella también le agradece a Dios que los haya salvado y ahora puedan estar los tres juntos, pero le asalta una duda, ¿cuál será la reacción de los padres de Elena ante Dios, al haber permitido que a una de sus hijas se la tragara la mar?

Rosita les plantea este interrogante a sus padres.

—No es fácil responder a tu pregunta, cariño —le contesta Marina—. Verás, no debemos enjuiciar y colocar a Dios en la picota de cuanto nos sucede. Dios no quiso que alguien dejara abierta la puerta de las carboneras o que alguien no detectara el obstáculo para que el barco chocara y se produjera una vía de agua. Dios estaba muriendo con los que perecían en el mar y también con los que nos ayudaron a sobrevivir. ¿Por qué nosotros nos hemos salvado y otros muchos no, entre ellos, la hermanita de Elena? No existe respuesta o, por lo menos, yo no la conozco. Lo que sucede es que si creemos en Dios, Él nos

puede consolar ante las tragedias que acontezcan en nuestra vida. Para los que de verdad tienen fe, la muerte no es el final. Es muy doloroso ver cómo las personas que amamos desaparecen de nuestras vidas. El único consuelo es pensar que Dios los acoge y que nosotros seguiremos el mismo camino. Además, querida Rosita, si los padres de Elena saben aceptar la desaparición de la niña, se sentirán mucho más cerca de Dios.

—Pero eso es muy difícil —dice Rosita.

—Para nosotros, sí. Pero con la ayuda de Dios, podemos. Lo que tenemos que pedir es que nos dé fuerza para sobrellevar todo tipo de dificultades.

—Nosotros —apunta Silverio— también podemos ayudarlos con nuestro afecto. Me enteraré del hotel al que los han llevado para ir a verlos.

—Qué bien, padre —exclama su hija.

—Marina —llama Silverio—, tenemos que decidir si regresamos a Candás o continuamos el viaje a Cuba. El consignatario nos ha dado dos días para pensarlo.

La Hapag había ordenado a su gente en Vigo que indemnizaran a los naufragos. A cada pasajero de tercera se le entregaron cinco libras esterlinas, diez a los de segunda y quince a los de primera. También la naviera dispuso que los pasajeros que no desearan continuar el viaje recibieran la devolución íntegra del importe del billete.

—A mí me gustaría que fuéramos a Cuba —asegura Rosita.

—Pero ¿no te da miedo volver a embarcar? —le pregunta Marina.

—No, madre. Además, si queremos ir, no tenemos otra opción.

—Podemos dejarlo para dentro de un tiempo —apunta Silverio.

—Pienso como Rosita, aunque yo sí tengo miedo, pero cuanto antes dominemos el temor mejor —asegura Marina.

—¿Entonces? —quiere saber Rosita.

—Pues si tu padre está de acuerdo, no volvemos a Candás y nos embarcamos en el primer barco que nos pongan —le contesta Marina.

Unos golpes en la puerta les anuncian la llegada de Rita, que ocupa la habitación contigua.

—¿Habéis podido dormir, aunque solo sea un poquito? —les pregunta la gallega, que, sin esperar respuesta, sigue hablando—: Yo soy incapaz. Me

siento tan excitada que no puedo quedarme quieta.

—Tienes que tomarte una tila —le dice Marina, después de la experiencia que han vivido juntas, se tutean.

—Ya lo he hecho y no me hace ningún efecto. Creo que mañana me voy para La Coruña —asegura Rita.

—¿Entonces, ya es seguro que desistes del viaje?

—Sí. No me siento con ánimos para seguir.

—Pero si no llega a ser por ti, ahora no estaría viva. Eres fuerte y no te dejas dominar, por muy difícil que sea la situación en la que te encuentres. ¿Cómo no vas a tener ánimos? —comenta Marina, sorprendida.

—No es miedo. Tampoco incertidumbre ante lo que pueda pasar. Lo cierto es que el viaje lo hacía un poco obligada por las circunstancias. Y ahora creo que es mejor esperar. Tal vez unos meses, un año o nunca. Mi vida está donde esté yo y no hay nada que me obligue a permanecer o a trasladarme de un lugar a otro si no quiero. Son las ventajas que tiene el estar sola.

—Perdóneme —dice Rosita—, pero estaría muy bien que iniciáramos el viaje otra vez juntos.

—No, preciosa. Yo me quedo. Por cierto, Rosita, ¿has pensado en ir a ver a la familia de esa niña amiga tuya?

—Hace un momento hablábamos de ello. Nos enteraremos dónde están alojados y los visitaremos —cuenta Silverio.

—Es posible que se hayan ido a su casa —apunta Rita—. Acordaos que embarcaron aquí en Vigo.

—Tal vez, pero yo creo recordar que Elena me habló de que vivían en una aldea. Rita, ¿por qué quiere verlos? —le pregunta Rosita.

—Siento mucho la desgracia por la que están pasando. Quiero hablar con ellos porque si siguen pensando en viajar a La Habana, yo les doy el dinero de la indemnización que me han dado y el de la devolución de mi billete. Seguro que así, si no en primera, sí podrán viajar en segunda.

—Precioso gesto —comenta con admiración Marina.

—¡Ay, querida Marina! Quién nos iba a decir a nosotras cuando nos conocimos que a punto íbamos a estar de quedarnos en la mar para siempre.

—Esta experiencia nos ha unido de forma muy especial —asegura Marina.

—Así es. Antes de irme, te daré unas cartas para mis hermanos. Quiero que los conozcas y que te conozcan. Que les hables de nuestro naufragio —le pide Rita.

—Así lo haré —asegura Marina.

—¿Os dais cuenta de que si Rosita no se escapa para ayudar a la pequeña Elena probablemente las tres estarías muertas? —les plantea Silverio emocionado.

—Las buenas acciones siempre tienen su recompensa —afirma Rita.

—Pero, padre —exclama Rosita—, si usted no hubiera insistido, como lo hizo, nunca las habrían descubierto. He sido testigo.

—Ningún mérito, porque tu madre, desconozco cómo, me hizo saber que me necesitaba. Estaba seguro de que vivían.

Marina se levanta y acercándose a su marido le rodea el cuello con sus brazos, a la vez que le susurra al oído: «Te quiero, mi amor».

—En verdad, hemos sido muy afortunados. Noventa personas han perdido su vida y nosotros aquí estamos —dice Marina.

—Así es —corrobora Silverio—, y además rescatados en el mismo barco. Pensad que han llevado náufragos a Inglaterra, Gibraltar y no sé si Portugal. Los miembros de algunas familias fueron recogidos por distintos barcos y, después de gran incertidumbre, supieron unos de otros.

—Por cierto, Silverio, ¿has enviado noticias a Candás? —pregunta Marina.

—Sí, he mandado un telegrama —contesta él.

—Quién nos iba a decir —observa Rita con una sonrisa— cuando Silverio nos contó la anécdota de Mata Hari que nosotros íbamos a venir a vivir al mismo hotel en el que ella había estado.

—¿Te sigue dando mal farío? —quiere saber Marina.

—No. Ya no. Ahora tengo curiosidad por saber en qué habitación estuvo. Mira que si es la misma que me han dado a mí. —Rita se ríe.

17. *La Habana*

—En menos de una hora avistaremos el puerto de La Habana —les informa Silverio.

—Tengo muchas ganas de llegar —asegura Rosita.

Los tres están sentados en cubierta disfrutando de los cálidos rayos de un sol mañanero. La suave brisa contribuye a hacer más placentero el momento.

Marina se siente un tanto melancólica. No puede evitar el recuerdo de su llegada a Cuba hace años. Aún le parece estar viendo a su sobrina Norita que, feliz, la esperaba en el muelle para abrazarla.

También Silverio rememora en su mente esos mismos momentos y vuelve a sentir la emoción que experimentó al ver a Marina llegar a La Habana, aunque entonces, entre ellos, a pesar de estar juntos, seguía existiendo un océano.

—Siento pena —dice Rosita— por Rita. Lamento que no se haya animado a venir. Hemos hecho una travesía muy tranquila.

—Ha sido perfecta —corroborra Silverio.

Marina, Rosita y Silverio, junto con ciento noventa y nueve pasajeros, todos naufragos del *Hammonia*, habían embarcado en el buque *Leerdam* de la naviera Holland América Line, que zarpó del puerto de Vigo el 23 de septiembre.

—No te preocupes. Rita es una persona fuerte y viajará cuando lo considere oportuno. Y de su decisión de no viajar se han beneficiado los padres de Elena —comenta Marina.

—Ya lo sé. Le están profundamente agradecidos. Además, Rita les ha dado la dirección de sus hermanos por si pueden ayudarlos.

—Nosotros también les hemos facilitado el contacto de mi hermano en Pinar del Río —apunta Silverio—, además de la dirección de Trinidad, donde está el ingenio azucarero de tu madre.

—Ahí nací yo, ¿verdad? —pregunta Rosita.

—Sí —responde Marina.

—¿Me llevaréis un día?

—Por supuesto, mi amor.

—Dios mío, qué hermosura —exclama Rosita emocionada—. Qué grande y alegre se ve.

—Sí que lo es. La otra vez que vine —cuenta Marina—, llegamos a una hora diferente y la luz era muy distinta. En estos momentos el sol se baña de pleno en toda la bahía inundándola de luz.

—¡Cuántos barcos! Nunca había visto tantos juntos —comenta asombrada Rosita.

—Pues la primera vez que yo vine —recuerda Silverio—, era más o menos a esta misma hora, sobre las doce de la mañana, y me pareció que la luz era en verdad cegadora.

Silverio no dice nada más. Solo en su interior vuelve a revivir la impresión recibida entonces. Había hecho todo el viaje en las bodegas. Llevaba más de un mes sin ver la luz, ni respirar aire puro, y cuando él y Juan, que se encontraba enfermo, salieron a cubierta, tuvieron que cerrar los ojos ante la intensidad de aquella claridad, habituados como estaban a la oscuridad. Aquel resplandor cegador y la debilidad de sus cuerpos casi les impedían moverse. Qué distinto era el viaje que ahora realizaba. Intentando olvidar los tristes recuerdos, Silverio le pregunta a su mujer:

—¿Estará alguien esperándonos para llevarnos al hotel?

—Supongo que René nos habrá enviado un coche y a alguien de su confianza para que nos acompañe —explica Marina.

—¿Y cómo le conoceremos? —pregunta Rosita.

—Llevará un cartel con nuestro nombre —contesta Silverio.

Marina le ha pedido a René que le envíe un coche con conductor y una doncella. Mientras vivan en el hotel no necesita más servicio. Luego, una vez que elijan la casa, se pondrá de acuerdo con él para ver si contrata ella directamente al personal que se ocupará de su residencia o si se los manda él.

—Parecemos auténticos emigrantes, casi no llevamos equipaje. —Marina mira el pequeño baúl en que van los cuatro trajes que se vieron obligados a comprar en Vigo, al quedarse todas sus pertenencias en el fondo del mar.

—No, querida, yo sé muy bien cómo llegábamos los emigrantes la primera vez. Lo más que teníamos era una desvencijada maleta o una caja sujeta con cuerdas.

A Rosita le encanta el espectáculo multicolor del puerto. Señoras guapísimas con bonitos vestidos. Niños descalzos con un simple calzón. Hombres con trajes muy claritos y pantalones blancos. Nunca había visto a nadie vestirse así.

—Madre, qué paraguas más bonito lleva aquella señora. Es como de encaje.

—Se llama sombrilla. No se utiliza para la lluvia sino para protegerse del sol.

—¿Tú también la vas a llevar, madre?

—La verdad es que nunca he recurrido a ella, aunque tal vez ahora, y si a ti te apetece, nos compramos unas —dice Marina.

—Sí, sí —se apura a contestar Rosita, que añade—: Mira, la han abierto, ahora que se han subido al coche. Tiene que ser muy agradable desplazarse en un coche así, viéndolo todo. ¿Iremos nosotros en uno igual?

—Creo que sí. Seguro que es uno de aquellos tres que se ven al fondo. El conductor habrá mandado a alguien a avisarnos —le explica Marina.

—Madre, son más bonitos, están forrados y muy arreglados, pero me recuerdan a la Xarre del amigo de la señora Covadonga de Piedeloro.

—Tienes toda la razón —dice Marina riendo.

18. *Hotel Inglaterra*

Solo lleva unas horas en La Habana y Rosita se siente feliz. Aquel es otro mundo. Gente por las calles a todas horas. Grandes e importantes edificios. Comercios lujosísimos, repletos de trajes. Su madre le ha comprado dos vestidos muy bonitos. Ha estado dudando unos segundos sobre cuál de los dos elegiría para bajar a cenar. Al final, se ha decantado por el estampado en verde, que es muy vaporoso y además la favorece un montón. Rosita tiene la sensación de que ha ganado confianza en sí misma. Se siente mucho más segura. La experiencia vivida en el naufragio seguro la ha fortalecido, pero sobre todo lo que la anima es el no sentirse distinta. En esta ciudad, blancos, negros y mulatos conviven a la perfección y nadie se sorprende de la apariencia del otro. En unos momentos la peinará Diana, que es la doncella negra que ha llegado con el cochero para atenderlos. Termina de vestirse y se mira al espejo. La imagen que este le devuelve le gusta. Se acerca un poquito más y la verdad es que el pelo suelto la favorece. ¿Cómo querrá peinarla Diana? Rosita se promete no decirle nada, dejarse hacer en este primer día, porque además seguro que la doncella conoce la moda y los tipos de peinados que gozan de mayor aceptación en aquella sociedad.

Se calza unos zapatos verdes, a juego con el vestido, que llevan un poquito de tacón y camina por la habitación para familiarizarse con ellos.

«Dios mío —se dice—, si los hoteles de La Coruña y Vigo eran buenos, este es muy superior».

El hotel Inglaterra de La Habana, construido en la segunda mitad del siglo XIX y restaurado nada más comenzar el siglo XX, estaba considerado uno de los mejores del mundo en aquel tiempo. En la remodelación efectuada habían dotado a todas las habitaciones de luz eléctrica, teléfono y baño individual con agua caliente y fría. Pero no eran solo sus modernas instalaciones y sus lujosas comodidades las que convertían al Inglaterra en uno de los establecimientos

más solicitados, ya que la fantástica ubicación en la que se levantaba, en pleno corazón de La Habana vieja, frente al parque Central, había hecho que fuera el preferido de todos los visitantes famosos y poderosos.

—Señorita, ¿ha terminado de arreglarse? ¿La puedo peinar? —pregunta Diana.

—Sí, cuando quieras, pero prefiero que me llames Rosita.

—Como usted quiera. La llamaré amita Rosita.

Diana es una muchacha un poco mayor que ella, rondará los veinte años. Es más bien bajita y con una cara muy graciosa, sin duda, reflejo de su simpatía. Coloca una silla delante del espejo del baño.

—Amita, siéntese aquí. Quiero que se vea mientras la voy peinando, por si no le gusta.

—Nunca me han hecho ningún peinado especial. Siempre he llevado el pelo así, suelto en melena —dice Rosita.

—Si le gusta de esa forma, lo dejamos. Yo había pensado recogérselo y hacerle unos tirabuzones para que le caigan en cascada. Tiene un cabello rubio precioso.



—No te he preguntado delante de Rosita, ¿has podido ver a Mariano? —indaga Marina.

—No. He ido a la tienda, pero ya se había ido. Me agradó ver que el negocio sigue funcionando y cómo ha introducido importantes reformas —comenta Silverio.

—¿Cuándo piensas ir a ver a Magdalena?

—Mañana puede ser un buen día. Vendrás conmigo, ¿verdad?

—Mejor no, ¿con quién dejamos a Rosita? Me iré con ella a dar un paseo mientras tú haces esa visita. Yo puedo acercarme cualquier día. Además, a ella le gustará más verte a ti a solas —responde con toda naturalidad.

—Pues a mí me gustaría que me acompañaras —dice Silverio preocupado.

—Por favor, es mejor así. Sabes que yo restaría intimidad al encuentro. Antes, es posible que no quisiera que fueras solo, pero ahora, de verdad que no me importa.

—Ciertamente, no sé cómo interpretarlo —dice Silverio pensativo.

—Querido mío, el tiempo ha pasado y todos hemos cambiado. Nos hemos hecho mayores. Tú y yo somos marido y mujer. Nos amamos de verdad. Y si no me fiara de ti, dejaría de amarte.

—Mi adorada Marina, eres tan especial. Claro que te puedes fiar de mí, jamás haría nada que pudiera molestarte. De ahí mi miedo a que te disgustara mi visita en solitario a Magdalena.

—Ven, acércate —le pide Marina. Los dos se están arreglando para bajar al comedor. Silverio se acerca mientras se abotona la camisa. Marina termina de ponerse las medias y tomando en sus manos la cara de su marido le dice—: Mi amor, los dos hemos tenido una vida anterior. Y muchas veces nos asaltarán los recuerdos y posiblemente nos hagan daño. Ese es mi miedo al enfrentarme con esta ciudad que, para bien o para mal, ha significado tanto en nuestras vidas. He pensado mucho en ello — confiesa Marina— y creo que nuestra postura debe ser la de intentar que el pasado no enturbie nuestro presente. Los dos hemos cometido errores, pero ahora estamos juntos y somos felices, debemos cuidar nuestro amor por encima de todo.

Marina, mientras habla, pasa sus manos de la cara de su marido a ocuparse, con destreza, del nudo de la corbata. Silverio la mantiene agarrada por la cintura. La quiere con toda su alma. «Seguro que lo está pasando mal. Es mucho más sensible que yo —se dice— y su vida no ha sido fácil». La atrae hacia sí y la besa. Marina responde a su beso. De buena gana le propondría quedarse en la habitación, pero Rosita los espera. Además, quiere que después de la cena la lleven un rato a escuchar música. Seguro que en alguno de los salones-cafetería del hotel hay actuación musical.

—Se nos ha hecho un poco tarde —comenta Marina—, a ti solo te falta ponerte la chaqueta. Podrías pasar a buscar a Rosita a la habitación y me esperaréis en el comedor.

—¿Tanto vas a tardar? —le pregunta Silverio.

—No, pero mejor así, para no hacerla esperar. Silverio, sigues estando tan guapo como la primera vez que te vi en Candás con un traje clarito como ese. Te sienta de maravilla.

—Es que me miras con buenos ojos. No tardes, por favor —dice Silverio mientras cierra la puerta.

Marina está nerviosa. Le cuesta controlarse. Silverio se ha mostrado tan interesado en quedarse en el hotel Inglaterra que ella no ha sabido cómo resistirse. Nunca había vivido en este hotel, pero sí había frecuentado su comedor. Allí precisamente había conocido a Ricardo Cardoné. «Y eso qué importa —se dice, tratando de convencerse de que es una tontería que lleve horas dándole vueltas a lo mismo—, esa persona ya está muerta. Y yo tengo una vida plena».



—Es impresionante, padre, qué bonito se ve el comedor, con tanta luz y con tanta gente. Me da un poco de vergüenza entrar. Todas las mesas están ocupadas, menos dos —dice Rosita.

—Una de ellas será la nuestra —contesta Silverio, que añade—: ¿Vergüenza? No hay ninguna chica más guapa que tú. Estás preciosa. Ya verás cuando te vea tu madre.

—¿Por qué no ha bajado?

—Se entretuvo haciendo no sé qué, ahora llegará.

El ambiente del comedor es variopinto. Predominan las mesas —que a Silverio le parecen de negocios— integradas solo por hombres. En otras, elegantes parejas muestran sin disimulo su felicidad.

Mientras esperan, el camarero les sirve unos aperitivos. Silverio se percata de que el camarero, un chico joven, se ha quedado impactado por la belleza de Rosita.

—Seremos la mesa mejor atendida de todo el restaurante —comenta, riéndose.

—¿Y por qué lo sabe? —pregunta intrigada Rosita.

—¿No has visto cómo te miraba?

—No —miente ella, que sí se ha fijado en el muchacho porque le parece guapísimo.

—Mira, ahí viene tu madre.

A pesar de que ya no cumple los cuarenta, Marina sigue conservando una esbelta figura. Lleva un vestido gris perla recto, que se adapta a su cuerpo como un guante. El único adorno del traje es una tira de encaje del mismo color, colocada un poco más arriba de la cintura, en las bocamangas y en la falda a la altura de la rodilla. Lleva el pelo recogido en un moño bajo y unos preciosos pendientes de perlas. Ofrece una imagen elegante y sobria. Camina erguida, sin mirar a nadie, igual que si el comedor se encontrase vacío. En su rostro, una dulce expresión, como si acabase de descubrir a alguien amigo.

Rosita observa a Silverio que no separa sus ojos de Marina.

—La quiere mucho, ¿verdad? —le pregunta bajito.

—Muchísimo. Me encanta verla tan guapa. Quiero que todos sepan que es mi mujer —dice Silverio, y se levanta para salir a su encuentro—. Aquí, querida —le dice, separándole la silla para que se siente.

Rosita los mira divertida.

—Como verás, tu padre es todo un caballero amable y educado, que sabe comportarse en sociedad. Es fundamental, querida Rosita, conocer las normas de cortesía. Las puedes aplicar o no, según donde te encuentres, pero siempre, si las necesitas, sabrás cómo desenvolverte. Pero qué pesada soy —dice Marina—, con lo guapísima que estás y, antes de decírtelo, me lanzo a hablar de protocolo. Déjame que te vea bien. Qué bonito peinado te ha hecho Diana, ¿a ti te gusta?

—Mucho.

—Ya le comenté hace un momento —dice Silverio—, que no hay otra chica en el comedor más guapa que ella.

—Ni creo que la haya en toda la ciudad —añade Marina.

—Por favor, no exageren, creo que se están riendo de mí.

—Ni hablar, lo digo en serio. Claro que hay chicas guapas, muchas, y con distintos tipos de belleza, pero más que tú, no creo —asegura Marina, que les pregunta—: ¿Qué estáis bebiendo?

—Rosita, un refresco y yo, un mojito. ¿Te pido uno para ti? —se ofrece Silverio.

—No. Yo prefiero un daiquiri.

—Madre, ¿qué lleva el daiquiri? —quiere saber Rosita.

—Ron blanco, azúcar, zumo de lima o limón —contesta Marina.
—Te falta el hielo muy picadito —apunta Silverio.
—Es verdad, ¿tú crees que aquí lo pondrán como en El Floridita?
—No lo sé. Ahora saldremos de dudas.



—Bueno, Rosita, dinos la verdad, ¿ha acertado el camarero con la recomendación? —le pregunta Silverio.

—Sí, el picadillo a la habanera con plátano frito estaba buenísimo. Nunca había tomado ningún guiso con uvas pasas y aceitunas rellenas con pimiento. Y el postre me está encantando.

—Cuánto me alegro —dice Marina—. ¿A ti te ha gustado, Silverio?

—Sí. Puede estar mejor o peor, pero la ropa vieja, y sobre todo si lleva tostones, nunca defrauda —afirma Silverio.

—Mi arroz con pollo a la chorrera no estaba mal, pero me cuesta un poco acostumbrarme a la forma de condimentar cubana. Echo en falta el aceite —dice Marina.

—Pues a mí me encanta esta mezcla de sabores —comenta Rosita—. Estoy muy contenta y quiero darles las gracias por haberme traído.

—No sabes, cariño, cómo nos alegramos. Mañana tenemos que dedicar toda la mañana a ver las cinco casas y creo que si vamos temprano nos dará tiempo. Y también espero que alguna nos guste lo suficiente y lleguemos a un acuerdo para comprarla. Por la tarde nos vamos tú y yo de visita turística —le dice Marina a Rosita.

—Qué bien. ¿Pasearemos por el malecón?

—Por supuesto. También iremos a la plaza de San Francisco, a la de Armas y a la catedral.

—Padre, ¿conoce a aquel hombre? Es uno de los que está sentado en la mesa redonda, el del pelo blanco, no ha dejado de mirarnos en toda la noche.

—No. Creo que nunca lo he visto —asegura Silverio.

—¿Puedo mirar? —pregunta Marina.

—Mejor, no. Se daría cuenta de que hablamos de él —aconseja Silverio.

Marina, que estaba consiguiendo disfrutar de la cena en compañía de las personas más importantes de su vida, se ve de pronto asaltada por el pasado. «Es absurdo —se dice— que me ponga nerviosa porque alguien nos mire. Tengo que tranquilizarme».

—¿Rosita, sigues queriendo que vayamos un rato a escuchar música? —le pregunta Marina.

—Sí, por favor.

—Perfecto —dice Silverio mirando a su mujer—, y así tú y yo nos tomamos una copa.

Se ponen de pie. Ya muchos de los comensales se han ido. Solo tres o cuatro mesas siguen ocupadas. Al pasar al lado de la mesa redonda, el señor del pelo blanco se levanta y se dirige a Marina de forma muy educada.

—Perdóneme, señora. Llevo toda la noche mirándola. ¿No es usted la viuda de Ricardo Cardoné?

Marina se acerca al señor que acaba de abordarla y muy tranquila le dice:

—Sí, yo soy. ¿Le conozco?

Silverio, de forma muy normal, sigue caminando muy despacito. Prefiere que Rosita no se entere de la conversación, siempre es mejor prevenir.

Es fácil que no me recuerde. Soy Eladio Cienfuegos, era muy amigo de su marido. Estaba con él cuando la conoció, aquí en este mismo restaurante. Después nos vimos dos veces. Una antes y otra después de casados. Luego yo me tuve que ausentar de Cuba y cuando volví me enteré de la terrible desgracia. Pobre Ricardo.

—Sí, una desgracia. La vida es dura y muchas veces es necesaria una gran fortaleza para poder soportar algunos momentos.

—¿Ha vuelto a vivir a La Habana? —le pregunta.

—No, estamos de visita. Aunque tal vez alarguemos la estancia. Si me disculpa —dice Marina—, mi hija y mi marido me esperan. Adiós.

—Adiós, señora. La niña es una monada. Espero que nos volvamos a ver.

Marina se aleja con paso ligero. No recuerda haberlo visto nunca. Pero seguro que es verdad lo que le acaba de decir. Ricardo tenía muchos amigos. Le ha inquietado mucho su último comentario, no por lo que significa sino por el tono empleado.

Enseguida da alcance a Rosita y a Silverio.

—No nos hemos quedado contigo —le dice Silverio— para que no se alargara la conversación. ¿Lo conocías?

—No. Pero es evidente que él sí me conocía. Me dijo que era amigo de Ricardo.

—Madre, por lo que pude escuchar, cuando ese señor la saludó, su marido se llamaba Ricardo. ¿Era mayor que usted?

—Sí, tenía unos cuantos años más que yo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Si ese señor, el del pelo blanco, era su amigo, Ricardo tendría que ser bastante mayor.

—Deducción válida, pero no siempre responde a la realidad. Todos alguna vez podemos tener amigos mayores que nosotros.

—¿Y estuvieron mucho tiempo casados? —quiere saber Rosita.

—Unos años —contesta Marina.

Rosita no insiste. Han llegado al salón. Toda su atención es para el grupo que interpreta boleros y para las parejas que parecen todas felices en aquel ambiente íntimo y romántico. «Un día —piensa—, tengo que preguntarles a mis padres algo de su vida pasada. En realidad, lo desconozco todo. Se lo contaré a Inés en la próxima carta que le escriba. Si no subo muy cansada, esta misma noche lo hago».



Los daiquiris, los mojitos, la dulce cadencia de los boleros, la calidez del ambiente, la hermosa noche cubana contemplada desde uno de los salones del hotel, con los balcones abiertos a las airosas palmeras del parque Central, han contribuido a que Marina y Silverio nada más cerrar la puerta de la habitación se hayan entregado de forma apasionada a satisfacer su deseo.

Exhaustos, yacen tumbados uno al lado del otro. Se han amado de una forma distinta. Saben que el frenesí que los ha poseído probablemente responda a una manifestación del subconsciente, como si este quisiera recuperar el tiempo perdido, ya que precisamente aquella era su primera noche en la ciudad de La Habana, en la que tan desgraciados habían sido.

—¿Eres feliz, Marina? —le pregunta Silverio mientras la rodea con su brazo.

—La felicidad total y absoluta no es posible en este mundo, siempre existe algo que nos preocupa, pero sí, Silverio, soy feliz, y todo gracias a ti.

—Sé que estás preocupada y no quería hablar de ello, pero creo que es bueno que lo comentemos. Quiero que sepas que comparto tu miedo. En Candás era distinto. Allí inventan, se imaginan cosas, pero no pueden descubrir nada porque nada saben. Aquí es distinto, porque, aunque sean cuatro las personas que lo conozcan, siempre existirá la posibilidad.

—Ay, Silverio. ¿Y qué puedo hacer? He pensado tanto en ello. No puedo decírselo, le haría mucho daño. Ya sé que si se entera, Dios no lo quiera, sufrirá, pero confío en que nunca nadie le hable de ello.

—Estoy de acuerdo, Marina. Tu postura es la correcta. Lo que sí podríamos hacer es ir contándole, de vez en cuando, algo de nuestra vida pasada. Ya es una mujercita y se hará preguntas. Además, cuando vayamos al Centro Asturiano, donde muchos nos conocen, y cuando visitemos a Juan y a mi hermano, pueden salir temas en la conversación que la sorprendan. Siempre será mejor que sepa por nosotros, por ejemplo, que mi primera mujer era tu sobrina.

—Tienes toda la razón. La llevaremos con nosotros al cementerio para visitar la tumba de Norita. ¡Dios mío! Qué pena. La quería como a una hija —dice Marina, llorando.

—Los dos la queríamos —añade Silverio, a la vez que intenta enjugarle las lágrimas a su mujer—. Tenemos que ser fuertes y volcarnos con Rosita para que sea feliz.

—Eres muy bueno, Silverio, siempre lo has sido. Enormemente generoso. ¿Sabes? Tengo la sensación desde que llegamos que Rosita, nuestra hija, ha encontrado su lugar y estoy casi convencida de que no querrá volver a Candás.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Es pura intuición. Se entusiasma con todo lo que ve.

—Es normal. Para nosotros, Candás es lo mejor del mundo, aunque no deja de ser un pequeño puerto de mar.

—Pero precioso —añade Marina, sonriendo.

—Por supuesto, y aunque a ella le guste nuestro *pueblín*, esta ciudad la ha deslumbrado.

—Sí, pero no es solo eso. ¿No la has visto bailar esta noche? ¿No te has fijado en cómo se mueve? Es como si su cuerpo estuviera hecho para la música. Lo lleva en los genes. Pero qué tonta soy, cómo la ibas a ver si bailabas con ella.

Aquella noche, en el salón del hotel, no había muchos clientes, con lo cual, alguna pareja, de vez en cuando, se animaba a bailar bajo los compases de alguno de los boleros que interpretaban un trío cubano cuyos componentes sobrepasaban los cincuenta años. Rosita se mostró entusiasmada con la música y comentó a sus padres que le encantaría bailar. Ante la insistencia de su hija, Silverio se decidió a bailar con ella.

Marina los miraba satisfecha. Sabía que su marido se defiende muy bien en el baile. En los primeros compases, Rosita titubeó un poco, pero a los pocos segundos lo hizo tan bien que parecía que no hubiese hecho otra cosa en su vida. La canción que interpretaban era la famosísima «Tristeza», el bolero que ya ha pasado a la historia por ser el primero que se ha creado. Obra del músico y compositor cubano José —Pepe— Sánchez, «Tristeza» ha marcado, sin duda, el estilo de estas canciones cubanas.

*Tristeza me dan tus quejas, mujer.
Profundo dolor que dudes de mí.
No hay prueba de amor que deje entrever
cuánto sufro y padezco por ti....*

Nunca le han entusiasmado las letras de los boleros que le parecen tienen algo de lamento. Aunque sí hubo una época en la que hacía suya la letra del bolero «Retorna». Marina recuerda:

*Retorna, vida mía, que te espero
con una irresistible sed de amor.
Vuelve pronto a calmarme que me muero
si presto no mitigas mi dolor.
A conmover tu corazón no alcanzo.
¿Cómo puedo vivir lejos de ti?*

*Tan solo me sostiene la esperanza,
porque ella vive eternamente en mí.*

—Marina, ¿te acuerdas? Tú y yo solo hemos bailado una vez en nuestra vida y, además, a traición.

—Jamás lo olvidaré.

—No soportaba verte en los brazos de Ricardo —dice Silverio con profunda tristeza.

—Pero conocías mis sentimientos y pudiste comprobar mi temblor cuando tus labios se posaron en mi cuello.

—¿Así? —susurra Silverio, recorriéndolo de nuevo.



En la habitación contigua, Rosita no consigue conciliar el sueño. Han sido unas horas llenas de emociones. Ha descubierto que le gusta bailar. Es una sensación única que la llena de felicidad.

Ya le ha escrito a Inés contándole cómo ha sido su primera noche en La Habana. En la carta también le adelanta sus deseos de quedarse en la isla.

No sé lo que haremos, es muy pronto, acabamos de llegar. Pero a mí me gustaría que nos quedáramos aquí. La vida es mucho más divertida que en Candás. En La Habana todo es distinto; la luz brilla más, los colores son más intensos, la naturaleza más exuberante y eso que aún no conozco la zona de Pinar del Río, que dicen que es preciosa.

Si tú hubieras venido con nosotros, mi felicidad sería completa. Hay tantas cosas que me gustaría comentar contigo. Creo que a mis padres esta ciudad les pone un poco nerviosos. Ellos piensan que yo no me doy cuenta, pero en algunos momentos los veo tensos.

Querida Inés, ya no me acuerdo de Donato. Los jóvenes cubanos son guapísimos. Estoy deseando hacer amigos.

Escríbeme pronto. Te mando la dirección del hotel Inglaterra donde vivimos, porque, aunque nos vayamos, nos guardan la correspondencia.

Inés querida, es mi primera noche en la tierra en la que nací. La misma tierra en la que nació, vivió y murió mi madre, daría tanto por poder verla. No podía dejar de compartir este momento contigo, sabes lo mucho que te quiero. Muchos besos.

La última imagen que Rosita ve antes de que el sueño la abrace es la cara de su amiga Inés que le sonríe dulcemente.

19. *La nueva casa*

—Diana, ¿estás segura de que se han llevado todos los paquetes al coche? — pregunta Marina.

—Sí, señora, los baúles y los regalos. La amita Rosita ha estado pendiente de que no dejáramos nada.

—Saldremos aproximadamente dentro de una hora, en cuanto llegue el señor. Ya sabes que te vienes con nosotros, ¿verdad?

—Sí, señora.

Desde mediados de noviembre viven en su nueva casa del Vedado. Es menos lujosa que la que ha vendido, pero a Marina esta le ha gustado desde el primer momento. Hay algo en ella que le recuerda a las casas que los indios se hacen al llegar de regreso a su tierra, no a la que ella ha construido en Candás, sino a otras.

Es un edificio de dos plantas, con una fachada muy sencilla. Dos grandes ventanales de forma ovalada, situados en los laterales de la parte de abajo y otros dos simétricos a ellos en el primer piso, solo que estos cuentan con una pequeña terracita. En la parte central un cuerpo de tres grandes ventanales. En el centro uno rectangular y dos ovalados, uno a cada lado. Todo ellos con una terracita a juego con la de los dos laterales. Tanto en los marcos como en las cornisas de los ventanales destaca el elaborado y artístico acabado. Lo que le encanta a Marina es el pequeño porche que se forma en la entrada principal, cuya puerta mantiene la misma forma ovalada de los ventanales y que está flanqueado por dos elegantes columnas que le proporcionan un toque muy especial. Está pintada de rosa y blanco, algo que a Rosita le entusiasma.

No ha tenido que comprar muchas cosas, pues la casa está perfectamente amueblada y con un gusto exquisito. Sí ha cambiado visillos, cortinas y cortinones. También la decoración de la habitación de Rosita para hacerla más apropiada para una joven.

Lo que está totalmente abandonado es el jardín posterior, que aparece convertido en una pequeña selva. Es una importante extensión de terreno con algunos árboles, alguna palma real y maleza, mucha maleza y suciedad. A Marina le ha costado un poco, pero lo ha inspeccionado todo y se ha dado cuenta de que, una vez que esté debidamente rehabilitado, cuenta con infinidad de posibilidades para convertirse en un lugar maravilloso. Entre los objetos que ha descubierto le entusiasma la fuente y los bancos de piedra, que le parecen espléndidos.

En este jardín le había prometido a Rosita organizar algunas fiestas. Y lo hará. En cuanto vuelvan de Pinar del Río, acometerá su rehabilitación.

Antes de irse de viaje, Marina tiene que pasar a ver a Micaela y a José, el matrimonio que le ha mandado René de Trinidad y que se ocupará de la casa cuando ellos no estén. Los dos hacen de cocineros, intendentes y gobernantes. Solo llevan quince días a su servicio y Marina se encuentra satisfecha con ellos. René también le ha enviado otra persona, una mujer de unos cuarenta años, Dora, para que sea la encargada de la limpieza.

A Marina le parece excesivo tener cinco empleados, porque a estos tres tiene que añadir a la doncella, Diana, que los esperaba a su llegada, junto con el conductor, Lino. Aunque reconoce que Silverio está acertado cuando le dice que no la entiende, porque es verdad que en Candás tiene tres doncellas. Pero lo hace para ayudarlas. Aunque es posible, piensa, que también a René le mueva el mismo interés que a ella y quiera ayudar a esta gente.

Está muy contenta de haber confiado la dirección del ingenio a René. Es inteligente, honrado y buena persona. Cree no equivocarse si piensa que la vida en el batey ha mejorado desde que él se hizo cargo de todo. Nunca le dijo a René por qué lo había elegido a él para que se quedara al frente del ingenio. No se lo había dicho a nadie, aunque tal vez la madre de René lo sospechara. Y es posible que lo haya comentado con su hijo, piensa, aunque después de estar con él estos días en La Habana, juraría que René no sabe nada.

En la reunión mantenida, René le ha sugerido la posibilidad de mejorar algunos aspectos del ingenio, dejándole la documentación para que lo estudiara. No le apetece mucho dedicarse a estos temas, pero lo hará, y para la visita que hagan en primavera a Trinidad le llevará la respuesta.



Rosita está en su habitación ordenando un poco sus cosas antes de irse. El sol se cuele por la ventana entreabierto. Le resulta muy difícil asimilar que estén en Navidad y que haga aquel calor. Ya le han dicho que la temperatura es bastante similar todo el año. Y lo cierto es que las altas temperaturas no lo son tanto, no pasan de veintisiete grados. Pero las mínimas no bajan de dieciocho grados, con lo cual el calor está asegurado. Ella, que en Asturias siempre tenía frío, aquí vive feliz.

La casa que ha comprado su madre es preciosa y su habitación, una maravilla. Llevan poco más de dos meses en Cuba y ha visto más teatro, escuchado más música y conocido a más personas que toda su vida en Candás.

Rosita cree que sus padres están más tranquilos y parece que cada día tienen mayor confianza con ella. Le ha gustado mucho que la llevaran con ellos al cementerio. Jamás hubiera imaginado que la primera mujer de Silverio fuera sobrina de Marina. No les preguntó, porque en realidad no lo consideraba oportuno, cuándo se enamoraron, si antes o después de morir Norita. Pobrecilla, era muy joven, se dice, y había muerto como su madre al dar a luz. Rosita se siente afortunada porque a ella le podía haber pasado lo mismo que al bebé de Norita, que no logró sobrevivir.

El marido de Marina no está enterrado en el cementerio Colón, porque ellos vivían en las afueras de Trinidad.

Ya se había dado cuenta Rosita de que quien es más popular y conocido, entre muchos de los emigrantes asturianos, es Silverio. A Marina casi nadie la identifica y es normal, porque vivió poco tiempo en La Habana. Nadie lo diría, piensa Rosita, porque conoce la ciudad muy bien y además sabe la historia de cada lugar. Rosita se siente feliz cuando juntas callejean por La Habana.

Le ha interesado mucho la historia de Isabel de Bobadilla, que fue la única mujer que asumió el cargo de gobernadora de Cuba, en ausencia de su marido. A Rosita le entusiasma cómo le cuenta las cosas su madre, no omitiendo, aunque falsas, algunas leyendas, como la que va unida al personaje de Isabel. Cree que nunca se le olvidará lo que le ha dicho, porque cada vez que mire a aquella pequeña figura de mujer situada en lo alto del castillo de la Real

Fuerza, pensará en la dama española que todas las tardes subía a lo alto de la torre para ver si avistaba el barco en el que esperaba ver regresar a su marido.

A Rosita, la plaza de la Catedral le parece única. Sabe que a su madre le apasiona la de San Francisco, pero ella prefiere el entorno de aquella, formado por unas casas-palacio que, según le ha contado su madre, pertenecen a la nobleza habanera. De las tres, a cual más bonita, Rosita se entusiasma con una: la de los condes de Casa Bayona. Edificio de dos plantas, sencillo y proporcionado, con ese color azul tan característico de La Habana en puertas y ventanas.

Y luego está la catedral con su contundente fachada barroca y con dos torres distintas que, curiosamente, ofrecen en su diferencia cierta armonía. Y para hacerlo más interesante, su madre le contó la anécdota de que una torre fue mandada construir por los jesuitas y la otra, por los franciscanos.

Rosita ya se ha decidido. En cuanto vuelvan del viaje, estudiará Bellas Artes. También irá a tomar clases de baile y quiere aprender a conducir.

Le hace mucha ilusión conocer a Juan, el gran amigo de su padre, del que solo ha oído cosas buenas. También despierta su interés la zona que van a visitar. Su padre le ha elogiado entusiasmado la belleza especial del paisaje de Pinar del Río y, de forma muy concreta, de la del valle de Viñales. Rosita va preparada para hacer algunos dibujos.

Una última mirada a la habitación, que ha quedado perfecta. Toma su bolso y se dispone a salir. Su padre tiene que estar a punto de llegar.



Desde que han llegado a Cuba, Silverio se reúne una vez a la semana con su antiguo socio Mariano Pérez, que cada vez que se ven no deja de tentarlo para que vuelva al negocio.

—Silverio, si eres más joven que yo, y si te vas a quedar un tiempo en La Habana, debes buscarte una ocupación. Ya sabes que yo te recibo con los brazos abiertos. Cómo quieras, de la forma que quieras y cuándo quieras —le dice Mariano.

—Estos años alejado de todo pasan factura —comenta Silverio—. He quedado muy desfasado.

—No me engañes, que yo sé que en Candás tenías una tienda —puntualiza socarrón Mariano.

—Siempre has sido único para enterarte de todo.

—Pero es verdad, ¿no? —insiste el antiguo socio.

—Sí, pero tenía cuatro cosas. Nada que ver.

—Quien tuvo retuvo, Silverio, y tú siempre has sido bueno y posees un encanto especial para las señoras de esta sociedad. Sigues estando fenomenal. Casi no has cambiado nada en estos años. Te sienta bien el matrimonio.

—Soy muy feliz, Mariano. Me considero una persona muy afortunada.

—¿Marina se mantiene totalmente al margen del ingenio? No conozco a la persona que ha elegido como director —le dice Mariano.

—No. Está pendiente de todo. Ella confía en su director, pero este no hace ningún cambio sin consultárselo.

—Ya puedes estar contento porque en estos últimos años habéis ganado muchísimo dinero. El azúcar se ha puesto por las nubes —le dice Mariano maliciosamente.

—Yo no intervengo para nada en el negocio de Marina.

A Silverio no le gusta el interés de su amigo por los negocios de su mujer, claro que puede deberse a que Mariano había sido un buen amigo del marido de Marina.

—Pobre Cardoné, qué final tan triste —comenta Mariano, como si hubiera adivinado el pensamiento de Silverio—. Tanto dinero para nada —añade.

—Pues toma nota. El Centro Asturiano está necesitado de donaciones —le dice Silverio, en un intento de darle un giro a la conversación.

—Ya sabes que colaboro habitualmente con ellos. Y mucho más ahora, después del incendio.

En octubre de 1918, las dependencias del Centro Asturiano de La Habana habían sido destruidas en un incendio. Milagrosamente, el teatro Campoamor, anexo a él, se había salvado.

—He estado con algunos conocidos del Centro Asturiano —comenta Silverio— y me dicen que están decididos a crear un gran edificio en toda la manzana eliminando el teatro. Me han pedido que asista a las reuniones porque esta será una de las cuestiones a debatir a comienzos del próximo año.

—Las posturas están muy encontradas. Frente a los que pretenden construir un gran palacio como sede de los asturianos, se oponen los que opinan que el teatro debe seguir existiendo y que su explotación puede ser importante de cara a conseguir fondos, siempre necesarios.

—El dueño del teatro Campoamor, ¿no es el que fue presidente del Centro Asturiano hace unos años? —pregunta Silverio.

—Sí. Y además lo conoces. Es Vicente Fernández Riaño. Yo creo que tú estabas aquí cuando, en sustitución del teatro Albisu, se crea el Campoamor.

—La verdad es que no recuerdo muy bien. Y tú ¿por qué opción te inclinas?

—No lo sé. Tendré que escuchar las distintas argumentaciones.

—¿Qué piensas hacer en Navidades? —cambia de tercio Silverio.

—Lo de siempre. Ya me conoces. Ceno solo. Después me reúno con algún amigo y voy a misa a la catedral.

—¿No te apetece pasarlas en Pinar? Conoces a Juan. Nosotros nos vamos hoy.

—Gracias, Silverio. Pero ya estoy acostumbrado. Todos los años hago lo mismo. Disfrutad mucho de la familia. A la vuelta nos seguimos viendo.

A Silverio le gusta ser puntual, pero hoy sabe que se retrasará un poquito porque tiene que pasar por el hotel Inglaterra a recoger la correspondencia.



—Ya sé que me he retrasado, pero con la alegría que os voy a dar, se os olvidará mi falta de puntualidad —dice Silverio, entrando en casa.

—No me puedo creer que te hayas dedicado a comprar más regalos —le recrimina Marina, simulando enfado.

—Hay que ver lo materialista que eres. ¿No existen alegrías de otro tipo? —bromea Silverio.

A Marina le fastidia la respuesta de su marido. No es que no tenga sentido del humor, lo que le duele es la veracidad de lo dicho por Silverio. Claro que la felicidad no se basa solo en lo material, pero ella solo ha pensado en los regalos.

—De acuerdo. Resulta evidente que soy materialista —confiesa Marina—, porque no se me ocurren más que cosas materiales.

—Pues es muy sencillo. ¿No os alegraría tener noticias de Candás? —dice Silverio riendo.

—Es verdad, ¿cómo no he pensado en ello? —exclama Marina.

—Porque la perfección total no existe, querida.

Marina se sorprende de la respuesta de Silverio. Últimamente lo encuentra como más audaz, más seguro. Antes de que pueda replicarle, Rosita pregunta ilusionada:

—¿Una de las cartas es de sor Carmen?

—Sí, de sor Carmen y de Reme —contesta Silverio, que se las da a Marina.

—¿Qué os parece si le pido a Diana que nos prepare un café con unas pastas y así las leemos con tranquilidad? —les propone Marina.

—Perfecto, porque aunque tenemos previsto comer en el camino, así podremos hacerlo un poco más tarde —dice Silverio, que añade—: Gracias cariño, piensas en todo.

20. *Navidades en Pinar del Río*

—Creo que llegaremos a Pinar al caer la tarde, más o menos a la hora que teníamos prevista. No nos hemos retrasado mucho y si hacemos la parada de la comida más breve lo recuperamos —asegura Silverio.

—Ha merecido la pena el retraso. Cómo me alegro de las noticias llegadas de Candás —dice Marina.

—Sí, qué bien que Reme se vaya a casar. Seguro que la señora Covadonga se siente muy feliz de que le haya pedido que sea la madrina acompañando a Lolo al altar —comenta Rosita.

—Sí que es una buenísima noticia. Me alegro por Lolo. ¿Qué o quién lo habrá hecho reflexionar? —se plantea Silverio.

—Sabe Dios, lo importante es que cumpla con su deber —sentencia Marina.

—Por supuesto. Y Reme es una buena chica —dice Silverio—. Y también es excelente la noticia de lo bien que congenian ella y Teresa.

—A Teresa le gusta mandar y Reme se sabe adaptar. Dice que le está enseñando a coser —comenta riendo Marina que, mirando a Rosita, le pregunta—: ¿Tu amiga Inés está bien?

—Sí. Me cuenta que ha decidido estudiar enfermería.

—Es una chica estupenda. Mi hermana asegura que cada día descubren nuevos valores en ella.

Rosita a punto está de decir que lo que sucede es que sor Carmen y todas las demás monjas están intentando atraer a Inés para que sea una de ellas. Pero se calla. La carta de su amiga le ha dejado una sensación extraña. ¿Cómo una chica joven, guapa, inteligente como Inés puede pensar en profesar como monja? No lo dice claramente, pero Rosita la conoce y algunos párrafos de la carta son muy reveladores:

Querida Rosita:

Una vez me preguntaste si no creía que Dios se había olvidado de nosotras. Recuerdo que te respondí que no, porque me había puesto a las Hijas de la Caridad para que me cuidaran, y a ti te había dado unos padres que te quieren y que ahora te han llevado a conocer la tierra en la que naciste. ¿Sabes? Muchas veces pienso en el cariño que Dios nos tiene y cada día soy más consciente de ello. Me gustaría ser generosa con Él, saber responder. Se lo pido insistentemente.

No, no tiene ninguna explicación. Mejor será no seguir pensando en ello, se dice Rosita que, para distraerse, pregunta:

—Padre, ¿Pinar del Río está al este o al oeste de La Habana?

—Se encuentra al oeste. Es la parte más occidental de la isla. A unos ciento cincuenta kilómetros de La Habana.

—¿Sabes que lo vamos a descubrir juntas? —dice Marina.

—Creía que lo conocía y que también era amiga de Juan —contesta Rosita.

—A Juan solo lo he visto una vez que coincidimos en La Habana. Pero lo tengo mucho afecto. No podría ser de otra forma, con lo buena persona que es.

—Es una pena que mi hermano, el gemelo, Jesús, no esté —se lamenta Silverio.

—Sí que lo siento. Y no puedo evitar el pensar en tu madre, Silverio, con la ilusión que ella tenía por conocer al *nietín*, pero así es la vida.

—¿Juan está casado con una negra? —pregunta Rosita, que algo ha escuchado en alguna conversación.

—Con una mulata.

—¿Cómo yo?

—No. Sus rasgos son distintos. Tú, Rosita, solo te diferencias de nosotros en el color de la piel. Tus facciones son como las de los blancos —le dice Silverio.

Marina no dice nada. Este tema la pone nerviosa.

—¿Tienen hijos? —quiere saber Rosita.

—Creo que tres o cuatro, no estoy seguro. Conozco al mayor, que ya se ha casado.

—¿Silverio, te parece que hagamos la parada ahora para comer? —interrumpe Marina en un intento de cortar la conversación.

—Estupendo.



El coche avanza por una de las calles adyacentes a la plaza mayor de Pinar. Marina y Rosita intentan no perder detalle.

—Madre, ¿se imaginaba que fuera tan grande?

—La verdad es que no. Y además, mira, tiene catedral —exclama Marina.

—Ha crecido y mejorado mucho en los últimos años. Yo creo que no hace más de cuarenta que le han concedido el título de ciudad —les informa Silverio.

—¿Viven muchos españoles en Pinar? —quiere saber Marina.

—No sabría decirte. Juan nos contará. Sí sé que hace siglos, en los orígenes del Pinar que conocemos hoy, están los vegueros, que eran labradores que se dedicaban al cultivo del tabaco en pequeñas extensiones de terreno. Según se ha documentado, estos vegueros eran en su mayoría emigrantes de las islas Canarias.

—Qué curioso —comenta Marina, que pregunta—: ¿Hablas del siglo xvii?

—Más o menos. Con el paso del tiempo, el cultivo de tabaco se fue convirtiendo en el motor económico de la región, porque en esta zona, en la llanura costera del sur de Pinar, el terreno areno-arcilloso ofrece las mejores condiciones para el cultivo de un buen tabaco. Es la conocida como Vuelta Abajo, que es donde Juan tiene la mayor parte de sus plantaciones.

—Finalmente, se ha traído a varios de sus hermanos con él —dice Marina.

—Sí, se ha convertido en un potentado. Y todo a base de esfuerzo y muchísimo trabajo. No he conocido a nadie que tuviera tan claro a lo que quería dedicarse ni más convencido de que lo lograría. Antes de embarcarnos ya me aseguró que el tabaco era lo suyo.

—Es admirable. Las personas tenaces tienen muchas más posibilidades de conseguir lo que quieren —opina Marina.

—Sin duda es así, pero Juan, además, conoce la tierra y la ama. Recuerdo que me decía que la tierra era como las personas; si la mimas y la tratas bien, siempre responde.

Rosita escucha la conversación entre sus padres mientras mira el paisaje. Han dejado atrás la ciudad y ahora se mueven por un camino flanqueado por

algunos árboles. Nunca ha visto una plantación de tabaco y está deseando contemplarla. Le había comentado su padre que el espectáculo era hermoso.

—Mirad, ya hemos entrado en la finca de Juan. La casa se ve allá, al fondo.



Juan lamenta encontrarse él solo en casa para recibir a sus amigos, pero los imprevistos surgen cuando menos se esperan. Su nuera se había puesto de parto y su mujer se había ido con ella a la maternidad. Su segundo hijo, Javier, regresaría en unos días de La Habana donde cursaba estudios de Medicina. Y el tercero no volvería hasta más tarde.

—Amo Juan, se acerca un coche. Creo que son sus invitados —le dice un negro bastante mayor que se encuentra podando unas plantas en el jardín.

—Gracias. Son ellos, seguro. Silverio siempre tan puntual —se dice Juan mientras se levanta con cierta dificultad de la silla donde está sentado.

Hacía menos de un mes que había tenido un accidente que a punto estuvo de costarle una pierna. Al final, los médicos lograron salvarla, pero se quedará con una leve cojera. Se encuentra en plena convalecencia. No ha querido decirle nada a Silverio para evitarle preocupaciones.

Juan está deseando abrazar a su amigo y conocer un poco más a Marina. Se escriben con frecuencia y saben que son muy felices. También tiene ganas de conocer a la chica que han prohijado. Bueno, que Marina ha adoptado.

Ha salido al porche justo en el momento en el que el coche se acerca a la casa. Juan se apoya en el bastón mientras levanta la mano para saludarlos.

Silverio baja corriendo del coche para abrazar a su amigo.

—Pero Juan, ¿qué te ha pasado? —le pregunta Silverio, al verlo un tanto desmejorado y con el bastón.

—No es nada. Un susto que pudo haber tenido graves consecuencias, pero que, por fortuna, no ha sido así.

—No te muevas —le pide Silverio—, quédate aquí. Yo voy en busca de Marina Y Rosita.

—Ni hablar —contesta Juan, que, apoyándose en Silverio, se encamina hacia el coche para saludarlas.

—A Marina ya la conoces. Esta es Rosita, nuestra hija.

Las besa a las dos, disimulando su sorpresa, porque creía que Rosita era blanca. Juan, mirando a Marina, la toma de la mano y le dice emocionado:

—Mi queridísima hada madrina. La otra vez que nos vimos eran momentos dolorosos y no pude darte las gracias como Dios manda. Siempre tuve la esperanza de poder hacerlo un día y ese momento ha llegado. Es una enorme alegría poder recibirte en mi casa. —Marina lo abraza. Rosita escucha sorprendida. Juan, girándose hacia ella le dice—: No me he vuelto loco. Un día te lo contaré todo, Rosita. Pero gracias a la ayuda de tu madre estoy hoy aquí.

—Por favor, Juan.

—Así es, pero pasemos dentro, que estaréis deseando descansar. Ya recogen los baúles y los suben a las habitaciones. Como estáis comprobando, solo yo os recibo porque no hay nadie más en casa. Mi mujer está en la maternidad, acompañando a nuestra nuera, que, si Dios quiere, hoy nos hará abuelos.

—Enhorabuena. Seguro que tú también querrías esta allí para ver al bebé y por nuestra culpa te has quedado —le dice Marina.

—No te preocupes. En cuanto nazca, viene mi hijo a por mí. Lo veo y regresamos a casa mi mujer y yo. No sabéis lo felices que estamos de que hayáis venido a pasar las Navidades con nosotros. Además —dice Juan—, la alegría es mucho mayor al pensar que a punto estuvisteis de perecer en la mar. ¿Nunca os ha contado Silverio el miedo que yo le tengo al mar?

—Por cierto, al hablar del naufragio me he acordado de Rita, una pasajera que viajaba con nosotros. Afortunadamente, también se ha salvado, pero no ha querido embarcarse de nuevo.

—Yo haría lo mismo —apunta Juan, sin dejarla terminar.

—Rita tiene un hermano aquí en Pinar que también cultiva tabaco. Se apellida Vázquez. El otro hermano es abogado en La Habana. ¿Los conoces? —pregunta Marina.

—Nemesio Vázquez, que es el abogado, fijate si lo conozco, que es a quien le encargo todos mis temas legales. También trato a su hermano. Vive a unos treinta kilómetros de aquí.

—Un día le hacemos una visita. Tenemos el encargo de Rita de contarles lo que nos sucedió y de entregarle unas cartas —dice Marina.

—Cuando queráis, pero ahora relajaos y descansad para la cena.



Si no fuera porque La Habana la apasiona, Rosita les pediría a sus padres que la dejaran quedarse una temporada larga con Juan y su familia en Pinar. Han sido unas Navidades preciosas. Cuando les contó lo mucho que le gustaban los belenes y que su padre un día la sorprendió con unas preciosas figuras, a las que quería tanto que al irse de Candás había decidido empaquetarlas en los baúles para llevárselas con ella a Cuba, la sorprendieron con una hermosa reacción.

—Ay, mi niña —exclama la mujer de Juan—, y te has quedado sin figuras, ¿verdad?

—Sí. Se han ido al fondo del mar.

—Pues cuando te vayas de Pinar, te llevas todas las nuestras.

—No, por favor, no puedo aceptar. Es su belén.

—Sí, mi amor, es nuestro belén, pero nos da mucho gusto que lo tengas tú. Además, algunas figuras están hechas aquí por un amigo artesano que representa personajes propios de esta zona y puede volver a hacernos otras.

La mujer de Juan es encantadora, muy dulce. A Rosita le parece que en aquella familia todos se quieren mucho. El mayor de los hijos es mulato, de piel muy oscura, su mujer es criolla, y el bebé recién nacido, blanco. El más pequeño de los hijos de Juan, que tendrá su misma edad, también es blanco, y el segundo, Javier, es mulato pero con una piel tostada muy clarita. Le parece uno de los chicos más guapos que ha visto en su vida. «La pena es que sea mulato —piensa Rosita—, porque, además, Javier es encantador». Habían congeniado muy bien. Tendrá unos veinte años y es el único de toda la familia que no quiere dedicarse al negocio del tabaco. Estudia Medicina y desea ejercer.

Uno de los días de vacaciones, él y un amigo suyo que estudia para sacerdote la invitaron, después de pedir permiso a sus padres, a visitar el salto de Soroa.

Era un paraje natural de una gran belleza, serpenteado de ríos y abruptas laderas verdes. El camino para llegar al centro de Soroa no era sencillo.

Subidas y bajadas que, debido a la humedad, podían resultar peligrosas. Al pasar al lado de unas pozas transparentes, Javier les comenta:

—Me he bañado una vez en ellas. No tienen mucha profundidad. ¿Estás cansada, Rosita?

—No. Pero me gustaría ir más despacio para fijarme con mayor detenimiento en el paisaje.

—Vamos rápido porque sería estupendo que llegáramos al salto cuando el sol se mira en la cascada.

—Yo lo he presenciado una vez —dice Cayetano, que así se llama el seminarista— y he visto descomponerse los rayos del sol en el agua de la cascada. Resulta un momento único, casi místico.

—Ya nos falta menos, estamos llegando —los anima Javier.



No han visto el arco iris pero la belleza de la cascada, con más de veinte metros de altura, resulta emocionante.

Rosita no pestaña. Le gustaría sentarse y tratar de immortalizar en el papel lo que está viendo. Mira a un lado y a otro; el entorno es maravilloso. Solo se escucha el rumor del agua y el gorjeo de los pájaros, que Rosita interpreta como la protesta de estos animalitos que, al sentirse perturbados en la paz de su idílico hábitat, se quejan.

—Muchas gracias por haberme traído —se emociona Rosita—. Es único.

—Es la segunda vez que vengo —dice Javier— y me hacía ilusión que lo conocieras.

—Yo —dice Cayetano—, desde que lo descubrí, vengo todos los años. Para mí es como el paraíso.

—Pues si para ti es el paraíso, tendremos que creer que estás en lo cierto, ya que tus conocimientos bíblicos, sin duda, te permiten identificarlo con mayor facilidad —bromea Javier.

Ya de regreso, Cayetano les cuenta que el nombre de Soroa se debe al apellido de dos hermanos españoles, Lorenzo y Antonio Soroa Muñagorri, que llegaron a aquellos lugares a mediados del siglo XIX y se establecieron en ellos comprando varios cafetales.

Había sido una excursión preciosa. Rosita se sonríe al recordar cómo, al volver, había animado a Cayetano para que le cantara alguna estrofa del villancico «Campanitas de Cuba».

*Se oye en las campiñas ecos de alegres cantares,
cantan al rey de los cielos voces que son celestiales.
Y en todo el campo cubano se escuchan bellos cantares,
cantan al rey de los cielos dormidito entre pañales.
Cuba le adora y le cantan con campanitas cubanas.*

—También a mí me gusta mucho este villancico —admite Javier— y seguro que tú, Rosita, sabes alguno típico de España.

—Sí, sí, cántanos uno —pide Cayetano.

Rosita no sabe si entonar «Campana sobre campana» o «La Marimorena». Finalmente, se decide por este último:

*Ande, ande, ande la Marimorena.
Ande, ande, ande que es la Nochebuena.
En el portal de Belén hay estrella, sol y luna,
la Virgen y San José, y el Niño que está en la cuna.
Ande, ande, ande la Marimorena.
Ande, ande, ande que es la Nochebuena.*

—Perdonad mi voz, no está hecha para cantar. Soy bastante mala.

—No hay voces malas, Rosita, solo es necesario educarlas. Te lo digo por experiencia —le dice Cayetano.

—¿Qué os parece si esta tarde les proponemos a nuestros padres una cena en el campo? —comenta Javier—. Mañana Cayetano y yo ya no estaremos.

—Me parece muy buena idea —manifiesta Cayetano.

—A mí también —asegura Rosita—. He disfrutado muchísimo en las que hemos tenido. Además, me encanta vuestra gastronomía. Me he aficionado a los dulces.

—Pues como futuro doctor, te recomiendo no abusar del azúcar —dice Javier.

—Qué fácil es recomendar —apunta Cayetano, riendo—, pero con el azúcar excelente que tenemos en la isla, es normal que abusemos un poquito.

—Me tomaría ahora unos cuantos buñuelos de Navidad —exclama Rosita divertida.

—Y yo —dicen al unísono Javier y Cayetano.

No solo eran los dulces. La cena de Navidad le había parecido a Rosita insuperable: lechón asado, tostones, ensaladas de vegetales, yuca con mojo y muchos postres caseros.

—Tenemos que intentar localizar al amigo de tu hermano —propone Cayetano— para que nos acompañe esta noche en el campo y nos cante algunas décimas. Es buenísimo.

Eran muy frecuentes en aquellos tiempos las reuniones en el campo amenizadas por décimas, controversias y tonadas.

Rosita sentirá la ausencia de los dos muchachos. Entre los tres había nacido una sincera amistad. Con Cayetano igual no vuelve a coincidir, porque dentro de unos meses canta misa y quién sabe a dónde lo destinarán, pero con Javier será más fácil. Ya han quedado en verse nada más volver a La Habana.



Marina sabe que no olvidará nunca los atardeceres en el porche de la casa de Juan. Allí, los dos matrimonios se sientan casi todas las tardes a charlar. Juan es una persona increíble. Se ha identificado tanto con aquella tierra y con su gente que nadie diría que no es uno de ellos. Se comporta como un padre con todos. Sus empleados le reverencian. Los trata con afecto y se preocupa por sus vidas. Viven bien pero sin nada de ostentación. La mayor parte de los beneficios los emplea en el negocio.

—He ido incrementando poco a poco mis plantaciones y puedo presumir de que la calidad de mi tabaco es de las mejores —les cuenta Juan.

—Seguro que has recibido más de una proposición de capital extranjero para comprarte o introducirse en tu negocio —comenta Silverio.

—Sí, pero de momento resisto y así pienso seguir mientras yo esté al frente. No sé qué pasará el día de mañana. Ya sé que los negocios familiares, cuando se heredan y son muchos los que deciden, son un foco de problemas. Todos

mis herederos conocen a fondo el negocio y trabajan día a día en él. Solo uno ha querido caminar por otro sendero, nuestro hijo Javier.

—Perdona que te interrumpa, mi amor —dice la mujer de Juan—, y es Javier el que es idéntico a ti. Tu mismo carácter, la misma bondad y una tenacidad como la tuya para luchar por lo que queréis.

—Será un buen médico —apunta Marina—. Ya le he dicho que tiene que visitarnos en La Habana.

—Estoy preocupado con el ambiente de la universidad y, por lo que me ha contado Javier —explica Juan—, seguirán los disturbios. Precisamente en la prensa de hoy se publica un manifiesto de un grupo de estudiantes pidiendo que todo el alumnado se una para fundar cuanto antes una federación de estudiantes de la Universidad de La Habana.

No se equivocaba Juan, el conflicto estudiantil parecía inevitable. Todo se había iniciado hacía solo poco más de un mes. En noviembre de 1922 se había celebrado en La Habana el VI Congreso Médico Latinoamericano. Al frente de la delegación argentina figuraba el profesor de clínica quirúrgica y rector de la Universidad de La Plata, doctor don José Arce, uno de los defensores y artífice de la revolución universitaria en su país.

El profesor Arce había sido invitado a asistir a la velada conmemorativa del fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, suceso ocurrido en el año 1771 en La Habana. Al acabar el acto, médicos y estudiantes le pidieron que impartiera una conferencia sobre la reforma universitaria argentina. Y esa conferencia fue la que impulsó a los estudiantes a manifestar sus protestas.

—Me ha causado una impresión buenísima el amigo de Javier. Nos ha invitado a que vengamos en septiembre a la celebración de su primera misa —comenta Silverio.

—Sí, Cayetano Martínez es muy buen chico. Lo conozco desde que llegó a Pinar del Río con once años —les cuenta Juan—. No sé si os lo ha dicho, pero Cayetano nació en España, en la provincia de León. Estudió aquí, en las Escuelas Pías. Aunque es algo mayor que Javier, siempre han sido amigos.

—¿Mi hermano sigue portándose bien? —pregunta Silverio.

—En estos años, Jesús se ha convertido en un gran experto en tabaco. Te acuerdas de que desde el primer momento te comenté que este trabajo le

interesaba.

—Cómo no acordarme, si me solucionaste un gran problema. Jesús se despedía de todos los empleos que le buscaba. Me costaba tanto entender que no le gustase trabajar conmigo en los almacenes... —dice Silverio.

—Las personas somos distintas, y a mí —confiesa Juan— también me resultaría durísimo dedicarme a un trabajo en el que tuviera que estar en contacto permanente con la gente. Creo que a tu hermano le pasa lo mismo. Hemos congeniado muy bien. Pronto fue uno más de la familia y ahora, casado con mi hermana, lo es de pleno derecho.

—Hacen una pareja estupenda —dice la mujer de Juan—, y desde que ha llegado al mundo el pequeño Jesusito se les ve radiantes.

—Es una pena que nos hayamos cruzado y no podamos vernos —lamenta Marina.

—Depende de lo que vosotros vayáis a hacer a largo plazo. ¿Qué planes tenéis? —les pregunta Juan.

—En realidad, no lo sabemos —contesta Silverio—. Depende un poco de lo que nos diga Rosita.

—Tenemos una responsabilidad con ella. Y los dos queremos que sea feliz —afirma Marina—. No es muy fácil vivir en un mundo de blancos siendo tú la única persona de color y, encima, joven y mujer.

—Pues os quedaréis en Cuba. Creo que Rosita no querrá irse. Y además es lo normal —aventura Juan.

—Sírreme otro poquito de guayabita —pide Marina—. Lo necesito.

La guayabita era la bebida más popular de Pinar del Río. Estaba compuesta del alcohol obtenido de una determinada guayaba silvestre que crecía en el entorno de los pinos de las montañas de Pinar del Río. Existían dos versiones: la guayabita seca y la dulce. Tanto una como otra contienen en el interior de sus botellas una o dos guayabitas.

—¿Te disgusta la idea de quedarte en Cuba? —quiere saber Juan.

—No. Y aunque así fuera, Rosita es lo primero.

—No te preocupes, Marina, seremos muy felices aquí. Nos iremos de Cuba cuando seamos viejecitos y después de que Rosita nos haya convertido en abuelos —dice Silverio riendo.

Marina sonríe levemente, con la mirada perdida en el sol que está a punto de desaparecer, y piensa en Candás... No dice nada, pero algo parecido a la melancolía se adueña de todo su ser; a ella le gustaría hacerse viejecita en Candás.

—No me habéis preguntado por mi hermano —dice Juan—. ¿No os ha extrañado verlo un solo día?

—La verdad es que no —contesta Silverio—. ¿Le sucede algo?

—Me siento incapaz —dice, preocupado, Juan— de encauzarlo hacia un comportamiento normal. Cumple con su trabajo, pero en su vida privada es un desastre. Mantiene relaciones con varias mujeres, casi todas negras porque así no le dan problemas, ni le plantean exigencias.

—No tenemos constancia de ello —apunta la mujer de Juan—, pero estamos casi seguros de que alguno de los chiquillos que corretean por Pinar son hijos suyos.

—Y lo peor es que el pequeño de nuestros chicos siempre quiere estar con él —les cuenta Juan.

—¿Y no has pensado en decirle que no siga trabajando contigo y que regrese a Asturias? —le plantea Marina.

—No puedo hacer eso. Sería mucho peor. No regresaría a Asturias y sabe Dios a qué se dedicaría —responde Juan.

—En todas las familias, por muy unidas que estén, existen problemas. Yo, con mi hermano Lolo, también he tenido encuentros desagradables —confiesa Silverio.

—Mirad, ahí viene Rosita, seguro que ha estado dibujando —dice la mujer de Juan.

—Ha disfrutado muchísimos estos días aquí. En cuanto llegemos a La Habana intentaremos matricularla en Bellas Artes —les cuenta Marina.

—Me da mucha pena que os vayáis mañana —dice Juan—. Tenéis que volver. Me habría gustado presentaros al arquitecto Manuel del Busto, que es de origen asturiano pero nacido aquí. Aunque igual lo conocéis, porque vive en España, solo nos visita en vacaciones. Creo que es uno de los mejores arquitectos en la actualidad. Buen amigo.

—Yo creo que ese es el arquitecto del teatro Palacio Valdés de Avilés —
apunta Marina.

—Puede ser. Sí sé que ha hecho el Banco Herrero de Oviedo y el
ayuntamiento de Luarca.

—Sí, es el mismo —afirma Silverio—. Manuel del Busto es el arquitecto de
moda. Casi todos los indianos que desean construir una casa que refleje su
importancia y poderío recurren a él. Del Busto es quien ha hecho en Luanco la
casa de José María Mori, que hizo su fortuna en esta tierra.

21. *Academia Nacional de Bellas Artes de San Alejandro*

Le ha costado un poquito habituarse los primeros días a las clases y, sobre todo, entablar relación con el resto de estudiantes. Todos llevaban meses juntos y ya se conocían. Ella es la nueva.

Sin duda, había sido una suerte que la admitieran cuando el curso ya estaba avanzado. El director, Luis Mendoza Sandino, no era muy partidario de hacerlo, pero el secretario, Sixto Valdés, había jugado un papel decisivo. Claro que su madre había insistido mucho y le había explicado que acababan de llegar de España.

El claustro de profesores era excelente. Todos artistas de prestigio. A Rosita le gusta la forma que tienen de enseñar. Tal vez si tuviese que elegir a uno de sus maestros, se quedaría con el de anatomía, aunque el secretario, que es un estupendo retratista, les enseña colorido convirtiendo las clases en una experiencia siempre interesante. También había algunas mujeres en el claustro. De las que tiene como profesoras, Rosita prefiere a Carmen Loredó, que es quien imparte dibujo. Carmen es una buenísima paisajista y no pierde oportunidad de animarlas a seguir estudiando. Y así, aquella mañana, les recuerda lo felices que tienen que sentirse de poder hacerlo, ya que unos cuantos años antes a las mujeres se les prohibía asistir a la academia.

—¿En qué año se les abren las puertas? —pregunta Rosita.

—En 1879, hace unos cuarenta y tres años, siendo presidente Miguel Melero, que fue el primer cubano en desempeñar este cargo —contesta la profesora.

—¿Se matricularon muchas mujeres? —quiere saber otra alumna.

—Aquel año solo tres. Pero en ejercicios sucesivos, el número aumentó sin cesar. Quiero comentaros que, aunque les dejaron matricularse, luego no les permitieron asistir a las clases de dibujo con modelos desnudos.

—¿Aunque los modelos fuesen del mismo sexo? —pregunta una de las alumnas.

—Daba lo mismo —contesta la profesora—. A nosotras solo nos permitían dedicarnos a la naturaleza muerta.

—Pues menos mal que las cosas han cambiado —dice Clara, que es la más amiga de Rosita.

—Por ello os lo recuerdo. Es bueno que sepáis que hubo muchas mujeres que intentaron abrirse paso en caminos solo transitados por hombres y que debieron vencer infinidad de obstáculos para llegar a conseguir su objetivo —les dice la maestra, que añade—: Ya sé que algunas queréis dedicaros profesionalmente a pintar y a otras os mueve solo el adquirir conocimientos. A unas y a otras os recomiendo asistir a todas las exposiciones que podáis, ver mucha pintura. Que vuestro bagaje, además de la técnica que adquirís aquí en la escuela, sea muy amplio en cuanto al conocimiento de la obra hecha por infinidad de pintores, tanto clásicos como contemporáneos. ¿Habéis mirado con detenimiento los cuadros de la colección de la escuela? Se han elegido muy cuidadosamente para componer un amplio abanico que abarque las distintas tendencias: coloristas, retratistas, paisajistas... —Antes de que pudieran responder, la profesora continuó—: Observo por vuestra expresión que no ha sido así. Os dejo ahora tiempo para que los veáis y en la próxima clase hablamos de ellos.

—Perdóneme, doña Carmen, ¿usted cómo se dio cuenta de que lo suyo eran los paisajes? —le pregunta Rosita.

—Yo quería dedicarme al retrato. Pero un día ante un cuadro de Claudio de Lorena me quedé tan maravillada que decidí intentar pintar algún paisaje. Me di cuenta entonces de que se me daban mejor que los retratos.

—Gracias, doña Carmen. Observaré con atención la colección de cuadros que nos ha recomendado. ¿El cuadro que a usted le ha impresionado se encuentra entre los que integra la colección de la escuela? —pregunta Rosita.

—No. El cuadro que me impactó es el conocido como *Atardecer en el puerto*. Solo conozco una reproducción. El original se encuentra en el Museo del Louvre, en París. ¿Saben lo que me ha conmovido del cuadro? La luz. El autor se sirve de ella como elemento primordial para componer el cuadro. La

luz de Lorena crea el espacio y el tiempo de lo que plasmará en su obra. No es una luz artificial, es directa y natural que, en este caso, proviene del sol.

—Qué interesante —comenta Rosita, interrumpiendo a la profesora.

—Una de nuestras próximas clases la dedicaremos a hablar de la luz en la pintura.

—Doña Carmen, ¿la luz utilizada por Caravaggio en sus cuadros es artificial? —pregunta Rosita.

—Maravillosa la obra de Caravaggio, pero sí, utiliza luz artificial. ¿Sabéis quién era Goethe? —les pregunta la profesora.

Rosita no tiene ni idea, de ahí que experimente un gran alivio cuando Clara dice:

—Sí, un poeta y novelista alemán. Creo que vinculado con el romanticismo.

—Así es. Goethe al contemplar los cuadros de Lorena decía: «Claudio conocía el mundo con el corazón hasta el último detalle. Se servía del mundo para expresar lo que sentía en el alma. ¡Esto es el verdadero idealismo!». Y un pintor inglés, John Constable, aludía a Claudio de Lorena como «el pintor más perfecto de paisaje que el mundo jamás vio». Y añadía que, en sus paisajes, «todo es precioso, todo es amable, todo es comodidad y reposo; el sol tranquilo del corazón».

—Con las cosas tan bonitas que nos ha dicho, estoy deseando ver alguno de sus cuadros —confiesa Rosita.

—Traeré algunas láminas tuyas y analizaremos su obra en profundidad. Nos vemos el próximo día —da por concluida la clase la profesora, poniéndose en pie.

—¿Rosita, te apetece que vayamos ahora a ver los cuadros de la colección o prefieres otro día? —le pregunta Clara mientras recogen sus cosas.

—Si tú quieres, yo puedo. He quedado a la hora del almuerzo con mi amigo Javier. ¿Por qué no te animas y vienes conmigo? Son un grupo muy divertido —le comenta Rosita.

22. *Javier*

Javier ha conseguido no estar en la asamblea universitaria y se siente mucho más tranquilo. Se alegra de que la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) sea ya una realidad, pero él prefiere mantenerse al margen, no formar parte de ningún órgano directivo.

Como resultado de la huelga del 11 de enero se había creado la Federación Estudiantil, presidida por el estudiante de Ingeniería y Arquitectura Felio Marinello Vidaurreta. El cargo de secretario sería desempeñado por el estudiante de Derecho Julio Antonio Mella.

Al día siguiente de formarse, la federación celebra una asamblea en el aula magna de la universidad bajo la presidencia del rector para debatir sobre las reformas que deberían, según ellos, llevarse a cabo en la institución.

A los tres días, el 15 de enero de 1923, los estudiantes tomaron la universidad durante cuarenta y ocho horas para presionar por la creación inmediata de una comisión mixta de seis profesores y seis estudiantes, que, junto con el rector, se encaminaría a resolver los problemas universitarios.

Javier está a punto de entrar en la biblioteca cuando Felipe, uno de sus compañeros, le da alcance.

—Te estábamos buscando —le dice—. Nos vamos a reunir para ponernos de acuerdo en los nombres de los profesores de medicina que consideramos no están capacitados para enseñar.

—Yo creo —dice Javier— que casi todos estamos de acuerdo en señalar a los auxiliares de Clínica Quirúrgica, de Histología y Anatomía y al de Fisiología como auténticos incompetentes.

—Sí, pero conviene que nos reunamos. Necesitamos argumentar bien nuestro rechazo hacia ellos. Tenemos que conseguir que los retiren de la universidad.

—Como queráis, pero yo, después de los discursos pronunciados por muchos de nuestros profesores adhiriéndose a nuestro movimiento revolucionario, estoy seguro de que sacaremos adelante la tan ansiada reforma y limpiaremos la institución de tanto incompetente —afirma Javier.

—Es una pena que no estés en la asamblea —se lamenta Felipe.

A petición de la comisión mixta, había sido creada la asamblea universitaria integrada por noventa miembros: treinta profesores, treinta alumnos y treinta graduados universitarios en la proporción de diez por cada facultad.

—Pues yo estoy encantado. Colaboro en lo que se me pida, pero no quiero responsabilidades —asegura Javier.

—Mira, ahí viene Ana, ella sí que lamenta tu ausencia de la asamblea. Ha perdido la oportunidad de estar más cerca de ti durante más tiempo —comenta riendo su compañero.

—Desconozco las razones por las que dices eso, pero si Ana te oye le puede molestar —dice Javier muy serio.

—Creo que eres tú el único que no se ha dado cuenta —asegura Felipe—. Toda la facultad sabe que está enamorada de ti y no se oculta lo más mínimo.

—Me parece que exageras.

No mentía Javier. Jamás se hubiese imaginado que Ana pudiese sentir algo por él que no fuera amistad. Seguro que no era cierto lo que le estaba diciendo Felipe y, en verdad, lo prefería. Ana era una chica muy guapa, divertida, muy popular entre todos los estudiantes. A él no le iba ese tipo de mujer. En realidad, no había pensado en cómo sería la mujer de la que un día se enamoraría, pero estaba seguro de que no se parecería a Ana.

—Qué bien que os encuentro —dice la muchacha, acercándose a ellos—. Os esperamos para la reunión. ¿Me acompañáis?

—¿Solo faltamos nosotros? —pregunta Javier.

—No, seguro que alguno más, pero su ausencia casi no se percibe —contesta Ana.

—Sé sincera, a mí me catalogarías entre esos invisibles. Claro que Javier es distinto, ¿verdad? —dice, provocador, Felipe.

—No te voy a sacar de la duda —replica Ana muy sonriente—. Lo cierto es que os buscaba a los dos porque hemos decidido ir esta tarde a bailar para

festear el éxito que estamos teniendo en nuestras reivindicaciones. Queremos escuchar al Sexteto Habanero. Ya sabéis que ha puesto de moda el son.

—Yo me apunto. Además puedo sorprenderos, porque soy un bailarín excelente de son. Me ha enseñado un amigo de mi hermano.

—O sea que has tomado clases de son —dice Ana burlona—. ¿Javier, no te animas a venir?

—Iría encantado, pero he quedado con una amiga a comer. Tal vez vayamos si a ella le apetece.

Ana se pone nerviosa. No puede consentir que le arrebatan a Javier. Una cosa es que no salga con ella y otra muy distinta que empiece a alternar con chicas. Tiene que estar muy pendiente de todo.

—¿Conocemos a esa amiga tuya? —quiere saber Ana.

—No creo. Es la hija de unos amigos de mis padres que han llegado hace unos meses de España —contesta Javier.

—¿Es española? —pregunta Felipe.

—Tiene nacionalidad española, pero ha nacido en Cuba. Es mulata como yo —explica Javier.

Ana respira tranquila. Sin duda existen mulatas guapas, pero está convencida de que las blancas lo son más.

—No será aquella que viene hacia aquí con otra chica, porque si es ella, menuda preciosidad de amiga que tienes —señala Felipe.

—Sí, es Rosita. Y ya podéis disculparme porque no las voy a dejar plantadas mientras asisto a la asamblea —les pide Javier.

—Que vengan ellas también —apunta Ana, que no deja de mirar a Rosita.

—No me parece buena idea —rechaza Javier, mientras levanta la mano saludando a Rosita, que se acerca.

—¿Ese que nos saluda es tu amigo Javier? —quiere saber Clara.

—Sí —responde Rosita.

—No me habías comentado lo guapísimo que es.

—Tampoco está nada mal el muchacho que le acompaña.

—Hola —saluda Rosita—, igual hemos venido demasiado pronto y te interrumpimos. Es Clara, compañera de la escuela. Me he permitido invitarla —dice, presentándola.

—Encantado, Clara. Has hecho muy bien trayéndola contigo. No habéis interrumpido nada. Ahora mismo nos vamos, pero antes os presento a mis amigos, Ana y Felipe —dice Javier.

A Rosita no le pasa desapercibida la escrutadora mirada de Ana, pero centra toda su atención en Felipe que, con arrobada expresión, dice:

—Javier, no tenías que haber tardado tanto en presentarnos a tus amigas, son preciosas.

—Muchas gracias —contesta Rosita, divertida.

—Luego os contará Javier, pero nos encantaría que nos acompañarais esta tarde a escuchar son —dice Felipe, animándolas.

—Me encanta la música —exclama Rosita.

—Pues no tenéis excusa —dice Felipe—. Javier, esta tarde nos vemos. Os esperamos.

—Perdonad —interviene Clara—, pero, por lo que yo he oído, el son es un baile poco recomendable, ordinario, sin ninguna clase.

—O sea que tú eres de las que prefieres el danzón. Perteneces a la clase de gente no evolucionada de la isla, anclada en el pasado. Pues quiero que sepas, querida, que el son acabará imponiéndose a todos —asegura Ana.

—Es posible que así sea —le responde Javier—, pero no creo que ello te autorice a descalificar a nadie. Lo siento, Clara.

—Discúlpame —se retracta Ana—, no quería ofenderte.

—No tiene importancia —asegura Clara muy sonriente.

—Todo aclarado —comenta Felipe—, esta tarde nos vemos y volvemos a cambiar nuestras opiniones sobre esta música, que a mí me parece genial.

23. *El jardín*

Marina mira complacida la mata de hermosas flores blancas tan características de la isla de Cuba. Son las llamadas flores mariposa que siempre le han entusiasmado, no solo por la belleza y ligereza de sus pétalos sino por su delicioso aroma. También las ha mandado plantar de color amarillo y salmón.

El jardín le está quedando precioso. Ha puesto todo su empeño en convertir aquel lugar en un pequeño vergel. No se había equivocado en cuanto a sus posibilidades. Solo unos cuantos retoques más y listo para celebrar algunas veladas por las que tanto suspira Rosita.

Marina sonríe al pensar a qué se habría dedicado de no ser por el jardín. Su hija se pasa el día fuera de casa, y aunque Silverio acude a comer con ella, luego a media tarde se va al Centro Asturiano. Podría acompañarlo, hay muchas tertulias de mujeres, pero ha optado por quedarse y leer. Acude a algunos conciertos, pero la mayoría de veces va sola. Silverio no se niega a acompañarla, pero ella sabe que se aburre y prefiere liberarlo.

Quiere a Silverio con toda su alma y sabe que él también la quiere, pero Marina añora la especie de ensueño de los primeros tiempos. Es consciente de que eso es lo que suele suceder a las parejas cuando ya llevan años juntos, aunque ella trate de mantener viva la ilusión. Muchas veces sus reacciones no son espontáneas porque las realiza de forma premeditada para que todo resulte igual que antes, aunque Silverio no sigue su mismo comportamiento. Además, su marido, desde que viven en La Habana, se ha hecho más independiente. Se percibe que disfruta con el ambiente de la ciudad y con aquel círculo de amigos, mientras que a ella no le sucede lo mismo.

Ha retrasado una vez más el viaje a Trinidad. Tienen que realizarlo por varias razones, entre otras porque Rosita quiere conocer el lugar en el que nació, aunque últimamente está tan ocupada y tan feliz que no le importa la demora. Marina necesita prepararse a fondo para la visita. Son muy dolorosos

los recuerdos y debe comportarse de forma adecuada cuando se enfrente a los escenarios de su vida pasada. Se promete firmemente no aplazarlo más de la primavera siguiente.

—Señora —le dice Diana, la doncella—, un caballero pregunta por usted. Me ha dicho que se llama don Sixto Valdés.

Marina duda un momento. Se mira para comprobar cómo va vestida y, pasando coquetamente la mano por el cabello que lleva recogido, le dice que lo haga pasar al jardín.

Sixto Valdés es el secretario de la Academia de Bellas Artes de San Alejandro. Él fue quien consiguió que su hija Rosita pudiera ser matriculada en la escuela. Marina había percibido, desde el primer momento, que aquel hombre, que rondaría los sesenta años, delgado, con el cabello totalmente blanco y con un aire de intelectual sofisticado, la ayudaría, como así sucedió.

Solo lo ha vuelto a ver dos veces. Se siente un poco sorprendida ante su visita. Espera y desea que no sea para hablar de algún problema originado por Rosita.

—Mi querida señora, muchas gracias por recibirme. Pasaba cerca y no resistí la tentación de saludarla. ¿Qué tal? Rosita se encuentra integrada de forma admirable en la escuela y todos los profesores estamos encantados con ella. Es buena alumna y puede llegar a ser una excelente pintora —le dice Sixto Valdés, a modo de saludo.

—Muchísimas gracias. Por favor, siéntese. ¿Le apetece beber algo? Uno de mis empleados prepara unos mojitos inmejorables.

—Muy amable, prefiero limonada. Tengo una reunión en la que debo mantener los cinco sentidos muy despiertos —le cuenta Sixto.

—De acuerdo. Yo beberé lo mismo.

—Marina. Qué bien suena. Es hermoso su nombre —comenta Sixto, que le pregunta—: Por cierto, ¿es usted aficionada a la música?

—Sí. Me gusta mucho. ¿Qué le hace pensar que es así?

—La he visto dos veces en el teatro Nacional. Una, estoy seguro de que fue en el concierto de Sergei Rachmaninov. Me encontraba bastante cerca de usted y pude observar su emoción.

—Nunca había escuchado el concierto número tres y me ha parecido genial y la interpretación al piano de Rachmaninov, insuperable —dice Marina.

—Sabe usted que sus manos entre el meñique y el pulgar abarcan unos treinta centímetros, con lo cual pueden alcanzar lo que en piano se llama treceava, trece teclas blancas de piano —le explica Sixto.

—Mi cultura musical es más bien escasa —confiesa Marina—. ¿Cuál es el tamaño mínimo exigible a las manos de un pianista?

—Existen pianistas buenísimos con manos pequeñas. El tamaño de la mano no es definitivo a la hora de tocar el piano. Indudablemente, los dedos largos facilitan la interpretación de algunas notas y los pequeños otras. Yo creo, Marina, que más que el tamaño, es importante la agilidad y flexibilidad; la estructura de la mano. En definitiva, pienso que, al fin y al cabo, es el cerebro quien rige todo. Por cierto, casi me atrevería a aventurar que a usted le gusta más el violín que el piano. ¿Me equivoco? —le pregunta Sixto.

—No sabría decirle, depende de la melodía. Por ejemplo, estuve en el concierto de mi compatriota Andrés Segovia y los sonidos que consigue arrancar a la guitarra son increíbles. Pero si se refiere a la actuación del violinista Jascha Heifetz, a la que también tuve la suerte de asistir, me quedo con él. Pero ello no quiere decir que el violín sea mi instrumento preferido. Aún no estoy formada lo suficiente —admite Marina.

—Querida amiga, posee usted una gran sensibilidad. Estoy de acuerdo con usted respecto a la interpretación de Jascha Heifetz del concierto 35 para violín de Tchaikovsky, que ha sido sublime. Marina, no se lo he comentado, pero qué hermoso es su jardín. Este rincón en el que nos encontramos es delicioso —alaba Sixto—. Si yo dispusiera de uno en mi casa, me pasaría mucho tiempo al aire libre.

—¿En qué zona de La Habana vive? —quiere saber Marina.

—Bastante céntrica, en la calle de Mercaderes. En el número 11, allí tiene su casa, para lo que desee —le ofrece amablemente Sixto.

—Muchas gracias. Conozco la calle —dice Marina.

—¿Le gusta visitar exposiciones de pintura? —se interesa Sixto.

—Nunca lo hago. Si soy sincera, debo confesarle que no entiendo nada de pintura —manifiesta Marina.

—Eso tiene fácil solución. Me ofrezco a acompañarla. En estos momentos, en la ciudad, tenemos tres o cuatro muestras de pintores extranjeros que merecen la pena —asegura Sixto.

—Muchas gracias. Es usted muy amable —le dice Marina.

—Prométame que lo va a pensar. Mañana le mando información por Rosita. Ha sido muy amable al recibirme. He pasado unos momentos deliciosos. Es usted encantadora —dice Sixto, antes de inclinarse ante ella tomando una de sus manos en las suyas.

Al quedarse sola, Marina piensa en el hombre que acaba de irse y en lo sorprendente de su visita, que en el fondo le agrada porque, sin duda, le sirve de estímulo. Cuando presente su vida amenazada por cierta monotonía y cuando su autoestima no es la misma de antes, este chispazo le brinda la oportunidad de sentirse viva.

No sabe nada de Sixto Valdés. Pero nadie puede dudar de su cultura y delicadeza. Un amigo así siempre resulta interesante. Esta noche le hablará a Silverio de él para proponerle que algún día lo inviten. Tendrá que enterarse de si está casado para invitar también a su mujer, aunque tiene la sensación de que vive solo. Le preguntará a Rosita. Si no se equivoca, Sixto Valdés, que es secretario de la Academia Nacional de Bellas Artes, también imparte clases de dibujo.

A Marina le encanta el «saber estar» de Sixto y su cercanía. Solo había intercambiado con él, tres o cuatro frases, pero parece como si fueran viejos conocidos. Pero sobre todo lo que ha llamado la atención de Marina es su sonrisa. Una sonrisa de persona joven que espera todo de la vida, cuando por sus años ya no debería aspirar a mucho más. Aunque seguro que aquel hombre que, según sus cálculos pasa de los sesenta, sigue sintiéndose joven.

24. *De Covadonga llega la primera piedra*

—Ha sido un domingo precioso y muy emocionante —dice Javier—, porque, aunque yo no he estado nunca en Asturias, quiero a la Santina de Covadonga como si hubiera nacido a su lado.

—Es normal —contesta Silverio—. Juan, tu padre, es un gran devoto de nuestra reina de las montañas.

—Javier, yo he estado en Covadonga —apunta Rosita—. Es impresionante, aunque no vuelva en toda mi vida, jamás su imagen se borrará de mi mente.

—Opino igual que tú, cariño —dice Marina, dirigiéndose a su hija.

Los cuatro están sentados en el jardín tomando una cena ligera. Esta noche Javier se quedará a dormir con ellos.

—Silverio —dice Marina—, no te había comentado nada, pero creo que ha sido una idea excelente celebrar hoy la colocación de la primera piedra de lo que será la futura sede de los asturianos, aunque ayer haya sido la festividad de la Virgen de Covadonga.

—Sin duda, ha sido un acierto porque, al ser domingo, hemos podido contar con una mayor asistencia. Ninguno de los socios asturianos ni sus familias querían perderse un acto tan importante y emotivo como este, al que podemos decir con orgullo que asistieron las más importantes autoridades de la ciudad.

En la mañana del domingo, 9 de septiembre de 1923, se llevó a cabo, con el mayor esplendor y en una solemne ceremonia, la fiesta de la colocación de la primera piedra del edificio social del Centro Asturiano en La Habana.

Los actos se iniciaron con la santa misa oficiada por monseñor Celestino Rivero. A continuación, el Orfeón Asturiano interpretó el himno a la Virgen de Covadonga.

—Para mí —dice Marina—, el momento más emocionante fue cuando el señor obispo de La Habana, monseñor Pedro González Estrada, bendijo la colocación de la primera piedra.

—Bien dices, madre —apunta Rosita—, porque la piedra de la cantera de Covadonga ya venía bendita.

—Así es —añade Silverio—, y esa piedra, salida de nuestras canteras de Covadonga, donde radica nuestra identidad, fue labrada con el escudo de Asturias y con una inscripción que dice: «El cabildo de Covadonga al Centro Asturiano de La Habana. 1923». Antes comentabais el momento más emocionante de la celebración, os diré que el mío fue el instante en el que introdujeron en la caja con la piedra el acta de los socios fundadores, en la que «en homenaje sagrado, expresan su absoluta adhesión a este memorable acto, símbolo de la grandeza futura de la amada institución, a la que se hallan de todo corazón unidos desde el día en que surgió a la vida de las sociedades españolas en la grande y libre América».

—Yo, como soy cubano, pero hijo de asturiano y español, cuando verdaderamente me emocioné fue al escuchar el himno nacional cubano y la «Marcha Real» española. Me pareció hermoso que sonaran juntos —dice Javier.

—Siento defraudaros —manifiesta Rosita—, me ha gustado el acto pero no me ha emocionado nada. Tal vez porque no presté la suficiente atención. Cerca de mí unas cuantas personas debatían en voz baja sobre la decisión de que no hubiera teatro en el nuevo edificio del Centro Asturiano y no parecían estar muy de acuerdo.

—También yo las escuché —apunta Javier.

—Ese tema se ha debatido y seguirá siendo centro de polémica porque los partidarios de la existencia del teatro siguen insistiendo a pesar de haber perdido varias votaciones —aclara Silverio.

—El teatro Campoamor sigue abierto —dice Marina.

—Así es, aunque pronto será demolido —informa Silverio.

—Qué pena —comenta Rosita— que un recinto de cultura y distracción desaparezca.

—Yo también estoy en contra de eliminar estos espacios, pero en este caso soy partidario de su desaparición. El Centro Asturiano no debe destinarse a rentabilizar un negocio. Debe estar dedicado, como hasta ahora, a ayudar a los

necesitados y a fomentar la cultura con clases e instrucción —afirma Silverio de forma vehemente.

—Es perfecto lo que dices, pero la fuente de ingresos que puede suponer el teatro no vendría mal para mejorar la Quinta Covadonga —apunta Marina.

—Si existiera esa seguridad, sería perfecto. Pero ¿quién nos dice que de repente se pone otro local de moda y al nuestro no viene nadie y lo único que genera son gastos? De verdad creo que no debemos alejarnos de los fines para los que han sido creados los centros —dice convencido Silverio.

—Perdón, ya que alude a la Quinta Covadonga, me gustaría que me hablara un poco de ella. En cuanto me licencie —cuenta Javier—, me gustaría formar parte de uno de los equipos que allí trabajan. Tiene una fama buenísima. Hace unos días, un profesor de visita en la universidad nos comentó que los servicios sanitarios que se ofrecían en la Quinta Covadonga eran equiparables a los de Suiza.

—Poco puedo comentarte, no estoy al tanto de la actualidad sanitaria, pero hace unos días me presentaron al doctor Varona, que es el director del sanatorio Covadonga, y si quieres un día nos vemos con él —le propone Silverio.

—Cuentan maravillas del doctor Varona. Muchísimas gracias —dice Javier muy contento.

—Si no os importa, yo estoy un poco cansada y me gustaría escribirle esta misma noche a Inés. Quiero contarle la ceremonia de hoy —se disculpa Rosita—. Buenas noches.

—Buenas noches, Rosita, que descanses —contestan los tres al unísono.

—Silverio, ¿te apetece que nos quedemos un rato más? Javier, ¿nos acompañas? —les pregunta Marina.

—Perfecto —responde Javier—. Mañana no tengo nada a primera hora.

—Voy a pedir que nos sirvan unos mojitos —se ofrece Silverio.



No es verdad que se encuentre cansada. Pero no le apetece estar de conversación con sus padres. Javier es demasiado bueno. Si estuvieran los dos solos se quedaría hasta más tarde, pero, además, es que siente la necesidad de

contarle cosas a Inés. Tiene amigas, Clara es muy buena chica, aunque como Inés ninguna. Rosita sabe que es la hermana que nunca tuvo. La quiere con todo su corazón, daría tanto porque pudiera estar con ella en La Habana...

Mi queridísima Inés:

Solo me faltas tú para sentirme totalmente feliz. Es casi medianoche. Se han quedado en el jardín mis padres y Javier, que ya te conté que es el chico más guapo y bueno del mundo. ¿Y por qué no te enamoras de él?, me preguntarías. Y te voy a contestar a la vez que reflexiono conmigo misma. Las razones son varias. Soy muy joven. Quiero sentirme libre, coquetear con quien me apetezca. Dejar que intenten seducirme algunos —que no a todos los que lo pretenden se lo permito—. Desconozco si Javier siente algún interés por mí. La verdad es que jamás he observado en él un gesto o algo que me diera alguna pista. A veces me fastidia que sea el único que no se fija en mí, aunque en el fondo lo entiendo. Le puede pasar lo mismo que a mí, los dos somos mulatos y a lo que aspiramos tanto uno como otra es a unirnos a una persona blanca. Con quien más me divierto es con su amigo Felipe. Muchas tardes nos vamos a bailar son y lo paso genial. Inés, he descubierto que el baile es una de mis grandes pasiones.

Inés, por favor, no te hagas monja. Creo que tendrías que venirte a La Habana. Ya sabes que mi madre se encarga de todo. Pasas una temporada. Ves cómo es este mundo que nada tiene que ver con Oviedo y luego tomas la decisión. Sería estupendo que me hicieras caso.

He dicho a mis padres que quería escribirte para contarte los actos de hoy del Centro Asturiano y casi estoy terminando la carta y no he aludido a ellos. Ahora te lo relataré, pero antes déjame que te diga que quiero quedarme aquí para siempre. Esta es mi tierra. En Cuba la vida es distinta. Yo siento que formo parte de ella. Todo me anima a ser feliz, a mirar la existencia con optimismo. Tengo la sensación de que mi madre no es tan feliz; sin embargo, a mi padre se le ve radiante. Él tiene muchos amigos aquí. Inés, tengo la sensación de que aquí la gente conoce el secreto de la felicidad.

Ahora te cuento el acto de hoy. Sé que te gustará que te lo describa porque la Santina y Covadonga han sido protagonistas en esta ciudad separada por un océano...



Está acostumbrado al campo, a las cálidas noches de Pinar del Río. Le gusta sentarse a mirar las estrellas. Javier se ha quedado solo en el jardín. Marina y Silverio se han retirado. Se siente bien con ellos; es como si pertenecieran a su familia. Rosita, ¡ay! Pensar en ella le acelera el pulso. Después de verla bailar con Felipe, algo ha cambiado en su interior. Es la única chica que ha llamado su atención y sabe que podría enamorarse de ella, pero prefiere agostar ese sentimiento antes de que nazca. Su único confidente, quien conoce su alma en profundidad, es su amigo Cayetano, que le ha dicho que es muy difícil dominar un sentimiento cuando, además, se sigue viendo a la persona que lo inspira todos los días.

Javier es consciente de ello. Su timidez le impide mostrarse normal y también le atenaza el miedo a ser rechazado. Piensa que ella lo acepta como amigo y nada más. Tiene la sensación de que Rosita aspira a mucho más de lo que él pueda ofrecerle. Procura no verla con asiduidad, pero se mueven en el mismo círculo de amigos.

Sentirá mucho la marcha de su amigo Cayetano, que este mismo mes recibirá la ordenación sacerdotal y es muy posible que lo destinen a la parroquia de Pinar, con lo cual él se quedará sin el consuelo que siempre le proporciona charlar con su amigo de la infancia.

Javier no quiere que nada lo desvíe de los estudios. Desea terminar la carrera cuanto antes. Se especializará en neumología. No hay nada que le guste más en el mundo que ayudar a los que sufren, y ha visto en su pueblo a muchas personas con problemas respiratorios. Había pensado en dedicarse a la enseñanza, pero al final se impuso la medicina.

Aunque debido a sus estudios, vive meses en La Habana, alejado de su familia, su cariño y vinculación con los suyos no ha experimentado ningún cambio. Se siente parte integrante del clan, aunque su vida va a ser totalmente distinta. Los quiere a todos, pero por quien siente auténtica debilidad es por su padre. Conoce un poco cómo fue su vida los primeros años en Cuba y cómo consiguió hacer frente a todo con honradez, tenacidad e ilusión.

A Javier le habría gustado dedicarse al negocio del tabaco al igual que su padre, solo para darle una alegría, pero comprendió muy pronto que aquella no era su vida.

Javier mira al cielo, la ausencia de la luna hace que las estrellas cobren un mayor protagonismo. Le gusta dormirse mirando al cielo. Muchas veces lo ha hecho en Pinar.

Le hace bien sentirse que es parte de la naturaleza. Esta noche, es tan agradable la temperatura y hermoso y sugerente el entorno que si estuviera solo se acostaría bajo uno de los árboles cercanos a la fuente para que el dulce y relajante sonido del agua velara sus sueños.

Javier se sonríe ante sus propios pensamientos y camina despacio hacia la casa.



Marina observa a su marido mientras se prepara para acostarse. A punto está de decirle si ya no se acuerda de cuando la besaba por sorpresa nada más entrar en la habitación y cómo ahora se comporta de forma distinta.

—Silverio, ¿no te parece que Javier es un muchacho admirable?

—Sí que lo es. Tenía razón su madre. Hablando con él, creo que lo estoy haciendo con su padre. La misma bondad y serenidad. La joven que lo conquiste será afortunada —comenta Silverio sonriente.

—¿No has pensado que Rosita y él hacen una pareja de cine? —le pregunta maliciosa Marina.

—Sin duda. Los dos son guapísimos. Pero el amor y la afinidad es otra cosa. Sabe Dios lo que les espera a cada uno. Marina, ya lo hemos hablado pero cada día estoy más convencido de que debemos quedarnos en Cuba por Rosita. Este es su mundo, aquí se la ve feliz. Tendremos que sacrificarnos —comenta Silverio.

—La sacrificada seré yo; porque a ti, querido, La Habana también te hace feliz. Tanto, que casi te olvidas de mí —dice Marina, medio en broma.

—No puedo creer que te sientas celosa —replica Silverio, acercándose a ella—. No existe nada en el mundo más importante que tú, Marina. Por ti lo dejaría todo. Me iría contigo al fin del mundo.

—Qué bonito. Es muy fácil decir cosas agradables —comenta riéndose Marina.

Silverio nota que está empezando a desconcertarse. Pensaba que su mujer hablaba en broma, pero algo en su expresión le dice que no es así. No comprende su reacción.

—Marina, no te habrá sentado mal que me haya decidido a participar en mi antiguo negocio junto a Mariano, ¿verdad?

—En absoluto. Soy consciente de que El Siglo XX sigue siendo un negocio rentable. Que tú tienes mucho tiempo libre y que Mariano está deseando que lo ayudes. No importa que yo me quede todo el tiempo en casa.

—Puedes hacer infinidad de cosas, pero si es un problema para ti que vuelva a trabajar, lo dejo. De verdad que no me importa —dice Silverio.

—Ni hablar. Ya buscaré ocupaciones que me hagan sentir útil. Silverio, no tengas en cuenta lo que te he dicho. Estoy un poco desconcertada por las emociones de hoy.

—Olvidado, pero estaba pensando que podrías participar en alguno de los cursos del Centro Asturiano para formar a chicos. Desarrollan muchas actividades. Creo que tienen un taller de lectura y eso seguro que te satisface —comenta Silverio, animándola.

—No te preocupes, de verdad. Por cierto, no te he comentado que fui a ver a Magdalena.

—¿Y qué tal?

—Muy bien. Es una pena que el problema de la pierna la tenga prácticamente impedida. A la calle solo sale en silla de ruedas. Es una mujer con una gran personalidad. Hemos hablado mucho de ti. Aunque no lo reconozca, yo sé que te sigue queriendo. Y lo más asombroso, Silverio, es que yo no sienta celos.

—Será porque ya no me quieres —susurra él a su oído mientras la besa en el cuello.

—Mi amor —exclama Marina—, no sabes cómo echo en falta tus manifestaciones de cariño.

Silverio la rodea con sus brazos. Sus cuerpos se reconocen....

25. *Trinidad*

—Nos ha venido muy bien esta horita para estirarnos un poco y darnos un paseo por Cienfuegos —dice Silverio—. No pensaba que el viaje fuera tan largo.

—Desde La Habana son más de trescientos kilómetros —apunta Marina.

—Padre, ¿usted no ha estado en Trinidad? —le pregunta Rosita.

—No, nunca había viajado a esta parte de la isla. Por lo poco que he visto, tú me dirás, Marina, que lo conoces mejor, tengo la percepción de que la huella española se nota bastante más en esta zona que en otros lugares de Cuba.

—Puede que sea más visible en su conjunto, porque las localidades por las que hemos pasado son más pequeñas y se aprecia mejor. Pero donde te quedarás asombrado es en Trinidad. Allí nadie puede negar su pasado español. Por algo ha sido la tercera ciudad fundada por los españoles.

—¿Cuáles fueron las dos primeras? —quiere saber Rosita.

—Esa misma pregunta me la hice yo —contesta Marina—, por ello conozco la respuesta. La primera fue Baracoa y la segunda Bayazo.

—¿En qué lugar fue fundada La Habana? —se interesa Silverio.

—La séptima —asegura Marina.

—¿Fueron fundadas con una diferencia grande de tiempo? ¿Las fundó la misma persona? —sigue indagando Rosita.

—Fue en el siglo XVI. En un periodo de unos cuatro años cuando el primer gobernador de la isla, Diego Velázquez de Cuéllar, realizó una campaña de colonización y nacieron las siete primeras villas —les cuenta Marina, que añade—: Estoy segura de que Trinidad os gustará. Sus calles empedradas, sus recoletas plazas y el colorido de sus típicas casitas cautivan a los visitantes.

—¿Y yo vine al mundo allí? —pregunta Rosita.

—No. Tú naciste muy cerca de Trinidad, en el conocido como valle de los Ingenios. En la preciosa mansión en la que yo vivía y en la que ahora nos alojaremos.

—¿Mi madre vivía contigo?

Marina tiene que realizar grandes esfuerzos, aunque lleva tiempo mentalizándose, sabe que debe prepararse para responder adecuadamente a muchos de los temas que van a surgir. Hablará con la gobernanta para que controle a los criados mayores para que no digan nada. Pide a Dios que Rosita no pregunte demasiado.

—No, Rosita, tu madre vivía en el batey, pero cuando le llegó la hora de dar a luz, para que fuera mejor atendida la trasladamos a mi casa.

—¿Qué es el batey? —pregunta Rosita.

—Se llama así al conjunto de las viviendas en las que residen los obreros.

Silverio nada puede hacer por ayudar a Marina. Es un viaje arriesgado, lo han hablado muchas veces, pero tenían que hacerlo. A él personalmente le va a resultar doloroso ver los lugares donde discurrió la anterior vida de Marina. Qué distinto habría sido todo si aquella fatídica noche no se hubiese conjurado todo para complicarles la vida. Pero Silverio sabe que no debe recrearse en lo que pudo haber sido. Le ha prometido a Marina pensar solo en el presente. Saber que se tienen el uno al otro, que su amor les hace fuertes.

—¿Rosita, has traído tus útiles de pintura? —quiere saber su padre.

—Sí. Espero poder hacer algo. Es un viaje muy emotivo para mí.

—Cuando veas la belleza del paisaje del valle de los Ingenios te quedarás extasiada —le dice Marina.

Rosita guarda silencio. Se encuentra realizando el viaje por el que ha suspirado durante mucho tiempo, aunque es verdad que ahora su vida está tan llena que si no lo hubieran hecho no protestaría. Por supuesto que desea conocer donde nació y el lugar en el que discurrió la vida de su madre, aunque sabe que no obtendrá más datos sobre su familia, porque no existen.

—Madre, ¿por qué se llama valle de los Ingenios?

—Se llaman ingenios a las haciendas que cuentan con instalaciones para trabajar la caña de azúcar. Ya sabes que de ella se obtiene azúcar, ron, alcohol

y algún que otro producto. El valle cercano a Trinidad lo denominan de los Ingenios porque en él existen más de cuarenta explotaciones de este tipo.

—Marina, ¿es verdad que el cultivo de la caña de azúcar proviene de Canarias? —pregunta Silverio.

—Sí, así es. Además se dice que la palabra ingenio se utiliza como recuerdo del municipio de Ingenio en la isla canaria de Las Palmas —contesta Marina.

—Madre, ¿estamos ya en el valle de los Ingenios? —pregunta Rosita al ver una amplísima extensión toda verde.

—Sí, cariño. ¿Ves qué hermoso es y qué verdes tan distintos y tan intensos?

—El más fuerte que parece moverse como el mar, ¿es la planta del azúcar?

—Sí, y además venimos en el tiempo perfecto para poder ver la zafra —dice Marina.

—¿La zafra? —inquire Rosita.

—La cosecha, la recolección, cuando se cortan las cañas para su preparación —aclara Marina.

—Qué preciosidad de casa. ¿Es ahí donde viviremos? —exclama Rosita impresionada.

—Esta es nuestra casa —asegura Marina.

—No me imaginé que fuera tan grande —apunta Silverio—. Es muy interesante la forma escalonada en que está construida.

—Se hizo así para salvar un desnivel de terreno y poder ubicarla en este lugar desde el cual la visión del valle es total —cuenta Marina.

Faltan solo unos metros para llegar a la entrada principal y un reducido grupo de personas los esperan en la entrada. Marina, desde la distancia, no consigue identificar a ninguna. En el momento en que ve a la gobernanta siente cómo la emoción se apodera de ella. Siempre contó con la ayuda de aquella mujer en los momentos difíciles.

Nada más bajarse del coche, Marina la abraza emocionada.

—Mi querida amita, doña Marina, doy gracias a Dios que me haya permitido vivir para poder verla de nuevo. Es usted la mejor mujer que conozco. Ha hecho tanto por nosotros.

—Bueno, bueno, no exagere, por favor. ¿Qué ha sido de los otros sirvientes?

—Algunos han muerto y otros se dedican a diversas ocupaciones en la finca, porque al estar la casa vacía no los necesito permanentemente.

—Este es Silverio, mi marido —dice Marina, presentándolo a la gobernanta—, y Rosita, a quien usted ayudó a venir al mundo.

—¡Es preciosa! ¡Ay, si su madre pudiera verla! —dice la gobernanta, que no puede dejar de mirar los rasgados ojos verdes de Rosita.

—Me emociona saber que usted también conoció a mi madre —manifiesta la chica.

—La quería mucho, era una muchacha muy lista y buena. Le gustaban los niños, cuidaba de ellos en el batey. Todos la adoraban —confiesa la gobernanta.

Rosita no puede evitar sentir simpatía por aquella mujer negra con el pelo totalmente blanco. Ella, que es mulata, reconoce que prefiere relacionarse con personas blancas, pero en este caso es distinto. No porque la gobernanta haya conocido a su madre, algo que la llena de alegría, sino porque es una persona que transmite seguridad y mucha paz.

—Os propongo descansar un rato. Y así, al atardecer, recuperados del viaje, podemos salir a dar un paseo antes de la cena —dice Marina.

—Señora, he hecho algunos cambios en las habitaciones, espero que le gusten —comenta la gobernanta.

—Seguro que han quedado muchísimo mejor —contesta Marina, que de buena gana volvería a abrazar a su empleada por el detalle que ha tenido al intentar ayudarla cambiando un poco los escenarios de antes.



—Silverio, cómo me gusta estar contigo aquí. Me emociona que esta preciosa playa a la que acudí una tarde en busca de paz y que con el rumor de sus cristalinas aguas consiguió tranquilizar mi espíritu, me vea ahora contigo. ¿Sabes? Aquella tarde pensaba en ti, Silverio. Te agradezco tanto que hayas hecho este viaje con nosotras. Sé lo duro que te resulta, pero para mí tu presencia es decisiva —confiesa Marina.

—¿Has pensado en algún momento que os dejaría venir solas? También yo sé lo que significa para ti esta estancia en Trinidad —le contesta Silverio.

—Una estancia que, gracias a Dios, no nos está dando ningún sobresalto — comenta Marina.

Los dos se encuentran sentados al lado de unas esbeltas palmeras en la playa de Ancón. Rosita se baña feliz en aquel mar esmeralda.

—Creo que a Rosita el viaje le está sentando de maravilla —opina Silverio.

—Estoy de acuerdo. Me ha comentado la gobernanta que una de estas mañanas se acercó con ella al batey y que Rosita se sentó con los más pequeños y les contó historias tratando de imitar lo que le contamos que hacía su madre.

—Cuánto me alegro. Por cierto, no te lo he comentado pero yo esperaba encontrarme con otra realidad en el batey —dice Silverio.

—La verdad es que ha mejorado muchísimo. No se parece en nada al que yo conocí —asegura Marina, que añade—: René ha hecho y hace una labor fantástica. Cada día soy más consciente del acierto que tuve al pensar en él para dirigir el ingenio.

—Pero tal vez no fuera lo mismo sin ti. Tú eres quien aprueba todos los cambios y decisiones importantes —apunta Silverio.

—Así es, aunque si él no fuera íntegro, podría hacer tantas cosas de las que yo no me enteraría. Ya has visto que vive en el batey, en una casa, poco mejor que las de los trabajadores, y cuando se quiere tomar un descanso se va a Trinidad donde ha comprado una vivienda. Piensa que podría residir en la casa principal. A su madre, que es la gobernanta, ya le comenté que habilitara una zona para él. Pero por más que insistí, siempre rechazó la propuesta.

—No es por restarle méritos —comenta Silverio—, pero es normal que se sienta agradecido. No solo le pagas un buen sueldo, sino que le has dado una pequeña participación en el negocio. Marina, no lo digo para halagarte, pero eres una bendición para esta gente.

—No exageres, cariño. Todo es poco, para lo mucho que han sufrido —dice ella.

—¿No tienes la sensación de que René y Rosita se han caído bien? — pregunta Silverio.

—Sin duda. La otra tarde se fueron juntos a pasear a caballo. Es increíble lo rápido que ha aprendido Rosita a montar, aunque a mí me sucedió lo mismo —

asegura Marina.

—Pues yo ni lo intento —dice riendo Silverio.

—Mira, ya sale Rosita del agua. ¿Te has dado cuenta de lo preciosa que es?

—Podría dedicarse al cine —apunta Silverio.

—Dios no lo quiera. No suelen tener una vida muy ordenada las actrices — comenta Marina.



Rosita, cada día encuentra algo nuevo que le hace querer más aquella tierra. El delicioso baño que acaba de tomar sería imposible en otro lugar. La arena casi blanca que acaricia sus pies y el paisaje con palmeras y flamboyanes la hacen sentirse en el cielo. De repente, un pensamiento cual ráfaga de frío viento la perturba. ¿Habría podido disfrutar su madre de momentos como el que ella está viviendo? Seguro que no, se responde; era pobre y el batey no queda al lado de la costa.

Le resulta doloroso pensar que hubo una etapa en la historia en la que los negros eran esclavos. Por suerte, la situación había cambiado. Siguen asumiendo los trabajos más duros, pero ya algunos ocupan cargos antes impensables para negros.

Rosita mira a sus padres sentados bajo la cambiante y caprichosa sombra de las palmeras. Los quiere mucho, son muy buenos con ella. Reconoce que la admiración que siempre sintió por Marina es ahora mucho mayor al comprobar cómo trata a los negros, al ver cómo quiere a la gobernanta en la que confía plenamente. Se fía de la gobernanta y de su hijo René, que es un hombre guapísimo de unos cuarenta años, con unos ojos verdes rasgados que le recuerdan un poco los suyos. Es mulato, de piel mucho más oscura que la suya. Con René, que es amabilísimo, ha congeniado desde el primer momento. Marina y él la han enseñado a montar a caballo. Le sorprende que siendo como es, con el cargo que ocupa y con la estupenda apariencia física que tiene siga soltero, aunque igual tiene amores inconfesables, piensa Rosita con malicia.

Tanto la gobernanta como su hijo parecen muy buenas personas. Con ella ha hablado mucho de su madre y también de su abuela. A su padre casi nadie le

conocía. Trabajaba en otro ingenio un poco alejado y murió al año de casarse, según le contaron.

Rosita se detiene para sentarse un rato en la orilla del mar. Le cuesta alejarse y renunciar al placer que le proporciona el contacto con el mar. Las olas son casi imperceptibles pero su caricia es placentera.

Allí sentada, besado su cuerpo por las aguas, vuelve a pensar en su madre. Cuánto daría por conocerla... Debería acudir a su tumba. ¿Por qué nadie la ha llevado al cementerio? En La Habana han ido a rezar ante la tumba de la primera mujer de Silverio. Aunque es cierto que tampoco aquí se han ocupado de visitar la tumba del marido de Marina.



Rosita coloca unas flores en una sencilla tumba, como son la mayoría de las que se encuentran en aquella zona. Una cruz y una lápida en la que figura el nombre «Rosita González».

—¿Se apellidaba mi madre como Marina? —pregunta Rosita.

—No. Pero no sabíamos su apellido y doña Marina quiso ponerle el suyo —dice la gobernanta—. Ciertamente la trató como a una hermana. Ella fue quien consiguió que la enterraran aquí. Tu madre no tenía a nadie.

—¿Y mi padre? ¿Y mi abuela? ¿No están enterrados aquí?

—No. A tu padre es posible que lo hayan enterrado en el cementerio cercano a la zona donde trabajaba, que desconozco cuál es. A tu abuela, en cualquier lugar elegido por los negros. Piensa que normalmente nosotros no recibimos sepultura en estos cementerios. Hubo un tiempo en que no teníamos derecho a que nuestro cuerpo reposara en un ataúd. Éramos sepultados directamente en la tierra.

—Qué pena —exclama Rosita.

—Piensa que hemos sido esclavos durante mucho tiempo, con lo que eso significa. Fuimos tratados como animales —dice la gobernanta con pena.

—¿Mi madre fue esclava?

—No. Cuando tu madre nació, la esclavitud ya había sido abolida. Yo sí fui esclava —explica la gobernanta.

Rosita está impresionada, no sabe qué decir, le da mucha pena lo que le está contando la empleada de su madre. Le agradece sus explicaciones, pero casi prefería ignorar aquella realidad tan dura. Está deseando abandonar el cementerio pero antes dice:

—¿El primer marido de mi madre se encuentra enterrado aquí?

—Sí, es aquel monumento que se ve al fondo.

—¿Está él solo? ¿No hay nadie más de su familia sepultado con él?

—Su única familia era la señora. Antes de casarse siempre vivió él solo.

Rosita siente enormes deseos de preguntar por la vida de Marina con su primer marido Ricardo Cardoné, pero no le parece oportuno.

—¿El marido de mi madre Marina era el dueño de todas estas propiedades?
—se limita a decir.

—Sí, y a su muerte lo heredó todo doña Marina —contesta la gobernanta.

—Qué pena que ella no haya podido venir con nosotras esta mañana.

—Pobre señora. Antes le daban con mucha frecuencia esos dolores de cabeza acompañados de náuseas, que la dejan totalmente imposibilitada. Dios quiera que a nuestro regreso se encuentre mejor.

—Pues yo nunca la había visto así —confiesa Rosita.

—Puede que sea el clima o el ambiente de este lugar los que le provocan las jaquecas.

La gobernanta sabe que a Marina no le sucede nada y que se ha inventado un profundo dolor de cabeza para no tener que ir al cementerio. Ella, que entiende muy bien la postura de su ama, se ha brindado para acompañar a la muchacha.

—Antes de irnos para casa, ¿podemos dar un paseo por Trinidad? — pregunta Rosita.

—Claro.

—Es que me hace ilusión volver a pasear por sus empedradas calles. Es una ciudad muy bonita.

26. *¿Simple cortesía?*

Marina está a punto de pedir que le sirvan la comida. El largo paseo que ha dado esta mañana cerca del mar le ha abierto el apetito. Casi todos los días, a excepción de los fines de semana, come sola, de ahí que no importe que lo haga a una u otra hora. Nada más hace sonar la campanilla, escucha el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Seguro que Silverio ha encontrado un hueco y viene para estar con ella, pero la voz cantarina de Rosita la saca de dudas.

—Madre, madre, he venido a comer con usted —grita desde el *hall*.

—Llegas justo a tiempo —dice Marina, que ha salido a su encuentro—, pero ¿qué ha pasado? ¿Y tus clases?

—Una de las profesoras está enferma. Y para una sola clase que teníamos por la tarde la han suspendido. Así nos dan tiempo para que trabajemos en el cuadro que cada alumno prepara para la exposición que haremos conjunta a finales de curso.

—¿Ya sabes qué vas a pintar?

—No lo he decidido, pero le estoy dando vueltas a pintar el salto de Soroa, el lugar maravilloso al que me llevaron Javier y Cayetano.

—Qué bonito —exclama su madre.

—Sí, aunque difícil porque no tengo ninguna imagen, solo la que conservo en mi memoria.

Rosita, siguiendo el consejo de la profesora de dibujo había visto algunos cuadros de Claudio de Lorena y le impresionó, igual que a su profesora, la luz de las obras del autor francés. Intentaría reflejar el efecto de la luz del sol en el salto de agua, como le habían comentado que sucedía.

—¿Te quedarás en casa toda la tarde?

—Sí. Intentaré trabajar un poco.

—Si quieres, a última hora podemos acercarnos al centro a buscar a tu padre y le damos una sorpresa.

—Perfecto, pero tengo que contarle algo, madre.

—Bueno. No me asustes.

—Es sobre el secretario de la escuela, el profesor don Sixto Valdés —dice Rosita con cierta picardía—. Por cierto, le envía muchos recuerdos y me ha dado estas invitaciones para que asista a una exposición suya.

—¿Y qué le pasa? —pregunta Marina, intentando mostrarse intrigada.

—Pues que yo creo que le gusta usted y que quiere conquistarla —dice Rosita muy seria.

—Qué barbaridad. Eso no puede ser. ¿Por qué llegas a esa conclusión?

—Verá, hace un tiempo que todas notamos que en clase él me trata de forma deferente. Siempre está pendiente de mí y alaba todas mis intervenciones. Influenciada por los comentarios de mis compañeras, yo también llegué a pensar que era que se sentía atraído por mí. Pero ahora sé que no soy quien le interesa, sino usted.

—¿Yo? —pregunta sobresaltada Marina.

—Sí. Estoy segura. Siempre que hablamos me pregunta por usted.

—Será pura cortesía —interpreta Marina—. Es persona muy bien educada.

—No es solo educación. Don Sixto quiere saber todo sobre su persona. Me pregunta qué le gusta leer. Dónde trabaja mi padre. Si tengo hermanos. Si usted suele salir a pasear por las tardes. Y hoy me ha dado estas invitaciones pidiéndome que la animara a asistir.

Marina no puede evitar que todo aquello le haga gracia. Tiene que haber un malentendido. Ella ya no está en edad de conquistar a nadie.

—Esta noche se lo contamos a tu padre, que se va a reír —le dice a Rosita.

—No es broma, madre, me han dicho que es un conquistador, que casi todas las profesoras han tenido una historia con él.

—Pero, Rosita, que en mí ya no se fija nadie.

—Le gustan las mujeres maduras, eso es lo que me han dicho.

—Estaré atenta —dice riendo Marina—, pero cuéntame qué tal con tus amigos.

—Muy bien. Me divierto mucho con ellos. Madre, hay algo que quiero decirle desde que volvimos de Trinidad, pero nunca veo el momento oportuno. ¿Sabe? Me emociono cada vez que recuerdo lo que ha hecho y hace por los de

mi raza. Ha confiado toda su hacienda a una negra y a su hijo mulato. Ha mejorado las condiciones de vida de todos los trabajadores del ingenio y me ha adoptado a mí, impidiendo así que fuera una niña huérfana como algunas de las que he visto corretear por el batey. Qué bondadosa es usted. Otra persona emplearía su dinero en otras cosas.

Marina hace esfuerzos por no llorar. Toma a través de la mesa una de las manos de su hija, la aprieta con fuerza y con emoción contenida, le dice:

—Por favor, Rosita, no me hagas sonrojar. Te quiero mucho. Vamos a comer.



Marina se da cuenta de que Rosita es toda una mujer. Se alegra tanto de la conversación que han mantenido. Nunca antes habían hablado así. Hoy es el día de las confidencias porque después de descansar, sobre la media tarde, las dos, siguiendo la sugerencia de Marina, se van al centro de la ciudad para ver algunas tiendas y seguir charlando. Han recordado los primeros días en la ciudad, las primeras visitas.

—Madre, tengo la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde que me habló de la gobernadora de Cuba, aquí en la plaza de Armas. Y, por otro lado, es como si yo siempre hubiera estado en esta ciudad. Sé que he vivido en Candás varios años, que tengo allí muchas personas queridas. De forma especial, Inés, pero esa vida anterior es como un sueño. La real es esta. Soy muy feliz en La Habana —concluye Rosita.

Marina guarda silencio unos segundos. Tendrá que ir mentalizándose de que la estancia en Cuba se va a prolongar más de lo que a ella le hubiera gustado. A Rosita, solo le dice:

—Desde el día que te hablé de Isabel de Bobadilla, han pasado casi tres años.

—Madre, no le he preguntado, ¿qué tal los encuentros de lectura en el Centro Asturiano?

—Bien, poco a poco se van animando. Alguna de las asistentes lee con dificultad, pero el deseo de conocer el contenido de los libros de los que hablamos la anima a practicar —le cuenta.

Marina había encontrado una ocupación para no sentirse inútil. De acuerdo con otras dos señoras, habían decidido organizar unas reuniones semanales en las que leían y comentaban libros. Ante las dificultades de conseguir varios ejemplares del mismo título y también para habituarlas a la lectura habían hecho una puesta en común. Una leía en voz alta y luego, coordinadas por Marina, mantenían un cambio de impresiones sobre lo que acababan de escuchar.

—¿Qué libro están leyendo ahora? —quiere saber Rosita.

—*La Regenta*, de Clarín, que nos está dando mucho juego.

Abandonan la plaza de Armas por la calle Obispo, que es una de las más comerciales de la ciudad.

—Madre, podemos buscar adornos de guirnaldas y otros detalles para la fiesta que va a organizar el mes que viene, ¿qué le parece? —comenta Rosita.

—Estupendo, seguro que en esta zona encontraremos algo.

No habían avanzado diez metros cuando Rosita oye que la llaman. Mira entre la gente, a aquella hora la calle está concurridísima, y descubre a Clara con otras dos amigas.

—Qué alegría que te encontramos, nos daba un poco de pereza acercarnos hasta tu casa. Nos vamos a dar un paseo por el Malecón —le dice Clara, que muy amable saluda a Marina.

—Es que le he propuesto a mi madre acompañarla a hacer unas compras —se justifica Rosita.

—Si te apetece irte con ellas, no lo dudes. Las compras las hacemos otro día. Yo sigo paseando. Quedamos a las ocho a la entrada de El Siglo XX para esperar a tu padre.

—¿De verdad no le importa? —pregunta Rosita, agradecida.

—En absoluto, cariño. Pasadlo bien.

Marina las ve alejarse. Son cuatro muchachas preciosas, pero entre ellas sobresale Rosita. Su esbelta figura hace que muchos la contemplen con admiración. Se sonríe al pensar que jamás tuvo mayor certeza de ser invisible que cuando va al lado de su hija. Además, esta tarde está especialmente guapa.

Reanuda su camino. Mirará algunos escaparates y tal vez se acerque a casa de Magdalena para hacerle un poco de compañía, aunque, la verdad, no es lo

que más le apetece.



Ha comprado unas guirnaldas preciosas para la fiesta del jardín. Ya está cansada de andar de tiendas, pero aún falta más de una hora para las ocho. No le parece bien ir sola a un café, con lo cual se acercará a casa de su amiga. No suele frecuentar la calle Mercaderes, siempre de triste recuerdo, porque en ella experimentó hace años uno de los momentos más dolorosos y que más influyeron de forma negativa en su vida. Ya sabe que es pasado y no debe pensar en ello. De repente, Marina se da cuenta de que es en esta calle donde vive el secretario de la Academia de San Alejandro, su «enamorado», según Rosita.

Este recuerdo le hace cambiar de idea, no irá a ver a Magdalena, no quiere encontrarse con Sixto en su propia calle, no vaya a pensar que le busca o propicia un encuentro. «Qué tonterías estoy pensando —se dice—. Todo debido a los comentarios de esta mañana de Rosita».

Camina despacio, puede acercarse a El Siglo XX. En el despacho de su marido descansará, pero no desea interrumpirlo. Volverá a la plaza de Armas. La temperatura es muy agradable y cree recordar que cerca del castillo de la Real Fuerza hay unos bancos en los que puede descansar un rato.

Afortunadamente, todos los bancos están vacíos. Marina se sienta. Qué alivio reposar un ratito, y con tan poca gente se respira una relajante tranquilidad.

Este es uno de los lugares de La Habana que más le gusta. No puede evitar el pensar en Candás y en su gente. ¿Cómo seguirá la señora Covadonga? En la última carta le contaban que estaba muy bien y volcada con Reme que, ya casada con Lolo, esperaba su segundo hijo.

De las pocas personas que pasean por la plaza llama su atención un hombre alto, delgado, que lleva un sombrero Habana o Panamá, con verdadero estilo. No puede ver su cara pero tiene la sensación de que mira hacia donde ella se encuentra.

Una mamá con un bebé que a punto está de sentarse a su lado en el banco la distrae durante unos segundos. Cuando vuelve a mirar al hombre del sombrero,

este se encuentra muy cerca y entonces sí le conoce.

—No podía ser otro el lugar en que coincidiéramos. Ni en mis mejores sueños aventuré jamás la dicha de encontrarla aquí —le dice Sixto, que galantemente se ha quitado el sombrero para saludarla.

—¿Y por qué? ¿Qué significa para usted este sitio? —pregunta sorprendida Marina.

—La mujer enamorada que espera la llegada del hombre al que ama.

—O sea que yo soy Isabel de Bobadilla y usted Hernando de Soto. Por favor, don Sixto, no sea usted petulante.

—¡Ay, mi querida señora, es broma! Perdóneme usted. ¿Me permite sentarme un momento?

Marina no dice nada, se hace a un lado, gesto suficiente para que Sixto se acomode junto a ella. No cabe duda de que es un hombre peculiar. Marina tiene que hacer esfuerzos para dominar su sorpresa cuando Sixto saca del bolso, tipo bandolera, que cuelga del hombro, un abanico con el que comienza a darse aire. Es la primera vez que ve a un hombre abanicarse y debe reconocer que le gusta la originalidad del profesor. Aunque no hace calor como para abanicare.

—¿Tanto calor tiene? —le pregunta Marina.

—Tengo concentrado en mí todo el sol de las primeras horas de esta tarde, porque a pesar de la protección del sombrero creo que he estado demasiado tiempo expuesto a los rayos solares sin moverme. He ido al Morro para tomar unos apuntes y cuando me sumerjo en el trabajo todo lo demás deja de existir para mí.

—¿En qué está trabajando? —se interesa ella.

—Tengo un montón de proyectos abiertos. Los apuntes de hoy son para utilizar como fondo de un retrato que quiero hacer a un personaje histórico.

—Desconozco totalmente su obra, pero pronto la descubriré. Por cierto, muchísimas gracias por las invitaciones para su exposición. Allí estaré. Intentaré que mi marido me acompañe y así se conocen.

—Será un placer. Me da usted una gran alegría. La verdad, Marina, es que le tengo mucho afecto. Llamó usted mi atención desde el primer momento en el

que nos vimos en el despacho del director de la escuela. Y usted lo sabe — dice el profesor, mirándola a los ojos.

—¿Pertenece su obra a la pintura académica cubana? —le pregunta ella, evitando su mirada.

—Me encantaría ser un genio innovador, pero no lo soy. Sigo los cánones establecidos. Trabajo tanto el paisaje como el retrato. Por cierto, me encantaría pintarla. Dos o tres tardes en mi estudio serían suficientes —dice Sixto, para animarla.

Marina se siente muy halagada. Le hace mucha ilusión que la immortalicen en un cuadro. Pero tiene que tener cuidado. El profesor parece alentar otras intenciones. «Aunque no es posible, son imaginaciones mías», piensa. Él sabe que ella está casada y, además, es una señora mayor.

—Le comentaré a mi marido su propuesta —dice Marina.

—Seguro que le encanta —contesta Sixto.

—Yo creo que sí. ¿Qué ha sido eso? —comenta Marina un tanto asustada.

—Un trueno. Démonos prisa. Está a punto de caer un chaparrón. Ya sabe cómo llueve en La Habana.

Se van casi corriendo, cuando aún no han alcanzado la mitad de la plaza, la lluvia empieza a caer de forma despiadada. Sixto le toma del brazo para indicarle que lo mejor es guarecerse en los soportales del palacio de los Capitanes Generales.

—Menos mal que teníamos este lugar cerca —dice Marina.

—Por ello me gustan las ciudades con soportales. Te cobijan de la lluvia y también te protegen del sol —comenta Sixto, que añade—: Marina, me tiene que perdonar pero hace tiempo que me pregunto si Rosita es su hija natural. ¿Su marido es negro? Si le molesta mi curiosidad, no me conteste, lo tengo bien merecido.

—No se preocupe. Mi marido es blanco, asturiano como yo. Rosita es adoptada. No me ha molestado en absoluto. ¿Usted está casado, soltero o viudo? ¿Es cubano criollo?

—Estoy soltero. Y sí, soy criollo. Mi madre era española y mi padre italiano. Y ahora que ya nos conocemos mejor, ¿acepta que la invite a tomar un café?

—Me encantaría, pero no puedo. He quedado a las ocho con Rosita.

—Lo dejamos pendiente para la próxima vez que nos veamos.

—De acuerdo. Me voy antes de que vuelva a llover —dice Marina.

—Muchas gracias por permitirme acompañarla unos minutos. Ha sido un auténtico placer.

Marina cruza la plaza hacia la calle la calle Oficios donde se encuentra el comercio de Silverio. Está segura de que Sixto se ha quedado observándola. Camina con cuidado, no por la lluvia, sino porque se siente observada y quiere causar buena impresión.

«Parezco una quinceañera —se dice—. Silverio se reirá de mí cuando se lo cuente».



El paseo ha sido divertido y especialmente «ilustrativo». Clara venía con dos amigas a las que Rosita no conocía. Una de ellas, Luz, es una excelente imitadora. Se rieron mucho con las parodias que hizo de personas famosas que todas conocían. Es buena no solo por los cambios de registro, en la tonalidad de su voz, sino por la agudeza de sus comentarios. A Rosita, que nunca había coincidido con ella, le parece un fichaje estupendo y así se lo dice a Clara en un momento que las dos quedan un poco rezagadas.

—Cómo es posible que no la haya visto nunca por la escuela —se sorprende Rosita.

—Porque no es alumna de Bellas Artes como nosotras. Estudia Medicina —le contesta Clara.

—Pues me sigue pareciendo raro no haberla visto. Tú y yo tenemos amigos en Medicina y vamos mucho a la universidad y nunca nos hemos cruzado con ella —asegura Rosita—. ¿Cómo te has hecho amiga de ella?

—Su hermana es amiga de la mía y le contó que Luz había tenido problemas con una compañera de universidad y que, desde entonces, le hace la vida imposible. En estos meses ha conseguido que nadie la quiera como amiga. Lleva todo este tiempo sin relacionarse con nadie —le cuenta Clara.

—Qué pena, con lo simpática que es —exclama Rosita.

—Pero ahora viene lo bueno. ¿A qué no sabes quién es la estudiante que se ha propuesto amargarla?

—Por la expresión de tu cara tengo que conocerla. Y si es así, seguro que es la persona en la que estoy pensando —apunta Rosita.

—La verdad es que de ella se puede esperar cualquier cosa —corroborra Clara—. Yo creo que nuestra presencia en el grupo le fastidia y que nos soporta por sus deseos de seguir al lado de Javier.

—Estamos hablando de Ana, ¿verdad? —aclara Rosita.

—Sí. Mira que es antipática —comenta Clara.

—¿Por qué no le preguntamos a Luz qué es lo que le sucedió con ella? —plantea Rosita.

—Me parece bien.

Aceleran un poco el paso dando alcance a las otras dos y se integran en la conversación.

—Luz, si no te apetece no me contestes —dice Clara al cabo de unos minutos—, ¿pero qué le has hecho a Ana para que te odie de esa forma?

—No me importa contároslo. Sé que tal vez me pasé un poquito, pero era broma. Una tarde, en el campus, estábamos reunidas unas quince alumnas. Una de ellas, conocedora de mi facilidad para imitar, me pidió que hiciera una parodia de dos profesores. Les gustó mucho y aplaudieron. Entonces, una sugirió que eligiera a alguna del grupo para imitarla, y yo inmediatamente pensé en Ana que es la que más juego me daba, tanto por su comportamiento con algunos profesores, como con determinados compañeros.

—¿Y? —pregunta Rosita.

—Montó en cólera. Me insultó y juró que se vengaría. De nada sirvieron las aclaraciones de sus amigas diciéndole que era broma, que estábamos jugando —cuenta Luz.

—¿Tan mal la trataste en la imitación? —quiere saber Clara.

—Siempre se exagera un poco para hacer gracia. Y yo acentué su coquetería, sus esfuerzos por ser la número uno en todo, sus ansias de protagonismo.

—Le has dado donde más le duele —dice Rosita.

—Yo le pedí disculpas, que no ha querido aceptar —afirma Luz.

—Es persona difícil, nosotras la conocemos —dice Clara.

—Ya lo sé. Y no sabéis qué cosas dice de vosotras, sobre todo de ti, Rosita.

—¿De mí? ¿Y qué dice?

—Son cosas desagradables, mejor me callo —contesta Luz.

—No. Ahora que nos has puesto en alerta, tienes que contárnoslo.

—Verás, dice que sois unas tontas. Que os soporta porque sois amigas de Javier. Ella quiere mucho a Javier y no se explica cómo siendo tan buen chico y listo puede tener relación con vosotras. Cuando habla de ti, Rosita, se le hincha la vena que atraviesa su frente y con cara de maldad asegura que no eres más que una mulata algo agraciada y que utilizas tu exotismo para conquistar a los chicos. Que solo piensas en atraerlos. Pero que ninguno te quiere para nada, ya que solo pretenden divertirse contigo.

—Será imbécil, ¿y ella qué es? Una blanca escuchimizada, sosa, aburrida y además envidiosa —suelta Rosita.

—No merece la pena que hablemos de ella. Rosita, estoy pensando que deberíamos dejar de salir con el grupo —sugiere Clara.

—Ni hablar. Eso es lo que ella quisiera. Vamos a seguir saliendo con ellos y se va enterar de lo que, con su exotismo, puede hacer una mulata —dice amenazante Rosita.

Mentiría si dijera que no le han dolido los comentarios de Ana, pero la verdad es que las cosas desagradables, cuando proceden de alguien a quien no quieres, duelen menos. Nunca ha sentido ninguna simpatía por aquella chica. Además, el deseo que tiene de fastidiarla le hace estar eufórica. Debe trazar un buen plan.

Rosita apura el paso. Teme llegar tarde. No quiere que sus padres la esperen. Cuando enfila la calle Oficios, respira aliviada al ver a su madre en la acera de El Siglo XX.



—Hola, madre, creía que llegaba tarde, pero veo que aún no han cerrado —dice Rosita, que se acerca casi corriendo.

—Sí, está encendido porque tu padre y Mariano se encuentran dentro, pero los empleados ya se han ido —contesta Marina.

—¿Quiere que entremos?

—No, mejor esperamos. No quiero interrumpirlos, igual están tratando temas urgentes. ¿Sabes con quién he estado? Con tu profesor Sixto Velasco —dice Marina, riendo—. Se ha ofrecido para hacerme un retrato.

—¿Ha aceptado? —pregunta Rosita.

—Primero conoceré la opinión de tu padre. Pero no me disgusta la idea —contesta Marina.

—Pues ya puede tener cuidado, madre.

—No será para tanto —replica Marina con una sonrisa—. ¿Qué tal tu paseo? ¿Dónde os pilló la lluvia?

—Cerca de la plaza de San Francisco. Apenas nos mojamos.

Rosita duda si contarle a su madre lo que su nueva amiga le ha dicho. Al final, se decide a hacerlo.

—La venganza produce una felicidad engañosa y además es el camino para nuevos sufrimientos. Una persona mala, como dices es Ana, si se siente herida, puede resultar muy peligrosa. Renuncia a vengarte, Rosita. Puedes hablar con ella y decirle que se olvide de ti y que no siga haciendo comentarios —le aconseja Marina.

—No, madre. Ella tiene que pagar por su comportamiento y yo sé cómo hacerla sufrir.

La llegada de Silverio y su socio Mariano les impide seguir con la conversación.

—Pero, ¿por qué no habéis entrado? Nos hemos entretenido. No tenía ni idea de que vendrías a buscarme. Qué alegría —dice Silverio, a la vez que les da un beso.

—Perdonad —dice Mariano—, nos hemos entretenido hablando de la cada día más complicada situación política.

—Estoy bastante desinformada —apunta Marina—, pero ¿no hemos mejorado con el nuevo presidente de la república?

—En absoluto. Casi me atrevería a decir que dentro de muy poco estaremos peor —confiesa Mariano.

En mayo de aquel año de 1925 había jurado como presidente el general Gerardo Machado y Morales, que representaba a los grupos más privilegiados

de la sociedad.

—El problema —opina Silverio— es que no se puede gobernar solo para un sector de la población. El descontento obrero es evidente y va en aumento. Pero hablemos de cosas más agradables.

—¿Qué os parece si hoy me permitís que os invite a cenar? —propone Mariano—. Siempre nos reunimos en vuestra casa y mi papel nunca deja de ser el de invitado y estoy deseando cambiar.

27. *Venganza*

—Amita, está preciosa —dice con admiración Diana.

—Muchas gracias, el peinado que me has hecho me favorece —replica Rosita mientras se atusa el cabello.

La imagen que el espejo le devuelve es de su agrado. Cree que ha acertado con el vestido. Ha elegido uno blanco, vaporoso. Le sienta de maravilla.

Podría maquillarse un poquito. Mejor no, se dice. Solo se dará brillo en los labios.

Ha trazado un plan perfecto. Pasará a decirle adiós a su madre.

—No sabía que tuvierais hoy una celebración. Estás preciosa —le dice Marina, un tanto sorprendida cuando la ve bajar por la escalera.

—No, no hay ninguna fiesta, madre. Voy a comer con los amigos y después iremos a pasear o a bailar.

—Te lo comentaba porque te has arreglado más de lo habitual —observa Marina.

—Ya sabe que hay días que apetece intentar verse guapa y hoy es uno de ellos —contesta Rosita, sin darle ninguna importancia.

—Pásalo bien y ya sabes, nada de excesos. Compórtate como una buena chica, que es lo que eres. Y no regreses tarde.

—Así lo haré, madre.

Rosita le da un beso y cuando ya se encuentra cerca de la puerta oye a su madre que le dice:

—Rosita, se me olvidaba, esta misma mañana han llegado cartas. Tienes una de Inés.

Duda unos momentos. No sabe muy bien qué hacer. La carta la puede leer por la noche. Va justa de tiempo, pero es de Inés. Qué coincidencia que llegue precisamente en aquellos momentos.

—¿Te la llevas? —le pregunta Marina.

—No, subiré a leerla. Madre, ¿luego me puede acercar el coche a la escuela?

—Sin ningún problema. Se lo digo a Lino para que esté pendiente.

—Gracias.

Ya en su habitación Rosita abre el sobre que es más voluminoso que de costumbre.

Queridísima Rosita:

Lo que tanto esperaba ha sucedido. Dios me ha escuchado: mi madre ha venido al orfanato. Te lo contaré con detalle porque sé que te gustará conocer cómo sucedió. Serían las once de la mañana. Yo me encontraba trabajando en la enfermería cuando entra sor Carmen y me dice que ella se queda sustituyéndome, que yo tengo visita, que alguien me espera en la sala. Imagínate mi sorpresa. No conozco a nadie. Solo tu primo Vicente podría venir, pero era totalmente improbable. Algo en la expresión de sor Carmen me inquietó. «¿Quién es?», le pregunté. «Dice que es tu madre. Asegura que es la misma mujer que te dejó aquí hace años». Un temblor recorrió todo mi cuerpo. El abrazo de sor Carmen apaciguó un poco mi inquietud. «Tranquilízate —me dijo—. Habla con ella. Déjala que se explique, no la juzgues. Ha venido, eso es lo importante».

Rosita quiere asimilar lo que está leyendo. ¿Qué haría ella? Seguro que correr a abrazar a su madre, pero su madre no la ha abandonado. A Inés sí. «Es probable que si yo fuera Inés, me vengaría, pero ella es distinta».

La puerta de la sala donde me esperaba estaba abierta y pude verla paseando nerviosa. La reconocí inmediatamente. Su cabello rojizo era inconfundible. Creí que cuando me encontrara con sus ojos, me echaría a llorar, y sin embargo, me quedé mirándola como si fuera una extraña. Sabía que era ella, pero mi corazón no se alteró, porque su rostro no era el que yo recordaba día tras día.

Al verme se quedó como petrificada. Unas silenciosas lágrimas resbalaban por sus mejillas y no decía nada, solo me miraba. «Por favor, no llore», le dije, dándole mi pañuelo. Entonces empezó a hablar (te aseguro, Rosita que aquella voz era totalmente desconocida para mí):

—Mi querida hija, tienes que perdonarme. Sé que me he portado muy mal, pero quiero reparar todo el daño que te he hecho. He venido.

—Sí, madre, aquí está, tranquilícese. No le guardo rencor. Le he pedido a Dios volver a verla para decirle que la perdono, pero me gustaría que me dijera por qué me dejó y dio un nombre falso para que no pudieran localizarla. Llegué a pensar que usted no era mi madre. (Rosita, yo hablaba como una autómatas. Era como si me hubiera convertido en alguien ajeno a mí).

—Es muy complicado —me dijo—. Yo nunca me casé con tu padre. Nos quisimos durante un tiempo, pero él regresó a su país sin saber que yo me había quedado embarazada. Naciste tú y eras lo más importante de mi vida hasta que conocí a un hombre del que me enamoré. Tuve miedo a que él me abandonara si sabía que tenía una hija. Fue entonces cuando pensé en dejarte en el orfanato. Con la idea de decírselo después de casarnos y venir a buscarte.

—Por eso dejó un nombre falso —le comenté.

—Tenía miedo de que algo estropeará mi matrimonio. Perdóname.

—Ya le he dicho que está perdonada. —Rosita, me apetecía gritar, insultarla, pero con una calma asombrosa le pregunté—: ¿Y ahora por qué viene? ¿Se ha muerto su marido o ya se lo ha dicho?

Rosita deja un momento la carta para beber un vaso de agua. Está impresionada y vuelve ansiosa al relato.

—Ni lo uno ni lo otro. Mi conciencia no me deja vivir tranquila. No sabía qué había sido de ti y necesitaba conocer si estabas viva y qué hacías.

—Madre, ¿y cómo ha podido aguantar todo este tiempo con semejante remordimiento de conciencia?

—Bueno, he tenido dos hijos que me han mantenido muy ocupada, pero ahora me gustaría que volvieras conmigo. Quiero presentarte a todos.

Rosita, en ese momento ya no pude resistir y me derrumbé. Durante unos momentos no oculté mi pena y lloré. Ella no hizo ningún ademán para consolarme, éramos dos extrañas. Un poco más tranquila, le dije que no se preocupara por mí, que, como podía comprobar, me encontraba bien. Le sugerí que no comentara nada a su marido de mi existencia porque yo seguiría en el mismo sitio en el que me encuentro, que era mi verdadero hogar. Y que de esa forma sería mejor para todos. Le agradecí que hubiera venido a verme porque necesitaba saber la verdad sobre las razones que la movieron a abandonarme y que ahora ya las conocía. Le aseguré que no le guardaba ningún tipo de rencor.

Nos abrazamos y al despedirse me preguntó si podía volver a verme.

—Claro, siempre que quiera. Pero no se sienta obligada.

La estuve observando mientras se iba. Me sentía liberada. El gran dolor que nunca me dejó al sentirme abandonada por la persona que tenía que haberme querido se esfumó al conocer las razones que la movieron a hacerlo. Entendí su postura. Se había querido más a sí misma que a mí. Igual que ahora comprendo la mía al no sentir cariño por la mujer que me ha dado la vida y a la que en mis sueños seguía adorando, pero que al verla mi corazón permaneció impasible. La ayudaré siempre que me necesite pero mi amor filial es para las monjas que me cuidaron y aún se ocupan de mí.

Rosita se siente impresionada. Aquella carta ha llegado en el peor momento. El momento en el que ella ya ha diseñado su venganza. Si siguiera el ejemplo de Inés intentaría conocer las razones por las que Ana habla mal de ella, aunque no son ningún secreto. Pero el comportamiento de su amiga no la hará cambiar de idea. Nada de comprensión, ella se encargará de darle justa réplica a la envidiosa Ana. Mañana le escribirá a Inés y puede que le cuente algo de lo que hoy suceda.



Rosita pasa a recoger a Clara a la escuela y juntas van en el coche a la universidad. En la cafetería ya se encuentran reunidos Javier, Felipe y cinco más. A Rosita le sorprende no ver a Ana, pero no pregunta por ella.

—Esperamos que estéis de acuerdo —comenta Javier, dirigiéndose a Rosita y Clara—. Ayer decidimos ir a comer a Jaimanitas. Felipe ha traído el coche de su padre y Ana ha ido a buscar el suyo.

—Es una pena. De haberlo sabido, no hubiese mandado el mío para casa —comenta Rosita.

—No te preocupes, cabemos en los dos —apunta Javier.

—¿Y por qué Jaimanitas? —quiere saber Clara.

—Yo he sido el responsable —dice Felipe—. He ido con mis padres hace no mucho y los platos de marisco y pescado que preparan me parecieron deliciosos. Ya sabéis que es un pequeño poblado costero habitado solo por pescadores y que posee un tipismo y belleza que os van a encantar.

—¿A qué distancia de La Habana se encuentra Jaimanitas? —quiere saber Rosita.

—Muy cerca, casi en las afueras —responde Felipe.

—Ya estoy aquí —dice Ana, que entra como una exhalación.

—Qué bien —dice uno de los chicos—. Ya podemos irnos.

Ana se fija inmediatamente en Javier y Rosita, que charlan ajenos a todo el grupo. Ve lo guapa que está Rosita y de buena gana la fulminaría. Maldito el día, se dice, en que apareció por la universidad.

—Distribuyámonos entre los coches —pide Felipe, que añade—: Conmigo vienen Rosita y Clara.

—Yo también voy contigo —se suma Javier, interrumpiéndole.

—Pues el resto conmigo —apunta Ana, que a duras penas logra disimular su enfado.



El lugar donde Felipe los lleva a comer es un humilde restaurante de pueblo. Con gente muy amable. No tiene más clientes que a ellos. Les han preparado una mesa larga en la que caben todos. Rosita se sienta al lado de Javier. Ana se da prisa para ocupar el lugar al otro lado del muchacho.

Rosita se está volcando para atraer la atención de Javier que, dichoso, solo tiene ojos para ella. Sabía que el muchacho era amable, pero en este tiempo que llevan charlando los dos solos, a ella le parece mucho más encantador. Pueden hablar de todo, el diálogo fluye entre ellos como si fuesen amigos de toda la vida.

Javier, sorprendido ante la reacción de Rosita, teme que ella cambie de repente e intenta ser lo más simpático y amable posible. La relación entre ellos siempre ha sido excelente, como buenos amigos, pero hoy es diferente. Tiene la sensación de que Rosita solo quiere estar con él, algo que le llena de satisfacción, porque la muchacha le gusta muchísimo.

Les sirven un menú de marisco y pescado.

—Qué alguien me diga qué pescado tan delicioso es este —pide Clara.

—Es pargo, con una sabrosa salsa de almendras tostadas, fritas y molidas —aclara Felipe.

—Algo en este lugar me recuerda a Candás, el pueblecito donde me crié — dice Rosita.

—Será por el mar y los pescadores —apunta Javier.

—Sí, y también porque allí preparan muy bien el pescado —comenta Rosita, que recuerda a la señora Covadonga con amor.

—Estas cabrillas fritas están deliciosas —interviene Felipe.

—Me quedo con la langosta, está succulenta —observa Ana.

—¿Echas de menos Candás? —le pregunta Javier a Rosita.

—No. Si mis padres se hubieran quedado allí, lo añoraría. Pero como están conmigo, soy feliz en La Habana.

—¿Cómo es Asturias? —pregunta Javier—. Espero poder visitarla algún día.

—Solo conozco Candás, Oviedo, que es la capital, y Covadonga. El paisaje es precioso, muy verde, con montañas. También tiene muchas playas.

—¿Se parece a Soroa o al valle de Viñales? —pregunta Javier.

—No, Asturias es mucho más agreste. Su verde no es tan tenue como en Viñales, es mucho más intenso. Las montañas asturianas se unen unas a otras formando una cadena, nada que ver con los mogotes.

Javier no se da ni cuenta de que a su otro lado se encuentra sentada Ana, con la que no ha intercambiado ni una sola palabra en toda la comida. La muchacha está indignada y de buena gana se habría levantado de la mesa, pero disimula. Ya llegará su momento.

—¿Qué os parece si vamos a pasear un rato cerca del mar?— plantea uno de los estudiantes.

—Perfecto. Y si estáis de acuerdo, luego podemos escuchar un poco de son. Me ha dicho el dueño del restaurante que su hijo y dos amigos son aficionados y nos pueden tocar algo —les propone Felipe.

—Me parece una idea estupenda —contesta Rosita.

—Lo hago por ti, bueno y también por mí —dice Felipe—. A los dos nos gusta mucho el baile.

Al salir del restaurante, Ana toma de un brazo a Javier y le dice:

—Perdona un segundo, quería comentarte lo que ayer me dijo el profesor auxiliar de Clínica Quirúrgica.

—¿Es algo que deba conocer inmediatamente?

—No, urgente no es —dice Ana con una dulce sonrisa, aunque de buena gana se pondría a gritar.

—Pues entonces me lo cuentas en otro momento. ¿Te parece?

Sin darle tiempo a que responda, Javier sale corriendo en busca de Rosita que desde la distancia observa todo.



Rosita, Clara y Javier vuelven a La Habana en el coche de Felipe, igual que a la ida a Jaimanitas.

—Ha sido un día precioso —dice Rosita.

—Lo he pasado muy bien —afirma Clara—. Y, además, me estoy aficionando al son, casi lo bailo tan bien como tú, Rosita.

—Dos sesiones más y totalmente dominado, querida —le asegura Felipe, que añade—: Pobre Ana, llegará a ser una buenísima cirujana, pero si tuviera que vivir del baile...

—Tienes razón —añade Clara—. No he conocido a nadie con menos sentido del ritmo. Todo lo contrario que tú, Javier.

—Es verdad, Javier, da gusto bailar contigo —afirma Rosita.

Habían bailado al atardecer en la playa. El improvisado trío encargado de interpretar son no tenía ni contrabajo, ni claves. Pero sí unas maracas, bongó y guitarra.

—Menudo trío que han formado el hijo del dueño del restaurante y sus amigos. Lo hacen muy bien y se nota que les apasiona la música —comenta Javier.

—Hasta ahora, Rosita y yo éramos la pareja oficial de son, pero a partir de esta tarde creo que debo cederte el puesto —dice Felipe a Javier—. Había que veros. Formáis una pareja perfectamente acoplada. Parecíais profesionales. Por cierto, ¿cómo te has hecho con las rosas?

—Al ir para la playa, en el pequeño jardín de una de las casas las vi. Y pensé que le sentarían muy bien a Rosita. Pedí permiso y las corté.

—Son preciosas —dice Rosita—. Todavía las llevo puestas.

—Te quedan muy bien —añade Clara.

Son tres rosas rojas que Rosita se ha colocado a modo de coletero que le sujetan la melena.

—Gracias, Felipe, por haber organizado esta interesante salida. Creo que es uno de los días más felices de mi vida —confiesa Javier, y tímidamente se atreve a preguntar—: ¿No os gustaría repetirlo?

Tanto Rosita como Clara opinan que volverían encantadas a Jaimanitas.

—Yo también —acuerda Felipe—, pero os propongo que nos escapemos nosotros cuatro.

—Por mí, encantada —asegura Rosita.

—Yo también lo apruebo —apunta Clara.

—Y yo lo aplaudo —apostilla Javier, que pregunta—: ¿Pero no os parece que a los demás les sentará mal?

—Es posible, aunque no creo que estemos obligados a hacer todos lo mismo —afirma Rosita.

—Tienes razón y, además, a la mayoría no les importará. Quien sí se pondrá como una fiera será Ana —aventura Felipe—. Prefiero no pensar en el estado de ánimo con el que irá conduciendo en estos momentos hacia La Habana, después del día que le habéis dado. Javier, tú sabes que ella está enamorada de ti.

—Porque tú me lo dices. Espero que sea una ilusión pasajera. Yo nunca podré corresponderla —responde Javier.

—Ya estamos en la ciudad, si queréis os acerco a casa —se ofrece Felipe.

—Gracias, no te preocupes —contesta Rosita—. Es temprano y nos da tiempo a recoger unos encargos. Ya nos arreglamos nosotras.

—De acuerdo. Ya sabéis que el jueves os esperamos —les recuerda Felipe.

—Hasta el jueves —les dice Javier, que se baja del coche para despedirlas.



—¿Por qué no has querido que nos llevara a casa? —pregunta Clara.

—Es temprano y me apetece, si tú quieres, que charlemos un rato mientras paseamos —contesta Rosita.

—De acuerdo. ¿Nos acercamos al Malecón?

—Estupendo. Te he visto muy feliz con Felipe —le dice Rosita.

—Es muy amable. Creo que hoy lo he conocido mejor. Ya sabes que siempre está pendiente de ti, pero como para ti hoy solo existía Javier... Por cierto, tenías que ver la cara de Ana en algunos momentos —comenta Clara.

—Pues que se vaya acostumbrando. Que se olvide de Javier —asegura Rosita.

—Resulta evidente que puedes alejar totalmente a Javier de Ana. ¿Pero luego, qué harás con él? ¿Decirle que le quisiste ayudar para que ella no le incordiará? ¿No te has dado cuenta de cómo te mira? Rosita, hace tiempo que me he percatado de que Javier siente algo por ti.

—Si eso fuera verdad, también se puede desilusionar al conocerme mejor. Lo mejor es no hacerse preguntas. El tiempo decidirá.

—Dime la verdad, Javier a ti tampoco te resulta indiferente, ¿verdad?

—Es un buen amigo y nada más.

Rosita no es tan amiga de Clara como para hacerle confidencias íntimas. Por ello no ha sido sincera. Solo a Inés le contará las sensaciones vividas hoy. Le hablará de la reacción de su cuerpo al entrar en contacto con el de Javier en el baile. Una sensación que electrizaba todo su ser, nunca antes experimentada, aunque había bailado con varios muchachos. Rosita es consciente de que el motivo que la llevó a acercarse a Javier no es otro que el de hacer daño a Ana, pero ahora tiene que reconocer que le gusta estar a su lado. Que lo ha pasado infinitamente mejor que otras tardes y no solo por la alegría de ver sufrir a su enemiga.

—Pues te aseguro que formáis la pareja perfecta. Tan altos, tan guapos...

—Y tan mulatos —se ríe Rosita, sin dejar terminar a Clara.

—¿Y eso qué importancia tiene? No tienes ni idea de cuántas blancas suspiran por Javier y blancos por ti —comenta Clara.

—Es broma —dice Rosita, pero ella sabe que el hecho de que Javier sea mulato constituye una barrera que tal vez algún día pueda derribar.

—Te juro, Rosita, que a mí, que soy criolla, hija de catalán y canaria, no me importaría en absoluto casarme con un mulato —asegura Clara.

Las dos muchachas siguen haciéndose confidencias mientras pasean por el Malecón, que a aquella hora de la tarde está bastante animado. Muchos son los que acuden a ver la puesta del sol al lado del mar.

De regreso, se detienen cada poco a admirar los trajes de moda que se asoman a algunos escaparates.

—Me encanta este tipo de trajes un tanto ajustados —comenta Clara—, pero no me sientan muy bien.

—Tendrías que probártelos. A veces sucede que crees que un traje no te va y, cuando te ves con él, te das cuenta de que estabas equivocada —asegura Rosita, que propone—: ¿Quieres que entremos y lo comprobamos?

—No, mejor otro día. Se me hace tarde.

Nada más entrar en la calle O'Reilly, Clara señala uno de los cafés de amplios ventanales.

—¿No es aquel nuestro profesor don Sixto Velasco? —dice.

—Sí, es él, y creo que la mujer con la que se encuentra es mi madre —comenta Rosita, sorprendida.

—¿Quieres que entremos a saludarlos? —pregunta Clara.

—No, porque nos invitarán y tendremos que sentarnos con ellos —asegura Rosita.

—Como quieras.

A Rosita no le gusta nada ver a su madre con aquella compañía. Seguro que él la espía y se hace el encontradizo. Tiene que hablar en serio con ella, no debe frecuentar el trato de un conquistador profesional.

28. Encuentros «fortuitos»

Marina se ha desplazado al centro como hace muchas tardes últimamente. Los días que no acude al Centro Asturiano, a la reunión de lectura, le gusta pasear por la plaza de San Francisco y algunas calles cercanas. Casualmente, suele encontrarse con Sixto Velasco, que la acompaña un rato y otras veces toman café.

Mentiría si no reconociera que la conversación con el profesor es interesante y a ella la estimula. Gracias a Sixto, conoce la existencia de pintores famosos. Le encantan las historias que le cuenta sobre ellos porque reconoce que, de esa forma, es más fácil fijarlos en la memoria.

Le sorprende que esta tarde aún no se hayan encontrado porque, aunque él siempre alude al azar, ella sabe que no es así y no le importa. Al contrario, se siente halagada.

Cualquier día se decide y se acerca a su estudio para que la pinte. Se lo ha contado a Silverio, que se ha mostrado encantado y la ha animado a que vaya.

Sin embargo, no le ha dicho nada a su marido de estos encuentros esporádicos con el profesor y se pregunta por qué no lo ha hecho. Tal vez sea debido, se dice, a que no ha surgido la oportunidad, pero sabe que no es cierto. No se lo ha dicho porque, a pesar de que son unas simples reuniones, a ella no le gustaría que Silverio tomara café de vez en cuando con una señora, aunque fueran encuentros tan inocentes como los de ella. Pero, ¿en realidad lo son? Marina quiere examinarse a fondo.

Después de pensar unos minutos, llega a la conclusión de que, por su parte, no hay nada que ocultar en los encuentros con el profesor. La prueba la tiene en que le daría exactamente lo mismo que Sixto fuera una mujer. Le agrada la atención que le presta y también los temas de los que hablan. Y, si fuera mujer, sucedería lo mismo, claro que entonces no ocultaría a Silverio los encuentros. Con lo cual, no le hablaba de ellos a Silverio por miedo a que le puedan hacer

daño. Lo mejor será que deje de ver al profesor para evitar un posible disgusto a su marido.

Va tan ensimismada en sus pensamientos que no se ha dado cuenta de que hace unos momentos que Sixto pasea a su lado.

—No le he visto llegar —le dice, sorprendida al percatarse de ello.

—Ya me he dado cuenta. No sabe cómo me gustaría ser la persona en la que pensaba con tanta intensidad —dice Sixto riendo.

—Igual acierta —responde Marina, provocadora.

—No sea usted perversa —le recrimina Sixto.

—Nada más lejos de mis intenciones.

—He estado consultando unas notas sobre lo que le contaba el último día que nos vimos acerca de Sarah Bernhardt —dice Sixto.

—El romance con el torero Mazzantini ya sé que fue real. Y que eligieron el hotel Inglaterra como el escenario de su pasión —apunta Marina.

—Sí, pero a lo que yo me refería era al calificativo que había empleado la actriz para referirse al público cubano. Siempre se ha comentado que llamó a los cubanos «indios con levita». Y consultando esta tarde recortes de prensa, he visto unas declaraciones de la actriz en las que dice que solo les dio el calificativo de indios, pero que no aludió a la levita.

—De vital importancia la matización. Qué extravagancia la de las divas —comenta Marina.

—He ido al teatro Nacional para recoger el programa de la temporada de ópera. Le he traído uno para usted —le dice el profesor, acercándole un sobre.

—Muchas gracias. Luego lo miraré. ¿Hay muchas novedades? —quiere saber ella.

—Algunas, aunque Puccini sigue siendo el compositor preferido. Su reciente fallecimiento le ha dado nueva proyección.

—Se la merece, sus obras me parecen maravillosas.

—¿Sabe que dicen que era un mujeriego y que todas las protagonistas de sus obras están inspiradas en mujeres que conoció y con las que mantuvo relación? —observa Sixto maliciosamente.

—Siempre se exagera —contesta Marina.

—¿Tomamos un café o prefiere pasear? ¡Ay, se me olvidaba! Esta mañana, una de las sirvientas de doña Magdalena, la señora que ustedes conocen que es vecina mía, me dijo que se había puesto muy malita. Luego vi salir al doctor —le cuenta Sixto.

—Igual Silverio no se ha enterado. Me acercaré a verlo para decírselo.

—Si no le importa, la acompaño.

29. *Magdalena*

—Gracias, Marina, lo eres todo para mí —dice Silverio, mirándola a los ojos.

—No tienes nada que agradecerme. Mi deber es estar siempre a tu lado. Creo que ha sido bueno que fuéramos a verla. Es una mujer de una gran entereza. No he visto a muchas personas enfrentarse a la muerte cuando casi es inminente y confieso que me impresionó y emocionó la postura de Magdalena —asegura Marina.

—A mí me has emocionado tú cuando, buscando un pretexto, te fuiste de la habitación para dejarnos solos. No te importó el pasado.

—Ella siempre te quiso. Tiene derecho a despedirse de ti.

Marina y Silverio se encuentran sentados en una de las mesas del fondo en el salón de El Floridita. Después de abandonar la casa de Magdalena, Silverio, muy afectado, le propuso que se quedaran a tomar unas copas.

No era el dolor por la desaparición de un ser querido lo que le afectaba, sino el ver en lo que se había convertido aquella hermosa mujer que a su llegada a Cuba a punto estuvo de volverlo loco.

Silverio miró a Magdalena disminuida por la enfermedad y la edad. No pudo evitar recordarla como aquella noche en la que le pareció la mujer más hermosa del mundo. Iba totalmente vestida de blanco, con su melena rubia como el oro sujeta con flores también blancas.

Y ese mismo deterioro que observó esa tarde en Magdalena, se dice Silverio, lo sufrirá él y también Marina. Necesita beber.

—Todos conocemos lo que nos espera en la vida, pero no nos damos cuenta hasta que pasamos por momentos como este. Es durísimo envejecer, comprobar cómo se acaba todo —se lamenta Silverio mientras apura el segundo daiquiri.

—Todo depende de cómo asumamos ese final. La fe en Dios siempre es importante, pero pienso que en esos momentos más —asegura Marina.

—Y también del tipo de deterioro que nos espera. Todos envejecemos, mas no lo hacemos de igual forma —puntualiza su esposo.

—¿Qué os ha dicho el médico? ¿Lo mismo que nos contó ella? —quiere saber Marina.

Cuando Marina y Sixto llegaron a El Siglo XX para avisar a Silverio, este salía del establecimiento para ir a buscarla y darle la noticia, porque el médico, después de estar con Magdalena, había acudido a hablar con él. La enferma se lo había pedido.

—Sí, lo mismo. Su corazón se agota y no pueden hacer nada. Es cuestión de días —le cuenta Silverio.

—Me ha dado mucha pena que Magdalena esté sola. Su única compañía son los criados.

—Siempre ha sido así —afirma él—. No ha tenido hijos y después de la muerte de su marido se quedó completamente sola. Me he puesto un poco nervioso cuando nos informó de que en su testamento nombraba herederos universales al director de El Nuevo Amanecer y a mí. —Silverio no puede evitar un rubor en las mejillas.

—Es una buena herencia —comenta Marina.

—Sin duda, pero inmerecida —contesta su marido.

—Yo creo que las herencias casi siempre son inmerecidas.

—¿Pedimos otra copa? —sugiere Silverio.

—Como quieras. Igual se nos hace tarde y Rosita se preocupa.

—No creo que nos retrasemos más de media hora —aventura Silverio—. Por cierto, ¿cuándo vas a ir al estudio del profesor de Rosita para que te pinte? Me reafirmo en mi primera impresión, después del encuentro de esta tarde, creo que es un tipo muy simpático y agradable.

Sixto había ido con Marina a la tienda y al encontrarse con Silverio que salía, este le invitó a que los acompañara en el coche porque le podrían dejar en casa, ya que Magdalena —a quien ellos iban a visitar— vivía en la misma calle que él.

En el trayecto se mostró locuaz, algo habitual en él, y le pidió a Silverio que animara a Marina a posar.

—No es mucho esfuerzo o pérdida de tiempo, con dos o tres sesiones tengo suficiente —les dijo Sixto—. Siempre que pienso en inmortalizarla en un cuadro la veo como Adele, la hermosa mujer pintada por Klimt. Claro que ya quisiera yo semejarme, aunque fuese un poquito, al conspicuo pintor austriaco. Aunque algo sí tenemos en común: la pasión por la pintura y por la belleza femenina. No me interpreten mal, mi pasión es platónica.

Marina desconoce todo de Klimt, pero algo en la forma de expresarse de Sixto la lleva a pensar que existe un doble sentido en lo que ha dicho. En cuanto llegue a casa le preguntará a Rosita.

—Sí que es agradable Sixto —corroboró Marina— y, además, creo que buen profesor.

—Brindemos por nosotros, Marina, por nuestro amor, por la felicidad de poder estar juntos. Seguro que vendrán días difíciles, pero disfrutemos al máximo de estos momentos y guardémoslos en nuestro corazón.

—Es precioso lo que dices. Te quiero, Silverio.

Marina se acerca a su marido y le besa levemente en la boca.

30. *Alegría en el corazón*

Queridísima Inés:

Te iba a escribir mañana, pero lo hago esta noche aprovechando que mis padres aún no han llegado. Las noticias que hemos recibido de Candás son buenas, pero me encantaría, Inés, que te acercaras un día al pueblín para darle un abrazo grande a la señora Covadonga. Dirás que por qué te lo digo ahora después de todo el tiempo transcurrido. Tal vez pienses que tengo cargo de conciencia, pero no es verdad. ¿Sabes cuál es el motivo? Que mi corazón rebosa alegría y siento la necesidad de ser cariñosa con todos a los que quiero. La señora Covadonga es muy importante para mí, como tú, mi querida Inés.

Creo que esta euforia emocional que experimento se debe al hecho de que me estoy enamorando de Javier. En todo este tiempo hemos seguido saliendo juntos. Tú sabes que todo comenzó con mis deseos de vengarme de una amiga, Ana, pero ahora ya no pienso en ello. Estoy con Javier porque me siento feliz a su lado, aunque Ana sigue incordiando sin cesar, inventando mil excusas para alejarlo de mí. Hace unos días íbamos a ir al cine y no sé qué le habrá contado a uno de los profesores con los que hacen prácticas, para que este le pidiera a Javier que se quedara y, lógicamente, no pudimos vernos. Me parece que voy a hablar con ella y exigirle que se olvide de nosotros, que nos deje vivir en paz. Javier es tímido y nunca me ha dicho nada, pero yo sé que me quiere. Jamás pensé que me podría fijar en un hombre que no fuera blanco, Javier es mulato como yo, pero es maravilloso. Ya te iré contando. ¿Has vuelto a ver a tu madre? No sabes lo mucho que he pensado en ti y lo mucho que te admiro. Aplaudo, aunque yo sería incapaz de seguir tu comportamiento en el encuentro con tu madre. ¡Tengo tanto que aprender!

Te voy a contar algo que sé que te alegrará: he conseguido el segundo premio de dibujo en el concurso organizado por la Escuela de Bellas Artes de San Alejandro. Mi madre me dice que una vez terminados los estudios podía pensar en dedicarme a la enseñanza, pero ya le he dicho que no, que lo que quiero es pintar. Ya sé que se pueden hacer las dos cosas, aunque mi deseo es dedicarme íntegramente a la pintura y casarme y tener hijos. Me encantaría tener muchos.

En tus últimas cartas no me dices nada de cómo van tus estudios de enfermería y si ya te has olvidado de profesar como monja.

Inés, sé que me repito continuamente, pero ahora que ya has podido hablar con tu madre y que te has quedado tranquila, tendrías que animarte a venir. Solo tienes que decírmelo y mi madre te envía el pasaje.

He sentido un coche, seguro que son ellos que han llegado. Escíbeme pronto, por favor, y dime que te animas a viajar a Cuba.

Besos

Rosita

Dobla el papel y mira por la ventana. Son sus padres y parece que vienen felices. Hacía tiempo que no los veía tan abrazados. Su padre, que no es mucho más alto que su madre, le pasa el brazo por el hombro. Ella lo abraza por la cintura. Le gusta verlos así. Rosita piensa que su madre ya no está tan incómoda como al principio en la ciudad. «Qué buenos son conmigo», se dice. Es probable que les apetezca volver a Candás, pero por ella se quedan en La Habana. En verdad es una chica afortunada al tener unos padres como ellos. Rosita se sorprende con su propio pensamiento. «¡Dios mío, qué positiva me he vuelto! Y todo gracias a Javier», piensa.

Oye que su madre la llama mientras sube la escalera.

—Ya bajo, madre. Temía que les hubiera pasado algo, pero los vi desde la ventana.

—Ha sido una tarde complicada, pero al final nos hemos animado con unos daiquiris y sintiéndonos unidos —le dice Marina.

—Yo quiero querer así algún día —exclama Rosita.

—Antes de que te des cuenta, te enamorarás. Tu padre y yo hemos estado pensando que vamos a organizar la fiesta que tanta ilusión te hace. Invitaremos a tus amigos y a algunos conocidos nuestros, pero será tu fiesta. Así que ya puedes ponerte a idear cosas bonitas.

—Qué alegría, madre. —Le da un abrazo.

31. *Carnaval*

—Marina, siento tener que salir ahora, pero la reunión en el Centro Asturiano es importante —dice Silverio.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a tus infidelidades con el centro. Menos mal que no hay mujeres entre los socios. Lo cual es una injusticia, pero para mí una tranquilidad —replica riendo Marina.

—Pronto se te acabará, porque creo que este año las mujeres ya podrán ingresar en la entidad —la informa Silverio.

—¿Y qué es eso tan importante que tenéis que debatir?

—Son varios los temas, pero el más polémico y urgente es decidir si el Centro Asturiano participará en el desfile de carnaval —le cuenta Silverio.

—Pero si es una fiesta muy divertida. ¿Qué argumentan los que no quieren participar?

—El carnaval ya no es lo que era. Yo he vivido muchos carnavales aquí en La Habana. Primero conocí los de los barrios, con las comparsas de negros que cantaban y bailaban al son de sus tambores. Y también el carnaval que discurría por el paseo del Prado para la gente de nivel más elevado. Convivían uno y otro sin problemas. Pero ahora las cosas han cambiado: los intereses políticos y económicos están presentes y vienen a complicarlo todo —le explica Silverio.

—Ya lo entiendo —dice Marina—. Antes, por ejemplo, las carrozas las confeccionaban para conmemorar o destacar algo determinado, mientras que ahora es la publicidad de grandes marcas la que decide y estipula las directrices.

—Más o menos, y luego está el aspecto político. Si te apetece, te mando el coche, pasas a buscarme y podemos cenar los dos solos —le sugiere.

—Si no te importa, prefiero quedarme. Estoy cansada de la fiesta de ayer. Además, Rosita está a punto de regresar y tal vez le interese comentar algo

conmigo. Ayer fue una gran noche para ella.

—Ya lo creo, se la veía feliz. ¿Cuándo tienes que volver al estudio de Sixto?

—Dentro de unos días, lo tengo anotado. ¿Por qué me lo preguntas? —se interesa Marina.

—No iba a comentarte nada, pero al hablar de la fiesta de anoche, lo he recordado. Debo confesarte que menos mal que no soy celoso, pero me molestó un poco ver lo pendiente que estuvo de ti el profesor Velasco toda la velada —le aclara Silverio.

—Me encanta que me prestes atención y que sepas quién me mira y quién no —dice ella bromeando—, pero, si quieres, dejo de ir a su estudio o vienes tú conmigo.

—No, mi amor, sabes que confío en ti, pero algo observé en él ayer que encendió en mí la alerta. Pueden ser figuraciones mías. En cuanto termine la reunión, regreso —le promete Silverio, dándole un beso.

Marina piensa que quizá hubiera sido mejor no haber invitado a Velasco a la fiesta. Ella era la única responsable porque, Rosita, la anfitriona de la celebración, fue la encargada de confeccionar la lista de invitados, lista integrada en su mayoría por jóvenes amigos suyos, por profesores y profesoras de la Escuela de Bellas Artes, y por tres matrimonios asturianos, conocidos de sus padres. Cuando Marina vio que Sixto Velasco no figuraba en la relación de invitados, convenció a su hija para que lo incluyera, no porque deseara la presencia del profesor, sino porque resultaría extraño que invitando a varios compañeros, a él lo excluyeran, sobre todo teniendo en cuenta que, gracias a Velasco, Rosita había sido admitida en la Escuela y además la estaba pintando a ella.

El comportamiento de Velasco había sido correcto en todo momento. Hombre acostumbrado a frecuentar actos sociales, se relacionó con todos de forma natural y espontánea. Si estuvo pendiente de ella toda la noche, lo ignora, aunque, si Silverio lo dice, es verdad.

Sí tiene que reconocer que hubo un momento en el que la expresión del rostro de Sixto Velasco y la forma en que la miraba la hicieron sentirse turbada. Tal vez un poco de exceso en la bebida y la música caribeña

influyeron en el estado anímico del profesor, porque las dos tardes que había ido a su estudio estuvo correctísimo. De todas formas, lo mejor que puede hacer es, una vez que le termine el cuadro, dejar de verle.



—Rosita, gracias por la fiesta. Fue preciosa. ¿Sabes que cada día me encuentro mejor con Felipe? Y creo que a ti te sucede lo mismo con Javier — dice Clara.

—Sí, me gusta mucho su forma de ser. Estoy convencida de que es persona íntegra y además ¡guapísimo! —exclama Rosita.

Rosita no quiere contarle a Clara que, en la noche de ayer, en la fiesta, Javier la besó. Fue el momento más hermoso de su vida. Habían bailado mucho y fueron a descansar cerca de la fuente y allí sentados uno al lado del otro se quedaron en silencio escuchando el relajante sonido del agua. Los dos sabían muy bien lo que querían decirse. Como si se hubieran puesto de acuerdo sus ojos se encontraron y entablaron el diálogo más maravilloso. Javier la atrajo hacia sí y la besó dulcemente en la boca. Rosita respondió emocionada a aquel primer beso fruto del amor.

—¿Te imaginas cómo se habrá puesto Ana al enterarse de la fiesta? — pregunta Clara.

—No tengo ni idea, ni me importa conocer su reacción. No le he hecho ningún desprecio —asegura Rosita—, porque de todo el grupo de Medicina solo he invitado a tres.

—Lo sé, pero ya la conoces —insiste Clara.

—No quiero hacerle ningún daño. Mis deseos de venganza han desaparecido. Puede decir lo que quiera.

—Pero ella te sigue teniendo en el punto de mira. Me han contado que anda diciendo que sales con Javier solo para fastidiarla a ella —le cuenta Clara.

—Que diga lo que quiera, no le voy a dedicar ni un minuto más. Qué buena idea la de Felipe al animarme a contratar a los músicos de Jaimanitas. Ellos han sido fundamentales en la fiesta y los dos jóvenes americanos se han integrado tan bien en el grupo que nadie diría que solo hace un mes que tocan juntos.

—Y parece que han decidido quedarse en Jaimanitas. Seguro que los dos americanos son un estímulo para el grupo y se convierten en profesionales —aventura Clara.

—No estoy yo tan segura —duda Rosita—. Parecen un poco bohemios. Creo que no les gusta demasiado trabajar.

—Igual tienes razón. Y solo quieren hacer actuaciones esporádicas. Pero son buenísimos. La intervención de anoche les ha dado a conocer —comenta la amiga.

—Es verdad. Un amigo de mis padres les pidió la dirección pensando en contratarlos para una celebración que tiene que organizar.

—Qué bien. Oye, Rosita, ¿por fin te animas a participar en el desfile de carnaval?

—Sabes que me hace mucha ilusión, pero mis padres solo me autorizan a hacerlo si salgo en la carroza del Centro Asturiano.

—¿Lo has hablado con Javier? —indaga Clara.

—No. Y desconozco por qué tendría que hacerlo —le contesta Rosita.

—Ya sé que no habéis formalizado vuestra relación, pero la veo cercana y no creo que a Javier le guste que su futura novia se exhiba subida a una carroza para que todos la vean.

—Clara, que yo, si participo, no voy a ir en traje de baño. Además, a mí no me importaría que Javier estuviera en alguna carroza.

—No somos iguales, Rosita.

—Lo sé, aunque en deberes y derechos deberíamos serlo. Ya sabes lo que dice nuestra profesora.

—¿Qué haces esta tarde? ¿Te apetece que nos vayamos de tiendas? —cambia de tema Clara.

—No, estoy un poco cansada y prefiero irme a casa.

—¿Y si te propongo que nos acerquemos a Medicina?

—Te contesto lo mismo, aunque la idea de pasar un rato con Javier me tiente. No debemos abusar, mañana hemos quedado con ellos para ir al cine —dice riendo Rosita.

—Tienes toda la razón. Hasta mañana, preciosa —se despide Clara.



Javier acaba de salir de clase. Se ha pasado toda la mañana pensando en Rosita. Está deseando verla. ¿Será posible que sienta algo por él? Su comportamiento la noche anterior le hace concebir ilusiones. A punto estuvo de decirle que la quería, pero le faltó valor. Tiene que hablar con ella, declararle su amor. Dentro de un mes comenzará las prácticas de Medicina en la Quinta Covadonga y, si todo sale como espera (esperanza tiene después de la entrevista mantenida con el doctor Varona), es posible que se quede allí trabajando. Camina por el pasillo hacía la salida. Va tan ensimismado en sus pensamientos que no se da cuenta de que Ana lo sigue hasta que la oye.

—Hola, Javier, he tenido que correr para darte alcance, pero tenía que avisarte de que mañana nos han puesto prácticas por la tarde.

—¿Por la tarde? Pero si estaban programadas para la mañana —contesta Javier.

—Sí, la culpa es mía. He sido yo quien le ha pedido al profesor que las cambiara porque a mí por la mañana me viene fatal —se disculpa ella.

—Pues yo mañana por la tarde no puedo. Tampoco pasa nada porque un día no asista.

—¿No puedes arreglarlo para venir? Me sentiría mucho mejor si lo hicieras. Javier está empezando a ponerse nervioso.

—Tranquila, Ana, no voy a reprocharte nada.

—¿Tan importante es lo que tienes que hacer mañana?

Javier de buena gana le diría que a ella no le importa nada lo que tenga que hacer, que se olvide de él, pero le contesta:

—Más que importante, es decisivo.

—Todo lo hago por tu bien, para que no caigas en las redes de esa mulata que me odia —le suelta con rabia, sin poder contenerse—. Solo va contigo para hacerme daño. Necesitas a alguien que te abra los ojos. Yo siempre te he querido. Voy a ser médico como tú, Javier. Soy rica, muy rica. No tengo hermanos. Nunca te faltaría nada. Recapacita, no pierdas el tiempo con alguien que no merece la pena.

—Ana, no te voy a contestar como mereces. Aunque sí quiero decirte que esa mulata, como despectivamente te refieres a Rosita, es la mujer de la que estoy enamorado. Si ella quisiera, mañana mismo nos casábamos. Te aconsejo

que te olvides de mí y busques a otro. Quiero que sepas que, aunque Rosita no existiera, yo no podría amarte a ti nunca.

Ana, con la cara más inexpresiva que imaginarse pueda, mira a Javier.

—Tú y esa asquerosa mestiza me las pagaréis. Seré vuestro tormento. Tú lo has querido —le dice con voz contenida mientras se aleja.

Javier se queda fastidiado. Qué situación tan desagradable. Pero todo tiene su lado bueno. «He verbalizado —se dice— mis intenciones con respecto a Rosita y me siento feliz. Comeré algo en cualquier sitio y pasaré por su casa. No debo dejar que transcurra ni un solo día más sin decirle que la quiero».



Marina y Rosita están juntas en el jardín, en el que ya no queda ningún resto de la fiesta de la noche anterior.

—No me sorprende, madre, que pase tanto tiempo aquí. Qué bien se está —dice la muchacha mientras se reacomoda en su mecedora.

—Me alegro de que te encuentres cómoda y bien.

—Mucho, madre. Gracias por lo de ayer. Fue muy hermoso.

Rosita no sabe si hablarle a su madre de Javier, de los sentimientos que empiezan a aflorar en su corazón. Por fin se decide.

—Madre, creo que me estoy enamorando de Javier.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta Marina, sin darle importancia.

—Que siempre quise enamorarme de un blanco.

—Eso son tonterías. Además, es imposible obligarse a querer a alguien. Pienso que es más fácil cercenar el amor en sus comienzos que hacerlo florecer porque nos interese. Creo que Javier es un muchacho fantástico, capaz de hacer muy feliz a la mujer que se convierta en su esposa —asegura Marina.

—Ayer nos dimos nuestro primer beso, pero no me ha dicho nada de su amor —confiesa Rosita, que se siente liberada al contárselo a su madre.

—No seas impaciente, lo hará —le contesta Marina.

—Por cierto, madre, este mediodía, cuando venía para casa, vi a la Macorina conduciendo un precioso coche rojo. Me gustaría mucho aprender a conducir, ¿por qué no se anima y lo hacemos juntas?

—No, cariño, yo prefiero que me lleven. Esta noche lo hablamos con tu padre. Todavía son escasísimas las mujeres que manejan en La Habana. Macorina fue la primera.

—¿Es verdad que se dedica a la prostitución? —quiere saber Rosita.

—Sí, pero es muy selectiva. Solo atiende a hombres ricos que puedan pagarle bien. Se llama María Calvo Nodarse y llegó a La Habana con quince años y en la miseria más absoluta.

—¿Por qué la llaman Macorina?

—Dice que un día un borracho quiso referirse a ella como la Fornarina, una hermosa mujer pintada por Rafael, que además era su amante, y se equivocó y dijo Macorina. Aunque yo creo que a quien recordaba el borracho no era a la mujer pintada por Rafael, sino a la cupletista española que triunfaba entonces en París: la Fornarina. Fuera como fuese, desde aquel momento se hizo popular con este nombre.

—Madre, ¿usted la conoce? Parece muy guapa.

—Nunca he hablado con ella, pero sí la he visto de cerca y es muy guapa. Mira, ahí viene tu padre, y no viene solo.

Rosita siente que su pulso se acelera al ver a Javier, inmediatamente le dice a su madre:

—Me escapo un momento a arreglarme.

—Ni hablar. Lo primero, porque te ha visto y, lo segundo, porque estás preciosa —le asegura Marina.



—¿Te apetece que demos un paseo por el jardín? —le sugiere Rosita.

—Perfecto. Qué amables tus padres invitándome a cenar —le dice Javier.

—Te tienen mucho afecto.

—Rosita, ¿no te sorprende mi visita?

—La verdad es que sí, pero me alegra que estés aquí —dice ella muy sonriente.

Caminan hacia el extremo del jardín, donde Marina mandó colocar unos bancos muy cerca de las palmas reales.

Javier no sabe cómo empezar. Quiere hablar, pero las palabras se detienen una y otra vez. Es mucho más fácil desarrollar cualquier tema de medicina ante un tribunal que abrirle el corazón a la persona que adora.

—¿Nos sentamos? —le pregunta él, señalando uno de los bancos.

—Vamos.

—Rosita, Rosita.

Como solo dice su nombre y se calla, ella lo mira preocupada.

—Javier, ¿te pasa algo? —le pregunta, al verlo tan perdido—, ¿quieres que vaya a buscar un vaso de agua?

—Estoy bien. Es que tengo que decirte algo y no sé cómo hacerlo.

—No lo pienses, dilo ya.

—¡Te quiero! Deseo que seamos novios, que nos conozcamos a fondo. Eres la mujer de mi vida. Me quieras o no, nadie podrá cambiar mis sentimientos. Te querré siempre. Nunca antes me había fijado en ninguna chica hasta que te descubrí. Mi mayor felicidad sería casarme contigo y tener muchos hijos. Deseo entregarte mi vida y ser enteramente tuyo. Si te resulto indiferente, dímelo, por favor.

Lo dijo sin respirar y mirándola, sin pestañear. Rosita siente una ternura inmensa, le parece un niño que al final teme el castigo. Lo mira sonriente y se abraza a su cuello.

—¿Cómo puedes pensar que me resultas indiferente después del beso de ayer? Mi respuesta es esta. —Y une sus labios a los de Javier en un apasionado beso.

—Eres maravillosa. Lo mejor que me ha pasado en la vida —exclama Javier emocionado.

—Estoy encantada de todo lo que me has dicho. Tú me gustas mucho. En el fondo, me fijé en ti desde el primer día, pero prefería enamorarme de un blanco. Para mulata, conmigo tengo suficiente. Pero mis planes no se cumplirán porque al salir contigo, al conocerte, no puedo negarme a la evidencia de que me pareces un ser adorable. Sí, quiero ser tu novia.

—¿Entonces, no estás conmigo para vengarte de Ana? —pregunta Javier riendo.

—¿Quién te lo ha dicho? —quiere saber Rosita.

—Ana. He discutido con ella esta tarde. Le he dejado claro que te quiero y que nos deje tranquilos. Fue entonces cuando me aseguró que salías conmigo para hacerle daño a ella.

—Un poco de razón tiene. La verdad es que los dos primeros días me acerqué a ti para fastidiarla, pero muy pronto me di cuenta de lo feliz que estaba a tu lado. Me olvidé de Ana y de mis deseos de venganza. A tu lado me he vuelto más positiva. Estar contigo me hace muy feliz.

—Antes comentabas que no querías fijarte en mí por ser mulato. Me gustaría que me explicaras las razones de ese rechazo. Es evidente que no te gustan, ¿por qué?

—Crecí en un mundo de blancos en el que yo era la única diferente. Y la verdad es que mi recuerdo no es maravilloso. No me sentí rechazada por mi color, pero no era como los demás. Yo quería ser blanca como ellos porque los consideraba mejores. Cuando te conocí, al poco de llegar, me pareciste el muchacho más guapo que había visto en mi vida, pero te rechacé mentalmente al ver tu color. Ahora sé que el color de la piel no es indicativo de la calidad de la persona.

—No lo es, querida Rosita. Y esto se empieza a reconocer tímidamente ahora. Son muchos siglos de esclavitud.

—Resulta muy doloroso pensar en ello —dice ella con pena.

—Escúchame, probablemente lo sepas y si no, te lo digo yo ahora. Si algún día nos casamos y tenemos hijos, debes estar preparada porque pueden ser blancos, mulatos o negros.

—Te agradezco que me lo digas. Pero sucedería lo mismo si me casara con un blanco.

—Sí, aunque las posibilidades serían menores.

—Me da lo mismo, Javier, lo que Dios quiera.

Permanecen sentados muy juntos, con las manos entrelazadas.

—Esta noche tenemos que prometernos ser siempre muy sinceros el uno con el otro —pide Rosita.

—Prometido —asiente, muy serio, Javier.

—Ahora mismo les vamos a contar a mis padres que hemos decidido salir juntos —comenta ella.



Solo faltan dos días para el desfile de carnaval. Al final, el Centro Asturiano decide por mayoría participar e inscribirse en el concurso de carrozas.

—Creo que habéis acertado con esa medida porque no conviene estar a mal con las autoridades de la república —dice Marina.

—Yo así lo entendí desde un principio, por ello voté a favor. Es normal que las autoridades quieran que apoyemos y participemos en el desfile, porque son conscientes de la atracción turística que encierra esta celebración —asegura Silverio.

—Y me parece una idea estupenda que la carroza del centro esté dedicada a la enseñanza. Es muy importante mostrar la gran labor que se desarrolla en la institución por medio de las Escuelas Jovellanos —matiza Marina.

El Centro Asturiano de La Habana desarrolla, desde sus inicios, una gran labor social, que se ha ido incrementando a lo largo de los años. No solo se preocupa de la salud en la Quinta Covadonga, sino que en los propios salones de la entidad también se imparten cursos de niveles elemental y superior de comercio, y en las denominadas Escuelas Jovellanos recibían formación alrededor de dos mil jóvenes.

—¿Sabes cómo es el diseño de la carroza? —pregunta Silverio.

—No tengo ni idea. Me imagino que muy sencillo. Rosita no me ha dicho nada. Sé que ella y otras cuantas jóvenes, todas muy guapas, van de colegialas. Van a utilizar su belleza como reclamo, pero bien está, porque lo que venden es cultura —dice Marina riendo.

—¿Te ha contado algo Rosita de la reacción de Javier al saber que participaba en el desfile? —quiere saber Silverio.

—No es partidario. Piensa igual que nosotros, pero ya conoces a Rosita. Le prometió que nunca más se ocuparía del carnaval, pero que tenía que dejarla vivir esta experiencia. Y, lo mismo que hemos hecho nosotros, accedió.

—¿Estás contenta de que salgan juntos? —se interesa Silverio.

—Muy contenta. Javier me parece un chico estupendo y la quiere muchísimo. Se le nota en cada gesto.

—Sí. Es tan noble y buena persona como su padre. No te había comentado nada, pero me ha dicho el doctor Varona que están encantados con él. Que a sus conocimientos va unida su personalidad bondadosa que le hace querer a los enfermos —le cuenta Silverio.

Como un torbellino entra Rosita en la habitación.

—¿No le parece que estoy horrible? —exclama la muchacha, dirigiéndose a su madre.

—Creo que no. Es más, te favorece —opina Marina.

—¿De verdad? ¿El cuello no debería ser más pequeño? —insiste Rosita.

—Pienso que no. El cuello es el elemento que le da alegría al uniforme —le contesta Marina.

El uniforme que iban a llevar las chicas en la carroza consistía en un vestido gris, no muy oscuro, de manga francesa. La falda iba fruncida, con cinturón del mismo color. Los cuellos eran redondos y blancos. Las bocamangas iban también ribeteadas de blanco.

—¿Le gusta, padre?

Silverio las está observando divertido. Al sentirse interpelado, mira a Rosita con admiración.

—Guapísima —afirma—. Seguro que este año la carroza del centro consigue clasificarse entre las mejores.

—¿Cómo iréis peinadas? —pregunta Marina.

—Con melena suelta y grandes gafas de montura negra.

—Seguro que en ellas reside la publicidad —aventura Marina.

—No lo sé, pero es muy posible —contesta Silverio.

Rosita sale de la habitación. Silverio se acerca a donde está Marina.

—He reservado uno de los palcos para ver el desfile —le dice, dándole un beso—. ¿Por qué no le dices a Rosita que invite a Javier para que nos acompañe?

—Lo haré.

—Gracias, mi amor. Te quiero, Marina. Espérame, que vuelvo a la hora de comer.



El paseo del Prado hermosamente engalanado luce en todo su esplendor. A uno y otro lado se han instalado palcos para que las personas con medios económicos, que pueden pagar el lujo de ocupar uno de estos lugares, disfruten del espectáculo de una forma cómoda y agradable. Están casi todos llenos. Y las aceras abarrotadas de público en espera de presenciar el artístico desfile.

Javier ha declinado la invitación de acompañarlos en el palco y se encuentra en una de las aceras. Con él están Clara, Felipe y otros amigos.

El desfile —carrozas, grupos musicales, coches engalanados— discurre al compás de una incesante música y envuelto en confetis y serpentinas de mil colores.

Marina, Silverio y otros matrimonios asturianos han aplaudido y lanzado confeti al paso de la representación del centro, en la que Rosita brilla con luz propia. Las cinco muchachas que van en la carroza son muy guapas y las han maquillado de forma magistral. Aunque entre todas destaca Rosita.

Al llegar la carroza a la altura de donde se encuentra Javier, Clara de forma espontánea dice:

—Con lo poco favorecedor que es ese traje y hay que ver lo guapísima que está. —Y grita con todas sus fuerzas—: ¡Guapa!

El grupo se une a Clara y todos a una la piropean. Rosita los descubre entre la gente y agita su mano a modo de saludo. Y cuando intenta mirar solo a Javier, puede ver a Ana que tira de él. Rosita de buena gana se hubiera bajado de la carroza para enfrentarse con ella. Pero el desfile sigue y ya no los distingue.

—No ves que es una zorra, que sale a exhibirse ante toda una ciudad. Qué necesitas para convencerte de que no te conviene tener relación con ella —grita Ana, que se ha presentado de improviso y zarandea un brazo de Javier al que se ha agarrado.

—¿Te has vuelto loca? ¿No te ha quedado claro con lo que te he dicho hace unos días? Olvídate de mí. No vuelvas a acercarte nunca más. Si lo haces, tendré que recurrir a la policía. Convéncete de que jamás tendré nada que ver contigo.

Javier ha conseguido zafarse de ella. Clara, que asustada lo ha presenciado todo, le dice a Ana:

—Creo que deberías ir al médico. Estás enferma. Te lo digo de corazón, es necesario que te vea un psiquiatra.

Ana la mira despectivamente y, sin dignarse a contestar, se va.



Ni la alegría por el triunfo conseguido —el Premio Nacional ha sido para la carroza del Centro Asturiano— consigue que Rosita deje de pensar en la presencia de Ana al lado de Javier. Está deseando que le cuenten lo que ha pasado. En cuanto pueda se cambiará de ropa y se reunirá con Javier y los otros en la plaza de San Francisco.

Camina a paso ligero. De repente la ve. Ana va unos diez metros delante de ella. Rosita corre para darle alcance.

—Ana, por favor, un momento.

Ana la ve y duda si quedarse o seguir. Al final opta por esperar y con voz áspera le suelta:

—No tengo nada que hablar contigo.

—Tampoco con Javier —contesta Rosita.

—Eso es cosa de él y mía.

—Te equivocas, él no te soporta. Te ha dicho muy claro que le olvides. Me quiere a mí y yo a él. Siento que lo estés pasando mal, Ana, pero déjanos en paz.

—No lo haré porque sé que eres su desgracia y alguien tiene que prevenirle. Yo siempre le quise y tuviste que venir tú a estropearlo todo. No quiero seguir hablando. No os dejaré en paz.

Rosita, sin opción a replicarle, ve cómo Ana corre entre la gente.

32. *Exhibicionismo libidinoso*

Marina vuelve a releer la carta de Reme. La emoción se apodera de ella. Le cuenta que la señora Covadonga está muy malita y que es posible que no lo supere. Marina la quiere como a una madre. Rezará por ella. Le pedirá a Dios que le dé unos años más de vida, los suficientes para que se vuelvan a abrazar. «Pero quién sabe cuándo volveré a Candás —se dice—. Rosita y Silverio cada día son más felices aquí». Ella no se siente desgraciada. Marina está bastante tranquila y un poco más ocupada, que eso siempre viene bien.

Después de la muerte de Magdalena, Silverio hereda, junto con el director de El Nuevo Amanecer, todos sus bienes. A cada uno de ellos les correspondieron dos casas, un importante paquete de acciones y la mitad del negocio.

Como Silverio se había implicado y trabajaba con su antiguo socio en los almacenes que ellos habían creado —El Siglo XX—, piensa en vender su parte de El Nuevo Amanecer, y así se lo cuenta a su mujer.

Marina, a pesar de que es consciente de su ignorancia en el tema de negocios, le aconseja que no lo haga, sobre todo pensando en Rosita y en su futuro.

—Siempre habrá tiempo para vender tu parte, pero de momento yo esperaría —le dice a Silverio.

—Estoy de acuerdo —contesta él—, pero el problema es que yo no puedo dividirme. Todo mi tiempo está dedicado a El Siglo XX. Claro que tú podrías sustituirme.

Y así es cómo Marina empieza a entrar en contacto con aquel mundo del que desconoce todo. Esta nueva actividad contribuye a establecer nuevos lazos con su marido, al interesarse por su trabajo del que desea aprender. Silverio se muestra encantado y también satisfecho de que su mujer se interese y valore lo que hace.

Bien por la mañana o por la tarde, todos los días pasa por el negocio. Y tiene que reconocer que no le disgusta su nueva actividad. Lo observa todo y disfruta intentando mejorar las cosas. También Rosita la acompaña en muchas ocasiones. Es bueno que la niña conozca cómo funcionan unos grandes almacenes.

Marina confía en que, si todo discurre con normalidad, dentro de un año, como mucho, Rosita y Javier se casen. Los dos le han hablado de una chica, Ana, que está obsesionada con ellos. Les ha recomendado que la eviten, que no le hagan frente. Aunque es posible que su «locura» haya cesado porque, afortunadamente, en un mes, según le han contado, no les ha vuelto a molestar.

Esta misma mañana, Rosita y Javier se han ido a pasar una semana a Pinar del Río. Quieren hacer partícipes de su felicidad a la familia de Javier, pero a quien quieren ver de forma especial es a Cayetano, el seminarista que conocieron en su primer viaje y que ahora es el párroco de Pinar. Cayetano es el mejor amigo de Javier. Rosita le ha llevado como regalo el cuadro que pintó sobre Soroa. A Marina le sorprende la generosidad de su hija al desprenderse de esa obra con la que había ganado el segundo premio de la Escuela de San Alejandro, pero Rosita suele mostrar casi siempre su total desapego por las cosas materiales.

De repente, Marina, tal vez por haber recordado el cuadro de su hija, se da cuenta de que no se ha ocupado de acudir al estudio de Sixto Velasco. Solo le queda una sesión. Le da un poco de pereza. Pero acaba de tomar una decisión, le dirá a Lino, su conductor, que se acerque a casa del profesor para preguntarle si esta tarde puede ir.



—Señora, si quiere voy un poco más lento. El profesor me ha dicho que la espera a las cinco y solo nos quedan unos minutos para llegar a Mercaderes — le anuncia Lino, el conductor.

—No, mejor te desvías y recorremos el Malecón. Mirar al mar, aunque sea desde el coche, se agradece.

—Está bien, señora.

Marina ha ido a comer a casa porque tenía que ponerse la misma ropa y peinado que en anteriores sesiones. Blusa blanca de encaje, falda negra y debía ir peinada con un moño bajo.

Ahora que está inmersa en la actividad de unos grandes almacenes comerciales, la moda no le resulta ajena. Disfruta y procura quedarse cuando los expertos cambian los escaparates para mostrar de la forma más atractiva posible sus productos. Conoce lo importante que es la imagen. Y también ha empezado a opinar sobre catálogos.

Pero lo que más le gusta a Marina es ver el movimiento de la tienda. Observar el comportamiento de clientes y vendedores. Cada día comprueba algo que ya sabía: cómo un buen vendedor es capaz de convencer al cliente con suma facilidad.

—Señora, ya hemos llegado. ¿A qué hora quiere que la recoja?

—No se preocupe, Lino. Daré un paseo e iré a la tienda a esperar al señor.

Como si estuviera pegado a la puerta, Sixto, nada más escuchar el aldabonazo, abre.

Marina se sorprende no tanto por la rapidez como por la indumentaria del profesor.

—Me tiene que perdonar. He vuelto a casa acaloradísimo después de una caminata. En el estudio hace mucho calor, por ello me he permitido recibirla con este inapropiado atuendo.

Marina no sabe muy bien qué decir. Sixto Velasco aparece, ante sus ojos, cubierto por una especie de mandilón, abierto por delante que sujeta con una cinta de mil colores que va a juego con las manchas de pintura que llenan toda la parte delantera. No lleva mangas y solo le cubre hasta las rodillas. En los pies, unas gastadísimas chanclas.

A punto está de irse. A una señora no se la puede recibir así, pero tratándose de artistas bohemios ya se sabe. Por ello le dice:

—No se preocupe, si así está usted cómodo para pintar...

—Se lo agradezco. Siento tanto calor que vestido normal no podría hacer nada.

—Si lo prefiere, vuelvo otro día que se encuentre más relajado —propone Marina.

—No, por favor. Espero tomar hoy los últimos y definitivos apuntes para terminar el cuadro.

Pasaron al estudio. Marina se sienta en el mismo sitio de otras veces y él se coloca ante el caballete. A ella le resulta imposible no mirar las torneadas y bronceadas piernas del profesor. Seguro que se pasa horas tomando el sol. Desconoce la edad de Sixto, pero se conserva muy bien.

—Así que es la primera vez que posa para un pintor. ¿Es satisfactoria la experiencia? —le pregunta Sixto.

—Resulta un poco aburrida —confiesa Marina.

—Le voy a mostrar unos apuntes que he hecho sobre usted —le dice el artista.

—¿Bocetos previos al cuadro? —pregunta ella, intrigada.

—No precisamente. Tiene que prometerme que los mirará con ojos de artista. Y que no se va a ofender —le pide Sixto.

—No me asuste usted. ¿Tan horrorosa me ha pintado?

—No. A mí me parece divina. Y no sabe cuánto daría por comprobar que no me he equivocado.

Marina ya tiene la carpeta en la mano. No entiende muy bien lo que el profesor le acaba de decir. La abre nerviosa y ve el cuerpo desnudo de una mujer que tiene su cara. Son cinco hermosos desnudos en diferentes posturas.

—Pero, ¿cómo se ha atrevido? —dice enfadada Marina.

—Ha sido fruto de la imaginación. Usted, querida Marina, me vuelve loco. Daría tanto por verla desnuda. Mire cómo reacciona mi pobre cuerpo cuando la ve. Tiene usted tal poder sobre mí que me hace sentir joven. Mire en qué situación me coloca.

El profesor desata con presteza el cinturón que sujeta el mandilón y su cuerpo aparece totalmente desnudo.

Marina queda estupefacta al ver la erección del miembro viril del profesor.

Tarda unos segundos en reaccionar, los suficientes para que Sixto se abalance sobre ella rodeándola con sus brazos. Marina le propina tal rodillazo en el sitio justo, que el profesor cae hacia atrás, lo que le permite a ella bajarse del taburete. Va a salir como una exhalación, pero se vuelve a mirar al

profesor que, doblándose sobre sí mismo, intenta suavizar el dolor. Marina se acerca. Lo mira con asco y le propina una sonora bofetada.

—Es usted un desgraciado depravado. ¡Qué asco! —exclama.

Abandona la casa. Menos mal que no la espera nadie. Necesitará un tiempo para serenarse. ¿Cómo es posible comportarse así? Seguro que lo ha hecho más veces.

De momento, mantendrá en secreto todo lo que ha sucedido. Si Silverio le pregunta por las sesiones, le dirá que ya han terminado. ¿Y qué pasará con el cuadro? Ya ha pensado la respuesta, comentará que el profesor no está muy contento y quiere evaluar qué hacer con él.

Paseará hasta la plaza de la Catedral y luego irá a recoger a Silverio.

33. *Mujeres y Quinta Covadonga*

—Hoy es un gran día para el Centro Asturiano. Seguro que acude mucha gente —dice Marina.

—¿Dónde se celebra el acto? ¿En la quinta? —pregunta Rosita.

—Sí, en el pabellón Asturias.

El año anterior, en 1925, el Centro Asturiano de La Habana había debatido el artículo quinto del reglamento general relacionado con la admisión de mujeres. La directiva decidió abordar el tema ante las continuas reclamaciones. Animadísimas fueron las sesiones en las que se registraron intervenciones casi todas a favor de la apertura: «Todo se renueva; todo se metamorfosea, y el Centro Asturiano, fruto genuino del pueblo, no puede seguir indiferente, refractario, al clamor que pide igualdad de derechos, igualdad de deberes, para nuestras madres, nuestras esposas, nuestras hijas, nuestras hermanas».

Durante tres días, la admisión de mujeres se convirtió en el tema central de la actividad del centro. Al final, la junta general, con solo una excepción, aprobó la adición al artículo quinto que decía: «También podrán ser socias, con los derechos y deberes que en reglamento aparte se establecen, las mujeres que, habiendo nacido en Cuba o en cualquier otro país, sean madres, hermanas, hijas o esposas de socios, y las nacidas en España aunque no reúnan ninguno de los indicados requisitos».

Y ahora, en abril de 1926, se va a celebrar el sorteo de la inscripción para figurar en el cuadro de honor como socias fundadoras de la sección femenina del centro.

—Me han dicho que somos más de tres mil mujeres las que nos hemos inscrito —señala Marina.

—Parece increíble que las mujeres no hayan podido ser socias hasta ahora —dice Rosita—. Me ha contado Javier que tampoco pueden ser atendidas en

la Quinta Covadonga.

—Así es —asegura Marina—. No reciben atención hospitalaria porque no hay pabellones para mujeres. Aunque parece ser que dentro de poco se acometerá esa reforma tan necesaria. Mientras tanto, me han dicho que los doctores hacen visitas a domicilio.

—Madre, me parece muy triste que si a mí me tienen que realizar una intervención no puedan hacérmela en la Quinta Covadonga, en la que existen mayores garantías de ser mejor atendida.

—Tienes toda la razón. Cuando, además, en la quinta se atiende a varones de todo tipo, condición y raza. Pero mujeres no. Se argumenta, y hasta cierto punto es comprensible, que cuando se creó este centro hospitalario era casi nula la presencia de mujeres emigrantes. Aunque pienso que, aunque fuese verdad esa argumentación, han pasado muchos años y no se ha hecho nada.

—Madre, a Javier le encantaría seguir trabajando en la quinta.

—Tu padre me ha comentado que el director, el doctor Varona, está muy contento con él. Y necesitan médicos. Creo que el año pasado ingresaron más de trece mil enfermos.

—Sería estupendo que obtuviera plaza —añade Rosita.

—¿Viene hoy con nosotros?

—Sí. Me dijo que pasaría por casa sobre las diez y media.

—Muy bien. Seguro que tenemos oportunidad de presentarle a miembros de la junta directiva, que aunque no deciden directamente sobre el personal médico, sus recomendaciones son escuchadas.

—Gracias, madre.

—Nunca has estado en la quinta, ¿verdad? Ya verás cómo te impresiona. Recuérdame que vayamos a leer algunas de las dedicatorias que han escrito las personas con proyección social que la han visitado. Me sentí muy orgullosa como asturiana, al leer los textos del cardenal Benlloch. No tengo el placer de conocerlo, pero me hizo ilusión porque fue él quien, al poco de hacerse cargo del arzobispado de Burgos, organizó el traslado de los restos del Cid Campeador a la catedral, y todavía no era cardenal. ¿Recuerdas cuando te hablé de ello en Candás?

—Me acuerdo muy bien porque su comentario me sirvió para que me enterara de qué había hecho el Cid para pasar a la historia.

—Cuánto me alegro, Rosita. Otra de las dedicatorias, en mi opinión muy hermosa, es la de Carmen de Burgos. Las veremos esta mañana en la Quinta Covadonga.

En diciembre de 1923 el cardenal Juan Benlloch, arzobispo de Burgos, después de visitar el complejo sanitario creado por los asturianos, escribía en el libro de la institución:

¡Covadonga! No hay palabra que mejor pueda sonar en los oídos de un cardenal español, porque ella resume toda la historia de la religión y de la patria. Aquí, además, no solo es un símbolo, sino una espléndida y consoladora realidad, pues el Centro Asturiano con la grandiosa obra de esta quinta ha esculpido una página de gloria, continuadora de aquella que comenzó en la estrecha cueva del Auseva. Dejemos aquí consignada nuestra admiración y gratitud como español al benemérito Centro Asturiano, y como prelado nuestra cordial bendición para el director y junta directiva y los socios todos del Centro Asturiano, como igualmente para los abnegados médicos y dichosos enfermos.

Dos años más tarde fue la escritora almeriense Carmen de Burgos — Colombine— quien recorrió con admiración las distintas dependencias de la Quinta Covadonga. E igualmente dejó reflejadas sus impresiones:

Las colonias son prolongaciones de España que, cuando son tan admirables como esta, engrandecen a la patria. ¡Covadonga! Nombre sagrado y de gloria en la historia de España, está aquí sostenido con toda la gran evocación, por los nobles hijos de Asturias. Ellos saben mantener y acrecentar el patrimonio de nuestro glorioso solar.

34. Ópera

—Madre, si un día le apetece, la acompaño a la ópera. Sé lo mucho que le gusta y tengo la sensación de que esta temporada casi no ha asistido a ninguna representación —le propone Rosita a Marina.

—Tienes razón. No he ido ni una sola vez —contesta ella.

—¿No le gusta la programación? Porque sola ha ido muchas veces.

Marina no va a contar a su hija que el principal motivo por el que no va es para evitar el encuentro con Sixto Velasco, que suele asistir siempre. Después de la desagradable experiencia en el estudio, no ha vuelto a verlo. A la semana de haber sucedido el percance, el profesor le envió a casa el cuadro terminado y una carta en la que le pedía perdón por lo sucedido.

—Sí que me gustan las óperas que se han representado, pero la causa por la que este año no he ido es la nueva ocupación que me he buscado. La actividad de los almacenes se apodera de uno sin que apenas te des cuenta. Pero, ya que eres tan amable, voy a intentar conseguir entradas para el estreno de *Turandot*. Creo que a ti te gustará mucho —asegura Marina.

—¿Y por qué lo sabe? —le pregunta Rosita.

—Es muy sencillo. Sé que no te agradan los finales de las óperas, casi siempre trágicos y desgraciados. En *Turandot* la historia acaba bien, claro que Puccini murió antes de terminarla. Hay quienes sostienen que se demoró en acabarla precisamente porque no estaba convencido del todo de ese final —le cuenta Marina.

—Soy consciente de que la música y la voz son los verdaderos valores de la ópera, pero los argumentos, aunque sean menos decisivos, a mí me influyen mucho.

—Pues en este estreno podremos escuchar y ver actuar, por primera vez en La Habana, al tenor Beniamino Gigli, que aseguran es buenísimo. ¿Por qué no invitas a Javier para que nos acompañe?

—Se lo digo esta tarde, pero no creo que pueda. Las prácticas en la quinta le tienen muy ocupado.

Están sentadas en el jardín. Rosita dibuja el rincón de la fuente y Marina tiene sobre la mesa un poemario de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

—Madre, ¿me lee el soneto «Al partir»? Es el único poema que conozco de la Avellaneda. Me parece precioso. Asumo todo lo que dice —pide Rosita.

—No leo bien poesía, pero para ti lo hago encantada —comenta Marina, que comienza a leer:

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!

¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo

la noche cubre con su opaco velo,

como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir! La chusma diligente,

para arrancarme del nativo suelo

las velas iza, y pronta a su desvelo

la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén querido!

¡Doquier que el hado en su furor me impela,

tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós! Ya cruje la turgente vela,

el ancla se alza, el buque, estremecido,

las olas corta, y silencioso vuela.

—Qué bien lo ha hecho, madre, ¿le gusta?

—Mucho. Ay, Rosita, si yo supiera componer sonetos, le haría uno a Candás, al que espero volver a ver antes de morir. No quiero que me pase como a la pobre Gertrudis, que nunca regresó a Cuba.

—¿Por qué se fue? ¿La obligaron a irse?

—Lo hizo de forma voluntaria, ya tenía más de veinte años. La vida no le sonreía aquí. Tampoco en España lo haría.

—¿Qué le sucedió? —quiere saber Rosita.

—En otro momento te lo cuento, por allí viene tu padre.

—Da gusto veros aquí sentadas —dice Silverio—. De buena gana me quedaría con vosotras.

—Yo también tengo que irme dentro de unos minutos —dice Marina.

—Aprovecho ahora que estáis juntas. Hace días que quiero preguntaros, ¿qué os parece si este años volvemos a Pinar del Río para celebrar la Navidad? —propone.

—Creo que es una idea buenísima. Javier se pondrá muy contento —asegura Rosita.

—Yo también aplaudo la propuesta —añade Marina.

—Perfecto. Os dejo —se despide Silverio.

—Espera un momento, por favor, me voy contigo. Pensaba ir dentro de media hora, pero así le evito otro viaje al coche —dice Marina, que le pregunta a Rosita—: ¿Esta tarde vendrás por la tienda?

—Si no le importa, me quedo en casa. He quedado con Javier que pasará a buscarme. Regreso a la hora de cenar.

—De acuerdo. Dale saludos a Javier —pide Marina.



Rosita, que no es muy aficionada a la música clásica, casi nunca asiste a ningún concierto, pero tiene que reconocer que el ambiente en el teatro Nacional es especialmente brillante. Solo tiene que mirar a su madre sentada a su lado en el palco. La encuentra muy guapa. Tiene la sensación de que irradia luz.

Marina se siente observada por Rosita y muy sonriente le pregunta:

—¿Qué he hecho mal? ¿Está torcido el moño?

—Madre, la estoy mirando porque la encuentro guapísima.

—Muchas gracias, mi amor, pero no exageres.

Marina agradece la opinión de su hija y la reconforta porque se ha esmerado en su arreglo. Siempre lo hace cuando va a la ópera. Le encanta ir bien vestida. Le parece que es tan importante la música y el efecto que produce en su espíritu que se acicala como si quisiese causar la mejor impresión, estar a juego con el clima tan especial que se establece cuando las notas musicales lo

llenan todo. Qué pena, piensa, que haya descubierto la música tan tarde. Era lo que más añoraba cuando vivía en Candás.

—Qué buenas entradas ha conseguido —le dice su hija.

—Ha sido cuestión de suerte. Las habían devuelto la misma mañana que yo acudí a comprarlas. La verdad es que es un sitio magnífico.

Están sentadas en uno de los palcos del primer piso, casi frontales al escenario. Marina había querido llegar pronto, no le apetecía encontrarse con nadie. El teatro estaba empezando a llenarse.

—Madre, mire a la quinta fila del patio de butacas, justo al lado del pasillo, a la derecha. Ahora se están sentando. Es el profesor Velasco, con una señora espectacular —comenta Rosita.

—Sí que lo es. Parece que tenías razón, no le gustan muy jóvenes —responde Marina.

—¿Hace mucho que no le ve? —quiere saber Rosita.

—Sí, bastante. Desde que terminó el cuadro.

—Creo que ha superado la obsesión que tenía por usted. En clase me sigue tratando bien, pero no igual que antes —dice Rosita.

—Todo eran suposiciones tuyas. No creo que nunca haya sentido ninguna obsesión conmigo.

Rosita no dice que ella los vio más de una vez tomando café y que la expresión del rostro del profesor era bastante elocuente.

Marina no tiene que hacer ningún giro de cabeza para seguir mirando a Sixto y a su acompañante. Tiene unos binoculares que le ha regalado Silverio, pero no le gusta usarlos con la luz encendida. Ya tendrá oportunidad de examinarlos en detalle cuando nadie la vea. La mujer que lo acompaña parece guapa. Sin duda, el profesor posee atractivo para las mujeres. Si lo sabrá ella. ¿Le habrá hecho también el numerito del mandilón? Marina nota cierto sofoco.

—Rosita, soy un desastre, me he olvidado el abanico en casa. Se nota que tu padre no nos acompaña, siempre es él quien me lo recuerda.



Rosita sigue la representación con el máximo interés, pero no consigue ese punto de emoción que siente su madre. Ha leído el argumento. El personaje

que más le gusta es Liú, la esclava, y no cree que su final sea feliz. Ha terminado el segundo acto. Están en el descanso. Su madre le dice que prefiere quedarse. A Rosita le da lo mismo, así que permanece con ella en el palco observando el ir y venir de unos y otros.

—Madre, me comentaba hace un momento que el compositor Puccini murió antes de terminar de crear la música de esta obra. ¿Hasta dónde llegó?

—Todo lo que hemos visto es de él. Creo que del último acto, el tercero, que vendrá después del intermedio, es suyo algo más de la mitad.

—No entiendo. Pero la voz del tenor me parece buenísima. Nunca he escuchado a nadie cantar tan bien. Claro que no pasarán de tres los tenores que conozco —apunta Rosita.

—Sí que lo es. Dicen que Beniamino Gigli es uno de los mejores intérpretes de Puccini.

—Por favor, déjeme los prismáticos un momento —pide la muchacha—. Me parece que en el segundo palco, empezando a contar desde el escenario, en este mismo piso, se encuentra Ana. Creo que me ha visto porque nos están mirando. El hombre que la acompaña me resulta conocido.

Marina le acerca los binoculares.

—¿Me hablas de esa chica que no os deja en paz? —le pregunta.

—Sí. Me ha visto y le está hablando al hombre que puede ser su padre y que se parece al que se acercó a usted para saludarla al salir del comedor del hotel Inglaterra, mire.

Marina de buena gana hubiese dado un grito al comprobar que, efectivamente, aquel hombre, supuesto padre de Ana, es Eladio Cienfuegos.

Los dos saben que se están mirando. De repente, Eladio retira los binoculares de los ojos, sonrío y la saluda con una inclinación de cabeza.

Marina desconoce la razón de su mentira cuando le dice a su hija:

—Sí. Se parece muchísimo.

—Sabe Dios lo que le estará diciendo de mí —comenta Rosita.

Marina siente que un escalofrío recorre su cuerpo. No debe pensar en lo peor, pero tiene miedo. Esta noche se lo contará a Silverio.

Solo la belleza del aria «*Nessun dorma*» la hace olvidar el temor y la sospecha que se han apoderado de ella.

35. *Todo se derrumba*

Afortunadamente, han pasado tres días y nada ha sucedido. Silverio ya no sabe qué hacer para tranquilizarla. Cada vez que Rosita llega a casa, Marina escruta su cara en busca de algún gesto que le delate que llega disgustada. Sabe que Rosita acude ahora con mucha menos frecuencia al campus de Medicina, con lo cual se mantiene alejada de Ana. También es mala suerte que esta chica sea hija o parienta de Eladio Cienfuegos. Desde el momento en que la saludó, Marina presiente que aquel hombre le puede hacer daño.

Las vacaciones están muy cerca. Marina piensa que les vendría bien irse unos días a la playa. Rosita no querrá dejar a Javier. Tendrán que buscar unas fechas para que él pueda acompañarlos.

Esta tarde le ha pedido a Rosita que vaya a los almacenes porque vienen a verla unos comerciales y quiere contar con la opinión de su hija sobre las nuevas colecciones que le ofrecerán. Le ha prometido ir directa a El Nuevo Amanecer, ya que es posible que la comida que tiene con Javier y otros amigos se alargue un poquito.

Ella comerá con Silverio, que tiene que estar a punto de llegar. Estos últimos días, su marido procura estar más tiempo con ella. Mientras llega, escribirá unas cartas que tiene pendientes.



En aquellos mismos momentos, Rosita y Javier participan en la comida que Clara organiza por su cumpleaños. Son unos quince y les han dejado un reservado solo para ellos. La comida está resultando espléndida y el trato es exquisito.

—Clara, cómo se nota que tu padre es uno de los socios del restaurante. Da gusto venir contigo —dice Felipe riendo.

—Tratan bien a todo el mundo —responde Clara.

—Sí, por supuesto. Pero a ti mucho mejor —replica Felipe.

—Felipe, tú sí que sabes bien a quién te arrimas —apunta uno de los amigos.

—Menos bromas —dice Felipe, simulando enfado—, que Clara es lo más importante de mi vida.

—¿Más que el son? —pregunta provocadora Rosita.

—¿Qué pasa? ¿Os habéis puesto todos de acuerdo para meteros conmigo? —exclama Felipe todo compungido.

—No, cariño. Todas son bromas y un poquito de envidia, para qué negarlo —dice Clara, siguiendo el tono de la conversación.

Todos ríen.

—Por ti, Clara, por tu felicidad —brinda Javier, levantando su copa.

—Siento interrumpir un momento tan tierno. Lo que yo vengo a decir no es broma —dice Ana, que se ha colado en el reservado.

La miran sorprendidos.

—Ana, no creo que este sea el momento de que nos cuentes nada —le dice Javier, levantándose—. Si tienes algo que hablar con alguno de nosotros, lo haces en otro momento. No puedes presentarte ahora a interrumpir nuestra comida.

Javier intenta, tomándola de un brazo, sacarla del reservado.

—¡Déjame! No me toques, imbécil. Eso es lo que eres, un imbécil. Pero por el cariño que te tuve me siento obligada a decirte la verdad de la mujer de la que te has enamorado. Tu queridísima Rosita, esa mulata. Pobrecita mulata que hoy existe por carambola, porque su padre, que era un violador profesional de negras, quería obligar a su madre, una joven negra de diecisiete años, a que abortara. Ella se negó y le propinó una enorme paliza. La madre de la joven, una negra, que también había sido víctima de abusos, decidió acabar con la vida del violador y lo mató.

Rosita no reacciona. Está anonadada. Javier ha vuelto a su lado. Todos se han quedado mudos. Solo Clara dice:

—Venga, Ana, ya conocemos tu maldad. No sigas contándonos historias que te has inventado. Y aunque fuera verdad, ¿qué culpa tiene Rosita?

—Ella ninguna, pero tiene genes de un padre violador y una abuela asesina.

—En esa historia que nos cuentas no estoy de acuerdo en calificar a la abuela de asesina —manifiesta Felipe.

—Pero no he terminado. La que hoy es la madre de Rosita, la mujer que la educa y tutela, es la viuda del violador —asegura Ana con cara de satisfacción.

En este momento, Rosita se pone de pie y grita con todas sus fuerzas:

—¡Mientes! Todo son patrañas inventadas por ti.

—Querida, sabes que digo la verdad. Mi padre me lo contó todo después de veros en la ópera. Él era amigo de tu padre y conoce muy bien a la mujer que estaba contigo en el palco —dice Ana con cara de felicidad.

Rosita se da cuenta de que su madre le dijo que aquel hombre se parecía al que había saludado y tuvo que haberlo reconocido. ¿Por qué le mintió? ¿Siempre le ha ocultado la verdad? ¿Es real lo que acaba de contar Ana? Quisiera desaparecer. Volverse invisible para no ver la cara de sus amigos. Todo es confuso en su mente. No puede pensar.

Javier se da cuenta del momento por el que está pasando Rosita y, pasándole su brazo por el hombro, sale con ella del reservado.



Javier está sentado en el malecón. Se encuentra muy preocupado. No ha podido convencer a Rosita para que le deje acompañarla.

—Necesito estar sola —le asegura ella.

—Pero yo te quiero, Rosita. Deseo ayudarte, estar contigo —le dice Javier.

—Te lo agradezco, pero nada puedes hacer. Si de verdad me quieres ayudar, déjame.

—Por favor, Rosita.

—No insistas, Javier.

—Está bien, te dejo. Pero esta noche paso por tu casa.

—Como quieras —le responde ella.

No ha podido hacer nada en toda la tarde. ¿Cómo habrá sido el encuentro de Rosita con sus padres, en especial con su madre?

Difícil conversación tendrán madre e hija, piensa Javier. Si es verdad todo lo que cuenta Ana —que no cree que se haya atrevido a inventarlo—, tiene que

ser un momento muy doloroso entre ellas. Puede que sea cierto, se dice Javier, que haya verdades que es mejor no conocer. Estoy seguro de que todas las familias guardan sus secretos.

«Creo que si voy despacio caminando hasta su casa en El Vedado, les habré dado tiempo suficiente para que hayan aclarado todo», imagina.

Javier duda sobre si habrá hecho lo correcto. Tal vez tendría que haber insistido más y no dejarla ir sola. Aunque si se pone en el lugar de Rosita, habría reaccionado igual que ella.



Marina y Silverio terminan de comer.

—¿Quieres que salgamos al jardín a tomar el café? —pregunta Silverio.

—Tengo miedo a que haga mucho calor. Mejor lo tomamos aquí, dentro de casa —contesta Marina.

—Me han dicho esta mañana —cuenta Silverio— que El Nuevo Amanecer ha superado en ventas a El Siglo XX.

—Esto te alegrará porque, aunque así visto parezca la competencia, tienes mayor participación en El Nuevo Amanecer.

No han terminado de servirse el café cuando un fuerte portazo los sobresalta. Sin que les dé tiempo a reaccionar, Rosita se planta ante ellos.

Nada más verla, Marina sabe que el momento tan temido ha llegado.

Rosita se pone frente a ella. La mira con asco:

—Así que el sinvergüenza y violador de tu marido era mi padre. ¿Cómo pudiste vivir con un tipo así? Te tuteo porque no siento ningún respeto por ti. ¿Cómo conseguías dormir con él sabiendo que venía de violar a una infeliz negra? ¿Cómo puedes vivir con su dinero? ¡Qué asco! ¿Te hiciste cargo de mí para lavar tu conciencia?

—Rosita, no sigas, deja que te expliquemos —dice Silverio.

—No, padre, no hay nada que explicar. Ya me lo han dicho todo esta tarde, avergonzándome delante de mis amigos. Me han destrozado. Me gustaría desaparecer. Dejar este mundo al que llegué, parece ser, por carambola.

Marina llora silenciosamente.

—Rosita, entiendo tu desesperación —dice con voz apenas audible—. Me siento destrozada, ¿pero cómo iba a contarte quién era tu padre sin causarte dolor? Quizá elegí la opción más cómoda, pero consideré que era la única que podía evitarte sufrimiento, aunque ahora te hayas enterado de todo, cabía la posibilidad de que nadie te contara nunca nada. Y me agarré a ella. Lo siento. Perdóname, por favor, lo hice creyendo que era lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? No te engañes. Si lo único que te importa eres tú. Yo soy la penitencia que te has impuesto por tu cobardía al convivir con un indeseable, por seguir a su lado —dice Rosita con desprecio.

—No seas injusta, Rosita, no sabes cuál fue el comportamiento de tu madre. No tienes ni idea de lo que ha sufrido —comenta Silverio.

—Ni lo sé, ni me interesa. Me da lo mismo. Lo único que tengo claro es que yo estoy de más en esta vida y en vuestro mundo —asegura Rosita.

—Por favor, hija, no digas eso, te quiero con todo mi alma —dice Marina sollozando.

—No me llames hija. No tengo nada que ver contigo —contesta enfurecida Rosita, que añade—: Me iré. No quiero volver a verte en mi vida. Intentaré olvidarme de todo y de todos.

Marina siente tal impotencia, que solo atina a pedirle a Silverio que haga algo, que hable con Rosita, que no la deje marchar.

—Si me obligan por la fuerza a seguir viviendo aquí, cuantas veces me traigan, otras tantas me escaparé —amenaza—. Quiero respirar aire puro. Vivir una vida nueva. Alejarme de todos. Si sienten algún aprecio por mí, por favor, déjenme ir. No me busquen y les pido que esto mismo se lo digan a Javier. Mi mensaje para él, que ruego le transmitan, es que no soy buena compañía, que se haga a la idea de que me he muerto y pronto me olvidará. Necesito irme. Estar sola —grita la muchacha mientras cierra tras de sí dando un enorme portazo.

—Silverio, tienes que impedir que se vaya, pero qué va a hacer sola, sin dinero, sin ropa, sin nada —dice Marina llorando.



Silverio acude a abrir la puerta, al ver a Javier, le abraza emocionado.

—Rosita se ha ido. No hemos podido hacer nada para detenerla. Marina se siente destrozada, se encuentra en su habitación. Trato de animarla diciéndole que regresará, pero ella me asegura que no lo hará. Y yo no sé qué hacer —confiesa Silverio.

—Yo creo que lo mejor es darle tiempo a que se tranquilice e intentar tenerla localizada por si tenemos que ayudarla —propone Javier.

—Sí, ¿pero cómo nos enteramos? ¿Cómo sabemos dónde se encuentra? ¿Dónde pasará hoy la noche? —se pregunta angustiado Silverio—. Tal vez lo mejor sea dar parte a la policía.

—No es ninguna niña. Pensemos un poco. Intentemos meternos en su mente. ¿Qué puede hacer? ¿A quién puede acudir en busca de ayuda? —se pregunta Javier.

Los dos están sentados en la sala de espaldas a la puerta y no ven a Marina que entra.

—Hola, Javier. Ya te habré contado todo Silverio. Es una tragedia —dice ella.

—Mucho ánimo. Sí, es muy triste lo que está pasando, pero se puede arreglar. Yo confío en el sentido común de Rosita —confiesa Javier.

—Sí, ya sé —dice Marina— que una enfermedad, un accidente sería peor. Pero pensar que está sola en la ciudad y que se hace de noche me hace enloquecer. Creo que voy a salir a recorrer las calles.

—No se preocupe, ella sabrá qué hacer —apunta Javier.

—Sí, pero se puede acercar cualquier desaprensivo —argumenta Marina.

—De eso nunca estamos libres. Puede suceder a cualquier hora del día —opina Javier.

—Marina —llama Silverio—, hace un momento Javier y yo hablábamos de intentar ponernos en el lugar de Rosita para tratar de averiguar dónde puede estar y a quién puede recurrir. ¿Se te ocurre algo o alguien?

—De sus amigos quien más sabe eres tú, Javier —dice Marina.

—Sí, pero no creo que recurra a ninguno de ellos. Ya les ha dicho que a mí tampoco quiere verme —les recuerda el joven.

—Quizás alguna profesora —apunta Silverio.

—Tampoco. Yo creo —opina Javier— que, de pedir ayuda, tiene que ser a alguien que no la conozca o a una persona muy íntima de la que se fie totalmente y no esté implicada en toda la adversidad que envuelve su vida.

—Seguro que buscará trabajo, ¿pero dónde vivirá? —se pregunta el padre.

Él sabe que hay muchas pensiones baratas, mas no quiere imaginar que Rosita vaya a vivir a una de ellas, en las que lo ideal es pasar desapercibido y su hija es una mujer muy guapa.

Marina está sentada con la cabeza entre las manos. De repente, como insuflada de vitalidad, dice:

—Creo que sé donde pasará la noche. Hace un momento, pensando en su mejor amiga, en Inés, me he dado cuenta de que aquí, en La Habana, las Hijas de la Caridad tienen un colegio-asilo para jóvenes huérfanas y descarriadas. Rosita sabe de su existencia porque me contó que Inés le había hablado de ellas. Silverio, podemos acercarnos hasta allí.

—No se lo recomiendo, Marina. Si es verdad que decide ir allí y los ve, se irá. Esta noche les aconsejo que no hagan nada. Creo que no sucederá, aunque es posible que recapacite y vuelva a casa —les tranquiliza Javier.

—Estoy de acuerdo contigo, Javier. Mañana estaremos más tranquilos y si no tenemos noticias de ella, pasaré por la mañana de forma discreta a preguntarles a las Hijas de la Caridad.

—Yo soy partidaria de salir ahora mismo a buscarla —se empecina Marina.

—Te entiendo muy bien —le contesta Silverio—. Y si la encontramos, ¿qué vamos hacer?

—Intentar convencerla. Demostrarle que la queremos, que nos preocupa lo que le pase.

—Está bien. Como te conozco y sé que pasarás la noche en vela, me has convencido. En media hora nos vamos —promete Silverio.

—Si no les importa —sugiere Javier—, yo los acompaño.



Rosita no consigue llorar. Siente tanta indignación, tanta rabia, que no es capaz de derramar una sola lágrima. Hace cuatro horas que se fue de casa y no sabe qué hacer. Está sentada en uno de los bancos del parque central, casi

enfrente del hotel Inglaterra. Recuerda su primera noche en La Habana. ¡Todo era mentira! En solo unos segundos su mundo ha cambiado. No le preocupa en absoluto cómo será su vida a partir de ahora. No le importaría morir en este mismo momento. Tal vez la muerte tenía que habérsela llevado antes, el mismo día que a su madre. Así se evitarían sufrimientos. De repente, piensa en que no entiende cómo su madre natural pudo encomendarle a la mujer del hombre que la violó el bebé que iba a nacer. «Seguro que Marina me ha mentado también en esto», se dice con rabia.

Pasan unos chicos que la piropean y quieren entablar conversación con ella. Rosita se asusta y cambia de lugar hasta que sepa qué hacer. Tiene dinero suficiente en el bolso para pasar la noche en un hotel barato, pero no le apetece. Se sentará un rato en la plaza de la Catedral.

Ya ha oscurecido y la idea de pasar la noche en la calle, que en principio no había descartado, ahora le da miedo. Mira las desiguales torres de la catedral y recuerda la explicación de Marina. Rosita se sorprende al escuchar su propia voz que grita: «¡La odio! ¡La odio!».

Dulcifica la expresión de su cara al pensar en Silverio y en Javier. Ninguno de los dos tiene culpa del horroroso momento que está viviendo, pero debe alejarse de ellos. De Silverio resulta evidente: es el marido de la culpable de todo. A Javier lo quiere con toda el alma y por ello no puede condenarlo a que se una a una mujer de la que siempre tendrán algo que decir.

«¿Qué pasaría —se pregunta— si Inés estuviera aquí? ¿Me alejaría de ella también?». En ese momento, Rosita recuerda la carta en la que su amiga le pide que pase a saludar a las monjas del colegio-asilo. «Es posible —piensa— que me admitan esta noche. Mañana ya veremos».

Unas risas le hacen mirar al otro lado de la plaza. Son cinco jóvenes. A la distancia en que se encuentran no los reconoce, pero a medida que se van acercando le parecen los componentes del grupo de son de Jaimanitas.

Uno de ellos, el hijo del dueño del restaurante, la identifica en el acto.

—Buenas noches, señorita. ¿Cómo se encuentra? ¿Quiere que la acompañemos mientras espera?

—No, muchas gracias, no es necesario. Bueno, en realidad, no espero a nadie —se sincera Rosita.

—¿Por qué no nos acompaña? Vamos a actuar en aquel bar de la esquina. Un poco de son, que sé le gusta, unas copitas y luego la acompañamos a donde nos diga.

Rosita duda. Al final, acepta. Es una persona nueva y libre, que está sola en el mundo. No le vendrá mal escuchar un poco de son, igual se anima y baila para olvidarse de todo.



—Hemos recorrido la ciudad entera. Llevamos horas mirando parques y plazas, y no está —comenta Silverio.

—Vayamos al colegio —pide Marina.

—¿No será un poco tarde para las religiosas? —plantea Javier.

—Es posible, pero es una emergencia y, además, les diré que tengo una hermana que es hija de la Caridad —contesta decidida Marina.

El coche se mueve muy despacio, al pasar al lado del parque central, Marina al ver un grupo de muchachos, le pide a Silverio que pare para bajarse a hablar con ellos.

—¿Una chica alta, muy guapa? ¿Mulata? —repite el chico al que le ha preguntado—. No, no la hemos visto.

Marina ya estaba a punto de marcharse cuando otro joven le dice:

—Sí que la hemos visto. Hace una media hora, cuando nosotros llegamos, creo que asustada por nuestra presencia se fue.

—¿Hacia dónde se fue? ¿Te has fijado?

—Podría ir camino de la catedral, pero no estoy seguro.

Marina vuelve al coche esperanzada.

—Ha estado aquí. Vayamos otra vez a la plaza de la Catedral. Es posible que se haya ido para esa zona.

Silverio sigue las instrucciones de su mujer, pero está seguro de que no sirve de nada lo que están haciendo para encontrar a Rosita, aunque sí para tranquilizar a Marina.

El entorno de la catedral se encuentra totalmente desierto, ni una sola persona en las inmediaciones.

—Sé que estuvo aquí —afirma Marina.

—Es posible, pero ya se ha ido.

—¿Se habrá metido en alguno de esos establecimientos? —se pregunta Marina.

—No querrás que recorramos ahora uno a uno todos los locales de la ciudad, ¿verdad? —le plantea Silverio.

Marina tarda en responder. Si ella estuviera sola, lo haría, no dejaría ni una sola posibilidad. Las agotaría todas, pero tanto Silverio como Javier han salido a recorrer las calles para complacerla. Ellos eran partidarios de esperar a mañana. No quiere forzarlos más, por ello responde:

—Vayamos al colegio.



—Javier, dinos dónde te dejamos —le pide Silverio.

—Cerca del hotel Inglaterra me viene bien. Mañana hablaré con un amigo que tengo en la policía para que me oriente sobre cómo localizarla —les cuenta él.

La visita al colegio había sido infructuosa. Las monjas les habían prometido que si en algún momento aparecía por allí, inmediatamente les mandaban aviso.

—Muchas gracias, Javier, por tu compañía. Ya es muy tarde y mañana tienes que trabajar. Dios te lo pague —le dice Marina.

—No me dé las gracias, en esto estamos juntos. Ya saben que la quiero con toda mi alma. Anímense, mañana lo veremos más claro. Buenas noches —se despide el joven.

Silverio no arranca el coche hasta que Javier desaparece por la esquina del Inglaterra.

—Es un chico magnífico —comenta con admiración Silverio.

—Sí que lo es. Qué pena, Silverio, todo lo que está sucediendo. Él y Rosita se quieren. ¿Y ahora? Tengo miedo a la vida que pueda hacer nuestra hija.

—Tranquilízate, Marina. Rosita es buena chica. Sabrá cómo comportarse.

—Ya lo sé, pero dependerá de los ambientes en los que se mueva. Y no nos engañemos, lo más normal es que no sean muy buenos. Desde que se fue

Rosita, le estoy dando vueltas a la idea de que si no hubiésemos venido a La Habana, nada de esto habría sucedido.

—No te culpabilices, Marina. Te has comportado con ella como una madre de verdad. Estoy seguro de que llegará un momento en el que Rosita se dará cuenta de ello.

—Te juro, Silverio, que más que el disgusto que me origina su postura y el odio que dice sentir por mí, lo que me duele y no me deja vivir es ella. Es pensar en lo que le pueda suceder.

—Ya verás cómo no sucede nada lamentable.

—Ay, cuánto daría por tener tu confianza.

—Tú, que eres muy creyente, reza mucho —le aconseja Silverio.

—Lo haré. Mañana iré a la catedral a ponerle una vela a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, para que la proteja.

36. *¿Qué ha pasado?*

A Rosita le duele muchísimo la cabeza, casi no puede moverla. Le cuesta abrir los ojos. Se encuentra fatal. Estira un brazo en busca de su mesita de noche para mirar la hora en el reloj, pero no la encuentra. Abre un poco más los ojos. ¡Aquella no es su habitación! Nunca ha estado en aquel lugar. Casi no hay muebles. Descubre muy cerca de su cama a un chico que duerme en el suelo. Tiene que ser una pesadilla. Se sienta con dificultad en la cama. Coloca la almohada de respaldo y apoya la dolorida cabeza. Poco a poco va recordando todo lo sucedido hasta el momento en que se lanzó a bailar son con uno de los americanos. ¿Será el que duerme en el suelo? ¿Qué habré hecho con él? Se palpa el cuerpo en busca de algún indicio, y, por suerte, no detecta nada y puede respirar tranquila. No sabe si el malestar físico es superior al espantoso estado de ánimo en el que se encuentra.

El ruido de la puerta al abrirse es como si le dieran un mazazo en la cabeza. Entra Manuel, el hijo sonero del dueño del restaurante de Jaimanitas. El mismo que la invitó la pasada noche.

—El ron está buenísimo, pero a la mañana siguiente pasa factura —dice el muchacho.

—¿He bebido mucho? No recuerdo nada —reconoce Rosita.

—Es la primera o la segunda vez que toma ron —aventura Manuel—. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Ha acertado, es la primera vez —confiesa Rosita.

—Me lo imaginaba por el efecto que le hizo la segunda copa.

—¿He hecho muchas tonterías? —pregunta preocupada.

—No, todo lo contrario. Estuvo usted simpática, dicharachera. Y cuando se decidió a bailar con Robert fue fantástico. Los encargados del local nos han dicho que si unimos a nuestra actuación dos o tres bailes suyos, nos pagan bastante más y aumenta el número de actuaciones a la semana. Ahora íbamos

dos días y con usted nos ofrecen cuatro. Y como usted nos dijo que se había ido de casa de sus padres enfadada, pues he pensado que podría trabajar con nosotros. Esta habitación sería solo para usted. Tendría todo el día libre para hacer lo que le apeteciera, hasta las seis de la tarde. Ya sabe que nos encontramos en Jaimanitas, al ladito de La Habana. Piénselo. Ahora mismito le traigo un café.

Rosita no puede, ni quiere pensar. ¡Ay! Si pudiera convertirse en volátil para huir de este mundo. ¿Qué hará Marina? ¿Habrán salido a buscarla? No le importa lo que haga. No quiere verla nunca más.

—Aquí está el café con unas rosquillitas que saben a gloria. Después de desayunar y cuando ya se encuentre mejoradita, nos vamos a dar un paseo por la playa. Luego comemos y más tarde nos vamos de tiendas, por si le gusta algún vestido para la actuación de la noche. ¿Qué le parece? —le pregunta Manuel.

—Pero aún no sé si me quedaré —duda Rosita.

—No importa, ¿de acuerdo? Relájese. En una hora la vengo a buscar.



Marina no ha dormido nada en toda la noche. A su lado, Silverio acaba de despertar. La besa dulcemente.

—Silverio, ni en el peor de mis sueños hubiera imaginado lo que nos está pasando. Toda la noche he estado pensando en lo mismo y no tengo ni idea de lo que debemos hacer.

—Siempre podemos acudir a la policía. La ley no permite emanciparse hasta determinada edad. Pero ¿de qué nos serviría? Si ella ya nos dijo que se escaparía cuantas veces la retuviéramos.

—Silverio, ¿en qué me he equivocado?

—En nada, cariño. Has hecho lo correcto. Lo hemos hablado muchas veces. La pena de lo que está sucediendo nadie nos la quitará, pero tenemos que seguir haciendo vida normal —aconseja Silverio.

—Lo sé, aunque dudo poder hacerlo —confiesa Marina.

—Lo harás. Eres fuerte. Cuentas con mi entrega total. Ya sé que el dolor por no tener a Rosita con nosotros y el temor a que pueda sucederle algo malo es

igual al que experimentaríamos si hubiese desaparecido. Sin embargo, no es lo mismo a la hora de poder aceptarlo. Nadie se la ha llevado, nadie la ha secuestrado, ella se ha ido por propia voluntad. Está haciendo lo que quiere —argumenta Silverio.

—Sí, pero movida por el conocimiento de una historia terrible, que no es capaz de asimilar. Por ello se ha visto obligada a reaccionar de ese modo. Ya sé que podría haberlo hecho de otra manera, pero cada uno tenemos una determinada forma de ser. No la culpo por lo que ha hecho, pero quisiera ayudarla —dice Marina.

—Tendremos oportunidad, no desesperes. Hoy nos vamos tú a El Nuevo Amanecer y yo a El Siglo XX, y nos volcamos en nuestro trabajo. La pena no se irá, pero mantenernos ocupados nos ayudará a no recrearnos en ella.

—Sé que tienes razón en todo lo que dices, aunque estoy tan hundida que no me considero capaz de hacer nada. Silverio, entiéndeme, yo soy la responsable de esta situación.

—No quiero seguir insistiendo en lo mismo, no busques culpables. Un nuevo día nos espera. Igual Rosita decide volver.



Javier se encuentra agotado. El autodomínio que ha puesto en práctica delante de Marina y Silverio, disimulando y no dando mayor importancia a la marcha de Rosita, cuando en el fondo se siente desesperado, lo ha dejado exhausto. Nada más quedarse solo, lloró como no recuerda haberlo hecho nunca. Si pudiera, iría en busca de Ana y la abofetearía con rabia.

«¡Ay! —piensa—. Si las cosas se pudieran hacer dos veces. No tenía que haber permitido que Ana alternara con nosotros. ¿Cómo pensar que su odio y rencor la iban a llevar a semejante comportamiento?». Quería hacer daño, aniquilarlos y lo ha conseguido. Sin duda es una enferma. Pero de nada sirve quejarse, la realidad se impone y Rosita sabe Dios dónde estará. Él es mucho más consciente que sus padres de los peligros que pueden acecharla.

Antes de irse a trabajar intentará localizar a su amigo policía. Le dará una foto de Rosita y, por supuesto, le pedirá que lo haga a título personal.

Si por la circunstancia que sea, su amigo no puede ayudarlo, hablará con Marina y Silverio para que contraten a un detective privado.

Mira la foto de Rosita antes de meterla en el sobre y le da un beso. «Tengo que recuperarla —se dice—. Es la mujer de mi vida. No importa lo que suceda. ¡Nada hará cambiar mis sentimientos! Siempre la querré. Mis brazos permanecerán abiertos para ella».

37. *El son*

Hoy se estrenan en un club americano. La incorporación de Rosita —Bella, en el argot artístico— al grupo les ha dado una gran proyección. Actúan todos los días de la semana y tienen fechas contratadas con muchísima antelación.

Rosita forma pareja de baile con uno de los americanos, Robert, pero también incluyen un número en que el que, en uno de los bailes, el otro americano del grupo le disputa a su compañero el privilegio de bailar con ella.

Se siente mimada por los cinco componentes del conjunto sonero. Son buenos amigos, aunque los dos americanos parecen albergar otras esperanzas. Robert, a veces, se pone pesadísimo. Menos mal que Manuel, el jefe de grupo, les repite una y mil veces que no se les ocurra meterse con ella porque es capaz de llamar a la policía.

Esta tarde se encuentra favorecida. Ha decidido, de acuerdo con Manuel, ofrecer un aspecto un tanto «salvaje», más de acuerdo con los orígenes del son. Se ha puesto una falda roja de mucho vuelo y una blusa blanca de amplio escote, que le recuerda el vestido blanco que llevaba la primera vez que estuvo en Jaimanitas, cuando Javier le regaló unas rosas rojas para el pelo. ¿Qué habrá sido de él? Lo sigue queriendo pero forma parte de un pasado que ha borrado de su vida. Desconoce si la están buscando, aunque no cree que den con ella. Su «familia» no suele frecuentar los locales donde actúa. De todas formas, ha tomado algunas precauciones: cambiar su nombre y salir a actuar siempre con gafas. Unas gafas con cristales blancos, sin graduar y montura negra.

Esta noche bailará descalza. Se sirve un poquito de ron. Se ha acostumbrado, ya no le hacen daño dos o tres copitas. Le sientan de maravilla antes de actuar. A veces se pasa en las juergas nocturnas. Tiene que tomar medidas, no quiere convertirse en una alcohólica.

Después de sonar unos golpecitos en la puerta del camerino entra Manuel:

—Estás guapísima. No quiero ponerte nerviosa, pero ha venido para verte bailar uno de los miembros del Sexteto Boloña.

—¿Y para qué? —pregunta ingenua Rosita, que sabe muy bien la razón por la que desean verla actuando.

—No nos dejarás, ¿verdad?

—No te preocupes, Manuel. No quiero dedicarme a bailar toda mi vida. Mi presencia con vosotros es un paréntesis pasajero. Me pueden hacer la mejor oferta que no la aceptaré, así que quédate tranquilo —replica ella.

—Me ha preguntado por el tipo de voz que tienes, porque según él, si te animases a cantar alguna de las canciones con nosotros, te harías famosísima —asegura emocionado Manuel.

—Con lo que me acabas de decir, es seguro que no intentaré acompañarte en ninguna canción. Lo que menos me interesa en este mundo es ser famosa —asegura Rosita—. Lo que me encantaría, Manuel, es que me enseñaras a tocar la marimba.

—Cuando quieras. Mañana mismo podemos empezar.

—¿Es verdad que el Sexteto Boloña es el más importante de Cuba? —se interesa la joven.

—Es uno de los mejores. Creo que el mes que viene graban un disco en Estados Unidos. Su director, Alfredo Boloña, ha sido decisivo en el resurgimiento del son. Es un honor que esta noche se encuentren entre el público para vernos. Y todo gracias a ti, preciosa.

—Manuel, recuérdame la letra de la canción que ensayabas este mañana —le pide Rosita.

—No, mejor te la canto bajito:

*En el tronco de un árbol una niña
grabó su nombre henchida de placer,
y el árbol conmovido allá en su seño
a la niña una flor dejó caer.
Yo soy el árbol conmovido y triste,
tú eres la niña que mi tronco hirió,
yo guardo siempre tu querido nombre*

y tú, ¿qué has hecho de mi pobre flor?

—Muchas gracias —exclama Rosita, aplaudiendo—. ¿Se llama?

—«¿Y tú qué has hecho?».



El local donde van a actuar se encuentra abarrotado. El son cada día cuenta con mayor número de seguidores. La aparición de la radio en Cuba ha sido un factor decisivo para su difusión. También algunos gestos de dirigentes políticos hacia este tipo de música influyen para que las clases más elevadas vean el son con mejores ojos.

Hay algunas mujeres entre el público, pero en su mayoría son hombres, que siguen la actuación mientras se toman una copa.

A Rosita le gusta mirar entre bambalinas para ver el ambiente. No cree que ningún conocido se encuentre en la sala, pero siempre es mejor prevenir.

La actuación discurre con total normalidad. Ha llegado la hora de salir. Su entrada en el escenario como alguien que pasa por allí de casualidad es un efecto que gusta. Entra despacio, parece que busca a alguien. Mira al público, a los músicos. Uno de ellos, el que toca el bongó, se levanta y tomándola por la cintura se ponen a bailar.

El americano, Robert, no es mal bailarín, pero Rosita es buenísima. A los pocos segundos de estar bailando, el público solo tiene ojos para ella.

Aquella noche, Robert se pega demasiado a su cuerpo lo que le hace sentirse incómoda.

Él se da cuenta y aprovecha un giro de cabeza para decirle:

—No seas tonta, estamos actuando. Todo es puro teatro.

Rosita guarda silencio, pero en su interior se dice que no tiene por qué aguantar aquello. Ella puede hacer otras cosas para ganarse la vida, además de bailar.

Los aplausos la hacen volver a la realidad. Ha bailado como una autómata. Lo bueno es que nadie lo ha notado, se dice.

—No he tenido oportunidad de decirte lo preciosa que estás —le dice Robert al salir a saludar juntos—. ¿Cuándo me dejarás que te demuestre lo mucho que me gustas?.

—Infinidad de veces te he contestado: nunca. No insistas, por favor.

—Lo seguiré haciendo porque sé que te agrada. Lo que sucede es que te haces la interesante —se obstina Robert.

—Robert, no la acapares, a mí también me gusta Rosita —dice el otro americano, que intenta darles alcance por el pasillo.

—Sois verdaderamente insoportables. Creo que vais a acelerar mi marcha del grupo.

—Ni hablar —grita Manuel, que los ha oído—. Primero los echo a ellos. Tú, Rosita, te quedas con nosotros. Por cierto, un hombre cercano a los treinta años se interesó por ti. Quería saber de dónde eras y desde cuándo trabajabas con nosotros.

—¿Todavía se encuentra aquí? ¿Qué aspecto tiene? —pregunta ella, dominando su nerviosismo.

—Se ha ido nada más terminar vosotros de bailar. Es blanco, de cabello rubio, no muy alto —cuenta Manuel.

—¿Estaba solo? —quiere saber la muchacha.

—Sí. No le he visto hablar con nadie —asegura Manuel.

Rosita no conoce a nadie de esas características, pero puede ser alguien contratado para encontrarla. Mejor no perder el tiempo pensando en hipótesis que no conducen a nada porque ella es una persona libre, sin pasado.

—Chicos, os propongo que nos vayamos a tomar unas copas para festejar el éxito de hoy —dice Rosita a sus compañeros.

Robert se acerca a su compatriota y muy bajito le dice:

—Si la juerga se prolonga, hoy puede ser el gran día.

Manuel los ha visto y muy suave los amenaza:

—Como le suceda algo a Rosita, os juro que vais a la cárcel.



La actuación está programada para las ocho, pero ha llegado un poco antes. Quiere estar bien situado. Y si es ella, desea que lo vea. No les ha dicho nada a Marina y Silverio. Suele comer con ellos una vez a la semana. No les ha comentado ni una palabra porque quiere estar seguro. Aunque todo apunta a

que sí. No solo la descripción física que de la muchacha le ha hecho su amigo, sino Jaimanitas y el son.

¿Cómo se le habrá ocurrido pensar en ellos, en los chicos de Jaimanitas? A Javier, la idea de que Rosita salga todas las noches al escenario y se mueva en aquel ambiente no le gusta nada.

Ni los padres ni él han hablado de la marcha de Rosita con nadie, pero la noticia ha trascendido en los círculos más cercanos. Marina justificó su ausencia de las clases en la academia alegando que su hija no se encontraba bien y que de momento dejaba sus estudios. Pero Clara y el resto del grupo sabían lo que había ocurrido.

Ana, la causante de todo, al ver que Javier ni la miraba cuando se encontraban, había dejado de incordiar. En realidad, ya había conseguido lo que quería.

Javier hubiese acudido al día siguiente de hablar con su amigo a comprobar si era Rosita la mujer que bailaba son, pero decidió tranquilizarse aplazándolo unos días.

Había elegido para asistir la única actuación que tenían en el bar de Jaimanitas. Quería verla y poder hablar en el mismo sitio en el que habían descubierto que Rosita sentía algo por él.

Javier había ido una tarde a Pinar del Río para desahogarse con su amigo Cayetano que, por su formación de sacerdote, conocía mejor el alma y las reacciones humanas ante la adversidad.

Su amigo le había aconsejado que hablara con Rosita, que le hiciera ver lo mucho que la quería, que insistiera, a pesar de que ella lo rechazara.

—Es bueno percibir que los seres queridos, aunque ahora los odies, te siguen queriendo. El amor es la mejor medicina —le aseguró Cayetano—, la medicina ante la que siempre reaccionamos.

Y allí está, deseando que sea Rosita la bailarina de son. Pronto saldrá de dudas.



Rosita ha decidido recogerse el cabello en una cola. Al mirarse al espejo recuerda que ese era el peinado que tanto le gustaba a Javier, desde que ella se

lo había puesto así, sujeto con las flores que él le había regalado. Hoy no llevará flores, sí un bonito pañuelo estampado, a juego con el sutil vestido verde. Piensa que cuando deje de bailar tendrá que comprar ropa nueva, ya que todos sus trajes han sido elegidos para bailar.

El miedo a ser descubierta, después de la visita de aquel hombre que se había interesado por ella, ha desaparecido disipado en el discurrir de los días. Casi nunca siente temor a salir al escenario y menos aquí, en Jaimanitas. La actuación ha comenzado y Rosita no se preocupa, como otras veces, de mirar las caras de quienes presencian el espectáculo. El público que acude a verlos aquí está compuesto por conocidos y algún que otro turista. Se atusa el cabello, se pone las gafas y sale al salón.

Mira a los asistentes. A los músicos. Robert abandona su bongó. Todo igual que siempre, pero al tomarla en sus brazos y girarla hacia el público, Rosita lo ve. Javier se encuentra sentado en una de las mesas más cercanas.

Robert la nota tensa y cuando de nuevo la vuelve al público, al estar él de espaldas, le dice:

—No me digas que por fin reaccionas a mi contacto personal y sientes algo por mí.

—Serás cretino —le contesta Rosita que, cada vez que tiene enfrente a los espectadores, solo ve los ojos de Javier.

Javier se siente emocionado. Rosita está preciosa. Ha madurado, su aire juvenil de adolescente, tal vez por el tipo de ropa que lleva, ha dado paso a una hermosa y plena mujer. Espera que no se niegue a hablar con él. Lo ha visto y no ha rehuído en ningún momento su mirada.

Al final de la actuación y antes de que Javier pase a verla, viene Manuel a su encuentro.

—Qué bien que se haya animado a venir a vernos —le dice, con una amplia sonrisa—. Ahora sale Rosita. Ya sabe que está usted aquí. Espero que su presencia la anime un poco, últimamente no se encuentra en su mejor momento.

«Seguro que es ella quien ha mandado venir a Manuel para evitar que estemos a solas», piensa Javier.

—La verdad, Manuel, es que no tenía ni idea de que Rosita estaba con ustedes. De haberlo sabido, habría acudido mucho antes.

—Mírela, ahí viene rodeada del grupo. Lo cierto es que la adoran. Quieren acompañarla a todas partes. Y siempre respetándola. Ya les he dicho que pobre del que intente algo con ella sin su consentimiento.

Javier siente un escalofrío al comprobar el ambiente en que se mueve Rosita. Allí puede pasar cualquier cosa.

La joven se ha puesto una chaqueta y lleva la melena suelta. Se acerca a la mesa.

—Hola, Javier —dice mientras le tiende la mano.

—Rosita, qué alegría volverte a ver.

—Yo les dejo —anuncia Manuel.

—Puedes quedarte —sugiere ella.

—Gracias, Manuel —dice Javier.

Manuel se da cuenta de que algo pasa entre ellos y, como es persona seria y discreta, se levanta a la vez que comenta:

—Seguro que tienen mil cosas de las que hablar. Si algo necesitan, yo estoy allí, con los muchachos.



—Creía, con alegría, que os habíais olvidado de mí —empieza Rosita para romper la tensa situación. Ella sabe que Javier es tímido.

—Te hemos buscado por todas partes. Tus padres no saben que te he localizado —le cuenta él.

—Sabes que no tengo padres. En cuanto a las personas que me han adoptado, mejor no les dices nada.

—No seas cruel, lo están pasando fatal.

—Si has venido para hablar de ellos. Ya está todo dicho. —Rosita hace ademán de levantarse.

—No, por favor. Hablemos de nosotros. Yo te quiero. Deseo hacerte mi esposa. Deja todo este mundo en el que te has metido. Yo te llevo a La Habana. Buscamos un lugar en el que puedas vivir y planeamos el futuro. Quiero darte una buena noticia: me han dado plaza en la quinta, así que allí ejerceré.

—Enhorabuena, me alegro mucho. En cuanto a lo de irme contigo, ahora no puedo. Necesito estar sola, encontrarme a mí misma.

—¿Pero me quieres?

Rosita a punto está de ser sincera: lo quiere con toda su alma, pero opta por decirle:

—Sí, Javier, te quiero, pero no te conviene estar conmigo, terminaría haciéndote daño. ¿Cuánto crees que tardarían en venir a contarte cosas de mi desgraciado origen?

—No me importa en absoluto. Yo te quiero a ti. No a tus progenitores o a tu familia. Todo lo que puedan decir no influirá en mis sentimientos por ti. —Rosita de buena gana lo abrazaría—. Ven conmigo esta misma noche, por favor —ruega Javier mientras toma una de sus manos.

—No puedo, Javier, debo asimilar la historia que me envuelve. Tengo que aprender a convivir con ella.

—Ahora no quieres dejar Jaimanitas, de acuerdo, pero dime cuándo paso a buscarte —insiste él.

—No es preciso que me busques. Yo puedo desplazarme a donde quiera. Y ahora, si no te importa, no quiero seguir charlando.

Rosita se ha puesto de pie. Javier la imita. Le da un beso en la mejilla, delante de todos en el bar.

—Prométeme que pensarás en todo lo hemos hablado —le pide.

—Prometido —contesta ella.

Lo ve abandonar el local. Correría tras él, pero se da la vuelta y mira a sus amigos soneros.

—Os voy a contar un secreto —les dice al llegar a la mesa donde se encuentran—. Mi padre era un violador y mi abuela lo mató. Creo que lo merecía. ¿Qué opináis vosotros?

—Puede ser el tema para una canción —dice Manuel.

—Ven, siéntate. Tomemos una copita —la invita Robert.

Rosita mira con pena la puerta por donde se fue Javier y acepta la invitación. El alcohol la ayuda a olvidar.



—Creo que por hoy ha sido suficiente. Es muy tarde. Yo me largo. Hemos bebido demasiado —dice Manuel, y se marcha.

—Yo quiero quedarme un poco más, otra copita —pide Rosita, que está completamente borracha.

—La última —avisa el camarero—, es hora de cerrar.

—Tengo una idea —apunta Robert—. Nos llevamos dos botellas y nos vamos a la playa. Y después a dormir.

Todos están de acuerdo. El camarero ve con alivio cómo abandonan el bar. Rosita se ha quitado los zapatos de tacón alto para evitar el balanceo que la hacía perder el equilibrio.

—Si quieres te los llevo yo —le propone el otro americano, que añade—: He traído las maracas para animarnos un poco.

—Nosotros nos vamos —dicen los dos soneros cubanos—. Seguro que os da el amanecer en la playa.

—Vosotros os lo perdéis —dice Robert, disimulando la alegría que le produce quedarse solo con su amigo y con Rosita.

Pasan cerca del jardín donde Javier había cortado las rosas aquella maravillosa tarde. Rosita, a pesar de su estado de embriaguez, lo recuerda.

—Bailo en la playa con quien me regale unas rosas —exclama.

—Pero a estas horas es imposible —comenta Robert.

—Pues bailaré sola —dice riendo.

Ya en la playa, se han sentado cerca de una palmera. Es una noche bastante clara, con muchas estrellas. Abren una de las botellas y brindan por la amistad.

—Rosita, ya sé que fumas poco, pero estos pitillos americanos son excelentes ¿quieres uno? —la invita Robert.

—Sí, dame, voy a probarlos —se anima ella. El sabor no le parece muy diferente a los que ella fuma, puede que un poco más dulces—. Quiero otro poquito de ron —pide—. Creo que me estoy mareando. Me tendréis que acercar a casa.

—No te preocupes. Nosotros nos encargamos.

Rosita escucha la voz como lejana. Cree que quien le ha respondido es el otro americano, el de las maracas.

—¿No habías traído las maracas? —le pregunta—. Un poco de música, por favor.

Las maracas rompen el silencio de la noche. Rosita se levanta y empieza a bailar. Robert la sigue. La enlaza apasionadamente.

—¿Dónde están las rosas? —pregunta Rosita, que apenas puede hablar.

—Luego te las doy. Ahora un beso.

Rosita se siente flotar. Por fin puede volar. Es agradable la sensación que experimenta su cuerpo. Le parece que la están besando. ¿Por qué no puede reaccionar? De repente un dolor profundo, como un desgarró. Alguien jadea a su lado. No puede ver qué pasa. Solo quiere dormir. Quedarse tranquila entre aquellas nubes que la envuelven, pero alguien aplasta su cuerpo, con fuertes sacudidas y de nuevo ese fuerte dolor. Quiere gritar, pero no puede. Por fin se ha quedado dormida.



Siente frío a pesar de que sus brazos están cubiertos. «Me he quedado dormida con la chaqueta puesta», piensa. Escucha muy cerca el rumor del mar y el graznido de algunas gaviotas. Le duele todo el cuerpo. Abre los ojos despacio. Está amaneciendo, se encuentra sola en la playa. Su vestido está roto y descubre horrorizada, unas manchas rojas de sangre, signo evidente de lo que desgraciadamente ha sucedido.

No recuerda nada. Sabe que estaba muy borracha, pero no tanto como para olvidar todo. Intenta reconstruir lo sucedido hasta donde su memoria se lo permite. Lo último de lo que es consciente es de su llegada a la playa. De repente se da cuenta de que el tabaco que le dieron contenía alguna droga porque recuerda como en una nebulosa sensaciones hasta entonces nunca experimentadas.

—Dios mío —dice llorando—. Robert y su amigo me han drogado para poder violarme. ¡Qué desgracia! Y ahora, ¿qué voy hacer?

Se siente sucia y sin pensarlo dos veces se mete en el mar. Camina despacio. El contacto con el agua le hace bien. Sigue caminando. Oye que alguien pronuncia su nombre. ¿Por qué la tienen que venir a importunar?

—Rosita, soy Manuel, he venido a buscarte. —La joven se resiste, pero al final se vuelve y comienza a salir—. Toma, envuélvete en esta manta hasta que lleguemos a casa. Nada más despertar, uno de los muchachos me dijo que te habías quedado en la playa con los americanos y me puse en lo peor. Pasé por tu apartamento y, al ver que no estabas, me fui corriendo al de ellos, que lo encontré totalmente vacío. Se han marchado por miedo a que los denuncie. Son unos malnacidos a los que hace tiempo tenía que haber despedido. —Rosita permanece en silencio, aunque, por su gesto tranquilo, parece indicar que está de acuerdo con lo que dice Manuel—. En cuanto te deje en la habitación —sigue hablando Manuel—, le digo a mi hermana que pase a verte. Te puedes desahogar con ella. Es buena chica. Un poquito mayor que tú, pero te gustará.

—Gracias, Manuel —contesta Rosita con voz débil.



Marina casi puede asegurar que las mejores horas del día son las que pasa en los almacenes. Es en el único sitio donde consigue olvidarse un poco de Rosita, aunque a veces, cuando ve a alguna chica de su edad, se le escapan las lágrimas. ¿Dónde estará? Aunque lo intenta, no consigue entender la reacción de su hija. Comprende el disgusto y el enfado por haberle ocultado una terrible realidad, pero jamás pensó que se pudiera olvidar de ellos. ¿No sabe que la quieren con todo el alma?

Es verdad que muchas veces las circunstancias y las personas con las que se entra en contacto pueden influir en la decisión a tomar. No quiere pensar en que le haya sucedido algo que le impida ponerse en contacto con ellos. No, se tranquiliza, las malas noticias llegan inmediatamente a destino. Si la semana que viene siguen sin saber nada, ella ya ha tomado la decisión de contratar a un detective privado. No le importa lo que digan Silverio y Javier. Tienen que encontrarla. En su desesperación, ha escrito a Inés para contarle todo lo sucedido y también en su ánimo alienta el deseo de enterarse de si Rosita se ha puesto en contacto con su amiga.

La vida ya no es lo mismo sin su hija. Tanto a Silverio como a ella les afecta hasta el punto de distanciarlos. Pueden pasarse horas uno al lado del otro sin hablar. La apatía sexual se ha establecido entre ellos.

Marina sabe que tiene que hacer algo para recuperar su vida, no puede permanecer encerrada y bloqueada por la pena. El jardín al que tanto tiempo le dedicaba ha dejado de tener interés para ella. No lee, no escucha música. Solo cumple con su trabajo en la tienda, el resto del día es como una autómatas. Ella siempre fue una mujer fuerte, su vida no ha estado exenta de problemas a los que ha sabido enfrentarse. Ahora no puede quedarse de brazos cruzados. Claro que ya no es la muchacha joven llena de ímpetu, pero, aunque los años hayan pasado, su corazón sigue siendo el mismo, tal vez un poco cansado, pero con una capacidad mucho mayor para amar.

Marina sonrío al darse cuenta de que por fin reacciona. «Mi primera misión —se dice— es intentar devolver la armonía a mi matrimonio. Esta misma noche sorprenderé a Silverio con una cena en uno de los mejores restaurantes de la ciudad».



—Cariño, mil gracias por la maravillosa cena de esta noche —le dice Silverio.

—Me alegro de que te haya gustado. Yo he estado muy feliz —asegura Marina.

—Y ahora dime, ¿qué celebrábamos? —pregunta él.

—El estar juntos. Esta cena es nuestra primera declaración de guerra al dolor que nos atenaza. Me niego a que la angustia y la melancolía se enseñoreen de nuestra existencia. Tenemos que intensificar la búsqueda de Rosita, pero no podemos consentir que su ausencia arruine nuestra vida.

—Estoy de acuerdo. La verdad es que no me atrevía a decirte nada. Te veía tan mal. Yo estoy afectado y muy triste —asegura Silverio—, pero intenté en varias ocasiones charlar contigo y una tras otra me cerrabas la puerta.

—Será porque tú lo dices, pero no soy consciente de ello.

—Desde que Rosita se fue estás ausente —afirma Silverio—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Sí, Silverio, lo importante es que estamos juntos aquí y ahora. Tenemos que saber que unidos podemos hacer frente a todo lo que surja en nuestro

diario caminar. El amor que nos une es nuestra mayor fuerza y debemos cuidarlo para que, como las plantas, no se marchite por falta de atenciones.

—Marina, ¿has dejado de quererme? —pregunta Silverio.

—Nunca. Pero ¿cuánto tiempo hace que no nos miramos a los ojos? ¿Cuánto tiempo hace que nuestras manos no se unen en diálogo apasionado sustituyendo el beso que en ese momento no podemos darnos?

—¿Cómo ahora, mi amor? —pregunta él rodeando con su mano la de Marina.

—Si quieres, nos vamos —sugiere ella.

—Sí, por favor. Nunca el camino a casa me resultará más largo que esta noche.



Es una mañana brumosa y un tanto densa. Hace unas horas que en la radio se ha difundido la noticia del Observatorio Nacional en la que se anuncia la presencia dentro de unos días de una perturbación ciclónica que tiene su origen en el mar Caribe, al sur de Jamaica.

Silverio va conduciendo. Desea que la esperada perturbación meteorológica no se cumpla y que sufra algún desvío por el camino, para que no se convierta en ciclón. El ciclón o huracán tropical es, de todos los fenómenos atmosféricos, el que más daño puede causar en la isla.

Le ha pedido el coche a su socio Mariano porque no quiere que nadie se entere de su desplazamiento.

Nunca ha estado en Jaimanitas. Javier le ha dicho que pregunte por ella o por Manuel en el restaurante del pueblo.

No está muy seguro de si hace lo correcto ocultándoselo a Marina, pero no quiere que sufra, ahora que parece haber vuelto a la normalidad. Primero se entrevistará él con Rosita y, según la reacción de esta, se lo contará a Marina o no.

Javier le había recomendado que fuera él solo.

—Mejor evitarle sufrimientos a Marina —le había dicho—, porque es en ella donde está centrado todo el odio y rechazo de Rosita. Nosotros podemos facilitarle el camino.

Animado y reforzado con la opinión de Javier, Silverio llega al pequeño pueblo marinero.

«Es una pena —se dice— que nunca haya estado aquí. Tiene cierto parecido con Candás».

Aparca en una de las pequeñas calles y se dirige al restaurante donde le indican la zona en la que vive Rosita.

Es una de las pequeñas casas de pescadores que se encuentran bastante cerca de la playa. Llama a la puerta. Espera nervioso. Silencio. Vuelve a insistir. Ninguna respuesta. Cuando ya se iba, creyendo que no se encontraba nadie en la casa, el sonido de la puerta al abrirse le hace volverse:

—Rosita, cariño, perdona si te he despertado.

Silverio hace esfuerzos para contener la emoción. ¿Qué le ha pasado? Aquella no es su preciosa hija. Rosita tiene un aspecto de abandono total. A Silverio le parece que está sucia, despeinada, delgadísima.

—¿Por qué has venido? No quiero verte. ¿No te acompaña ella? ¿Te envía a ti para que le allanes el camino? Vete, no tenemos nada de qué hablar —dice Rosita mientras intenta cerrar la puerta.

Silverio sospecha que probablemente ha hecho mal al no decirle nada a Marina.

—Déjame pasar, aunque sea un momento. Tu madre no sabe que te hemos localizado. Es posible que se enfade cuando lo sepa, pero Javier y yo pensamos que era mejor así.

—Me da lo mismo lo que hagáis. No quiero saber nada de vosotros —asegura ella, que sin embargo se hace a un lado para franquear el paso a su padre.

Si el aspecto de su hija le ha impactado, el interior de la casa le deja anonadado.

—Mi pobre hija —musita, con los ojos inundados de lágrimas, mientras la abraza.

Rosita se hace la fuerte, pero no puede. Quiere a su padre y él también la quiere, es algo que percibe en su cariñoso abrazo.



Silverio regresa a La Habana. Vuelve relativamente contento. Después de más de dos horas de conversación, no ha conseguido convencerla para que vuelva a casa. Le habla de lo mucho que su madre la quiere, de lo mal que lo está pasando, pero la muchacha se muestra inflexible. No quiere volver a su vida anterior.

Mejor suerte tiene con el tema del dinero. Silverio se ofrece para pasarle una cantidad todos los meses que le permita hacer una vida tranquila sin preocuparse de buscar cualquier trabajo para poder subsistir. Al principio, Rosita lo rechaza de forma enérgica.

—No quiero dinero de Marina porque está sucio. Es la herencia de un violador —dice con rabia.

—No hagas juicios sin tener ni idea, hija. El dinero de tu padre le correspondía a ella. Y hay que ver qué bien lo está empleando. Es una persona generosísima.

—Me da lo mismo, no lo quiero —insiste Rosita.

—¿Y si te digo que el dinero que te ofrezco es mío? Tú sabes que no hace mucho he recibido una herencia, ¿verdad? —le pregunta Silverio.

—Sí —responde ella.

—¿Entonces aceptas?

—Acepto.

La postura de su hija le da cierta tranquilidad. Por lo menos, sabe que no pasará necesidades.

Antes de volver a El Siglo XX, Silverio pasará por la Quinta Covadonga para ver un momento a Javier. Quiere contarle cómo fue la entrevista y sobre todo pedirle que pase a verla porque tiene la sensación de que Rosita está enferma. Le rogará que intente ir esta misma tarde.

38. *Ciclón sobre La Habana*

El 19 de octubre todos sabían que las previsiones meteorológicas, de hacía dos días, se cumplirían y se preparaban, cada uno en la medida de sus posibilidades, para hacer frente de la mejor manera posible al paso del ciclón que se esperaba que aquella madrugada cruzara la isla de Pinos para, a continuación, entrar en Cuba.

Silverio se reúne con Javier que, a primera hora de la mañana, acude a verlo para darle noticias de Rosita. Tristes y dolorosas noticias.

—No está confirmado, pero es casi seguro que esté embarazada —dice Javier.

—Dios mío, ¿embarazada? —exclama Silverio.

—Sí. Asegura que no le preocupa porque piensa abortar. Además, dice que cree que fueron dos los que la violaron. Ella estaba prácticamente inconsciente —cuenta Javier.

—Pero tenemos que denunciarlo —manifiesta Silverio.

—Han desaparecido. Seguro que se han ido de la isla. Eran los dos americanos que tocaban en el grupo —le informa Javier.

—Qué horror, tengo que contárselo a Marina. Menudo disgusto —dice Silverio.

—Mañana he quedado a comer con vosotros, si es que el ciclón no me lo impide. Podemos decírselo entre los dos en el transcurso de la comida. Le he dado el dinero a Rosita, pero no ha querido venir a La Habana para estar más segura ante el huracán que se avecina. Dice que no le pasará nada en Jaimanitas, y si tiene que morir, que aquel no es mal sitio.

—¿Habrá vuelto a beber? —pregunta Silverio.

—Me parece que no. Últimamente creo que hace una vida muy normal. Ella no me lo ha dicho, pero Manuel me comentó que algún día la ve pintar.

Aquella, sin duda, es una noticia esperanzadora porque refleja un rasgo de normalidad en la nueva vida de su hija. Silverio no puede quitarse de la cabeza la palabra «embarazada». Tienen que convencerla para que no aborte.

No sabe cómo podrá disimular hasta mañana sin decirle nada a Marina. Silverio tiene mucho miedo a que Rosita sufra las consecuencias del ciclón. Pero Javier lo ha tranquilizado explicándole que Manuel le ha asegurado que ellos conocen muy bien toda la zona de Jaimanitas y saben dónde y cómo protegerse de los ciclones. Con lo cual Rosita estará segura.

Pasará a buscar a Marina y se irán para casa.



—Yo no he vivido ningún ciclón —asegura Marina.

—Yo sí, pero creo que no tan fuerte como este que se acerca. La verdad es que es impresionante la fuerza del viento y también la furia del mar —asegura Silverio—. Dicen que el viento superará los doscientos kilómetros por hora.

—Eso es una barbaridad —exclama Marina, que añade—: Esta tarde, en la tienda, unas señoras se atrevían a decir que el ciclón dejará aquí, en la ciudad, cientos de muertos.

—Seguro que aciertan —responde Silverio.

—Es terrible pensar que tantas personas van a morir y no hacemos nada por evitarlo —comenta ella.

—También a nosotros nos puede afectar. Nuestra casa no está muy cercana al mar, algo importante, ni tampoco es muy alta. De todas formas nos encerraremos en el sótano, que se encuentra muy protegido.

—Silverio, ¿dónde estará Rosita? Ya tengo localizado a un detective privado al que le voy a encargar el trabajo —plantea Marina, muy seria.

—Mañana, si te parece, lo hablamos con Javier. Igual tiene alguna noticia —aventura su esposo.

—No creo, habría venido a comunicárnosla. Por cierto, hoy he recibido carta de Inés, que se muestra muy preocupada. Me dice que Rosita no le ha escrito desde hace tiempo y que no sabía nada. Me ha enviado una carta para ella.

—Quiera Dios que se la podamos entregar algún día —contesta Silverio.



A las ocho de la mañana, la ciudad de La Habana empezó a experimentar las fuertes sacudidas del viento, acompañado de una intensísima lluvia.

Marina y Silverio con el personal de servicio se encuentran en el sótano de la casa, con un aparato de radio encendido, así se enteran de que los vientos superan los doscientos kilómetros por hora, que los árboles de los parques sucumben ante el ímpetu del viento y que el aumento de las aguas de la mar ha hecho que muchas familias de la parte baja de la ciudad tengan que abandonar sus casas ante el peligro evidente de inundaciones.

De pronto la emisión deja de oírse.

—Encienda la luz, Diana —pide Silverio.

—No hay corriente, señor.

—Eso es que también los postes de luz han caído—sentencia él.

—¿Hasta qué hora tenemos que estar aquí? —pregunta Marina.

—Mínimo dos horas. Solo llevamos una.

A pesar de estar en el sótano, y aunque ellos guardan silencio, se oye el rugido enfurecido del viento.

—Perdone, señor —dice Diana la doncella—, ¿es verdad que todos esos barcos, algunos tan bonitos, que se encuentran en el puerto pueden desaparecer?

—Seguro que a mediodía muchos de ellos ya no existen. Los de mayor cabotaje también sufrirán destrozos y en algunos casos irreparables —le contesta Silverio.

—Tengo la sensación de que la intensidad del viento ha disminuido —observa Marina.

—Es posible que el ciclón empiece a desplazarse —comenta Silverio—. Lino, acompáñeme al primer piso. Vamos a quitar uno de los paneles protectores de una de las ventanas para poder mirar.



Cerca del mediodía, el imponente ciclón, ya debilitado y sin fuerza, según algunas teorías, al tocar tierra, y según otras, por la falta de humedad que el

océano le proporciona, toma rumbo noroeste. Después de casi tres horas de intensa actividad, la ciudad queda sumida en la desolación más absoluta.

Carreteras cortadas, viviendas anegadas y destruidas, techumbres por los aires, árboles caídos, postes de teléfono, telégrafo y alumbrado inutilizados, embarcaciones destrozadas flotando en la bahía. Y lo que es muchísimo más grave, los hospitales llenos de muertos y heridos.

Marina y Silverio quitan todas las medidas de protección colocadas en ventanas, balcones y puertas. Poco a poco, sus ojos se van adaptando al desorden en que ha quedado todo en el exterior. Muchos de los cristales de las ventanas superiores están rotos.

Marina mira desde uno de los balcones al jardín y queda horrorizada. Nada permanece en su sitio. De pronto la descubre, no puede ser, se dice, parpadeando, porque no se cree lo que está viendo, y exclama:

—¡La palma real sigue en pie!

Silverio, que la escucha, acude a su lado.

—Resulta verdaderamente asombroso —comenta.

—Me alegra tanto verla en pie. Creo que es una señal —dice Marina convencida.

—¿Señal de qué? —pregunta él, sorprendido.

—No te rías, lo interpreto como que nuestra Rosita saldrá adelante. A ella le gusta mucho esta palmera y es como si resistiera para volverla a ver.

Silverio se emociona y a punto está de contarle todo, pero le ha prometido a Javier esperar. Se acerca a su mujer y la abraza.

—Te quiero, Marina. No cambies nunca, mi amor.

—¿A qué se debe esta reacción tan cariñosa? —pregunta ella, riéndose.



—Creímos que no podrías llegar —le dice Marina a Javier.

—En coche, imposible. Está todo cortado. He venido caminando con un amigo que vive aquí en El Vedado. Ya veréis, no ha quedado ni un solo árbol en esta zona —les cuenta el joven.

—¿Cómo ha resistido la Quinta Covadonga? —quiere saber Silverio.

—Los jardines han quedado devastados. Los pabellones algunos intactos y otros con cristales rotos y techumbres afectadas. Poca cosa. En general, el balance es positivo porque lo más importante es que ninguna de las más de mil personas allí atendidas sufrió percance alguno debido a la grave situación meteorológica.

—Afortunadamente, las edificaciones de la quinta fueron hechas a conciencia, como han demostrado manteniéndose firmes ante las embestidas del ciclón, lo cual, como asturiano, me llena de satisfacción —manifiesta Silverio.

—Os habrán llegado heridos —dice Marina.

—Los hospitales y clínicas están sobrepasados. No nos damos idea de la gran catástrofe que acabamos de vivir. Hablan de cientos de muertos y miles de heridos. Claro que la quinta se volcará en la medida de sus posibilidades. Yo, después de la comida, me voy para allá y me quedaré allí hasta mañana —asegura Javier.

—Pues no nos demoremos, vamos a la mesa —les invita Marina.

—Javier, ¿ya habían empezado a trabajar los servicios municipales cuando tú viniste? —quiere saber Silverio.

—Sí. También la Cruz Roja ha iniciado su actividad entregando comida y ropa a la multitud de damnificados —cuenta Javier—, y muchos voluntarios que desean ayudar. Pero quienes están realizando una labor encomiable, salvando muchas vidas, son los miembros del cuerpo de bomberos.

—Javier, vamos a cambiar de tema —sugiere Marina—. Ayer le decía a Silverio que ya conozco al detective que puede encargarse del caso de Rosita y me pidió que hoy lo comentáramos juntos dejando entrever la posibilidad de que tú podrías tener noticias.

—Qué buena está la sopa —dice Silverio nervioso.

—Y es verdad, tengo noticias: he estado hace unos días con ella.

—¡Cómo que has visto a Rosita! ¿Y no nos has dicho nada? —exclama Marina, que no puede creer que Javier esté hablando en serio.

—Sí. Vive muy cerca, en Jaimanitas. Pensamos que era mejor hablar con ella e ir preparándola.

—¿Pensasteis? ¿Quiénes? —pregunta Marina que, furibunda, mira a su esposo.

—Marina, lo hemos hecho para evitarte sufrimientos. Rosita no lo está pasando muy bien —se justifica su marido.

—No me lo puedo creer. Silverio, ¿tú también has estado con ella? ¿Cómo has podido ocultármelo? ¿Qué le pasa a Rosita?

—Casi seguro que está embarazada. La drogaron para violarla —dice Javier.

Marina cree que se está volviendo loca. Su hija violada. Su marido y Javier en contacto con ella y se lo ocultan.

—Yo soy su madre y soy yo quien tiene que estar a su lado —les dice, sin poder contenerse—. Me lo habéis ocultado. Decís que para evitarme el dolor. ¿Acaso no sufro un día tras otro ante la incertidumbre de no saber dónde está?

Javier, viendo la reacción de Marina y sobre todo su expresión, cree conveniente decir que es él quien ha influido en Silverio para que no le contara nada.

—Me da lo mismo quién haya sido. Tampoco me importa saber si fue Rosita quien os pidió que no me avisarais, pero aun así, no tenías derecho a hacerlo.

Silverio se siente avergonzado. Pero es verdad que lo ha hecho por evitarle un nuevo sufrimiento.

—Marina, lo siento. Lo hice con la mejor intención. Perdóname. Nada me duele más que causarte pena.

Marina presiente que si sigue con ellos terminará dando voces. Lo mejor es dejarlos. Se levanta de la mesa.

—Me vais a perdonar, pero necesito salir.

—Pero no te irás a la calle, ¿verdad? Ya sabes en qué situación ha quedado todo —dice Silverio.

—No te preocupes —contesta Marina desde la puerta.

Javier mira a Silverio que está demudado y a punto de llorar.

—No sabes lo que lamento esta situación —le dice el joven.

—Yo también —contesta Silverio, que de buena gana saldría tras Marina, pero no puede dejar a Javier a media comida.



Marina no sabe muy bien qué hacer, es incapaz de poner en orden sus ideas. Rosita violada y embarazada. «¿En qué me he equivocado?», piensa. Porque ella es la responsable de la educación y formación de su hija. Es posible que Silverio y Javier tengan razón al apartarla por considerar que su presencia puede dificultar la relación con Rosita. Pero ¿quiénes son ellos para decidir lo que es bueno o malo sin contar con ella, que es la madre?

Se siente menospreciada, aunque es posible que eso sea lo que le corresponda. «Mi vida no se caracteriza por lo acertado de las decisiones que he tomado. Silverio, mi amor, el hombre de mi vida, no duda en subestimarme en cuanto se le presenta la oportunidad. Y cómo me duele su actitud. Tendré que irme esta noche a un hotel para no estar con él». Se da cuenta de que su reacción está siendo muy parecida a la de su hija.

—Señora, vaya con cuidado. Hay bastantes socavones y puede desprenderse algo de los tejados o ventanas —le dice un joven, que trata de poner un poco de orden en la entrada de su casa.

Marina ha salido sin darse cuenta y camina como una sonámbula sin fijarse en el horrible estado de las calles, y eso que El Vedado no es de las zonas más castigadas.

Quiere mirar al mar aunque sea de lejos. Toda su vida la mar ha sido su confidente. Busca un lugar en el que a veces se sienta, pero ahora no hay ni rastro de bancos ni de nada. Cerca hay un árbol en el suelo con un importante tronco que le puede servir de asiento. Y allá va. La mar presenta hoy un color gris que Marina conoce muy bien, es el color de la tragedia.

¿De qué vivirá Rosita? ¿Qué pensará hacer con su embarazo? No ha preguntado nada, pero seguro que Silverio y Javier lo saben. Marina desearía no pensar en lo que le han hecho, pero no puede. De buena gana se vengaría de ellos.

El sol trata de abrirse paso entre las nubes y Marina lo mira agradecida. La mar se va tiñendo de azul, reflejo precioso de un cielo que clarea. La calma siempre es buena, pero la posterior a la tempestad lo es mucho más.

Ella también se está tranquilizando. ¿Por qué duda de las razones que esgrimen Silverio y Javier para mantenerle oculto su encuentro con Rosita? Una cosa es que considere que tenía que haber ido con Silverio y otra muy

distinta que lo hayan hecho así porque consideraban que era lo mejor para ella. El orgullo siempre está presto a saltar, a hacer valer su dignidad. Maldito orgullo. Volveré a casa. Les diré que lo siento y que me lleven cuanto antes a ver a Rosita. Ahora más que nunca nos necesita.

Marina se levanta y camina decidida. Al pasar al lado de los jóvenes que antes le advirtieron que tuviera cuidado, los saluda muy sonriente. No se ha separado de ellos más de diez metros cuando oye que le gritan:

—Cuidado, señora, apártese.

Marina reacciona demasiado tarde. La reja del balcón de la casa por donde pasa cae sobre ella.

Los muchachos corren para auxiliarla.

—Casi lo esquivaba, le ha pegado en el costado, pero se ha dado un golpe muy fuerte en la cabeza al caer. Ha sido tremendo, ha chocado contra ese trozo de muro.

Marina está inconsciente en el suelo. Los muchachos no saben qué hacer. Las comunicaciones telefónicas no funcionan. Uno de ellos dice que la conoce, que vive cerca, y sale corriendo para avisar a su familia.



Cuando la doncella, Diana, le dice que la señora se ha ido a la calle, Silverio se siente incapaz de contener su nerviosismo. Javier, dándose cuenta, le sugiere que salgan los dos a buscarla.

—Gracias, Javier, intuyo dónde puede haber ido. Vamos.

En la puerta se dan de bruces con un muchacho que, muy agitado, les pregunta:

—¿Vive aquí una señora alta, que lleva el pelo recogido y un vestido azul?

—Sí —contesta Silverio, asustado.

—Vengan conmigo, ha sufrido un percance.

Menos mal que el lugar donde Marina ha tenido el accidente está muy cercano a la casa, porque Silverio no hubiera resistido. Presiente que el corazón le va a reventar de un momento a otro.

—Tranquilo, Silverio. Marina respira. Vive —le dice Javier.

Los dos están en el suelo al lado de Marina.

—Conviene que no se la mueva. La herida del brazo es superficial pero puede haber roturas. Si recupera la consciencia, tranquilízala. Quédate con ella. Yo voy a tomar tu coche y trataré por todos los medios de conseguir una ambulancia.

—Gracias Javier —dice Silverio, que no trata de ocultar sus lágrimas.



—De no ser por tu ayuda, Javier, todavía estaría llorando a su lado sin saber qué hacer —dice Silverio.

—Hemos tenido suerte. El jefe de servicio de esta tarde en la quinta es buen amigo y persona comprensiva. En el acto accedió a mandar una ambulancia y a que la llevaran al departamento de rayos x.

—¿Es muy grave el golpe en la cabeza? —pregunta Silverio.

—Sin duda, lo más peligroso. La rotura del brazo se curará sin problemas y las dos vértebras, lo mismo.

—¿Pero no se puede hacer nada para solucionar el problema?

—De momento, esperar para ver cómo evoluciona la fisura que tiene en el cráneo. Si la presión aumenta dentro del mismo, habrá que practicarle una trepanación.

—Dios mío, ¿y eso qué es? —quiere saber Silverio.

—Una pequeña operación. Abrirle un orificio en uno de los huesos de la cabeza. Suelen ser muy eficaces y el paciente recupera la consciencia en uno o dos meses.

—¿Y cómo sabremos si la presión aumenta dentro del cráneo?

—Existe una manifestación inequívoca: los vómitos. Por ello hay que vigilarla continuamente. Además, como está inconsciente, si algo del vómito pasa al pulmón puede causar una gravísima infección —le explica Javier.

—Tenemos que obligarla a vivir. Marina no se puede ir en estos momentos.

—Sabes que harán todo lo posible. El doctor Varona me dijo que pasará por aquí. Tú habla con ella. Cuéntale todo lo que se te ocurra.

—¿Me puede oír? —pregunta ingenuamente Silverio.

—No lo sé, pero, por si acaso, hazlo. Esta tarde, Silverio, iré a ver a Rosita. Además de contarle lo que le ha pasado a su madre, le explicaré por qué no ha

ido a verla y le hablaré del gran disgusto que le ocasionamos al enterarse de lo que habíamos hecho. Le voy a proponer que se case conmigo. No me importa que esté embarazada. La quiero y el bebé será nuestro primer hijo. Nos casaremos pronto y de esa forma evitaremos los comentarios. Nos casará mi amigo Cayetano. Una boda en la intimidad, aquí o en Pinar, donde ella prefiera. ¿Crees que aceptará?

—No sé qué hará Rosita. Javier, eres una persona excelente. Qué orgulloso tiene que estar tu padre, me lo recuerdas tanto.

39. René

—René, muchísimas gracias por venir.

—Tenían que haberme avisado. Si no llamo para concertar una entrevista con doña Marina, no me entero. Mi madre me ruega le diga que si considera que le puede ayudar en algo está dispuesta a viajar a La Habana.

—Dale un abrazo de mi parte, pero con el personal que nos atiende en casa nos arreglamos. Diana y yo nos turnamos para no dejarla ni un momento, aunque ahora precisa menos vigilancia que en los primeros momentos. Gracias a Dios, al primer síntoma de vómito que se produjo se tomaron medidas y ahora, como ves, descansa después de la trepanación. Es una operación grave, pero los doctores están contentos con los resultados y dicen que ahora es cuestión de tiempo. Estoy seguro de que se pondrá bien —dice convencido Silverio.

René lo conoce poco, pero es suficiente que sea el esposo de Marina para apreciarlo. Se nota que la quiere muchísimo. Desde la última vez que lo vio lo encuentra envejecido, claro que estos días en la clínica, viviendo momentos tan críticos, se tienen que notar. Ha adelgazado y su aspecto denota un gran cansancio.

—Don Silverio, ¿por qué no se va a descansar? Yo me quedaré aquí hasta que vuelva. He venido a La Habana solo para verlos.

—Gracias, René. Llevamos una temporada pasándolo muy mal.

Silverio siente la necesidad de desahogarse con aquel hombre, tal vez porque en el fondo sabe que lo entenderá. Y así le cuenta a René todo lo que les había pasado con Rosita.

—Si usted me da su dirección, iré a verla esta tarde antes de regresar a Trinidad. Le diré unas cuantas cosas que en estas circunstancias es necesario que sepa. Y créame, nadie mejor que yo. Pero váyase a descansar.

—De acuerdo. Vuelvo a mediodía. Me encantaría invitarte a comer.

Silverio se va. René se queda solo en la habitación. Mira a Marina. Parece dormida, incluso con la cabeza vendada la ve guapa. La admira tanto y le está tan agradecido. Recuerda la primera vez que se la encontró, él estaba con su madre y ella volvía de un paseo a caballo, le pareció la mujer blanca más hermosa que había visto en su vida. Más tarde pudo comprobar que si hermosa era su apariencia lo era mucho más en su interior. Él había estado al tanto de todo y supo de su comportamiento.

Cuánto habría dado él por encontrar una mujer como Marina. La mira con ternura y mentalmente le dice: «Mi querida señora, tiene usted que vivir, no sabe cómo la necesitamos. Todos la quieren en el ingenio. Mi madre y yo la adoramos, doña Marina. No sé si usted aprobaría la visita que esta tarde le haré a Rosita, pero creo que es mi obligación. Es posible que usted no lo sepa, pero yo siempre he estado al tanto de todo, por eso la quiero y querré toda mi vida».

René se seca las lágrimas y sin pensarlo, porque de hacerlo se hubiera reprimido, pone sus labios en la frente de Marina.



Desde que sabe lo que le pasó a su madre, Rosita no está tranquila. Se ha negado a visitarla pero está sufriendo. También ha rechazado la propuesta de matrimonio de Javier. Le quiere con toda el alma, pero no puede hacerle esa faena de convertirle en padre de un hijo que no es suyo. Ella le ha pedido que la ayude a abortar y que luego hablarían de la boda, pero él se ha negado.

Sigue sin saber qué hacer con su vida. La hermana de Manuel le ha hablado de una mujer que practica abortos en la parte vieja de la ciudad, ha quedado en darle la dirección.

Intenta distraerse pintando. Esta tarde ha venido a la playa para dibujar el pueblo desde esa perspectiva. Quiere reflejar cómo lo ha dejado el ciclón. Desde allí ve que un coche se dirige a la zona donde se encuentra y se sorprende. Probablemente se haya equivocado, piensa, y lo que quiere es dar la vuelta.

Pero no. El vehículo se detiene. No identifica al hombre que camina hacia la playa.

—¿Eres Rosita? —le pregunta el hombre cuando está relativamente cerca.

—Sí —contesta ella, que lo ha reconocido, pero quiere comportarse como él—. ¿Quién es usted?

—Soy René, director del ingenio de Trinidad. Allí nos conocimos hace unos años.

—¿Y qué te ha traído por aquí?

—He venido a verte, como resulta evidente.

—¿Y qué quieres de mí?

—Solo hablarte.

—Pues tú dirás.

—Sí. Te diré que eres muy injusta con tu madre, una egoísta desagradecida que no quiere a nadie.

—Pero ¿quién te has creído que eres para hablarme así?

—Solo tu hermano.

—¿Te has vuelto loco?

—Soy hijo, como sabes, de la negra que conociste en Trinidad, la gobernanta, y del dueño del ingenio. Mi madre era entonces una joven y hermosa negra y el señor se encaprichó de ella. Nací yo, y ella continuó a su servicio. Cuando me hice mayor, también yo trabajé para él. Mira mis ojos y después los tuyos. Son iguales. Iguales a los de nuestro padre Ricardo Cardoné, el marido de Marina. ¿Por qué crees que soy el director del ingenio? Porque ella quiso que participara en algo que consideraba me correspondía.

—Esa es su postura, ayudarnos para tranquilizar su conciencia por haber vivido con un violador —lo interrumpe Rosita.

—Qué sabrás tú. Sigo en el cargo porque lo hago bien y ella está de acuerdo. En caso contrario, me hubiese despedido por muy hijo que fuera de su marido. Escúchame bien. Marina desconocía que su esposo se comportaba de esa forma. Nunca me preguntó si yo era hijo suyo, aunque la evidencia no necesita ningún tipo de aclaración, solo mi color de piel me diferenciaba de él. Igual que tú. Los dos nos parecemos mucho a nuestro padre. Cuando Marina me conoció, yo ya era un hombre de más de veinte años, con lo cual pudo pensar que había sido fruto de una aventura de juventud. Pero cuando ella empezó a sospechar de la conducta de su marido, reaccionó y también

Marina sufrió, en pleno campo, la violencia sexual de quien era su marido. Esa misma noche, Marina salió huyendo hacia La Habana. De no haber muerto Ricardo Cardoné, a manos de tu abuela, no sé la suerte que habría corrido Marina.

—Pero... —empieza a decir Rosita.

—No me interrumpas —le pide René—. ¿Quién crees que se ocupó de tu abuela en la cárcel? Marina. Tu madre la adoraba, siempre que podía estaba con ella. ¿Por qué crees que le pidió que se ocupara de ti? Es verdad, querida Rosita, que Marina heredó la fortuna de su marido, así lo dispone la ley. Piensa por un momento lo que haría otra persona. Lo más seguro es que se habría deshecho de todo vendiéndolo y abandonaría el lugar en el que tan infeliz había sido. Y, sin duda, estaría en su derecho. Pero ella no. Marina me puso a mí al frente del ingenio, en el que siguió invirtiendo y mejorando las condiciones de trabajo. No tienes ni idea de cómo la veneran en el batey. Gracias a ella, viven como personas normales. En cuanto a ti, querida Rosita, ¿eres consciente de que ella pudo dejarte en Trinidad al cuidado de mi madre? Sabía que te atendería como a una hija propia, pero quiso que la acompañaras. ¿Por qué crees que lo hizo? ¿Por comodidad? La respuesta es muy sencilla: porque quería mucho a tu madre, como ahora te quiere a ti. ¿Dinero sucio? ¿Posee Marina muchas joyas? ¿Vive en medio de la opulencia y ostentación? Ella ha conseguido, con su talante ejemplar, reconciliar a los trabajadores del ingenio con su antiguo dueño, porque, gracias a él, la conocimos a ella, que ha sido una bendición para todos nosotros. ¿Y tú te permites calificar su postura de indigna? Una última reflexión sobre tu embarazo, que me permito hacer porque soy tu hermano. Piensa, Rosita, en la decisión que adoptó tu madre en una situación similar.

Rosita llora en silencio. En su interior siente un gran desconsuelo por su comportamiento, pero también agradecimiento a René por haberle abierto los ojos y una profunda alegría en su corazón al comprobar que Marina la quiere.

—Permíteme un consejo, vete a ver a tu madre cuanto antes. Lo necesitas —le dice René.

A Rosita le cuesta hablar debido a la emoción que la embarga.

—Muchas gracias. —Es lo único que consigue articular.

René la abraza con cariño mientras le dice:

—Soy tu hermano, si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.



Rosita camina despacio por El Vedado. No desea cruzarse con nadie conocido. Va mal vestida y su cabello está horroroso, pero en su interior se siente reconfortada. Los sentimientos de odio hacia su madre han dado paso al más sincero agradecimiento. Se siente purificada después de pasar la noche llorando por el comportamiento tan injusto mantenido contra todos los que la quieren bien. En cuanto llegue a casa, intentará arreglarse un poco para poder visitar a Marina.

Diana se muestra como si la hubiese visto el día anterior, disimula con gran maestría la sorpresa que ha recibido al abrirle la puerta, es como si la estuviera esperando, algo que Rosita agradece.

—No, amita, su padre no se encuentra. Ya sabe lo sucedido a su madre.

—Sí, Diana, subiré a mi habitación para cambiarme de ropa y después iré a verla.

—Muy bien, el señor me mandará el coche dentro de dos horas para ir a la clínica. Podemos, si quiere, ir juntas.

—Perfecto —dice Rosita.

Se emociona al entrar en la habitación y encontrarla exacta a como la dejó. Unas rosas frescas en un jarrón la emocionan. Es tan agradable sentir que todo espera tu regreso. Seguro que su madre le había mandado a la doncella que las cambiara para que siempre estuvieran bien.

No le da tiempo a lavarse el pelo. Lo recogerá en una trenza. De pronto se da cuenta de que está en casa, y es Diana quien le arregla siempre el cabello, pero hoy lo hará ella.

Se ha puesto una falda negra y una sencilla blusa blanca. Al mirarse al espejo se da cuenta de lo mucho que ha cambiado en estos meses, es como si hubiesen pasado años. Cuando va a recoger el bolso, descubre sobre la mesa una carta. Es de Inés. En todo este tiempo no se ha olvidado de ella, pero no ha querido escribirle. Abre el sobre, nerviosa.

Mi queridísima Rosita:

Espero que leas pronto esta carta, señal de que has recapacitado y vuelto a casa. No sabes qué pena tengo en el corazón. ¿Qué ha hecho tu pobre madre para que la trates así? Lo único que siempre le ha preocupado es tu bienestar ¿Sabes que añora Candás y se ha quedado en Cuba porque tú eres más feliz ahí? Qué te sucede Rosita. ¿Te has convertido en el centro del universo? No juegues con fuego y no cometas ninguna locura. Claro que cuando leas estas letras puede que ya las hayas cometido. Y también puede suceder que nunca las leas.

Me sorprende que no me hayas contado nada. Seguro que no lo has hecho porque te imaginabas mi reacción.

Me he enterado de la situación por la carta de tu madre, que quería saber si yo había tenido noticias tuyas, para poder localizarte. Rosita, en su carta, no había ni una sola queja contra ti. Ella se culpabilizaba de todo.

Por Dios, reflexiona, solo ha tratado de evitarte un dolor.

Te quiero y pido a Dios por ti todos los días.

Besos.

Inés

—Amita —llama Diana—, ha llegado el coche.



Primero las palabras de René y ahora las de Inés la ponen en su sitio, en el horrible lugar que le corresponde. Siente vergüenza, mucha vergüenza. Camina un poco titubeante por el pasillo. Le gustaría que la habitación estuviera lejos, pero se encuentra ante la puerta.

—Gracias a Dios que has venido, Rosita —dice Silverio mientras la abraza.

—¿Cómo está, padre? —pregunta ella, que mira a su madre que parece dormida.

—Grave, pero creo que lo peor ha pasado. No creen que antes de uno o dos meses recupere la consciencia.

—¿Le quedarán secuelas? —quiere saber su hija.

—Hasta ahora, la mayoría se recuperan totalmente, pero, aunque mucho más bajo, hay un porcentaje al que les queda algún tipo de deficiencia. Esperemos que tu madre se ponga bien del todo.

Rosita se acerca a besar a su madre. La abraza.

—Hay que tener cuidado y no moverle la cabeza —la avisa Silverio—, pero si quieres puedes hablarle. Me ha dicho Javier que lo haga. No está seguro de que oiga, pero opina que a nosotros nos puede ayudar.

—Luego quiero ver a Javier —dice Rosita.

—Vendrá a última hora de la tarde por aquí. Ahora te dejo, para que puedas contarle a tu madre lo que quieras.



No sabe cuánto tiempo lleva en la habitación con su madre, pero le ha venido muy bien, se siente otra persona. Le ha pedido perdón y le ha abierto el corazón. No sabe si la habrá escuchado, pero tenía razón Javier, para ella ha sido como una terapia. Le ha hablado de René, de su gran personalidad. De lo buenísima persona que es Javier, que quiere, a pesar de todo, casarse con ella.

—Yo estoy enamorada de él, pero no quiero perjudicarlo. Me duele tanto que el hijo que voy a tener no sea suyo. Madre, no sabe lo bien que me haría conocer su opinión.

Toma las manos de Marina y las besa con amor. En ese momento alguien entra en la habitación.

—Rosita, qué gran alegría —dice Javier—. Me he encontrado con tu padre al venir para aquí y me ha dicho que estabas acompañando a tu madre.

—Sí, por fin me he decidido a dejar de hacer el tonto. Cuánto he tardado en darme cuenta de mi error. Debo confesarte que me ha ayudado mucho la reprimenda de René. ¿Le conoces?

—Lo he visto el mismo día que fue a verte. Me lo presentó tu padre.

—Es hermano mío de padre —dice ella con la mayor naturalidad.

A Javier le parece una señal buenísima que se manifieste de esa forma, es síntoma, piensa, de que ya ha asimilado el problema.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le pregunta Javier.

—¿Y mi padre no venía para aquí?

—Sí, pero le ha parado en el pasillo uno de los doctores que atienden a tu madre. Estará a punto de llegar, pero ¿no puedes contestar a mi pregunta si tu padre no está presente?

—Eso es.

Silverio entra muy sonriente.

—Buenas noticias, el doctor me dice que la evolución es buena y que, salvo complicaciones, Marina puede recobrar la consciencia en el tiempo que ya nos habían dicho. Un mes o mes y medio. Hasta dos meses, incluso, es normal.

—Ya verás cómo se pone bien, es cuestión de paciencia.

—Lo sé, muchas gracias, Javier, por todo lo que nos ayudas.

—Rosita, ¿me quieres contestar ahora que ya está tu padre? —dice el joven.

—¿Qué pasa? —pregunta Silverio.

—Nada, que Javier me preguntaba qué voy a hacer ahora y no quise contestarle hasta que usted estuviera en la habitación porque deseo que lo escuche. Y quiero hacerla partícipe a ella, aunque no pueda oírme. No voy a abortar. Tendré a mi hijo.

Javier la abraza emocionado.

—Bien hecho, hija —dice Silverio—, cuentas con nuestro apoyo incondicional. Tu madre te aplaudiría.

Rosita vuelve a tomar una de las manos de su madre y mira fijamente el rostro imperturbable. Después de unos segundos, sus ojos se trasladan a Javier para decirle:

—Y si sigues pensando lo mismo, Javier, acepto casarme contigo.

—Qué feliz me haces, Rosita. Tenemos que fijar ya la fecha —exclama Javier.

—Un momento —dice Silverio—, ¿no vamos a esperar que Marina se ponga bien?

—No sé qué opinas tú, Rosita. Estás embarazada de dos meses. Ese niño será mío también y cuanto antes nos casemos mejor.

—Estoy de acuerdo —afirma la muchacha—, porque si esperamos hasta que ella pueda asistir pasarán tres meses por lo menos.

—Si ese es vuestro deseo —asiente Silverio.

—Será una boda en la intimidad. Nos casará Cayetano. Solo tienes que decidir, Rosita, si quieres que nos casemos aquí, en La Habana, o en Pinar —comenta Javier.

—Creo que mejor en Pinar. Y cuando mi madre se ponga bien, celebramos una gran fiesta —sugiere Rosita.

—Me parece perfecto —se muestra de acuerdo Javier.

—Padre, si no le parece mal, me gustaría que mi padrino de boda fuera René. La madrina podría ser tu madre, Javier.

—Creo que es bonito el gesto que tienes con René, así que te felicito. Cedo mi puesto encantado —asegura Silverio.

—No les había dicho nada, pero creo que mis padres llegan mañana para ver a Marina —dice Javier.

—Diles que se queden en casa. Mañana por la noche cenamos los cinco y decidimos todo. Mis queridos hijos, os felicito por la decisión que acabáis de tomar —dice Silverio que, con lágrimas en los ojos y mirando a Marina, añade—: Cariño, estoy deseando ver tu cara de alegría al conocer que Rosita y Javier se han casado.

40. *De nuevo la luz*

No quiere perder la esperanza, pero Silverio ha pasado la noche llorando. Es Nochebuena, están a punto de cumplirse los dos meses y Marina sigue inconsciente. Hace dos días que hubo un momento en que le pareció que sus ojos parpadeaban, aunque no sabe si fue real, porque a veces de tanto mirarla todo se le desdibuja.

Esta mañana se siente hundido. Es verdad, piensa, que en estas fechas las penas se agrandan. Ha sido un año complicado. Menos mal que Rosita ha encauzado su vida. Ella y Javier forman una pareja estupenda. A poco que lo cuiden, su matrimonio puede ser un acierto total. Hace más de un mes que se han casado en Pinar del Río. Él no quería ir a la ceremonia, le daba pena dejar a Marina sola. Rosita lo convenció.

—Tiene que venir. Primero, porque es mi padre. Además, me caso con el hijo de su mejor amigo. Y, segundo, porque tiene que contarle a mi madre cómo fue la ceremonia y lo guapos que estábamos. Y no se le olvide, yo también se lo diré, que elegimos la misma fecha que ustedes para casarnos, el 18 de noviembre. Deseamos que nuestro matrimonio sea como el suyo y hacernos viejecitos juntos.

Silverio se ríe al recordar lo de viejecitos. A Marina no le habría importado, porque al tema de la edad nunca le había preocupado, pero a él sí. Está encantado de que nadie le haya felicitado por su sesenta cumpleaños. Si su esposa estuviera bien, ya se habría encargado ella de difundirlo y de organizarle una fiesta.

La mira con amor. Ya no lleva la cabeza vendada y el cabello cortito no le sienta nada mal.

—¡Marina, vuelve! —exclama, desolado—. Ya no puedo más. Sé que tengo que aguantar, que si me hundo tú puedes decidir no seguir luchando. Si pudiera ver tus ojos, me infundirían fuerza. Es muy débil, pero tu pulso late. Estás

viva, mi amor. Tienes que despertar de este largo sueño. Rosita se ha casado con Javier. Ahora, Marina, tú y yo ya podemos regresar juntos a Candás.

Silverio, que llora en silencio con la mano de Marina entre las suyas, se sobresalta, está seguro de que la mano de su mujer ha intentado moverse.



—Qué bien, Javier, que no trabajas esta noche —le dice Rosita.

—Entro de guardia mañana por la tarde, que es Navidad. Tenemos que convencer a tu padre para que esta noche cene en casa con nosotros —sugiere su marido.

—No sé si seremos capaces. ¿No lo encuentras muy decaído? ¿Te has fijado? Su cabello se ha vuelto blanco.

—A veces suele pasar. Hay personas a las que un disgusto grande les hace encanecer. En cuanto a su decaimiento, es normal, son dos meses de angustia.

—¿Crees que mi madre lo superará?

—Todo parece indicar que sí. Las pruebas realizadas muestran que la presión intracraneal es normal. Bien es verdad que el tiempo no se detiene y son muchos días. Yo creo que esta semana es definitiva. Ten fe, Rosita.

A Rosita aún no se le nota el embarazo. Ella sí advierte los cambios que se van efectuando: su cintura se ha ensanchado y su vientre no es tan plano, pero apenas se percibe. Han comido con los amigos de siempre para celebrar su matrimonio y Rosita ha estado muy cómoda. Todos se han mostrado discretos. En realidad, casi ninguno sabía o simulaban ignorar a qué se había dedicado en estos meses, pero ella les habló de su experiencia con el conjunto sonero.

—Lo habrás pasado muy bien —le dice Felipe.

—No te creas, una cosa es bailar cuando te apetece y otra muy distinta hacerlo por obligación —le contesta Rosita.

De quien no hablaron fue de Ana, pero Rosita sabía que más de uno, incluida ella, la recordó.

—Javier, siempre serás mi amor. Te querré toda mi vida. Al casarte conmigo, a pesar de todo, me has convertido en una mujer feliz y sobre todo segura, que ya no vive pendiente de lo que piensen los demás.

—Te adoro, mi amor. Pero puede que deje de hacerlo si te vuelvo a escuchar decir «a pesar de todo». Convéncete de que eres la mujer de mi vida, Rosita, con tus virtudes y defectos, y eso es lo que importa —asegura Javier mientras la toma en sus brazos para besarla.

De momento viven en la casa de Marina y Silverio y allí se quedarán hasta que Marina se recupere. Silverio les ha regalado la preciosa casa en la calle Mercaderes que heredó de Magdalena. Rosita espera que su madre la ayude a decorarla.

—Me voy a trabajar. Sobre las cuatro paso a buscarte para ir a ver a tu madre e intentar convencer a tu padre.

—De acuerdo, mi amor. Te acompaño, porque trabajaré un rato en el jardín.

Estos días, la joven solo se dedica a devolverle al jardín su pasado esplendor. Quiere que cuando su madre vuelva pueda salir a disfrutar del aire libre. No hace mucho que su padre le contó el comentario que Marina había hecho al descubrir que la palmera real había resistido el embate del ciclón.

—No me extraña, padre, que se haya enamorado de ella. Es una mujer especial. A veces, dice cosas que muchos no nos atreveríamos a mencionar por miedo a los comentarios de los demás y que a ella no le importan. Siempre me ha gustado en ella el protagonismo que le da a cuanto nos rodea.

—Sí, Rosita, tu madre convierte lo humilde y cotidiano en importante. Consigue que su entorno vibre con ella.



—Ni hablar. Os lo agradezco, pero no me muevo de aquí. Ahora sí que estoy convencido de que se va a recuperar. Esta tarde, hablando con ella, percibí movimiento en su mano. Se lo he contado al doctor y me ha dicho que es un síntoma claro de que el cerebro empieza su actividad. Y hace solo unos segundos movió muy suavemente una pierna —les cuenta emocionado Silverio.

—Sí, son indicios muy claros de recuperación, pero aún tardará en abrir los ojos —dice Javier.

—Pero no quiero correr el riesgo de no estar aquí cuando suceda —asegura Silverio.

—Lo entiendo muy bien, padre. Yo haría lo mismo —afirma Rosita—. Lo que podemos hacer...

Su padre no la deja terminar.

—Id a casa. Brindad por Marina. Dentro de poco lo celebraremos los cuatro. Diana vendrá a media tarde y me traerá unas cosas para cenar —les cuenta Silverio—. Estad tranquilos, si fuera con vosotros me sentiría inquieto y todos lo pasaríamos mal. Luego tendré la visita de Mariano, mi socio. Él siempre pasa las Navidades solo.

Rosita se ha acercado a su madre y le habla bajito. Marina no reacciona.

—Javier trabaja mañana por la tarde y vengo para estar con ustedes —le dice a su padre.

—No te preocupes. Algunas cenas de Nochebuena he pasado solo. Y hoy no lo estaré —les dice Silverio, dándoles un beso—. ¡Feliz Navidad, hijos!

—¡Feliz Navidad! —contestan Rosita y Silverio.

Al día siguiente, 25 de diciembre de 1926, Marina abre los ojos.

41. *Lenta, dolorosa y complicada recuperación*

Marina ya está en casa. Al principio, sus movimientos eran muy lentos, como si de nuevo necesitase aprendizaje para andar. No coordina bien: su mente poseía antes una mayor agilidad.

Se ha desesperado y llorado mucho. Sabe que no es una buena enferma, pero no le preocupa. Piensa que si les molesta su comportamiento que la dejen sola, a ella no le ocasionarían ningún problema.

Le han ido contando poco a poco todo lo que había sucedido en el tiempo en el que ella estuvo ausente y claro que se alegra de que se hayan solucionado las cosas.

No entiende por qué Silverio se sorprendió cuando ella manifestó su deseo de dormir sola. Su marido debería cuidarse un poco. Ha adelgazado en exceso y su pelo se ha vuelto blanco. Ella también ha adelgazado. A Marina no le gusta la imagen que le devuelve el espejo, por ello ha decidido utilizarlo lo indispensable.

Distintas son las imágenes de Rosita y Javier, que están en plenitud. Se les ve felices y mucho más desde que ha nacido la pequeña Marina. Ha sido todo un detalle llamarla así. Silverio y ella han sido los padrinos del bautizo.

Aunque Rosita y Javier se han ido a vivir a la casa de Mercaderes, se pasan el día en El Vedado. Nada ha conseguido su hija insistiendo para que la ayudara a decorar la nueva casa. Su respuesta siempre ha sido «no».

Marina tampoco ha vuelto a incorporarse en su trabajo en El Nuevo Amanecer. Rosita la sustituye. Esta mañana, como casi todas, pasa el tiempo sentada en su habitación cerca de la ventana. Dentro de un rato, Diana traerá a la niña para que se distraiga. No quiere decirles que se encuentra mucho mejor cuando está sola. Ya le ha comentado a Silverio que no piensa asistir a la inauguración, dentro de unos días, del nuevo edificio que albergará al Centro Asturiano.



—Mariano, estoy desesperado, no sé qué hacer con Marina. La he llevado al neurólogo y dice que está perfecta. Sin embargo, ella se comporta como una extraña. Todos tenemos la sensación de que está de visita. No se implica en nada, no opina. Todo le da igual. Yo creo que, en el fondo, lo que desea es que la dejemos sola —le cuenta Silverio.

—Ha sido muy duro lo que ha vivido. ¿Por qué no la llevas a un psiquiatra? ¿Ella es consciente de que no está bien? —quiere saber Mariano.

—Yo creo que no. Alguna vez he intentado hablar de ello, pero no consigo nada. ¿Conoces tú a algún psiquiatra?

—No, pero seguro que tu yerno, y sobre todo el doctor Varona, al que veremos dentro de un rato, te pueden orientar.

Los dos amigos y socios se encuentran participando en la inauguración del nuevo edificio del Centro Asturiano.

—Mira —dice Mariano—, por allí viene tu hija. La verdad, es que forman una pareja que parece sacada de la gran pantalla.

—Pues tendrías que ver a la pequeña Marina —dice con admiración Silverio.

—¿Ni ella es capaz de animar a tu mujer?

—No consigue arrancarle ni una sonrisa.

—Padre —dice Rosita—, no ha conseguido convencerla, ¿verdad?

—No, pero no te preocupes. Todo se arreglará. Es cuestión de tiempo.

—¿Es verdad que estaba previsto que asistiera a esta inauguración don Melquíades Álvarez? —pregunta su yerno.

—Sí. El acto tenía que haberse aplazado para el próximo marzo, pero, por un error en la organización, no fue tenido en cuenta, y por eso la inauguración se hace hoy, según se había previsto en un principio.

—Pues qué pena —comenta Mariano—, con lo excelente orador que es. Con toda seguridad, nos hemos perdido una inteligente y vibrante intervención.

—¿Ya habéis hecho el recorrido por el edificio? —pregunta Rosita.

—Sí. Es espectacular.

—Solo hemos visto la monumental escalera. Y la impresionante vidriera que cubre la claraboya en la que se representa a Cristóbal Colón con las tres

carabelas —explica Rosita.

—Pues ya veréis, en la parte más visible de la cafetería han hecho en azulejo de Talavera la reproducción de *Los borrachos*, de Velázquez. El salón de fiestas es inmenso, todo de mármol —dice admirado Mariano.

—Siendo verdad todo lo que os cuenta Mariano, a mí me ha impresionado la iluminación. Más de seis mil luces artísticamente distribuidas por el palacio. Lujosísimas las tres lámparas de bronce fundido, dorado de oro, con plaquetas de cristal de Bohemia —explica Silverio, que añade—: Marina no me perdonaría que no aludiera a la biblioteca, con muebles similares a los de la del real sitio de El Escorial.

—Qué casualidad —exclama Mariano—, ahora que hablas de Marina, veo allí al fondo al antiguo amigo de su marido. Menudo elemento.

Rosita inmediatamente mira y ve a Ana con su padre, y le pregunta a Mariano:

—¿Habla usted de Eladio Cienfuegos?

—Sí, ¿le conoces?

—No, a su hija. Ha hablado de él con un tono despectivo. ¿No es persona de su agrado?

—No tengo ninguna relación con él, ni la quiero. La gente que se ha dedicado a ganar dinero con el tráfico de personas cuanto más lejos mejor —asegura Mariano.

—Nos vamos a recorrer el palacio —dice Rosita, que está deseando encontrarse con Ana.

—¿Irán luego a la Quinta Covadonga? —les pregunta Javier.

—Sí. Haré acto de presencia y me iré pronto para que Marina no esté tanto tiempo sola —comenta Silverio.

Rosita y Javier se alejan, saludando a muchos conocidos. Los invitados son numerosísimos y por la noche se tiene previsto abrir las puertas para que todos cuantos deseen puedan admirar aquel centro del que tan orgullosos se sienten los asturianos.

—Ya sé que estás deseando encontrarte con ella —dice Javier—. ¿No sería mejor ignorarla? Mira, ahí está.

—No, cariño. Es algo que necesito hacer. No montaré ningún número, ya verás. Ana, por favor —le dice suavemente Rosita, a la vez que le indica discretamente que es solo con ella con quien quiere hablar.

—¿Qué pasa? Hola, Javier —contesta, acercándose.

—Hola, Ana, ¿no saludas a mi mujer?

—Déjala, cariño, no tiene ninguna importancia. Ana, quiero mostrarte mi agradecimiento, porque, gracias a ti, conozco mis orígenes y no me avergüenzo de ellos. Gracias a ti, me he casado con el hombre al que quiero. Y, como soy agradecida, quiero corresponderte con el mismo favor, solo que yo no le doy publicidad porque no deseo herirte. También a ti, si no los conoces, te interesaría enterarte de los negocios a los que se ha dedicado tu augusto padre y saber de dónde proviene su fortuna. Es posible que te llesves alguna sorpresa y no agradable. Es todo, Ana. Adiós.

—La has dejado destrozada. ¿Te has fijado en el color de su cara?

—Tal vez a partir de ahora sea un poco más comedida con los demás.



Marina lleva toda la mañana dando vueltas por la habitación. No ha querido acompañarlos y han respetado su deseo. Tendría que sentirse bien pero no lo está. Desde que ha despertado de aquel largo sueño ni un solo día ha sido feliz. No se siente unida a su familia, a Silverio lo encuentra lejano; es como si esos meses dormida hubieran roto todo tipo de vínculo. No disfruta como antes en el jardín, no le interesa el negocio, no siente ninguna ilusión por aquella preciosa niña. No ha vuelto a pensar en el mar. Del mar volvía cuando tuvo el fatal accidente. De repente, Marina se decide a salir de casa. Toma una chaqueta y un pañuelo y baja la escalera camino de la puerta, al salir le dice a Diana que volverá pronto. Se alegra de que la doncella no pueda seguirla, como seguro le habrán dicho que haga, porque en aquel preciso momento se encuentra sola en la casa con la niña.

Marina se dirige al mismo lugar donde le gusta mirar el mar. Al pasar al lado de la casa donde tuvo el accidente, ve que las rejas de los balcones están perfectas. Si ellas han vuelto a la normalidad, ¿por qué ella no puede? También los bancos ocupan su lugar. Marina se sienta y mira a la mar. Una mar

glauca que parece sonreírle. Se relaja. Sabe que su cuerpo se ha recuperado. Se encuentra bien, pero su espíritu está enfermo. Alguna herida que supura y permanece agazapada disfrazándose de apatía hacia todo y todos. Marina se siente incapaz de descubrir qué es lo que le impide comportarse como siempre lo ha hecho. De momento, cree, ha dado un paso en la buena dirección: ha tomado conciencia de que está mal, algo que hasta ahora no se planteaba.

Recuerda que el aciago día del accidente había acudido allí para tranquilizarse, estaba muy enfadada, pero al final había entendido las razones esgrimidas por Silverio y Javier para mantenerla alejada de sus contactos con Rosita. Sin embargo, ahora también son válidos los motivos que la llevaron a pensar que ella constituía un obstáculo, ya que en muy poco tiempo todos se pusieron de acuerdo estando ella «fuera de juego». «¿Es esto lo que carcome mi interior? —se pregunta angustiada Marina—. ¿Me siento al margen de su mundo? ¿Me automargino yo?».

Ha llegado a un punto en su reflexión en el que no quiere profundizar más. Irá paseando hasta la plaza de San Francisco, que siempre ha ejercido una influencia positiva sobre ella desde que la viera en aquella postal enviada por Silverio.



No está acostumbrada a andar tanto y se ha cansado. Su cuerpo tampoco está lo bien que ella creía. Marina se sorprende ante sus propios pensamientos; siempre ha sido positiva y ahora parece todo lo contrario. Antes simplemente pensaría que lo que necesitaba su cuerpo era un poco de ejercicio.

Al acercarse a la fachada lateral del convento de San Francisco, dos religiosas se aproximan a ella.

—Perdóneme, ¿han encontrado a su hija? —le pregunta una de las monjas.

Son hermanas de la Caridad, y aunque no las identifica, seguro que son las que los atendieron aquella noche.

—Sí, gracias a Dios, la hemos recuperado —contesta Marina.

—Cuánto me alegro. Nada más verla la he reconocido —dice la monja.

—Muchas gracias por su interés, hermana.

Marina ha recibido una inyección de optimismo al comprobar que no ha cambiado tanto si la religiosa, que solo la ha visto una noche, la recuerda. Se siente muy cansada, pero no puede ir a una cafetería porque ha salido de casa sin dinero. De repente, se le ocurre entrar en una iglesia para visitar al Señor, hace tanto tiempo que no reza. En la zona hay varias. No sabe si elegir la de Nuestra Señora de la Merced o la del Espíritu Santo. Al final, se decanta por esta última, que es una de las iglesias más antiguas de La Habana, pero no es por eso por la que la elige: rechaza la Merced, de forma simbólica, porque no tiene campanario y a ella le encanta el tañido de las campanas.

El templo se encuentra vacío, Marina se sienta en uno de los primeros bancos, mira al sagrario e intenta hablar con Dios.

—No te enfades conmigo, Señor. En Candás te suelo visitar, tu imagen pendiente de la cruz, la imagen que mis antepasados rescataron del mar despierta mi amor y veneración. Sin embargo, tú te encuentras en el sagrario y a mí se me olvida. Estoy aquí sentada porque estoy cansada y no podía ir a otro sitio al no tener dinero, y ¿sabes que te digo? Que me alegro. Porque sé que tú puedes ayudarme, necesito expulsar algo que me hace daño y no sé qué es o, quizás, en el fondo no quiera saberlo. Tengo la sensación de que mi corazón se ha secado. También me duele que me hayas tenido dos meses ausente. Soy injusta porque mi postura tenía que ser de agradecimiento por permitirme regresar a la vida. Señor, yo sé que me quieres, incluso me has mimado salvándome del naufragio, pero ahora más que nunca necesito tu ayuda, ¡quiero salir de la situación en la que me encuentro!

Marina está tan recogida en su diálogo íntimo con Dios que no se da cuenta de la presencia de un sacerdote que se acerca a ella.

—Perdóname, hija, sé que no debo inmiscuirme en tus cosas, pero si en algo te puedo ayudar, aquí me tienes.

Lo mira sorprendida, pero inmediatamente su expresión es de agradecimiento y con voz entrecortada dice:

—Padre, ¿me podría confesar?

Marina abre su corazón al sacerdote, le cuenta sus dudas, miedos, su enfermedad, las reacciones que ha tenido muy recientemente. Es una

conversación larga y muy sincera. El sacerdote sabe repreguntar con el arte del cirujano utilizando el bisturí para limpiar las heridas.

Al rezar la penitencia, un avemaría, Marina dice emocionada al Señor: «Gracias Dios mío, pero ahora no me dejes de tu mano. Espero con tu ayuda ir limando todas mis asperezas. A partir de ahora, ya sé que no debo sufrir por no ser el número uno en el corazón de los que yo quiero mucho. Mis cualidades no son superiores a las de los demás, porque, sin mí, todo se soluciona de igual forma. Solo me tiene que importar el dolor que sentían cuando no estaba, no mi valía personal. Tengo que convencerme de que por mí poco o nada puedo. Te doy gracias, Señor, porque con la ayuda del sacerdote he llegado al fondo de mi indomable orgullo que de tantas formas se puede disfrazar. Por fin lo he desenmascarado. Él me ha llevado a cometer los mayores errores de mi vida.



Silverio se asusta al regresar a casa y no encontrar a Marina. No puede regañar a la doncella porque nada pudo hacer. ¿Dónde habrá ido? Diana le dice que se fue sin bolso, que solo llevaba una chaqueta y un pañuelo. Ese dato le lleva a pensar que solo puede haber salido a dar un paseo. De ser así, él conoce el lugar. Sin pensárselo dos veces, sale en su busca.

No la encuentra por el camino y, para su desesperación, tampoco está en aquella especie de mirador que tanto le gusta. Al marcharse, ve a dos chicos jugando en la calle y les pregunta si han visto a una mujer. Su respuesta es afirmativa, ha estado allí, pero se ha ido hace más de una hora.

¿Dónde puede haber ido sin dinero?, se pregunta Silverio. Por más vueltas que le da no se le ocurre nada. Aunque lo más seguro es acercarse al casco antiguo de la ciudad.

Ha recorrido todo, solo le falta la plaza de San Francisco. Al llegar, cree recordar que Marina hablaba mucho de ella y se anima ante la posibilidad de encontrarla allí, pero tampoco está. Silverio siente algo parecido a la desesperación: primero Rosita y ahora Marina. ¿Habría tenido algún trastorno mental?, piensa acongojado. Camina sin rumbo. No sabe a dónde ir. Pasa delante de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced y piensa que tal vez esté

allí. Entra en el templo, que se encuentra totalmente vacío. Al salir ve a una mujer que sale del otro templo y se pierde por la calle de la izquierda. Juraría que es Marina, Silverio sale corriendo.

—Marina, Marina —grita a punto de asfixiarse.

Ella se vuelve y corre a su encuentro.

—No estamos ya para estos trotes —dice Marina, riendo mientras se abraza a su marido.

Silverio sabe que ella ha regresado, que vuelve a ser la de siempre y la besa con amor.

42. *La importancia de la familia*

Rosita se encuentra sentada en su despacho de El Nuevo Amanecer. Sabe que la felicidad completa y continuada no existe, pero su vida se asemeja bastante. Cada día se siente más unida a Javier. Hace tres años que se han casado y ya ha nacido su segundo hijo, un hermoso niño, al que le han puesto Juan, como el abuelo paterno.

Ella, que de muy joven había vivido obsesionada por descubrir si tenía familia, está creando, ahora, junto con Javier, una maravillosa. Los dos quieren tener más hijos. Están muy unidos a Marina y Silverio, que se han convertido en unos abuelos estupendos. También mantiene una excelente relación con su hermano, René. Almuerzan juntos siempre que este viene a La Habana.

Y qué decir de la familia de su marido, que son como una piña. Este año irán todos a pasar las Navidades a Pinar, así lo han decidido Marina y Silverio, que abandonarán La Habana a comienzos del próximo año.

Rosita no quiere pensar en ello. Se le parte el corazón cuando recuerda que sus padres van a regresar a Candás. Lo entiende, pero le costará muchísimo acostumbrarse a su ausencia. Los dos son parte fundamental de su vida.

Se ha convertido en una importante mujer de negocios. El socio de su madre en El Nuevo Amanecer ha delegado en ella para que sea la encargada de tratar con los proveedores. Le divierte mucho el trabajo que realiza, pero en los ratos libres sigue pintando.

En estos años, su círculo de amigos se ha ampliado mucho. Sigue manteniendo relación con Clara, Felipe y los otros, pero ahora frecuenta, sobre todo, a las mujeres de los médicos compañeros de Javier. Y también a miembros de la colonia asturiana, ya que la Quinta Covadonga, donde sigue trabajando Javier, es de los asturianos. Rosita, desde el primer día que le conoció, siente especial simpatía por el doctor Agustín Varona, que es el

médico director de la quinta y fue uno de los que apoyaron el cambio de reglamento del centro para que las mujeres pudiesen ser electoras y elegibles al igual que los hombres.

Su madre había festejado el paso dado por el Centro Asturiano, que a Rosita le parece una institución ejemplar. Se emocionó cuando Javier le contó que en Asturias habían comprado unos terrenos, en la falda del monte Naranco, en Oviedo, para atender a los emigrantes enfermos que regresaban a la *tierrina* para que allí no se encontrasen solos y pudiesen recibir atenciones como si estuvieran aquí. La mayoría estaban afectados por la tuberculosis, y el aire puro y sentirse en casa a buen seguro que era un antídoto eficaz.

A Rosita, que colabora de forma muy activa en los festivales que se organizan en los jardines de la fábrica de cervezas La Tropical para obtener fondos con los que sufragar las obras del hospital asturiano, le parece que el Centro Asturiano de La Habana, que en aquel momento cuenta con sesenta mil socios, es como el patriarca de una gran familia que intenta cuidar de todos.

Noticias como esta del centro le parecen alentadoras, en un mundo que amenaza con volverse loco. El año 1929 está resultando en cierta forma convulso. A la triste noticia del asesinato, de forma misteriosa, en México, del líder estudiantil cubano, Julio Antonio Mella, a quien ella había conocido en la universidad cuando era presidente de la Federación Estudiantil, había seguido el ajuste de cuentas entre mafiosos, en la ciudad de Chicago, en el que fueron asesinadas siete personas y que se bautizó como «Matanza de San Valentín». Y ahora, hacía poco más de un mes, la caída de la Bolsa de Nueva York, en el denominado «Jueves Negro», estaba sembrando el pánico entre las grandes fortunas, alguna de ellas volatilizada por efecto del estrepitoso derrumbe bursátil. Incluso se hablaba de suicidios. En los ambientes en los que ella se mueve también se palpa el miedo.

Bajará un momento a la tienda. Siempre es bueno relacionarse con el personal y observar cómo se comportan. Esto es algo que le ha enseñado muy bien Marina.

En cuanto se cierren los almacenes, saldrá corriendo porque esta noche han invitado a cenar a sus padres y una vez más intentará convencerlos para que no se vayan.



—Me encanta la idea que has tenido de que vayamos todos a pasar las Navidades a Pinar —dice Marina.

—Serán nuestras últimas Navidades aquí —comenta Silverio— y pensé que sería bonito celebrarlas como las primeras, ¿recuerdas? Entonces pensábamos quedarnos, como mucho, dos años, y ya ves.

—Dios mío, cuántas cosas nos han pasado en estos años. Algunas maravillosas y otras mejor olvidarlas, aunque todas han contribuido a fortalecer nuestro amor. Un amor que ha madurado y que, como nosotros, no manifiesta la misma vitalidad, pero que nos hace permanecer unidos. ¿Sabes, Silverio? Me sigues pareciendo el hombre más guapo del mundo. Además, ahora, también el más interesante con ese cabello plateado.

—¡Ay, Marina! No te rías, si supieras cómo te necesito.

—Y yo a ti, Silverio. Podemos estar contentos. Rosita ha encontrado su camino. Javier la adora. Y tienen dos hijos preciosos. Los dos han nacido blancos. Ya sé que el color no importa, pero he dado gracias a Dios de que los dos tengan el mismo color. Ya me entiendes. ¿Te digo un secreto? Es por ellos por lo que siento irme de La Habana, sobre todo por la niña, que ya tiene dos años y medio y está preciosísima.

—A mí también me da mucha pena alejarme, son nuestra familia. Además, Marina, quiero a esta ciudad. En realidad, he vivido más tiempo en La Habana que en Candás.

—¿Quieres que nos quedemos un tiempo más? —le pregunta Marina.

—No, mi amor, sé que tú necesitas volver. Ya he hablado con Mariano. Lo hemos arreglado. Él piensa seguir con el negocio.

—Yo creo que Mariano nunca abandonará La Habana —dice Marina.

Silverio guarda silencio. Él haría lo mismo, si Marina quisiera quedarse le haría inmensamente feliz. Pero necesita verla feliz a ella.

—Se entiende su postura. Mariano solo tiene parientes lejanos en España. Y su mundo está aquí —apunta Silverio.

—El tuyo también, ¿verdad, Silverio?

—El mío está a tu lado, Marina. Contigo siempre.

—Nos dará mucha pena llegar a Candás y notar las ausencias de personas tan queridas y que tanto significaron en nuestras vidas —dice Marina, que añade—: No me hago a la idea de que la señora Covadonga no estará esperándonos.

—Así es la vida, cariño.

—También ha muerto doña Elena, la esposa de don Bernardo Alfageme, y uno de sus nietos, con solo diecisiete años. Me contaban en la última carta recibida de Candás que don Bernardo ha donado un terreno para cementerio al pueblo de Candás.

—Es una persona excelente, nadie mejor que él para llevar el título de hijo adoptivo de Carreño —asegura Silverio.

—Sí que lo es. A mí me ha ayudado mucho.

—Ya lo sé. Le has escrito, ¿verdad?

—Sí, y siempre contesta muy cariñoso. ¿Quieres que aplacemos el viaje? Por las noticias que nos llegan, la situación en España no es muy buena. Ha fracasado el golpe de Estado, pero los entendidos dicen que la dictadura de Primo de Rivera está herida de muerte. Que el propio rey don Alfonso XIII, no de forma explícita, ha retirado su apoyo a Primo de Rivera —cuenta Marina.

—Aquí también se están poniendo las cosas feas —asegura Silverio—. No sé a dónde nos conducirá toda esta inestabilidad.

Los dos se encuentran sentados tomando una copa en casa antes de cenar. Mañana saldrán para Pinar del Río y se quedarán allí hasta pasado Reyes.

—Marina, no me has comentado nada de tu reunión con René.

—Estuvo muy bien, le informé de que nos íbamos y, como hice la otra vez, he delegado todo en él. Ya sabes que goza de mi confianza y le estaré eternamente agradecida por aquella conversación que tuvo con Rosita.

—Es una persona muy buena. Y lista. Entiende muy bien el negocio —afirma Silverio.

—No ha trabajado en otra cosa toda su vida —observa Marina—. Me ha conmovido ver su emoción al despedirse de mí. Quizás piensa que no volveremos a vernos.

—Es lo más seguro —apunta Silverio.

—No puedo pensar en que no volveré a ver a todas las personas que se quedan aquí, porque me muero de pena.

—No lo pienses. Además, siempre podemos volver o que algunos viajen a España —la tranquiliza su esposo.



Javier se encuentra pletórico, las fiestas navideñas siempre han sido sus preferidas. En estas tiene una alegría extra. Sus hijos van a disfrutar del mismo ambiente que él conoció de niño. Es la primera vez que las celebrará en casa de sus padres después de haberse casado.

—Cariño —dice Rosita, entrando en la habitación—, ¿no está la niña contigo?

—Creo que tus padres se han ido a dar un paseo con ella. Está muy encariñada con ellos. Los echará de menos —dice Javier.

—Y yo, muchísimo —comenta Rosita—. He intentado convencer a mi madre diciéndole la verdad, que la necesito a mi lado, sobre todo ahora que los niños van creciendo y yo tengo cada día más trabajo.

—¿Y? —le pregunta Javier.

—Me ha dicho que no.

—¿Por qué no lo intentas con Silverio?

—Nunca hará nada que disguste a mi madre. Si de él dependiera, no se irían —asegura Rosita.

—Lo mismo que yo, mi amor, jamás haré nada que pueda disgustarte. Déjame que te abrace, eres preciosa. ¿Dónde has estado toda la tarde? ¿No sabes que siempre te espero impaciente? —dice Javier mientras intenta quitarle la blusa.

—Ahora no, cielo, puede llamarnos alguien, luego te recompenso.

—¿Serás generosa? —pregunta Javier.

—Muchísimo. Vete preparándote. Te quiero en plenísima forma —dice Rosita, riendo—. Me voy, quiero preguntarles si me necesitan en la organización de la cena.

—Pero no me has dicho dónde has estado.

—Escribiendo una carta a mi mejor amiga. Te he hablado muchas veces de ella.

—¿Inés? ¿La que se ha metido monja?

—Sí. Es maravillosa. Ya verás cuando la conozcas.

—¿Te he dicho que Cayetano viene a cenar con nosotros?

—Me lo ha dicho tu madre —dice Rosita.

—He pensado que si el tiempo sigue tan bueno podemos celebrar la cena en el campo. Los niños nos lo agradecerán —asegura Javier—. Lo digo por propia experiencia.

—Ahora se lo comento a tu madre —replica Rosita.

43. *La despedida*

Marina no ha conseguido dormir en toda la noche. Mañana se embarcan para España. Sonríe al pensar en su pueblo, al que tanto quiere y echa de menos. Pronto pasará por las empinadas calles de Candás. Contemplará el mar desde San Antonio, recorrerá el muelle una tarde tras otra.

Mira a Silverio, que duerme a su lado. Está tranquilo y en paz. Piensa en el ejemplo que su marido le está dando. Ella lo conoce bien y sabe lo mucho que le cuesta irse de La Habana, sobre todo ahora que tienen que dejar de ver a aquellos dos niños maravillosos, que son sus nietos. «Y lo asume todo con la mayor generosidad, para que yo sea feliz —se dice—, y lo hace sin un reproche, ni una mala cara». ¿Sería ella capaz de comportarse del mismo modo?

¿Estará Silverio pensando en ella mientras duerme? Porque, según una leyenda popular, si no se puede conciliar el sueño es debido a que estás despierto en los sueños de otra persona.

Marina se levanta, da un leve beso a su marido para no despertarle y se va a la cocina. Hoy, por ser el último desayuno que harán en La Habana, lo preparará ella y se lo subirá a la habitación. Sobre las doce de la mañana pasaran Rosita y Javier a buscarlos para acompañarlos al puerto.

La casa se encuentra en completo silencio. Todos duermen. Qué distintas se ven las casas cuando están vacías —piensa Marina—, en Candás casi siempre estaremos solos. Recuerda la alegría y el bullicio de las noches navideñas vividas hace unas fechas en Pinar del Río. «¡Ay —suspira Marina—, si pudiera llevármelos a todos a Candás!».

Ya en la cocina se da cuenta de que es tempranísimo, así que tomará algo de fruta antes de preparar el desayuno.



—Te prometo que el primer desayuno en Candás te lo prepararé yo —dice

Silverio, riendo.

—Me parece estupendo, pero apresúrate, termina de arreglarte, que tienen que estar a punto de llegar.

—Pero cuéntame, ¿qué has hecho toda la noche? —le pregunta Silverio.

—Intentar quedarme dormida y, como no lo conseguía, pensar. He pensado mucho.

El sonido de la puerta de la calle al cerrarse les anuncia que sus hijos han llegado a buscarlos. Pero lo que Marina y Silverio no esperaban era la presencia de la pequeña que corriendo por el pasillo se acerca a la vez que grita:

—Abu, abu, ¿dónde estás?

Marina sale de la habitación a su encuentro. La pequeña, al verla, corre aún más para que su abuela la reciba con los brazos abiertos.

—Mi amor —dice Marina, mientras la aprieta contra su pecho.

—No hubo forma de convencerla para que se quedara en casa. Quería veros —comenta Rosita, que viene tras ella.

—Puro chantaje emocional —dice Marina, riendo y mirando a su hija—, pero ya nada podemos hacer. La decisión está tomada.

—No sea mal pensada, madre, es la verdad, la pequeña quería despedirse.

—No te preocupes, Rosita, conozco cómo combatir el dolor de la separación.

Silverio las escucha y no entiende muy bien a Marina. ¿Cómo se lucha contra el desgarramiento que supone dejar a los seres queridos? ¿Qué «armas» se utilizan? Aunque es posible que, como la separación no es obligada sino voluntaria, haya sopesado y meditado muy bien las ventajas y desventajas de la misma. No es momento para preguntarle, pero más tarde, cuando contemplen la ciudad desde la lejanía, lo hará.

—Señora —dice Diana—, ya está todo preparado. Cuando quieran, pueden salir.

Se despiden de todo el personal que a partir de ahora atenderán a Rosita y mantendrán la casa de El Vedado, por si algún día ellos deciden volver.



Marina, que lleva sentada en su regazo a la pequeña Marinita, observa con amor el rostro de Silverio, que mira la ciudad como queriendo grabarla en su retina. Siente tanta ternura que de buena gana lo abrazaría. «No me merezco el amor de una persona tan buena», se dice Marina. En los rostros de Rosita y Javier se refleja tristeza. «Son jóvenes, es bueno que se vayan curtiendo», piensa. Todos van en silencio. Solo la pequeña dice de vez en cuando alguna cosa que apenas se le entiende.

—¿A qué hora exacta zarpamos? —pregunta Silverio, que añade—: Llevas tú los billetes, ¿verdad?

Marina los busca en un amplio bolso y los mira.

—A las dos de la tarde. Vamos muy bien de tiempo. Si queréis, podemos dar un corto paseo antes de embarcar para que Marinita vea los barcos —sugiere.

—Como quieras —contesta Rosita, que no es capaz de ocultar su tristeza.

Como siempre, el espectáculo del puerto es multicolor. A aquella hora de la mañana se mezcla todo tipo de gente. Alegría, tristeza, esperanza, desencanto... se dan la mano entre las muchas personas que van a partir o que están llegando; que esperan o que se despiden. Ellos pasean formando parte de este especial ambiente.

—Creo que debemos regresar al lugar de embarque. Se acerca la hora —dice Silverio, sin disimular la pena.

—Nena, ven un poco con papá —dice Javier, tomando a Marinita de la mano, que no quiere soltarse de la de su abuela.

Marina le da un beso y le dice:

—Luego vuelves conmigo.

Marina respira profundamente. Ha llegado la hora. Se pone a mirar su bolso y, de repente, con voz entrecortada exclama:

—¡Dios mío! ¡Me han robado los pasajes!

—No puede ser —dice Silverio—. Mira bien.

—Los tenía en el coche y ahora han desaparecido —asegura ella.

—Con todo el gentío que hay en el muelle es imposible localizarlos —afirma Javier—, pero si nos acercamos al barco podemos dar con ellos porque los utilizarán, me imagino.

—No creo, Javier, se han llevado también mi cartera. Lo que les interesa es el dinero. No creo que puedan sacar ningún partido a los pasajes.

—Pero vayamos al barco. En la lista de pasajeros tenemos que figurar —apunta Silverio.

—Seguro que es así, pero no me apetece tener que dar explicaciones. Además, se han llevado mi documentación con la cartera. ¿Sabéis que os digo? Que a veces la felicidad se disfraza y ahora lo ha hecho con la pérdida de unos billetes. Regresemos a casa. Pero antes, Silverio, te dejamos en El Siglo XX para que le cuentes a Mariano que no te vas.

Silverio sabe, en ese momento, que todo es mentira, que nadie le ha robado los billetes, y todo obedece a un plan que Marina ha trazado. Ahora entiende lo de «combatir el dolor de la separación» y la sugerencia de dar un paseo por el muelle entre el gentío. Está tan emocionado que no puede decir nada. Marina lo abraza.

—Si pensabas jubilarte, tendrás que esperar.

—Pero Marina... —consigue decir Silverio.

—Que de momento, aquí nos quedamos —asegura ella.

Rosita, llorando, abraza a su madre.

—Gracias, no sabe cómo nos alegramos.

La pequeña Marinita no sabe muy bien qué pasa. Todos ríen y lloran al mismo tiempo. Se acerca a su abuela y le pide que la aúpe en sus brazos.

Marina la abraza y mirando su dulce carita le da un beso, mientras piensa: «Seguiré soñando con Candás y le pediré a Dios que nos dé la posibilidad de volver un día para poder enseñárselo a nuestros nietos».

Agradecimientos

Gracias a Rafael S. Avello y al doctor Francisco Kovacs, por la documentación y el asesoramiento facilitados.

A Lourdes y Berta G. Barrosa, que han compartido conmigo sus vivencias cubanas.

A Josefina Barbas, amiga y lectora.

A Berenice Galaz, por su ayuda.

A Ymelda Navajo, por su confianza y cariño.